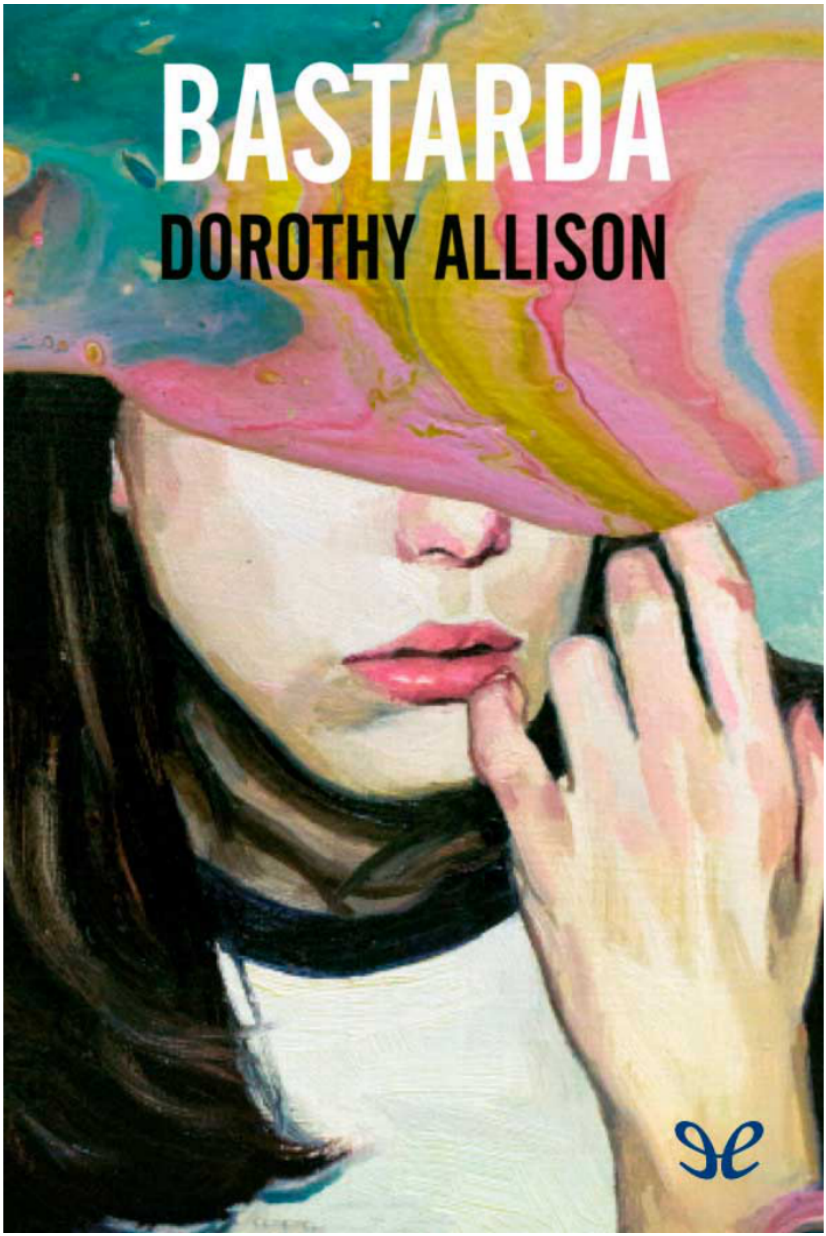
BASTARDA
DOROTHY ALLISON

El condado de Greenville, en Carolina del Sur, es un lugar salvaje y exuberante, hermoso y terrible. Allí vive la familia Boatwright, un clan de hombres bebedores que disparan a los camiones ajenos y de mujeres ingobernables que se casan demasiado pronto y envejecen demasiado rápido. Una estirpe regida por el desempleo, la inestabilidad, la violencia y los embarazos adolescentes. En el corazón de esta novela autobiográfica sobre una joven que se enfrenta al abuso y la traición, se encuentra Ruth Anne Boatwright, apodada Bone, una niña bastarda que observa y narra el mundo que la rodea con una mirada despiadada y lúcida, con una mezcla de naturalidad y agallas, y también con un humor irreverente y sin escrúpulos. Su desgarradora historia rezuma rabia, pero también generosidad y amor.

Dorothy Allison

Bastarda

ePub r1.0
Titivillus 01-05-2023

Título original: *La bastarda della Carolina*
Dorothy Allison, 1992
Traducción: María Jesús Asensio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para mi madre
Ruth Gibson Allison
1935-1990

«La gente paga por lo que hace y, lo que es más, por lo que ha consentido en convertirse. Y lo hace de una forma muy sencilla: con la vida que lleva».

JAMES
BALDWIN

1.

Toda la vida me han llamado Bone, pero mi nombre es Ruth Anne. Me lo puso, por ella, la mayor de mis tías, tía Ruth. Mi madre no tuvo mucho que ver en ello, ya que, a decir verdad, no estaba allí. Mamá y varios de mis tíos habían ido en coche al aeropuerto a buscar a uno de los primos que volvía de servir en el ejército. Tía Alma, tía Ruth y su marido, Travis, iban apiñados adelante, y mamá, repantigada en la parte de atrás, profundamente dormida. Mamá no se había adaptado bien al embarazo y había tenido muchos problemas para dormir durante aquellos ocho meses. Decía que cuando se echaba boca arriba era como si yo la estuviera aplastando, cuando se acostaba de lado, como si trepara por su columna, y que le resultaba imposible descansar boca abajo. Su único alivio era el asiento de atrás del Chevrolet del tío Travis, que estaba tan levantado que acunaba suavemente a niños pequeños o a mujeres embarazadas. Al poco de tumbarse en el asiento, mamá, por primera vez en ocho meses, se quedó tan dormida que ni siquiera el accidente la despertó.

Mi tía Alma sigue insistiendo hasta hoy en que lo que sucedió no fue de modo alguno culpa del tío Travis, pero *sé* que la primera vez que le vi sobrio fue cuando tenía yo diecisiete años, y le acababan de extirpar parte del estómago y del hígado. No me puedo creer que no hubiera bebido. No me cabe la menor duda de que *todos* habían bebido, excepto mamá, que nunca pudo hacerlo, y mucho menos cuando estaba embarazada.

No, mamá simplemente estaba dormida y todos los demás estaban borrachos. Y lo que hicieron fue llevarse por delante a un coche que circulaba despacio. La parte delantera del Chevrolet de

Travis quedó como un acordeón; la trasera salió volando; las tías y el tío Travis estaban tan apiñados que solo rebotaron un poco; y mamá, todavía dormida, con las manos debajo de la barbilla, salió disparada por encima de sus cabezas, a través del parabrisas, y por encima del coche con el que habían chocado. Al atravesar el cristal se hizo un corte en la parte superior de la cabeza, y al dar contra el asfalto se magulló el trasero; aparte de eso, no se hizo nada en absoluto. No despertó hasta pasados tres días, cuando ya la abuela y tía Ruth habían firmado todos los papeles y elegido mi nombre.

Me llamo Ruth por mi tía y Anne por mamá. Me apodaron Bone poco después de que mamá me llevara del hospital a casa y de que tío Earle anunciara que abultaba «menos que el hueso de un nudillo», y la hija pequeña de tía Ruth, Deedee, retirara la manta para ver «el hueso». Por suerte no soy Mattie Raylene, como quería la abuela. Pero mamá siempre dijo que su primera hija se llamaría como su hermana mayor, y tía Ruth pensó que la criatura, lógicamente, debía llevar el nombre de mamá puesto que tan cerca habían estado de perderla.

Excepto en el nombre se equivocaron en casi todo lo demás. Ni tía Ruth ni la abuela sabían escribir bien, y no se tomaron la molestia de consultar la ortografía de Anne, por lo que acabó escrito en el impreso de tres formas distintas: Ann, Anne y Anna. En cuanto al nombre del padre, la abuela se negó a pronunciarlo después de hacer que saliera corriendo de la ciudad por jugar con su hija, y tía Ruth nunca estuvo segura de su apellido. Pensaron que cualquier cosa que garabatearan pasaría inadvertida, pero si en el hospital a nadie le importaba cómo se escribía el segundo nombre de un bebé, fueron muy tajantes en lo que al apellido del padre se refería. Así que la abuela dio uno y Ruth dio otro, volvieron loco al funcionario, y ahí estaba yo: declarada oficialmente hija ilegítima por el estado de Carolina del Sur.

Mamá siempre dijo que eso no habría sucedido si ella hubiera estado despierta. «Después de todo —dijo a tía Alma— no piden el certificado de matrimonio antes de ponerte en el tablero». Estaba convencida de que habría podido salirse con la suya fingiendo, podría haber *dicho* que estaba casada con tal convencimiento que

nadie lo habría puesto en duda.

—Solo toman nota de ello cuando se lo mencionas.

La abuela decía que de todas formas no importaba. ¿A quién le interesaba lo que estuviera escrito? ¿Acaso la gente leía los documentos del Registro Civil? ¿Te piden que les enseñes la partida de nacimiento antes de sentarse en tu porche? Aquellos que importaban lo sabían, y le traían al fresco todos los demás. Le tomaba el pelo a mamá con el dichoso papel y el sello rojo al final.

—¿Qué ibas a hacer? ¿Pretendías enmarcar esa cosa? ¿Querías algo para poner en la pared que probara que te habías comportado como es debido?, —la abuela podía ser realmente mala cuando de su orgullo se trataba—. La criatura es prueba suficiente. No hay ningún sello que ver en ella.

Si a la abuela le traía sin cuidado, a mamá no. Mamá odiaba que la llamaran basura, odiaba el recuerdo de cada día que había pasado inclinada sobre las plantas de fresas y cacahuetes de otros, mientras ellos, altivos, la miraban como si fuera una piedra del terreno. El sello de ese certificado de nacimiento la quemaba tanto como la etiqueta que sabía habían tratado de colgarle a ella. *Mala, holgazana, inútil*. Haría de sus manos zarpas; de la espalda, un caparazón; y pondría en su boca una sonrisa torva y huraña, lo que fuera, con tal de negar todo lo que Greenville County quería llamarla. Ahora, un hombre de voz suave y ojos negros lo había hecho por ellos: la había marcado a ella y a los suyos. Pensar en eso fue lo que la ayudó a ponerse en pie ocho días después de nacer yo y volver a servir mesas, con los labios apretados y los ojos hinchados.

Mamá esperó un año. Cuatro días antes de mi primer cumpleaños y un mes después de cumplir ella los dieciséis, me envolvió en una manta y me llevó al Registro. El funcionario fue correcto pero apático. Hizo que rellenara un impreso y que pagara una tasa de dos dólares. Mamá lo rellenó con una caligrafía de buena estudiante. No había pisado la escuela durante tres años, pero escribía las cartas de toda la familia y estaba orgullosa de su letra menuda y ligeramente inclinada.

—¿Qué ha pasado con el otro?, —inquirió el funcionario.

Mamá no levantó la vista de mi cabeza, apoyada en su brazo.

—Se rompió por abajo.

El funcionario la miró más detenidamente y después volvió los ojos hacia mí.

—¿Es eso cierto?

Se fue adentro y no volvió durante un buen rato. Mamá permaneció, callada pero resuelta, ante el mostrador. Cuando regresó, le pasó el papel y se quedó a ver qué cara ponía.

Era igual, idéntico al otro. En la parte de abajo, en letras grandes, mayúsculas y en rojo, se leía: ILEGÍTIMA.

Mamá contuvo el aliento como una vieja con pleuresía, y se puso colorada desde el cuello hasta la raíz del pelo.

—No lo quiero así —balbuceó.

—Bueno, señorita —dijo, lenta y pesadamente. A sus espaldas podía ver a varias funcionarías de pie al lado de una puerta, tan sonrojadas como ella pero con un brillo en los ojos que reflejaba un sentimiento completamente distinto—. Así debe ser. Lo hemos comprobado —alargó la palabra y la dijo más alta para que flotara en el aire, entre ellos, como un reflejo de neón del rubor de mamá: *comprobado*.

Las mujeres de la puerta menearon la cabeza y fruncieron los labios.

—¡Qué gente!, —le dijo una a la otra, con afectación.

Mamá se enderezó, me arrebujó acercándome más a su cuello y se volvió de repente hacia la puerta de salida.

—Olvida su certificado —le gritó el hombre, pero ella no se detuvo. Sus manos se aferraban a mi cuerpo con tanta fuerza que emití un agudo y tenue gemido. Mamá siguió sujetándome y me dejó llorar.

Esperó otro año antes de volver, llevando esta vez a tía Ruth y dejándome a mí con la abuela.

—Yo estaba allí —les juró tía Ruth— y en realidad fue culpa mía. Con tanta excitación, entre Anney que parecía una muerta y todos los demás que gritaban y corrían a mi alrededor, simplemente me aturrullé. Mire, a los pocos minutos de llegar nosotros trajeron a los de otro accidente múltiple —tía Ruth dirigió al funcionario una

mirada sincera y directa, tratando torpemente de mantener una expresión abierta y cordial.

—Ya sabe usted cómo suceden estas cosas.

—¡Oh!, claro que sí —dijo, disfrutando enormemente.

El impreso que sacó no era distinto de los otros. Echó una mirada a mi madre y a mi tía de mera justificación. *¿Qué esperaban?* parecía estar diciendo. Su semblante era circunspecto y casi amable, pero se reía de ellas con los ojos. Mi tía a punto estuvo de sacudirle con el bolso en la cabeza, pero mamá le sujetó el brazo. Esta vez se llevó consigo el certificado.

—Podrían dar algo por los dos dólares —dijo. A los diecisiete era mucho mayor de lo que había sido a los dieciséis. Al año siguiente fue ella sola, y al otro. Ese mismo año conoció a Lyle Parsons y empezó a pensar más en casarse que en arrastrarse al Registro de nuevo. Tío Earle le tomaba el pelo diciéndole que si vivía con Lyle durante siete años conseguiría el mismo resultado sin tener que pagar a un abogado—. La ley no nos ha sido nunca de gran ayuda. Podríamos pasar perfectamente sin ella.

Mamá dejó el trabajo de camarera poco después de casarse con Lyle Parsons, aunque ella no estaba tan segura de que fuese una buena idea.

—Vamos a necesitar cosas —le dijo, pero él no escuchaba.

Lyle era el más encantador de los hijos de los Parsons, un chico guapísimo, de mirada tierna, voz suave, y cansado de ser el niño de mamá. Completamente decidido a mantener debidamente a su familia y a probar que era un hombre, dejó preñada a mamá casi inmediatamente y no quería que trabajase en modo alguno. Pero echando gasolina y cambiando neumáticos en la estación Texaco de su primo apenas ganaba lo suficiente para pagar el alquiler. Mamá intentó trabajar media jornada en una tienda de ultramarinos, pero lo dejó cuando estaba ya de tantos meses que le era imposible levantar cajas. Era más fácil ocupar un puesto en la cadena de la fábrica Stevens hasta que naciera Reese, pero eso no le gustaba nada a Lyle.

—¿Cómo va a tener ese niño las largas piernas de su padre si te sientas siempre encorvada?, —se quejaba. Quería pedir dinero

prestado o buscar un segundo empleo, cualquier cosa que mantuviera a su joven y preciosa esposa alejada de la fábrica. «Cielo», la llamaba, «dulzura».

«Bollito», le contestaba ella, «terroncito», y cuando nadie la oía, «mi niño». Le quería como a un bebé; les hablaba a sus hermanas en susurros del pelillo suave y rubio de su vientre, de la forma en que dormía con una pierna sobre su cadera, de las historias que le contaba sobre todos los sitios a los que quería llevarla.

—Quiere a Bone, la quiere de verdad —le dijo a tía Ruth—. Desea adoptarla cuando tengamos un poco de dinero ahorrado.

Le encantaba hacerle fotografías. La mejor de ellas era una tomada en la gasolinera, en un día de verano, en la que Lyle está columpiándose de la señal de la Texaco, con una cazadora que tenía escrito *Circuito del Condado de Greenville*. Había tomado un empleo en el circuito donde se celebraban carreras de coches, para trabajar en la caseta de mantenimiento cambiando neumáticos a toda velocidad y sacar algo de dinero en el *demolition derby* [1] los domingos por la tarde. Mamá no iba allí con él a menudo. No le gustaba el ruido ni el tufo, ni tampoco la forma en que los otros hombres insistían en que Lyle bebiera cerveza tibia para ver si su trabajo iba más despacio. Aunque le gustaba mucho tomar fotografías, solo le hizo una en el circuito, con un neumático apoyado en la cadera izquierda, un lado de la cara lleno de grasa y una sonrisa tan grande que se podía oler la cerveza.

Lyle murió un domingo, no en el circuito sino de camino a casa, tan fácil y plácidamente que los recolectores de cacahuetes que habían visto el accidente insistían en que el chico no podía estar muerto. Había habido uno de esos temibles chaparrones de verano, con un sol que no dejaba de brillar y una lluvia que caía en suaves láminas, y a los que nadie hacía ningún caso. La camioneta de Lyle había llegado a la curva desde el paso a nivel a toda velocidad. Saludó con la mano a uno de los trabajadores, con su sonrisa de oreja a oreja. De repente la camioneta empezó a girar, saliéndose de la carretera, en un resbaladizo charco de aceite. Lyle chocó contra la puerta y fue a parar al asfalto.

—Ese es un buen muchacho —repetía uno de los trabajadores al guardia de tráfico—. No estaba haciendo nada mal, simplemente venía por la carretera, con esa lluvia, esa lluvia del demonio, ya

sabe. Brillaba mucho el sol y el chico sonreía —el hombre no dejaba de mirar hacia donde Lyle yacía inmóvil al borde de la carretera.

Lyle quedó tendido sin cubrir durante veinte minutos largos. Todos seguían esperando que se levantara. No tenía ni una señal y su rostro resplandecía con aquella indolente sonrisa. Pero tenía la cabeza aplastada por detrás, entre la grava, y las manos abiertas y húmedas en medio del torrente de tráfico que los guardias desviaban en torno al accidente.

Mamá tenía en brazos a Reese cuando el coche del *sheriff* se paró ante la casa de tía Alma, y debió de imaginar inmediatamente lo que había venido a decirle, porque echó la cabeza hacia atrás y aulló como una perra vieja pariendo; aullaba y balanceaba y estrujaba a la niña con tanta fuerza que tía Alma tuvo que pellizcarla para que soltara a Reese.

Mamá tenía diecinueve años, dos niñas y tres copias de mi certificado de nacimiento en el cajón de la cómoda. Cuando dejó de aullar, dejó también de emitir cualquier otro sonido y respondía solo con inclinaciones de cabeza cuando la gente trataba de hacerla llorar o hablar. Llevó a sus dos hijas al funeral, y todas sus hermanas se colocaron en hilera a su lado. Los Parsons apenas le dirigieron la palabra. La madre de Lyle le dijo a tía Alma que si su hijo no hubiera cogido aquel maldito trabajo por mamá, no habría muerto en la carretera. Mamá no hizo ningún caso. Tenía el pelo más oscuro y lacio, la tez pálida, y durante esos días le habían aparecido pequeñas patas de gallo. Tía Ruth se la llevó de la tumba y tía Raylene metió unas flores en la biblia familiar y se paró a decirle a la señora Parsons lo estúpida que era.

Tía Ruth llevaba muy avanzado el embarazo de su octavo hijo, y le resultaba difícil no coger a mamá entre sus brazos como si fuera otro bebé. Cuando llegaron al coche de tío Earle, se paró y apoyó la espalda en la puerta delantera, sin soltar a mamá. Le retiró el pelo de la cara, mirándola fijamente a los ojos.

—Nada volverá a hacerte daño de esta manera —le prometió. Le pasó los pulgares por debajo de los ojos, presionándole suavemente las sienes con los dedos—. Ahora pareces una Boatwright —dijo—. Ahora tienes el aire. Ya eres todo lo mayor que se puede ser en la vida, niña. Este es el aspecto que tendrás hasta que te mueras — mamá simplemente asintió; ya no le importaba el aspecto que

pudiera tener.

Un año en los telares fue todo lo que mamá pudo resistir después de enterrar a Lyle; el polvo del aire le hizo mella rápidamente. Después de eso, no quedaba más remedio que buscar trabajo en un pequeño restaurante. Lo mejor de todo eran las propinas, aunque ella sabía que podía ganar más dinero en un club nocturno o buscándose un puesto como camarera en un bar. Se sacaba siempre más dinero sirviendo vino y cerveza a la gente, y más aún con los licores, pero para hacer eso tendría que marcharse de Greenville County, y no podía imaginar la posibilidad de alejarse de su familia. Necesitaba que sus hermanas la ayudaran con las dos niñas.

De todas formas, el Café White Horse, uno de los pocos restaurantes decentes de la ciudad, era una buena elección. El trabajo era cansado pero no la enfermaba como los telares, y le gustaba la gente que iba por allí, las propinas y la conversación.

—Te las arreglas muy bien con una sonrisa —le dijo el director.

—Mi sonrisa me lleva muy lejos —se rio, y nadie habría sospechado que no lo decía en serio. Camioneros o jueces, a todos les gustaba mamá. Tía Ruth tenía razón, se le habían asentado los rasgos de la cara. Después de un tiempo había recobrado el color y las pequeñas patas de gallo hacían que pareciera siempre dispuesta a sonreír. Cuando los hombres no le metían alguna propina en los bolsillos, le traían regalos, recuerdos o postales; alguna vez, un anillo. Mamá sonreía, bromeaba, daba palmaditas en el culo, y con determinación devolvía cualquier cosa que pareciese un anticipo por algo que ella no tenía intención de vender.

La siguiente vez que mamá entró en el Registro Civil, Reese tenía dos años. El funcionario parecía contento de volverla a ver. Mamá no le habló esta vez, solo cogió el impreso y lo llevó a las nuevas oficinas que estaban cerca de Sears, Roebuck Auto Oudet. Tío Earle le había dado una parte de la liquidación de otro accidente de coche, y quería usar un poco de ese dinero para contratar al abogado de su hermano durante unas horas. El hombre

tomó el dinero y le sonrió de la misma forma que el funcionario cuando le dijo lo que quería. Su rostro se endureció, y él tuvo que tragar saliva para no reírse. No tenía sentido convertir a una hermana de Earle Boatwright en enemiga suya.

—Lo siento —le dijo, devolviéndole la mitad del dinero—. Tal como son las leyes, no se puede hacer nada por ti. Si lo tramitara, me lo devolverían exactamente igual que el que tienes ahora. Espera unos años. Tarde o temprano se desharán de esa maldita norma. De todos modos, normalmente ya no se la imponen a nadie.

—Entonces, ¿por qué se empeñan en imponérmela a mí?, —le preguntó.

—Mira, bonita —suspiró, evidentemente incómodo. Se movió inquieto en su silla y le devolvió el resto del dinero—. No es necesario que te conteste a eso. Has vivido en este condado toda tu vida y ya sabes cómo son las cosas —le dirigió una sonrisa en la que no había visos de humor—. Lo que ellos están deseando es que aparezcas por allí. Son unos intransigentes —le dijo, pero seguía con la misma sonrisa.

—¡Bastardos!, —susurró mamá, y trató de dominarse. Odiaba esa palabra.

La familia es la familia, pero ni siquiera el amor puede evitar que nos comamos unos a otros. El orgullo de mamá, la indignación de la abuela porque algo pudiese siquiera considerarse vergonzoso, el miedo y el humor amargo de mis tías, el desprecio insolente de mis tíos hacia cualquier cosa que no pudiera arreglarse con una pistola o un garrote, todo se alió para que mamá madurase rápida y dolorosamente. Solo había un modo de luchar contra la pena y el odio. Mamá aprendió a reírse con la gente antes de que se rieran de ella; y a hacerlo tan bien que nadie pudiese estar seguro de lo que realmente pensaba o sentía. Se hizo famosa por su sonrisa amable y su lengua mordaz, y, al usar la una para compensar la otra, daba la impresión de ser cordial pero distante. Nadie sabía que de noche lloraba por Lyle y por su felicidad perdida, que debajo de esa dura corteza exterior era toda hambre y dolor, que más que ninguna otra cosa en el mundo deseaba a alguien fuerte que la quisiera como ella quería a sus niñas.

—Oye, ten cuidado con mi hermana —le dijo tío Earle a Glen Waddle el día en que le llevó a almorzar al restaurante—. Di algo

que no debas y te quitará el brillo de los dientes.

Era jueves, y servían pollo frito y verdura en el restaurante, que fue la excusa de tío Earle para arrastrar hasta allí a su nuevo compañero de trabajo, atravesando Greenville, en un día laborable. Le había tomado simpatía a Glen, aunque no siempre podía adivinar lo que ese chico bajito y obstinado estaba pensando detrás de aquellos ojos de color azul oscuro. Los Waddle eran dueños de la vaquería, y el hijo mayor era candidato a fiscal de distrito. El pequeño, delgado y nervioso Glen Waddle no parecía que fuese a llegar muy lejos conduciendo un camión para los altos hornos y temblando cada vez que intentaba mirar a un hombre a los ojos. Pero a los diecisiete años quizá era suficiente con intentarlo, se dijo para sí Earle, y siguió contando cosas de su hermana para que el chico se relajara.

—Anney hace la mejor salsa de carne del condado, las tortas más ricas y pone el vinagre justo en la verdura. ¿Sabes lo que quiero decir?

Glen asintió, aunque la verdad era que nunca le había gustado mucho la verdura y que su madre, tan instruida, siempre le había dicho que la salsa de carne era mala para el corazón. Así que no estaba preparado para el momento en que mamá, echándose su corto pelo rubio hacia atrás, le puso delante un enorme plato de comida. Glen tomó un bocado de carne ternillosa con salsa que se le derritió entre los dientes. La verdura estaba entre salada y dulce, y aceitosa. La lengua se lo cantó a la garganta; el cuello se le relajó, y el pelo se le vino a la cara. Era como el sexo esa comida, demasiado buena para desperdiciarla a mediodía y en un comedor lleno de hombres demasiado cansados para apreciarla. Masticó, tragó, y empezó a animarse. Por primera vez se sintió como un chico más, un hombre hecho y derecho aceptado por el célebre y peligroso Black Earle Boatwright, mirando fijamente por encima del mostrador a una de las mujeres más guapas que jamás había visto. Sentía calor en la cara y tomó un buen vaso de té helado para refrescarse.

—¿Ella?, —le dijo tartamudeando—. ¿Esa, tu hermana? ¿Esa cosita preciosa de pelo rubio? Si es solo una cría.

Earle sonrió. La expresión de Glen era tan clara como el cielo después de una lluvia de primavera.

—¡Oh, sí!, es una cría —asintió, poniéndole la mano en el hombro—. Es la pequeñina de mamá. Pero ya sabes que nuestra madre es una víbora y nuestro padre era hijo de un pistolero.

Se rio a carcajadas y paró solo cuando vio cómo Glen miraba a Anney alejarse, con el lazo de su delantal balanceándose en la parte superior del culo. Durante un instante se enfureció, pero se dominó enseguida. El chico era estúpido, pero un chico al fin y al cabo. Probablemente no tenía malas intenciones. Sintiéndose generoso y cristiano, Earle dio a Glen un último apretón en el hombro y le repitió.

—Mucho cuidado, hijo. Ten mucho cuidado.

Glen Waddle asintió, comprendiendo perfectamente la mirada de Earle. Después de todo era un Boatwright y tanto él como sus dos hermanos habían estado en la cárcel por causar graves daños a otros hombres. Se contaban terroríficas historias de los chicos de los Boatwright, esa clase de historias que los hombres cuchicheaban con un whisky en la mano cuando no había mujeres delante. Earle era bueno con el martillo y la sierra y asombroso con el pico. Conducía la camioneta como si le estuviera haciendo el amor a las marchas y llevaba un machete de siete pulgadas en el bolsillo lateral de sus pantalones reforzados de pintor. Earle Boatwright era todo lo que Glen siempre había querido ser, especialmente después de que sus hermanos mayores se rieron de su mal genio, su pésima memoria y su completa inutilidad. Además, Earle tenía el don de fascinar a la gente —hombres y mujeres— y había fascinado a la oveja negra de los Waddle, precisamente por el terror que este tenía a los otros compañeros, así como a la desaprobación de su familia. Cuando Earle le dirigió esa sonrisa, Glen se descubrió a sí mismo sonriéndole a su vez, disfrutando con la idea de enojar a su padre y escandalizar a sus hermanos. Merecía la pena ganarse esa relajada y encantadora sonrisa de Earle. Hacía que uno quisiera volver a verla, sentir a la vez el apretón de manos de Earle y experimentar un poco de su admiración. Más que nada en el mundo Glen quería gustar a Earle Boatwright. Qué importa esa guapa chiquilla, se dijo para sí, y exageró sus buenos modales hasta que Earle se tranquilizó. Glen contestó educadamente a todas las camareras y le quitó a Anney de las manos la factura de Earle, aunque solo le quedarían unos cigarrillos y unos centavos después de pagarla.

Pero cuando Earle fue al baño, Glen se permitió observarla de nuevo, el lazo sobre el culo y el modo en que los labios se separaban de sus dientes cuando sonreía. Anney le miró una vez directamente a la cara, y él intuyó cómo era ella. Había sonreído a su hermano con expresión sincera y ojos brillantes, sonrisa amable y cariñosas palabras, una expresión sin rastro de temor o picardía. La sonrisa que dirigía a Glen y a todos los demás en el mostrador era igual de amable pero no tan sincera. Tenía entre los ojos una ligera arruga que se hacía más profunda cuando forzaba la sonrisa. Una sombra oscureció sus claras pupilas un momento antes de que apartase la mirada. No la hacía menos guapa, pero le daba un aire de tristeza.

—¿Vienes a casa esta noche, Earle?, —le preguntó cuando volvió, con una voz tan suave y dulce como sus bizcochos—. Las niñas te echan de menos tanto como yo.

—Puede que me pase —dijo Earle, alargando las palabras— si aquí este chico hace bien su trabajo y esta vez terminamos antes de que anochezca —palmeó a Glen ligeramente en el hombro y le guiñó el ojo a Anney—. Quizá incluso le lleve conmigo.

Sí, pensó Glen, claro que sí, pero no dijo nada, y tomó otro sorbo de té. La salsa en el estómago ya le mantenía apaciguado, pero lo que realmente le frenaba era la sonrisa de Anney. Se sentía tan fuerte que quería escupir. Tendría a esa chica, se dijo a sí mismo. Se casaría con la hermana pequeña de Black Earle, se casaría con la leyenda entera de los Boatwright, avergonzaría a su padre y asombraría a sus hermanos. Llevaría una navaja en el bolsillo y mataría a todo aquel que se atreviera a tocarla. Sí, pensó, claro que sí.

Mamá observó al chico que estaba de pie junto a la caja, con sus ojos azul oscuro y su espeso pelo castaño. Hubo un tiempo en que se habría sonrojado por la forma en que la estaba mirando, pero en aquel momento simplemente le devolvió la mirada. Haría un buen padre, imaginó, un hombre pacífico. Él sonrió, pero con sonrisa torcida. Sus ojos la taladraron y parecían aún más oscuros. Entonces se puso colorada y percibió su propio olor, incapaz de saber si el sudor se debía al temor o al deseo.

Necesito un marido, pensó; se dio la vuelta y se secó la cara. Sí, y un coche y una casa y cien mil dólares. Meneó la cabeza y,

cuando Earle se marchaba, le dijo adiós con la mano, sin volver a mirar al chico que iba con él.

—Oye, Anney, ¿por qué no vienes y te plantas al lado de mi café?, —bromeó uno de los clientes habituales—. Se calentará simplemente estando cerca de tu corazón.

Mamá soltó una risa discreta y cogió la cafetera.

—Para qué perder el tiempo haciendo hechizos con el café, cuando puedo servirle uno caliente con una sola mano —bromeó a su vez. Qué me importa a mí ningún tonto amigo de Earle, se dijo para sí, y siguió llenando tazas de café hasta que pudo marcharse y tomarse un respiro.

—¿Dónde guardas ese papel, el certificado de nacimiento de Ruth Anne, eh?, —se burlaban de mamá en el restaurante.

—Debajo del fregadero, con los demás trastos —soltaba ella, lanzándoles una mirada tan cortante que se lo pensaban dos veces antes de burlarse de ella de nuevo.

—Olvídalo —le repetía constantemente la abuela—. Si dejaras de pensar en ello, los demás también lo harían. Mientras te sigas picando con eso, la gente seguirá diciéndolo.

El pastor estaba de acuerdo.

—Tu vergüenza es algo entre tú y Dios, hermana Anne. No hay por qué dejar que marque a la criatura.

Mi madre se puso tan pálida como la parte inferior de una cápsula de algodón recién cortada.

—No me da vergüenza —le dijo—, y no necesito que ningún hombre me diga gilipolleces sobre mi niña.

—*Gilipolleces* —se enorgulleció tía Ruth—. Dijo al pastor «gilipolleces». No hay quien le diga nada a mi hermana pequeña, no hay quien pueda tocar a esa chica o lo que es suyo. Más vale tener ojo con ella.

Más vale. Más vale. Más vale tener ojo con ella.

Había que verla en el restaurante, riendo, sirviendo café, cogiendo propinas y friendo huevos. Verla echándose el pelo para atrás, atándose más arriba el delantal, rechazando citas, pellizcos, insinuaciones. Verle los ojos y cómo se le hundían en la cara, las arrugas que le nacían de esa boca apretada y terca, la broma fácil

que le surgía de lo más profundo.

—¿No es hora ya de que vayas de nuevo al Registro, hermana Anney?

—¿No es hora ya de que te abroches la bragueta, hermano Calvin?

¿No era hora de que hiciera algo el Señor, de que lloviera fuego y justo castigo sobre el condado de Greenville? ¿No había ya suficientes pecados, suficiente tristeza, suficiente dolor? ¿No era el colmo ya? Anney nunca decía lo que estaba pensando, pero su mente trabajaba sin cesar.

Glen Waddle trabajó en los altos hornos con Earle durante todo un año y conducía hasta la ciudad para almorzar en el restaurante casi todos los días laborables e incluso algunos sábados.

—Me gustaría ver a tus niñas —le decía a Anney de vez en cuando, hasta que ella empezó a creerle—. Deben de ser unas niñas preciosas, con una mamá tan guapa.

Le miraba fijamente, le cogía la propina y asentía. Sí, tenía dos niñas preciosas. Sí, él bien podía venir a visitarlas, conocer a sus niñas, sentarse en el porche y charlar un poco. Se secó el sudor de las manos en el delantal antes de dejar que él se las cogiera. Tenía los hombros muy morenos y parecía más fuerte debido al trabajo que había estado haciendo con Earle. Los músculos, que se le abultaban a través de la gastada camiseta, le recordaban a Lyle, aunque Glen no tenía su dulzura. Cuando la agarraba del brazo, lo hacía con la misma firmeza que Earle, pero su sonrisa era muy particular, distinta a cualquier otra que ella hubiera conocido. Respiró profundamente y se permitió devolverle la sonrisa. Quizá, se repetía a sí misma, quizá haría un buen padre.

Mamá estaba ocupada con la parrilla en el Café White Horse el día en que la radio anunció que el fuego declarado en el centro de la ciudad estaba fuera de control y había quemado y arrasado completamente el Registro Civil y la sala de los archivos. Era la hora punta del mediodía. Mamá sostenía una cafetera en una mano y dos tazasen la otra. Dejó las tazas y le pasó la cafetera a su amiga Mab.

—Me voy a casa.

—¿Qué?

—Tengo que ir a casa.

—¿Adónde va?

—Problemas en casa.

La caja de cartón con sucios y arrugados papeles estaba metida debajo de las sábanas en el fondo del armario de tía Alma. Mamá sacó los que ella quería, los llevó a la cocina y los tiró en el fregadero sin molestarse en desdoblarlos. Acababa de encender una cerilla cuando sonó el teléfono.

—Supongo que te has enterado —era tía Ruth—. Mab dijo que saliste como si te hubieran prendido fuego a ti.

—No a mí —contestó mamá—. El único fuego que tengo aquí es el que está quemando todos estos papeles inútiles.

La risa de tía Ruth se oyó en toda la cocina.

—Chica, no hay ninguna mujer en la ciudad que no piense que fuiste tú la que prendió el fuego. La mitad del condado va a decirle a la otra mitad que incendiaste ese Registro.

—Déjales que hablen —dijo mamá, y sopló las chispas que volaban—. Las habladurías no van a meterme en la cárcel. El *sheriff* y la mitad de sus ayudantes saben que he estado trabajando toda la mañana, porque les serví yo el café. No voy a meterme en ningún lío solo porque me alegre de que ese maldito Registro se haya quemado.

Sopló las chispas otra vez, silbando en el teléfono, y luego se rio a carcajadas. Al otro lado de la ciudad, tía Ruth, sujetando el auricular contra el cuello, apretaba el hombro a la abuela y se reían las dos. Allá en los telares, tía Alma miraba por la ventana al humo que se elevaba en el centro de la ciudad y tuvo que taparse la boca para no reírse como una chiquilla. En el patio exterior trasero de los altos hornos, tío Earle y Glen Waddle movían hierro y escuchaban la radio. Los dos sonrieron y se miraron el uno al otro al mismo tiempo y entonces soltaron la carcajada. Era casi como si, en todo Greenville, todos se oyeran reír unos a otros mientras el Registro quedaba reducido a cenizas.

2.

Greenville (Carolina del Sur) en 1955 era el lugar más hermoso del mundo. De los nogales negros caían aterciopelados frutos verdinegros en el tupido césped de tía Ruth, un poco más allá de las nudosas raíces que sobresalían del suelo como codos y rodillas de niños sucios atezados por el sol y llenos de cicatrices. Los sauces llorones, siguiendo sinuosas corrientes y acequias, atravesaban el jardín, sus largas frondas como látigos formando carpas que resguardaban olorosos lechos de trébol. Allá, en la casa que tía Raylene tenía alquilada cerca del río, habían podado los árboles y arrancado las vides de uva *scuppernong*. El trébol crecía en largas franjas de flores blancas y amarillas que escondían pequeños gusanos con rayas rojas y negras y enormes babosas grisáceas, de esas que, según tío Earle, atraen a los peces al anzuelo aun en días de tormenta. Pero en casa de tía Alma, cerca de la Eustis Highway, el casero había inhabilitado las espitas para que el agua no le costara un dineral por culpa de los críos. Sin el alivio de un aspersor o de una manguera, el calor había quemado completamente la hierba, y entre perros y chicos habían reducido el estrecho jardín a una abrasada extensión de porquería reseca y piedras desperdigadas.

—El jardín es como una parrilla caliente —se quejaba tía Alma —. Absorbe todo el calor de ese tejado de hojalata y lo concentra. Casi se podría cocinar en ese suelo.

—Bueno, hace calor en todas partes.

La abuela nunca estaba de acuerdo con tía Alma, y menos ese verano en que no le estaba pagando lo que ella quería por cuidarle a los niños. Y la pequeña aportación que mamá le daba por

ocuparse de Reese y de mí no suavizaba su actitud. La abuela quería a todos sus nietos, pero andaba siempre pregonando que no sentía mucho aprecio por sus hijas.

—Mis tres hijos me adoran —le decía a todo el mundo—, pero mis hijas, ¡Virgen santa! Tengo cinco hijas, pero no parece que me quieran mucho. Así son las chicas, engreídas y egoístas. No se puede esperar nada bueno de ellas.

—Tu abuela no tiene mala intención —me dijo mamá antes de dejarnos en casa de tía Alma para pasar el día—, pero no hagas mucho caso de lo que dice. Siempre ha querido más a sus hijos. Así son algunas mujeres —yo asentí con la cabeza. Creía cualquier cosa que dijera mamá.

Casi el primer recuerdo que tengo es el de la casa y el jardín de tía Alma, que estaban detrás de la pequeña tienda de carretera que ella y tío Wade trataban de sacar adelante. Era el verano después de nacer Reese, lo que significa que yo debía de tener cinco años, apenas un poco mayor que Earle, el hijo menor de Alma. Pero Little Earle era un niño rechoncho que daba pasos inseguros, todavía escocido por las bragas de plástico, y que echaba las manos, invariablemente pegajosas, a todo lo que pillaba, mientras que yo era una niña seria y observadora, de huesos largos y finos, con una nube de enmarañado pelo negro. Consideraba a Little Earle una criatura inferior y procuraba estar fuera del alcance de sus dedos mugrientos y de su morrito de bebé. Ese verano hizo tanto calor que las chicharras dejaron de cantar y todos se pasaban las tardes en el porche con grandes vasos de té frío y pequeñas toallas húmedas para refrescarse el cuello. Alma no empezaba a cocinar hasta después de ponerse el sol. El crepúsculo, sin embargo, empezaba pronto, un interminable debilitamiento del calor y la luz que daba a todo un aire suave y mágico, hacía salir a las primeras luciérnagas y añadía un sereno encanto a los ecos metálicos de la guitarra *slide* que sonaba en la radio de la cocina de Alma. La abuela se acomodaba en la mecedora del porche, dejando que las niñas de Alma escogieran las judías, ansiaran una tormenta y le dieran la tabarra para que contara historias.

Yo siempre me situaba detrás de la abuela, contra la pared contigua a la puerta mosquitera, desde donde podía oír a Kitty Wells y a George Jones, el quejido de la guitarra y cualquier

conversación que hubiera en la cocina, y también el ruido que hacían los gemelos de Alma al golpear con los pies los escalones del porche, y las risillas de las chicas al deslizar los dedos entre las frescas y polvorientas judías. Ahí estaba yo bien a salvo de Little Earle mientras él corría de acá para allá, de los bolsos del delantal de la abuela a los escalones, adonde sus hermanos lanzaban monedas y hacían apuestas. Little Earle andaba como un cangrejo lisiado, inclinándose hacia los lados, tambaleándose y riéndose de su propio parloteo baboso y atragantado. Los chicos se reían de él; la abuela solo esbozaba una sonrisa. Inconsciente y feliz, Little Earle aporreaba a Grey en los hombros y después se daba la vuelta rápidamente y salía corriendo hacia donde estaban la abuela, Temple y Patsy Ruth. Desnudo, todo hoyuelos, gordo, moreno y orondo, su cuerpo pequeño y poco flexible se le desparramaba indómito, y su colita de crío le colgaba entre los muslos arqueados como un juguete de goma cuando corría dando gritos y se precipitaba de cabeza en el regazo de la abuela. Era como un juguete al que no se le acababa la cuerda, y su deleite no hacía sino aumentar cuando los demás empezaban a reírse de él mientras se levantaba otra vez después de haberse dejado caer de culo al lado de la cuba de las judías.

La abuela se llevó una mano a la boca para que no se le vieran los dientes.

—Feo mocoso —decía burlándose de Little Earle, riéndose entre dientes—. Cosita fea, fea, fea y pequeña.

Earle se detuvo, ululó como una lechuza gritona y se balanceó de un lado a otro como si el impulso que le movía fuera demasiado fuerte para quedarse completamente parado sin caerse. Temple y Patsy Ruth se sacudieron los dedos mojados en la gorda barriguilla del niño mientras que Grey y Garvey se relamieron e hicieron coro con la abuela.

—¡Feo, feo, feo, feo! ¡Feo casi guapo!

Earle chillaba y saltaba y se reía a carcajadas.

—Fe-o —repetía como un loro—.

Feee-o

—tenía una sonrisa radiante, y subía y bajaba las manos hasta las orejas como si fueran abejorros veloces y alborotados.

—Feo. Feo. Feo.

—Eres la cosa más fea que hay —la abuela se echó hacia delante y cogió a Little Earle por los brazos levantándole del suelo, balanceándole a la altura de su cara—. ¡Barriga rechoncha!, —le llamó—, ¡culo repolludo!

Hundió la boca en su tripilla y sopló con fuerza para que sus labios vibraran contra el ombligo de Little Earle, un estrépito de pedorretas que le hizo chillar y brincar y soltar un agudo sollozo de risa histérica. Encogió las rodillas y con las manos se cubrió el sexo, y Temple y Patsy Ruth rieron todavía más. La abuela le balanceó de un lado a otro varias veces y después le puso de pie en el suelo. Inmediatamente corrió a refugiarse en el sobaco de su hermano mayor.

—¡Barriga rechoncha!, —bufó Grey, pero apretándolo contra sí —. Si a lo mejor no eres tan feo.

Le restregó los nudillos por la cabeza casi pelada y tarareó: «Eres alto solo, eso es todo». Grey se reía mientras la abuela se enjugaba los ojos y las niñas vertían agua fresca sobre las habas.

Me incliné hacia delante hasta poner la mano en la silla de la abuela, y deslicé los dedos entre el desgastado y pulido entramado de tablillas para sentir el calor de su cuerpo a través del vestido de algodón. La risa resonaba a mi alrededor, la música, los frenos de los camiones agarrándose al asfalto de la carretera, y alguien comenzó a gritar a lo lejos, mientras oscurecía y las luciérnagas empezaban a revolotear cerca de las cabezas de los chicos. La abuela bajó el brazo y me estrujó la muñeca. Se inclinó hacia delante y lanzó un escupitajo de tabaco negro fuera del porche. Oí el ruido sordo y apagado que hizo cuando cayó en el polvoriento jardín. Me escabullí por debajo de su hombro, me apoyé en un lado de la mecedora y puse la cara cerca de su pecho. Me olía a habas húmedas, a tabaco, a zumo de limón en el cuello, con un ligero tufillo acre a orina y sal.

—¡Feo!, —dije yo también, y escondí el rostro en su vestido, con una sonrisa tan amplia que mis dientes rozaron el cálido algodón.

—Muy feo —susurró la abuela por encima de mí, deslizándome los dedos por la nuca, desenredándome el pelo y separándomelo del cuello—. ¡Casi guapa! Eres una auténtica Boatwright, una Boatwright sin duda.

Me reí en su cuello. La abuela era fea, lo decía ella misma muy a

menudo, aunque parecía no importarle. Tenía la cara ancha, llena de cicatrices y salpicada de pecas y profundas arrugas. El pelo, fino y gris, se lo ataba por detrás con uno de los hilos negros que se desprendían de la bolsita de tabaco. Despedía un olor fuerte, amargo y salado, acre y dulce, todo a la vez. Le rodeé la cintura con mis brazos, dejando mi sudor en su falda, y la aspiré como se aspira el vapor de la sopa. Me acunaba contra mi abuela tan feliz y segura como se había sentido Little Earle con los dientes de ella en su barriga.

—Oye, Bone, tu madre llegará tarde —me dijo Temple—. Con el calor de estas noches, tardan una eternidad en recoger el restaurante, y el amigo Glen estará rondando por la barra, entreteniéndola. Está completamente loco por tu madre.

Asentí seriamente sin soltar a la abuela. El volumen de la radio estaba muy alto, los chicos empezaron a pelearse. Todos estaban entretenidos, todos hablaban, pero yo me encontraba muy a gusto al lado de la abuela, esperando a que mamá llegara tarde del restaurante y nos llevase a Reese y a mí de vuelta al pequeño dúplex que había alquilado en la ciudad. Si continuaba el calor durante la noche, mamá nos sacaría a la terraza cubierta con mosquiteras, improvisando para nosotras un colchón de cojines y sábanas. Ella se sentaría a nuestro lado canturreando y fumando en el silencio de la noche, y la radio sonaría muy bajito para que nosotras no la oyésemos.

El mundo que llegaba por la radio era inmenso y remoto y no nos afectaba en absoluto. Vivíamos en un porche u otro durante todo el verano, riéndonos con Little Earle, gastando bromas a los chicos y escogiendo judías, escuchando historias o a los grillos tañendo sus propias musiquillas. Siempre que pienso en aquel verano —durmiendo en casa de alguna de mis tías tan placenteramente como en la nuestra, el olor del cuello de mamá cuando se inclinaba a abrazarnos en la oscuridad, el sonido de la risilla de Little Earle o del escupitajo de la abuela al dar contra la tierra reseca, y aquella música *country* que se oía suavemente por todos lados y que formaba parte de las tardes tanto como los grillos y la luz de la luna— me siento segura otra vez. Ningún otro lugar me ha parecido nunca tan dulce y tranquilo, en ningún otro me he sentido tan en casa.

Adoraba a mis tíos, Earle, Beau y Nevil. Eran hombres grandes, de espaldas anchas, dientes rotos y rasgos marcados. Tenían perros entrenados para la caza y conducían viejas camionetas con cajas metálicas de herramientas sujetas con pernos a los refuerzos laterales de madera. Trabajaban en las fábricas de tejidos o en la reparación de calderas, o, a veces, realizaban trabajos de construcción o retejado, dependiendo de cómo marcharan las cosas. Los fines de semana se juntaban para hacer chapuzas en los coches; ganduleaban por el jardín, bebiendo whisky y hablando de guarradas, dando patadas a los restos grasientos de los motores que nunca terminaban de reconstruir. Tenían los ojos rasgados bajo cejas aclaradas por el sol, y las manos siempre ocupadas con una cuchilla o un trozo de madera, o engrasando alguna pieza de maquinaria.

—Sujeta el cuchillo así —me decían—. Acciona el destornillador desde el hombro, impulsa el martillo desde la cadera, y extiende bien los dedos cuando quieras sujetar algo.

Aunque la mitad del condado les temía, mis tíos eran siempre amables y afectuosos conmigo y con mis primos. Solo cuando se emborrachaban o se peleaban entre ellos parecían tan peligrosos como se decía que eran. Llevaban cuchillos relucientes, afilados y fascinantes, e imponentes cajas de herramientas con todos los artilugios metálicos imaginables. Hasta sus carteras rebosaban de cosas raras y misteriosas: carnés caducados del personal de la construcción de la base aérea, pases para el autódromo, recibos de reparaciones de coches y pagarés de juego, además de pequeños y descoloridos retratos de guapas mujeres que no eran sus esposas. Mis tías les trataban como si fueran chicos grandullones, indómitos adolescentes cuyas travesuras eran más motivo de broma que de preocupación, y ellos parecían pensar de la misma manera. Tenían un aspecto juvenil, incluso Nevil, a quien le habían saltado los dientes a golpes; mientras que las tías —Ruth, Raylene, Alma, y hasta mamá— parecían viejas, gastadas y pesadas, nacidas para cuidar y alimentar a los hombres y limpiar las cosas sucias que ellos iban dejando tras de sí.

Ellos podían hacer cualquier cosa, y todo lo que hacían, por violento o equivocado que fuese, se veía con humor y comprensión. El *sheriff* les detenía por destrozarse las ventanas a tiros, conducir

las furgonetas a toda velocidad por las vías del tren o moler a palos al camarero del Rhythm Ranch; y mis tías se encogían de hombros y se ocupaban de que los niños estuvieran a salvo en casa. Lo que hacían los hombres era precisamente eso, cosas de hombres. Había días en que me rechinaban los dientes deseando haber sido chico.

Les pedía a mis tías las camisas de dril de algodón de Earle y Beau para llevarlas como lo hacían ellos cuando iban en sus camionetas, con la parte delantera por dentro y la de atrás colgando por fuera. Beau se reía afectuosamente de la forma en que le imitaba. Earle y Nevil me peinaban el pelo negro con sus ásperos dedos y jugaban a cogerme el faldón de la camisa cuando pasaba corriendo por su lado, pero sus manos jamás me lastimaron, y el orgullo que sentían por mí resplandecía como la brasa de los cigarrillos que en todo momento sostenían relajadamente entre los dedos. Les seguía a todas partes y les robaba cosas que no les hacían falta: viejas herramientas, trozos de cadena y piezas de motor inservibles. Quería sobre todo un cuchillo como el que ellos llevaban, un Buck con cachas de bronce y madera teñida o una navaja con adornos de nácar. Encontré una estropeada con el mango hecho trizas, que pegué con cinta a la torcida espiga de acero. Llevaba ese cuchillo a todas horas, hasta que a mi primo Grey le di pena y me regaló una mejor.

Tío Earle era mi preferido. Se le conocía como Earle el Negro en tres condados a la redonda. Mamá decía que le llamaban así por ese pelo tan negro que le caía sobre los ojos en grandes y suaves rizos, pero tía Raylene decía que era por su corazón tan negro. Era un hombre trabajador, atractivo y de voz agradable. Le decía a mamá que todas las chicas le querían porque se parecía a Elvis Presley, solo que él era delgado y con músculos. Y de alguna forma así era, pero tenía la cara surcada de arrugas y tostada por el sol, de un moreno rojizo. La verdad era que no había en él nada de la inocencia del rostro infantil de Elvis Presley; tenía una mirada diabólica y un cuerpo que, tía Alma juraba, estaba hecho para el sexo. Era un hombre alto y larguirucho, con grandes manos, señaladas de cicatrices.

—Earle es un peligro sobre ruedas —decía riéndose tío Beau. Las

tías asentían, esbozando sonrisas indulgentes mientras le pasaban tiernamente los dedos, como patitas filiformes de colibrí, por sus anchas espaldas.

Tío Earle parecía tener siempre dinero en los bolsillos, con algún trabajo a punto de dejar y otro a punto de empezar. Su mujer le había abandonado por la época en que murió Lyle Parsons por lo que ella llamaba su propensión al engaño. No podía mantenerse lejos de las mujeres, y eso la volvía loca. Teresa era católica y había tomado en serio su promesa, tal y como Earle esperaba, pero jamás imaginó que le dejaría por acostarse con chicas con las que nunca se habría casado y a las que no amaba. La cólera y el dolor que le produjo perderla a ella y a sus tres hijas le daba ese aire de amargura que parecía hacerle tan atractivo.

—Earle tiene un encanto especial —me decía tía Ruth—. Es como un imán para las mujeres. Les rompe el corazón y encima hace que les guste —meneó la cabeza y me sonrió—. Todos esos jovenzuelos que juegan a ser algo, que creen que pueden enloquecer a las mujeres con sus caderitas estrechas y sus sonrisas infantilonas, jamás tendrán el don que tiene Earle; es que ni siquiera saben lo que es. Un hombre triste y herido al que le gustan de verdad las mujeres, eso es lo que es Earle, un chiquillo lastimado con la malicia justa para mantener interesada a una mujer.

Me retiró el pelo de la cara y me pasó los pulgares por las cejas, alisándome los finos pelillos negros.

—Tu verdadero padre… —hizo una pausa, miró a su alrededor y empezó de nuevo— tenía algo de eso también, lo suficiente al menos para conquistar a tu madre. También le gustaban las mujeres, y eso es algo que puedo decir en su honor. Un hombre al que de verdad le gustan las mujeres tiene siempre un toque mágico.

No había ningún retrato de mi verdadero padre, y mamá no quería hablarme de él, como tampoco quería hacerlo del resto de la familia. Fue la abuela la que me contó lo calavera que era; me dijo que vivía cerca de Blackburn con su mujer y seis hijos que ni siquiera sabían de mi existencia; que se dedicaba a vender seguros por el condado a la gente de color y que no había pasado ni un solo día de su vida en la cárcel.

—Una pena de hombre —le llamó ella, haciéndome sentir bastante desgraciada, hasta que tía Alma me juró que no había sido

tan malo, solo que había cabreado a todos negándose a volver y pedir perdón a la abuela cuando ella le hizo salir corriendo.

—Ocho días después de nacer tú —me contó tía Alma— vino por aquí, mientras la abuela estaba en los telares para solucionar un problema que había surgido con uno de los chicos. Anney no estaba nada segura de querer verle, pero Raylene y yo la convencimos de que le dejara verte mientras ella se quedaba en la habitación del fondo. El chico estaba cagado de miedo, sosteniéndote con las manos manchadas de verde oscuro porque había estado pintando el remolque de su padre. Tú le mirabas con tus ojos negros de india como si no fuera más que un criado que te hubiese cogido para que echaras el aire o algo parecido. Entonces te relajaste y ¡le measte, pero bien, las mangas, la parte delantera de la camisa y los pantalones hasta las rodillas! ¡Te hiciste pis encima de ese hijo de puta!

Tía Alma me abrazó acurrucándome en su regazo. Esbozó una sonrisa tan de oreja a oreja que le hacía pequeña la nariz. Parecía que hubiera estado esperando desde que nací para contarme esa anécdota, elogiarme y darme las gracias por algo que yo ni siquiera sabía que había hecho.

—Era como si estuvieras haciendo pública la opinión de tu madre, hablando por ella claramente allí, en brazos de tu padre. Y ese chico parecía saber exactamente lo que significaba el que tú con tu pis de bebé hicieras que su ropa apestara para que todos se enterasen. Te pasó inmediatamente a mis brazos como si fueras a continuar hasta ahogarle si no se daba prisa. Voló sin hablar con tu madre y nunca más volvió. Cuando nos enteramos de que se había casado con otra muchacha que estaba embarazada de él, Earle bromeó diciendo que el chico era demasiado fértil para andar de picos pardos por ahí, que no podía follar a una mujer sin hacerle un hijo, y a lo mejor es verdad. Con los seis que tiene legales, tú y los otros que, según dice la gente, tiene repartidos desde Spartanburg hasta Greer, parece que se hubiera propuesto tener el monopolio de la procreación. Tienes familia que no vas a saber que lo es, todos con ese pelo tan negro que él tenía —me sonrió abiertamente mientras alargaba la mano para retirarme de la cara mi pelo negro-noche.

—¡Bueno, Bone!, —dijo riéndose—. Quizá deberías pensar en

casarte con un rubio, más que nada para estar segura, ¿eh?

La abuela se negaba a hablar de mi verdadero padre, salvo para maldecir su nombre, pero me hablaba de todo lo demás. Se echaba hacia atrás en la silla y empezaba a relatar historias y recuerdos, sin hacer distinciones entre lo que ella sabía que era verdad y lo que solo había oído decir. Los cuentos que me contaba, en murmullos roncos y arrastrando las palabras, eran canciones, baladas de familias, amor y desengaños. Todo parecía resumirse en dolor y sangre, y todos los personajes parecían de leyenda.

—Mi abuelo, tu tatarabuelo, era cherokee, y no sentía mucho aprecio por nosotros, sus nietos pelirrubios. Algunos decían que tenía otra familia por la Eustis Highway, una esposa india que le dio hijos con pelo negro y ojos azules. ¡Ja! Los ojos azules no son tan raros entre los cherokees de por aquí. Siempre he creído que es una pena que nosotros no saliéramos con ellos azules como sus otros hijos. Claro que él también era un bastardo de ojos negros, y a lo mejor no es verdad que haya tenido esos otros hijos como dicen por ahí. Lo cierto es que la abuela nunca le engañó. La mujer estaba sencillamente obsesionada con aquel hombre, obsesionada hasta la locura. Por la noche, lloraba como un perro cuando él no estaba. No se quedaba mucho, pero cada vez que venía a casa, hacían otro crío, otro niño entre rubio y pelirrojo, de ojos castaños, que él trataba como a un cachorrito. No zurró a un crío en su vida, nunca pegó a la abuela. Se podría pensar que lo hubiera hecho, pero no parecía que él se preocupara tanto. Era un hombre tranquilo, además. No peleaba, apenas hablaba. No era un Boatwright, de eso no hay duda.

—Pero nosotros también le queríamos, ¿sabes?, casi tanto como la abuela. Hasta habríamos sido capaces de matar aunque solo hubiera sido por que nos prestara un solo minuto más de atención, y casi de morir por parecernos a él de algún modo, aunque éramos todo lo distintos de él que se podía ser. Ninguno tranquilo, todos peleones. Ninguno con aquellos ojos azules, y ninguno, salvo tú, con el pelo negro azulado. ¡Señor, sí que eras una cosa rara! Eras como una muñeca con la cara gordita y colorada, y todo ese pelo tan negro, una muñequita con la cabeza totalmente cubierta de pelo.

Tan callada y pacífica como él. Ni siquiera lloraste hasta que tuviste garrotillo a los cuatro meses. Siempre he creído que le habrías gustado, seguro que sí. Hasta tienes un aire a él. Esos ojos oscuros y ese pelo que tenías al nacer, negro como la noche. Yo estaba allí.

—¡Qué demonio!, —exclamaba riendo Earle cuando le contaba alguna de las historias de la abuela—. Una de cada tres familias del condado de Greenville jura ser parte del pueblo cherokee. Si nuestro bisabuelo lo era o no realmente importa un carajo. Tú eres una Boatwright, Bone, aunque seas la chica más rara que tengamos.

Le miré detenidamente, manteniendo serenos mis ojos cherokees y la cara inexpresiva. No podría haber dicho ni una sola palabra si mi tatarabuelo hubiera estado allí, devolviéndome la mirada con mis propios ojos negros.

Mamá llevaba el pelo corto, rizado y teñido. Cada dos meses ella y tía Alma se juntaban para arreglarse el pelo mutuamente; enjuagando el de tía Alma con cerveza o zumo de limón para aclararlo solo un poquito, recortando por detrás el de mamá y tiñéndolo del rubio oscuro que a ella le gustaba. Después se lo rizaban con horquillas y mientras esperaban a que se secase, engatusaban a Reese para que se quedara quieta el tiempo suficiente para envolverle con tiras de tela sus delicados ricitos pelirrojos. Yo disfrutaba cortando tiras de tela, aclarando horquillas, filtrando el zumo con un trapo, pero me negaba a que mamá me hiciera la permanente que siempre estaba insistiendo en hacerme.

—Apesta y duele —me quejaba—. Házsela a Reese.

—¡Bah! A Reese no le hace falta. Mira esto —y tía Alma tiraba de unos cuantos largos y flexibles rizos de Reese. Igual que elásticos muelles, los bucles caían en espiral como por arte de magia—. Esta criatura tiene el mejor pelo del mundo, como tú, Anney, cuando eras pequeña. El tuyo también tenía un tono rojizo, me parece a mí.

—No —mamá meneó la cabeza mientras quitaba las tiras de tela de los rizos de Reese—. Sabes que mi pelo era rubio sin más. El tuyo sí era un poco pelirrojo, el tuyo y el de Ruth. ¿Te acuerdas de cómo discutíamos sobre quién lo tenía más oscuro?

—¡Ah!, pero tú tenías el pelo más bonito —tía Alma se volvió

hacia mí—. Tu madre tenía el pelo más bonito que jamás se ha visto. Tan suave que a su lado el de Reese parecería cable de acero. Era el más suave del condado de Greenville, tan dorado como la luz del sol en los cristales. No se oscureció hasta que os tuvo a vosotras, niñas, un poco contigo, y del todo con Reese. Eso le pasa al pelo, ¿sabes?, se vuelve oscuro durante el embarazo. Nada puede pararlo una vez que empieza.

Mamá se reía.

—¿Recuerdas cuando Carr se quedó embarazada por primera vez y juró que se afeitaría la cabeza si se le empezaba a oscurecer el pelo?

Tía Alma asintió, meneándosele los oscuros rizos con las horquillas.

—Enjuagarlo con pis, eso es lo que hacía, todos los domingos por la tarde, con el pis de Tommy Lee que le pedía a Ruth. Todo porque la abuela juraba que los enjuagues con pis de bebé le mantendrían el pelo rubio.

—¿Y no apestaba?, —mordí la punta de una horquilla, quitando la capa que cubría el metal, para probar el fresco sabor del hierro.

—El pis de bebé no apesta —me dijo tía Alma— a menos que el bebé esté enfermo, y Tommy Lee no estuvo enfermo en su vida. Carr olía como siempre, pero el pelo se le oscureció de todas formas. Es el precio de tener hijos.

—¡Bah, que no es por eso!, —mamá me sentó en su regazo y empezó la ardua tarea de cepillarme el pelo—. Todos los Boatwright nos vamos volviendo morenos a medida que envejecemos. Así son las cosas. El pelo rubio se nos vuelve pelirrojo o castaño, y cada vez más oscuro. Ninguno de nosotros sigue rubio de mayor.

—Menos tú, cariño —dijo tía Alma con una sonrisa.

—Sí, pero yo uso Clairol, ¿no?, —mamá se echó a reír y me abrazó—. ¿Tú qué crees, Alma? ¿Debería cortar toda esta greña o no? No es capaz de tenerlo arreglado ni aunque la maten, no soporta que le dé tirones cuando se lo cepillo.

—¡Demonio!, sí, córtaselo. Voy a por el tazón. Se lo rebajaremos justo a ras de cuello.

—¡Noooo!, —aullé, cubriéndome la cabeza con las manos—. ¡Quiero mi pelo! ¡Quiero mi pelo!

—¡No nos dejas hacer nada con él, cariño!

—¡No, no, no! Es mi pelo y lo quiero. Lo quiero largo y enredado, tal y como es.

Tía Alma alargó la mano y me cogió la horquilla de la boca.

—Señor, mírala —dijo—. Terca como una mula.

—Bueno, bueno —mamá me puso las manos en los hombros y me dio un apretón. No parecía enfadada. Levanté la cabeza para mirarla. Sus ojos castaños eran enormes de cerca, con pequeñas chispitas de luz en las pupilas. Casi podía verme a mí misma entre los destellos dorados.

—Bueno, ¿qué esperabas, eh?

Volví la mirada a tía Alma. Sus ojos eran también de un castaño cálido, profundos y con el mismo brillo de lucecitas doradas, y de pronto me di cuenta de que tenía los pómulos iguales a los de mamá, y la misma boca.

—Es exactamente igual que tú.

Ni mi boca ni mi cara eran así. Peor aún, mis ojos negros no tenían ningún brillo dorado. No me parecía a nadie en absoluto.

—Que tú, querrás decir —dijo mamá.

Ella y tía Alma asintieron por encima de mi cabeza, sonriéndose la una a la otra en total acuerdo. Me quité las manos de la cabeza lentamente y dejé que mamá empezara a cepillarme el pelo. Reese se metió sus pequeños y regordetes dedos en la boca y me miró fija y seriamente.

—Bo-Bone —tartamudeó.

—Sí —convino tía Alma, alzando en brazos a Reese—. Nuestra testaruda Bone es como su madre, Reese. Como sus tías, como los Boatwright y como tú.

—¡Pero si yo no me parezco a nadie!, —me quejé.

Tía Alma se echó a reír.

—¿Cómo que no? Te pareces a nuestra Bone, niña.

—No me parezco a mamá. No me parezco a ti. No me parezco a nadie.

—Te pareces a mí —dijo mamá—. Te pareces a mi niña pequeña —me puso los dedos en las mejillas delicadamente, presionando debajo de los ojos—. Tienes todo el aire, seguro. Lo veo, veo cómo serás cuando crezcas, cómo serán estos huesos de aquí —sus dedos se deslizaron suavemente hacia la boca y la barbilla—. Y de aquí.

Te parecerás a nuestro abuelo, sin duda. Pómulos cherokee, ¿eh, Alma?

—Sí, seguro que sí. Va a ser otra; otra belleza de la que preocuparse.

Sonreí abiertamente sin creerlas, pero deseando que fuera verdad lo que decían. Después me quedé quieta, intentando no encogerme cuando mamá empezó a cepillar sin piedad mi enmarañado pelo. Si me hiciera una permanente, me perdería esas horas sentada en el regazo de mamá, apoyada contra el pliegue de su brazo mientras me cepillaba y cepillaba y alisaba el pelo y me hablaba con dulzura. Siempre parecía oler a masa de tortitas, a sal y a esmalte de uñas; el delicado y sugestivo aroma de lo familiar y de lo acre. Respiraba profundamente y me mordía los labios para no quejarme del dolor que me quemaba el cuero cabelludo. Me habría cortado la cabeza antes de dejar que me cortaran el pelo y perder el inefable placer de sentarme en el regazo de mamá todas las mañanas.

—¿Me parezco a mi papá?, —pregunté.

Hubo un silencio. Mamá seguía cepillando sin parar mientras tía Alma terminaba de quitar las tiras de tela del pelo de Reese.

—¿Me parezco…, me parezco a mi papá, mamá?

Mamá me recogió todo el pelo con una mano, repasándome las puntas con el lateral del cepillo.

—Alma, dame un poco de ese aceite de almendras, cariño, solo un poco para la palma de la mano. Con eso bastará.

Volvió a cepillarme el pelo dando largas pasadas. Tía Alma empezó a tararear. Agaché la cabeza. Tampoco es que insistiera tanto en saber alguna cosa sobre mi desaparecido padre. No me habría importado nada una mentira. Solo quería oír la historia que mi madre habría contado. ¿Qué era lo que no quería decirme, la causa, el momento en que se hizo diferente de todos sus hermanos y hermanas y tomó la decisión de no hablar sobre su vida? Mamá pasaba el cepillo con tanta fuerza que me tiraba de la cabeza hacia atrás.

—¿No sabes estarte quieta, Bone?

—No, mamá.

Cerré los ojos y le dejé que me moviera la cabeza, que me tirara bruscamente del pelo, hasta que se relajó un poco. Tía Alma

tarareaba bajito. El olor del aceite en los dedos de mamá impregnaba el aire. El sonsonete de Reese se unió al canturreo de tía Alma. Abrí los ojos y miré a los de mamá. En ellos se veía la sonrisa infantil de Reese. En sus pupilas destellaban y relucían chispas doradas, como briznas brillantes con reflejos de luz.

3.

El amor, al menos el amor por un hombre que no fuera parte de la familia, era algo que me desconcertaba un poco. Tía Alma decía que el amor tenía que ver con lo bello que era un cuerpo más de lo que nadie estaba dispuesto a admitir, y Glen era bastante guapo, aseguraba, con sus anchas espaldas, el pelo peinado hacia atrás y la camisa abotonada completamente y bien ajustada en el delgado cuello.

A veces, cuando se marchaba Glen tras una visita, mamá se sentaba en el porche y fumaba un cigarrillo, con la mirada perdida en la lejanía. En algunas ocasiones me deslizaba sin hacer ruido por debajo de su brazo y me sentaba con ella en silencio. Me preguntaba en qué estaría pensando, pero no decía nada. Si lo hubiera hecho, ella habría contestado algo acerca de la carretera o de los árboles o las estrellas. Me habría contado cualquier cosa del trabajo o algo que había hecho uno de mis primos, o uno de los tíos, o me habría mandado a la cama de un azote en el culo, y habría vuelto a sentarse allí, con una expresión seria, fumando un cigarrillo Pall Mall hasta el filtro.

—¿Os gusta Glen a Reese y a ti, verdad?, —nos preguntaba mamá de vez en cuando con voz preocupada. Yo siempre asentía con la cabeza. Claro que nos gustaba, le respondía, y veía cómo se le iba suavizando la expresión de la cara hasta que le volvía la sonrisa.

—A mí también. Es un buen hombre —se pasaba las manos por los muslos lentamente, se abrazaba las piernas contra el pecho, y, al mover afirmativamente la cabeza, parecía estar de acuerdo más consigo misma que conmigo—. Es un buen hombre.

Las noches que mamá trabajaba en el restaurante nos dejaba con tía Ruth o tía Alma. Pero a veces, si no tenía que trabajar hasta muy tarde, preparaba una cama con mantas y almohadas en el asiento de atrás de su Pontiac y nos llevaba con ella. Nos daba de cenar en el restaurante, en una mesa cerca de la cocina, y nos dejaba escuchar música en la máquina de discos durante un rato, antes de llevarnos al coche a dormir diciéndome de manera terminante que no abriera la puerta a nadie salvo a ella. Mientras estábamos sentadas en aquella mesa, yo me dedicaba a observar cómo trabajaba. Era encantadora, joven y dulce, y demasiado guapa para que nadie fuera desagradable con ella. Los camioneros bromeaban y le ponían sus canciones favoritas en la máquina de discos. Los más jóvenes trataban de convencerla para que saliera con ellos, pero ella se los quitaba de encima con alguna broma también. Los mayores que la conocían bien la felicitaban por nosotras, sus preciosas niñas. Yo lo observaba todo, admirando los fornidos antebrazos y las anchas espaldas de los hombres mientras tomaban el café que mamá les servía, absorbiendo la música que sonaba constantemente, cuidando de que Reese no derramara la leche o se deslizara debajo de la mesa y sonriendo a mamá cuando me miraba.

—Tú eres la niña de Anney, ¿no?, —me dijo uno de ellos—. Tu hermana pequeña es igual que ella, ¿verdad? Tú debes de parecerte a tu papá —yo asentí discretamente.

Cuando venía Glen Waddle, mamá le servía una cerveza y, si podía, se sentaba con él. A veces, si estaba muy ocupada, nos llevaba él al coche apenas Reese empezaba a tener sueño, sosteniéndonos en sus fuertes brazos con la misma estudiada amabilidad que cuando tocaba a mamá. Yo siempre quería esperar hasta que mamá pudiese arroparnos en nuestra cama hecha de mantas, pero parecía que le gustaba que Glen nos llevara, con todos los camioneros mirando. Veía cómo le miraba ella al salir con nosotras, cómo se le suavizaba e iluminaba la cara. Quizá era amor esa mirada. No podía saberlo.

Mamá estuvo saliendo dos años con Glen. La gente decía que le había tomado su tiempo volver a confiar en los hombres tras la muerte de Lyle. De vez en cuando mamá nos llevaba a Reese y a mí con ella a buscar a Glen a su nuevo trabajo en la planta de RC Cola. A veces le encontrábamos aún trabajando, levantando bandejas de

botellas de soda, hasta llenar el camión para la ruta de la mañana siguiente. Tenía que cargar todas las cajas llenas, y los envases vacíos separarlos y transferirlos a la cinta transportadora para su limpieza y envío a la planta de embotellado. Levantaba cada caja de veinticuatro botellas por encima de la cabeza y la llevaba hasta el camión con un resoplido, impulsándose desde las caderas con todo su peso, los brazos extendidos y la boca contraída hacia dentro, por la concentración. Tenía el cuello desabrochado; la camisa del uniforme, azul claro y de manga corta, era suelta y se le pegaba a la espalda formando una franja oscura a lo largo de la columna. Mamá estaba aún con el vestido de camarera, oliendo a sal y a fritos, y tan sudorosa y cansada como él, pero Glen le sonreía como si pensara que ella sudaba crema y azúcar. Se asomaba por la ventana del coche y lo llamaba con voz suave, y él se sonrojaba y empezaba a moverse un poco más deprisa, no estábamos seguras de si para presumir de fuerza o para salir antes de allí.

Glen era un hombre pequeño aunque tan fuerte y musculoso que resultaba difícil ver en él ninguna exquisitez, pero con la tosca ropa de trabajo y las fuertes botas estaba extrañamente elegante. Había trozos de vidrio en el pavimento, fragmentos triturados de loza incrustados en el asfalto, y todos los hombres calzaban fuertes botas de trabajo con gruesas suelas de goma. Los pies de Glen Waddle eran tan menudos que tenía que comprarse las botas en la sección de cadetes de los almacenes Sears, en Roebuck, mientras que los guantes solo los encontraba en tiendas especializadas en tallas grandes para hombres. Se giraba sobre esos pies de niño, volviendo las estrechas caderas y resollando con la carga —era un trabajo enérgico y agotador— mientras que sus manos movían cajas y bandejas con la misma delicadeza que si fueran huevos. Extendía tanto las manos que abarcaba fácilmente media caja, manteniendo niveladas todas las botellas por muy altas que tuviera que colocar las bandejas.

La gente hablaba del temperamento de Glen, y de sus manos. No bebía, no iba de juerga, ni siquiera decía obscenidades, pero el aire parecía vibrar en torno suyo, y tenía unas manos enormes. Le colgaban como guantes de béisbol al final de sus brazos cortos y fornidos. En su cuerpo pequeño y esbelto resultaban llamativas, incongruentes, en constante movimiento, y la única prueba de lo

fuerte que era. Cuando alargaba los brazos para tocarnos a Reese y a mí, nos ponía las manos en la nuca y se agachaba para mirarnos a la cara, sus dedos cálidos y húmedos enredándonos levemente el pelo. Era infinitamente cuidadoso con nosotras, amable y tranquilo con aquellas manos; sin embargo, siempre agarraba a mamá con amplios y bruscos movimientos de los brazos. Cuando la abrazaba, le colocaba las manos en la espalda de manera que la cubría desde el cuello hasta la cintura, estrechándola contra él todo lo que podía.

Mamá siempre entrelazaba sus manos con las de Glen, y sus dedos hacían que los de él pareciesen aún más grandes, más fuertes, más largos.

—Es un hombre amable —les decía a sus hermanas—. Tendríais que ver con qué ternura coge a Reese cuando se queda dormida en el asiento trasero del coche, como si fuera tan delicada y frágil como esas copas que repican al chocar con los dientes —mis tías decían que sí con la cabeza, aunque sin mucha convicción.

Pero yo sabía que mamá había empezado a querer a Glen. Veía cómo se sonrojaba cuando él la miraba o la tocaba incluso de manera fortuita. Le aparecía un rubor en el cuello, y las mejillas le brillaban hasta que toda la cara se le ponía de un rosa encendido. Glen Waddle hizo que mamá dejara de ser una madre cansada y preocupada y se convirtiera en una chica esperanzada y risueña.

Una tarde Glen cargó la última caja en el camión y se volvió para mirarnos a mamá, a Reese y a mí, que estábamos esperando en el viejo Pontiac. El sol iluminaba su sudor —pequeñas gotas e hilillos brillantes— de manera que le hacía centellear bajo la luz. Se secó la cara, pero seguían cayéndole regueros de sudor y parecía que estuviera llorando. Caminó despacio hacia nosotras, se agachó al llegar a la puerta y extendió los brazos por la ventanilla para estrechar a mamá.

—Oh, Anney —susurró—. Anney, Anney —su voz era trémula y ronca—. Lo sabes. Sabes que te quiero. No puedo esperar más, Anney. No puedo. Te quiero con toda mi alma.

Extendió los brazos por encima del asiento y tiró de Reese y de mí, estrujándonos contra el cuello y la espalda de mamá.

—Y a tus niñas, Anney. ¡Dios! Las quiero. ¡Nuestras niñas, Anney. Nuestras niñas!, —luego sollozó, tirando de nosotras con más fuerza, hasta que los huesos de pájaro de Reese crujieron en mi

hombro y el olor de su sudor nos envolvió a todos. Pasó la cara por encima del pelo de mamá y apretó la mía, sus labios y sus dientes rozándome la mejilla—. Llámame papá —susurró—. Llámame papá porque quiero a tu madre, porque te quiero a ti. Voy a tratarte bien. Ya lo verás. Sois mías, todas sois mías.

Le temblaban los hombros, su cuerpo extendido a través de la ventana parecía mover el coche entero.

—Oh, Anney —se estremeció—. No digas que no. Por favor, no me hagas eso.

—Glen —suspiró mamá—. Oh, Glen. No sé —tembló y le rodeó lentamente con sus brazos—. De acuerdo, lo pensaré. De acuerdo, cariño. De acuerdo.

Glen dio un salto hacia atrás. Aporreó el techo del coche con las manos una, dos, tres veces. Los ecos eran como disparos. Mamá lloraba en silencio, agitándosele los hombros contra mí y Reese.

—¡Joder!, —gritó—. Joder, Anney —daba vueltas gritando de alegría—. Sabía que dirías que sí. ¡Oh, Anney, ya verás todo lo que voy a hacer! ¡Te lo prometo! ¡Ni te lo imaginas!, —extendió los brazos y de nuevo dio gritos de alegría. Parecía como si alguien le estuviera dirigiendo una luz roja a la cara. Abrió la puerta e hizo salir a mamá, con las manos aún temblándole cuando se las puso en la espalda. La estrechó con tanta fuerza que la levantó del suelo, y luego dio vueltas con ella en el aire, riendo y gritando. Reese me plantó las manos en los hombros, aferrándose a mí. Notaba cómo vibraba suavemente al compás de los alaridos de Glen. Ambas sonreímos y nos agarramos la una a la otra mientras Glen llevaba a mamá en volandas por todo el aparcamiento protegiéndola con sus brazos.

—Lo que pasa es que a ti no te gustan los Waddle —le dijo mamá a la abuela. Estaba en el porche de tía Alma, con una blusa azul y blanca de lunares que le había regalado Glen. Resaltaba el color de sus ojos, le había dicho. Por la expresión de su cara, era evidente que estaba haciendo un esfuerzo para no perder la paciencia con la abuela.

—Glen me quiere, quiere a las niñas. Qué importa que su familia sea engreída y arrogante. Glen no es así.

—Tú no sabes cómo es ese chico, Anney. Simplemente no lo sabes.

—Sé que me quiere —mamá hablaba con convicción, segura de que Glen Waddle la quería más que a su alma y que todo lo demás vendría después—. Con eso me basta —le dijo a la abuela.

—Ese chico tiene algo raro —la abuela se volvió hacia tía Alma buscando apoyo—. Me mira siempre por el rabillo del ojo, como si fuera un perro viejo y hambriento esperando a pillar un hueso. Y tú sabes que el hueso que él quiere es Anney.

—Crees que nadie es lo bastante bueno para Anney —ironizó Alma—. Tú lo que quieres es que siga pagándote por cuidar a las niñas, hasta que esté tan consumida que ya no se le pase por la imaginación la idea de casarse otra vez.

Era la continuación de una pelea que arrastraban desde hacía una semana. Ese día era domingo y Glen iba a venir para llevar a todos de pícnic al lago. La abuela se negaba a ir aunque mamá hubiera preparado picadillo de pollo y postre de gelatina pensando en ella.

—Déjalo ya, Anney, y ayúdame con la cámara —tía Alma tenía una nueva y estaba decidida a documentar todas las reuniones familiares que pudiera—. Mamá siempre tiene que salirse con la suya. Déjala en paz, que ya entrará en razón a su debido tiempo.

Cuando llegó Glen, fue la cámara lo que hizo salir a la abuela al porche con todos los demás. Pero ahora era Glen el que no quería que le hicieran fotos.

—No soy una estrella de cine —le dijo a Alma, y siguió poniéndose la mano delante de la cara cuando ella trataba de enfocarle.

—Es por el nuevo corte de pelo —bromeó Earle—. No quiere que la gente vea cómo le sobresalen las orejas. Estoy contigo, Glen. Somos demasiado feos para salir en fotografías. Que se pongan las mujeres y los niños y que nos dejen a nosotros en paz.

A tío Earle Glen le caía bien pero, al igual que la abuela, no tenía muy buena opinión de la familia Waddle. Hasta se lo había dicho a él a la cara, pero el chico solo hizo una mueca, y esa reacción no le pareció muy apropiada. Aunque no se llevara bien con su familia, Earle creía que Glen no debería permitir que nadie hablara mal de ellos. Si hubieran intercambiado unos puñetazos,

sangrado un poco y hecho las paces después, Earle se habría quedado más tranquilo. Pero Glen era un tipo callado que nunca peleaba de forma amistosa. O te soltaba una sonrisita flemática o trataba por todos los medios de matarte. Se había ganado cierto respeto con lo segundo, admitía Earle. En una ocasión, antes de que Glen dejara la fundición para trabajar en la planta de RC Cola, habían tenido que llamar a la policía por su causa. Glen era un adulto, un trabajador y quería a Anney Boatwright. Todo el mundo lo sabía, hasta la abuela.

—Venga, Earle, no compliques más las cosas —la abuela se colocó el pelo detrás de las orejas y se alisó las arrugas de la blusa verde estampada—. Quiero que Alma haga fotografías a todos. Quiero un álbum de fotos familiar para guardar en mi cómoda.

Earle soltó una carcajada y se escabulló para ir a dar un empujoncito a Alma en el momento en que estaba enfocando a la abuela y a mamá; después nos persiguió a Reese y a mí hasta el jardín, y cuando cogió a Reese la lanzó tan arriba en el aire que ella agitaba los brazos como si fuera a echar a volar. Yo les esquivé y me metí entre los arbustos, sin hacer caso de las zarzas en las que se me enganchaba la falda del vestido nuevo que mamá me había hecho llevar. Me puse a mirarles desde detrás de la camioneta de Earle: la abuela, de pie en el porche con su vaga sonrisa, y mamá, unos banzos más abajo, con la blusa nueva, al lado de Glen, con su corte de pelo a cepillo, y Alma, en el camino, enfocándolos. Todos parecían nerviosos pero decididos, mamá rígida por el incómodo abrazo de Glen y este casi tambaleándose en los escalones tratando de apartar la cara de la cámara. Yo tenía el cuello entumecido solo de mirarles.

Solamente Earle y Reese estaban relajados; Reese, soltando gritos y risitas, con las piernas extendidas, daba vueltas y más vueltas en brazos de Earle sobré la hierba húmeda y bajo la brillante luz del sol.

—Bone, Bone —gritaba—. ¡Oh, Bone, ayúdame! ¡Ayúdame!

—Vas a volar hasta las estrellas, pequeñina —bromeaba Earle con los dientes apretados, haciendo gritar a Reese aún más. Casi no había terminado de decirlo cuando se resbaló y se cayó de culo en la hierba con las piernas levantadas hacia adelante. Reese aterrizó a salvo en su regazo, convirtiendo sus gritos en una risilla tonta al

empezar Earle a maldecir.

—¡Maldita sea!, ya me he destrozado los pantalones.

—Te está bien empleado —le dijo la abuela voceando—. Podrías haber matado a esa criatura. Y tú, Reese, por qué no colocas tu trasero aquí, al lado de tu madre.

—Ven tú también, Bone —me llamó mamá—. Venid aquí las dos para que Alma nos saque una foto a los cuatro juntos.

—Sí, vamos, chicas —Glen agarró a mamá por la cintura con ambas manos.

—Sonreíd todos —nos pidió Alma al apretar el botón.

4.

La primavera en que mamá se casó con Glen Waddle hubo tormentas todas las tardes y nubes rizadas que flotaban por las estribaciones de las Smokies. La luna salía con un halo fantasmal todas las noches, y durante el crepúsculo había en el horizonte un resplandor azulado y trémulo.

—Este no es momento para casarse —anunció la abuela—. Ni para plantar ni para empezar nada.

—Oye, Anney, ¿estás segura?, —debió de preguntarle dos veces Earle a mamá antes de llevarla al juzgado en su furgoneta de reparto para reunirse con Glen y sacar la licencia. Parecía no poder admitir su fácil sonrisa por respuesta, aun cuando había aceptado ser el padrino después de que el hermano de Glen rehusó tal honor. Se lo preguntó una vez más antes de dejarla salir de la furgoneta.

—Eres peor que la abuela —le dijo Anney—. ¿No deseas verme asentada y feliz?

Se dio por vencido y le abrió la puerta con un beso.

La abuela no se sorprendió cuando se enteró de que la bisabuela Shirley había rechazado la invitación al banquete de boda que tía Alma había organizado. Las tías de Eustis, Marvella y Maybelle, las que insistían en que podían adivinar el futuro por medio de las habas, también eludieron la comida, aunque Marvella lo hizo amablemente.

—Sé que quiere a Anney —le dijo a Alma cuando esta pasó por su casa para coger flores de su jardín—. Y a veces el amor puede cambiarlo todo.

Maybelle no fue tan benevolente.

—¡Ya!, Glen quiere a Anney. La quiere como un jugador quiere a

un rápido caballo de carreras o como un desesperado quiere al whisky. Esa clase de amor acaba con un hombre. No me fío de ese chico, no quiero que nuestra Anney se case con él.

—Pero Anney quiere a Glen —le dijo Alma a Maybelle con impaciencia—. Es eso en lo que debes pensar. Le necesita, le necesita como una hambrienta necesita algo que llevarse a la boca, y no voy a permitir que nadie se lo quite. Vamos, Maybelle, tú sabes que no hay forma de saber qué va a pasar entre un hombre y una mujer. De todos modos no es asunto nuestro, sino suyo.

Alma cogió las manos de Maybelle entre las suyas.

—Nosotras solo tenemos que respaldarla, hacer todo lo posible para que no se la hiera otra vez.

—¡Señor! —Maybelle meneó la cabeza—. No quiero pelearme contigo, Alma. Y tal vez tengas razón. Sé lo sola que ha estado Anney. Lo sé —se soltó las manos, se colocó unos cuantos cabellos grises que tenía sueltos en el moño y se volvió hacia su hermana—. Hemos de pensar en esto, Marvella. Hemos de pensar seriamente en nuestra niña.

Hicieron lo que pudieron. Las hermanas enviaron a mamá un regalo de bodas, un nudo del amor hecho por Marvella usando su propio pelo mezclado con sangre que Maybelle había obtenido de sus conejos haciéndoles pequeños cortes en las orejas en luna nueva. Dejó sueltos a los conejos, y entre las dos destruyeron media docena de surcos de habas y enterraron, en el lugar donde habían crecido las plantas, un trozo de panal envuelto en un mantelillo de encaje. La nota que acompañaba al nudo de amor le decía a mamá que debía guardarlo debajo del colchón de la cama recién comprada por Glen, pero mamá olisqueó la sangre y el pelo seco y meneó la cabeza. No se decidió a tirarlo, así que lo puso en uno de sus tiestos y lo sacó al cuarto de la lavadora, donde Glen no lo encontrara apestando la casa.

Reese y yo odiamos la luna de miel. Las dos pensábamos que íbamos a poder ir también. Durante semanas antes de la boda mamá no dejó de decirnos que este era un matrimonio de todos nosotros, que íbamos a tomar a Glen como padre al mismo tiempo que ella iba a tomarle como marido. Incluso nos había confeccionado, junto

con Alma, unos pequeños velos de encaje para cuando camináramos delante de ella el día de la boda, Reese llevando flores y yo los anillos. Pero mamá y Glen se marcharon en mitad de la comida de Alma, con un rápido beso de despedida solamente.

—¿Por qué no podemos ir nosotras?, —no paró de preguntar Reese mientras todos se reían.

Yo me enfurecí tanto que me escondí en el cuarto de costura de Alma y me dormí llorando en la mecedora. Cuando desperté estaba en su tumbona con un edredón por encima y la casa en silencio. Cogí el álbum de fotos de Alma y me senté en la mecedora. Las fotos recientes del pícnic estaban al final. Había media docena de instantáneas de Reese y de mí, solas, juntas y con la abuela o Earle. Solo había una buena de mamá y Glen, solo una en la que se veía la sonrisa de ella y los ojos de él. En la mayoría de ellas, o mamá tenía la cabeza inclinada de manera que solo había salido la barbilla, o Glen tenía la cara vuelta de manera que solo se le veía el borde pálido de la oreja y del cuello bajo su nuevo corte de pelo. Por esa razón tal vez la foto buena era aún más sorprendente.

Todo en aquella foto estaba bien definido, nítido, enfocado, el contraste tan vivo que se podía seguir la línea donde se cortaba la luz del sol y empezaba la sombra. Se veía un rubor en las mejillas de mamá que parecía la silueta de un pájaro, los lunares de la blusa, la lanilla erizada de su falda larga y oscura y una suave pelusa en el rubio cabello peinado hacia atrás. Mamá estaba guapa en aquella foto, no había duda, aunque tenía bolsas debajo de los ojos y una tirantez en los músculos del cuello que hacía que le sobresaliera la barbilla. Pero la sonrisa era amplia; la mirada, transparente, y se podía ver cómo era por dentro, se podía ver lo dulce que era por el modo en que inclinaba el cuello para mirarnos a Reese y a mí por delante de Glen, por el modo en que tenía abiertas las manos en el regazo, los dedos ligeramente doblados como si estuvieran dispuestos a coger la luz del sol.

Junto a mamá estaba Glen medio en la sombra, con la cabeza vuelta hacia un lado, pero la luz le daba en la sonrisa, en la mejilla, en las robustas manos y en el esbelto cuerpo. La sonrisa era resuelta, tensa, persuasiva, los ojos brillando para la cámara, radiantes bajo los destellos del sol, los hombros rígidos y echados un poco hacia delante, con un brazo extendido para abrazar a

mamá desde donde él estaba sentado a su izquierda. Nada podía decirse de Glen a partir de esa fotografía, salvo que era un hombre guapo, fuerte y feliz de estar agarrando a su chica. Mamá tenía la mirada blanda por viejas heridas y nuevas esperanzas; la de Glen no decía nada. La imagen de aquel hombre era tan plana y vacía como la hojalata bajo el sol, que refleja calor y luz, pero no matices, ninguna indicación clara de cómo era realmente detrás de aquellos ojos.

Traté de imaginar cómo sería vivir con él una vez terminada la luna de miel. Volví a mirar la fotografía y pensé en el día del pícnic, en la forma que tenía de tirar de mamá hacia sí, colocándole las manos en el abdomen posesivamente. Había oído a Alma decirle bromeando a mamá, el día anterior a la boda, que más le valía darse prisa en casarse antes de que empezara a hacerse evidente. Mamá se puso muy nerviosa queriendo saber cómo se había enterado Alma de que estaba embarazada. Me pregunté si ya se lo habría dicho a Glen.

—Venga, chicas.

En la voz de Glen, cuando nos llamó a Reese y a mí para la foto, pude distinguir una aguda nota de impaciencia que no había oído antes. Había vuelto rodeando despacio la camioneta de Earle, y le miré a la cara detenidamente. Sí, lo sabía. Parecía tan ufano, tan satisfecho de sí mismo con aquel horrible corte de pelo. Mamá había dicho que Glen quería tener ese hijo, y me parecía que él tenía la certeza de que estaba en camino.

Me senté en la mecedora con aquellas fotos hasta que la mañana hizo despertar la casa y tía Alma vino a echarme un vistazo. Pasé los dedos por la sonrisa de Reese en una, por el oscuro pelo de Earle en otra, observé lo mucho que le sobresalía la barbilla a la abuela bajo el labio inferior y miré otra vez mi propio rostro en cada una de ellas para ver cómo me había visto la cámara: mis ojos, como los ojos de mamá, más oscuros pero tan abiertos como los suyos, mi sonrisa más amplia y salvaje que la de Reese, y mi cuerpo en movimiento al cruzar el jardín de Alma como un animal dando saltos en el aire.

Glen estaba como un crío por lo del bebé, reía, presumía, y

colocaba las manos en el abdomen de mamá a la menor oportunidad para notar las pataditas de su hijo. Su hijo; nunca consideró siquiera la posibilidad de que mamá pudiese dar a luz una niña. No, este sería su chico, estaba convencido. Compró una cuna y una nueva canastilla a plazos, lo puso todo en el dormitorio y llenó la cuna de juguetes de los que encantarían a un niño.

—Mi hijo tendrá lo mejor de Anney y de mí —le decía a todo el mundo insistentemente, como si diciéndolo tantas veces pudiera hacerlo realidad. Hasta fue a visitar a tía Maybelle y tía Marvella con maíz dulce de regalo para los conejos, solo para mirarlas a los ojos cuando él dijera «un niño» y oírselo decir a ellas al coger el maíz.

—Dijeron que era un niño —le contó después a Earle mientras comían alubias pintas y pan de maíz en casa de tía Ruth; primera prueba de que creía en los poderes que las tías de Eustis decían tener. Estaba pletórico de orgullo.

—Bueno, Glen, pues enhorabuena —Earle mantuvo una expresión escrupulosamente neutra.

—Nunca te interpongas entre un hombre y sus aspiraciones —le dijo a tío Beau después de marcharse Glen—. Se imagina Glen alguna vez que alguien le ha echado a perder la posibilidad de tener un varón de Anney, y se volverá completamente loco.

—Un hombre no debería cifrar sus ambiciones en el vientre de una mujer —Glen no le caía nada bien a Beau, era imposible, admitía, ya que nunca se había fiado de los que no bebían, y Glen era lo más cercano a un abstemio que había visto la familia. Beau lanzó un escupitajo por un lado de la boca—. Lo tendría bien merecido si ella tuviera otra niña.

Tío Nevil aclaró pomposamente la voz y les sirvió un vaso de su whisky casero. Nevil nunca desperdiciaba palabras cuando podía gruñir o gruñidos cuando podía mover las manos. Tenía fama de ser el hombre más callado del condado de Greenville, y de su mujer, Fay, se decía que era la más gorda.

—Los dos son muebles, más que otra cosa —había dicho la abuela una vez—. No hacen más que ocupar sitio y coger polvo como un armario o un sofá —Nevil y Fay la habían oído y a su manera callada se negaron a volver a estar con ella en la misma habitación. Eso complicaba las reuniones familiares, pero no

demasiado. Como decía Alma, no se perdía nada sin la conversación de Nevil, de todos modos.

Fue una sorpresa, entonces, que Nevil tomara un sorbo de whisky, levantara la cabeza y hablara tan claramente que se le podía oír desde el porche.

—Espero que Anney le dé un hijo, media docena de hijos si puede. Tiene algo extraño ese Glen. Casi diría que me gusta, aunque ese chico podría volverse como el whisky en un barril malo, y confío en que no sea así. Anney ya ha tenido bastantes problemas en la vida —tomó otro sorbo y volvió a cerrar la boca de la forma que era habitual en él.

Earle y Beau le miraron fijamente, sin saber si reír o maldecir, pero finalmente posaron la mirada en sus vasos. Era verdad, ambos estaban de acuerdo. Anney merecía que por fin se le terminaran los problemas.

La noche en que mamá se puso de parto, Glen llenó el Pontiac de mantas y Coca-Colas para Reese y para mí, y aparcó el coche en la explanada del hospital. Le habían avisado que todavía iba a tardar un poco en llegar el niño, y cuando se cansó de andar por los pasillos, salió a fumar unos cigarros y a escuchar música en la radio del coche mientras Reese y yo dormitábamos en el asiento de atrás. En algún momento, antes del amanecer, cuando aún era de noche y hacía frío, extendió el brazo por encima del asiento para agarrarme del hombro y ponerme delante con él. Me dio

Coca-Cola

y media chocolatina y me dijo que acababa de entrar a preguntar por mamá, y que todo iba bien.

—Estupendo —parpadeé y asentí, sin saber muy bien qué debía hacer o decir. Fumaba con avidez, echando el humo por la parte superior de la ventanilla que había dejado abierta unos centímetros, y me hablaba como si yo fuera un adulto.

—Sé que está preocupada —dijo—. Cree que si es una niña no la voy a querer. Pero será nuestro bebé, y si es una niña, pues ya habrá tiempo de hacer otro. Tendré mi hijo. Anney y yo tendremos nuestro chico. Lo sé. Lo sé.

Siguió hablando, susurrando en voz muy baja, tanto que a veces

no le entendía. Me tapé con la manta y me puse a mirar la rociada de estrellas que se veía justo encima de los abetos que bordeaban la explanada. La canción que sonaba bajo en la radio era una melodía de Kitty Wells que le gustaba a mamá. Yo movía la cabeza al compás de la música y contemplaba la noche. Pensaba en el bebé que mamá estaba a punto de tener, preguntándome cómo sería en el caso de que no fuera una niña. ¿Cómo iban a llamarle? ¿Glen junior, si era niño? No lo habían dicho. Mamá pensaba que traía mala suerte elegir el nombre del bebé antes de que naciera.

Glen me puso la mano en el cuello, y parecía que las estrellas me hacían guiños. No estaba acostumbrada a que me tocara, así que me envolví en la manta y permanecí quieta. Se separó un poco del volante y me sentó en sus rodillas. Empezó a tararear la música y me movió un poco colocándome sobre sus muslos. Levanté la cabeza para mirarle a los ojos. Había pocas luces encendidas en el aparcamiento, pero el dial rojo y amarillo de la radio se reflejaba en su cara. Sonrió, y por primera vez vi la sonrisa de sus ojos tan clara como la de la boca. Me retiró la falda hacia un lado y deslizó la mano izquierda entre mis piernas, hasta mis bragas de algodón. Entonces empezó a balancearme, entre su estómago y su cintura, buscando algo a tientas en sus pantalones.

Me daba miedo; su enorme mano entre mis piernas y sus ojos brillando con la escasa luz. Empezó a hablar otra vez, diciéndome que mamá iba a ponerse bien, que me quería, que todos íbamos a ser muy felices. Felices. Su mano era dura, empujando y haciéndome daño con el borde de la muñeca. Yo miraba hacia delante, a través del parabrisas, demasiado asustada para llorar o temblar, demasiado asustada para moverme siquiera.

Él seguía diciendo «Todo va a salir bien». Continuó balanceándome, respirando por la boca y mirando fijamente hacia delante. Veía su reflejo en el parabrisas. Las primeras luces del amanecer empezaron a filtrarse entre los árboles, haciéndolo todo brillante y frío. Su manó buscó más adentro. Estaba tocándose. Yo sabía lo que tenía entre los dedos. Había visto a mis primos desnudos, riendo, sacudiendo su cosa y bromeando, pero esto era algo misterioso, horripilante y duro. El sudor, que le corría por los brazos hasta mi piel, tenía un olor fuerte y desagradable. Resoplaba, estrujaba mis muslos entre su brazo y sus piernas. Me comprimía la

cabeza con su barbilla y al mismo tiempo impulsaba las caderas hacia arriba. Me hacía daño, ¡me hacía daño!

Sollocé una vez, se dejó caer hacia atrás y me soltó. Me mordí los labios y me quedé inmóvil. Sacó la mano para secársela en la manta, y sus dedos olían a algo extraño y amargo. Me aparté bruscamente y eso le hizo reír. Continuó riéndose mientras restregaba los dedos contra la manta. Entonces me levantó ligeramente, dándome la vuelta para mirarme a la cara. La luz era de un tono gris perla; el aire, húmedo y frío como el mármol; el rostro de Glen, lo único colorado y caliente que podía verse. Volvió a sonreírme, pero esta vez no había sonrisa en sus ojos. De nuevo solo oscuridad y vacío en ellos. Las tripas empezaron a movérseme de miedo.

Me envolvió bien con la manta y me puso detrás con Reese en el nido de almohadas y mantas que había hecho hacía ya tantas horas. Encorvé los hombros apoyándome contra el respaldo y observé la cabeza de Glen a la luz grisácea, los cabellos cortos, tiesos como púas. Encendió otro cigarrillo y de nuevo empezó a tararear. Miró hacia atrás una vez y yo cerré rápidamente los ojos, y luego estaba demasiado asustada para abrirlos de nuevo. Tarareaba al compás de la suave música de la radio, y el olor de los Pall Malls empezó a calmarme. No me di cuenta de que me había quedado dormida hasta que me despertó la intensa y pálida luz de la mañana.

Glen se había ido, el coche estaba frío y en silencio. Me dolía entre las piernas, pero con la luz del día no tenía miedo. Me senté y por la ventana miré las nubes grises y las ramas de los abetos cubiertas de rocío. El asfalto parecía húmedo y sombrío. Había unas enfermeras que entraban y salían de la sala de urgencias, hablando bajo y entre dientes. Respiraba por la boca y veía entrar cada vez más coches en la explanada, preguntándome si no habría soñado la escena de la madrugada. Seguía apretando las piernas, sintiendo la molestia, tratando de imaginar cómo podía haberme magullado si todo había sido un sueño.

Cuando Glen salió de la sala de urgencias, las puertas se cerraron como un disparo en el aire de la mañana. Tenía la cara yerta; las piernas, rígidas; las manos, entrelazadas por delante, retorciéndolas una y otra vez. Miré aquella cara y supe que no había soñado. Tiré de Reese hacia mí, sin hacer caso de su leve

protesta. Glen entró en el coche y dio un portazo tan fuerte que Reese se despertó con un sobresalto. Movía la cabeza como un pajarillo mirándome a mí, luego a Glen y otra vez a mí. Permanecimos quietas, esperando. Dijo:

«Vuestra madre se pondrá bien —hizo una pausa—. Pero no va a tener más niños», puso las manos en el volante, y se inclinó sobre él apretando la boca contra los dedos. Dijo: «Mi niño está muerto. Mi hijo. Mi hijo».

Abracé a Reese y esperé, mientras, en el asiento delantero, Glen gemía y sollozaba.

Cuando mamá volvió a casa, sus hermanas venían a visitarnos todos los días. Tan solo unas semanas antes tía Ruth había estado en el hospital con lo que la abuela llamaba problemas de mujeres, y aún no se encontraba lo bastante bien como para hacer cualquier otra cosa que no fuera sentarse con mamá durante una o dos horas y cogerle la mano, pero telefoneaba todas las mañanas. Tía Alma prácticamente se mudó a nuestra casa y se hizo cargo de todo: obligaba a mamá a quedarse en la cama, preparaba todas las comidas y le daba estofado de carne con alubias.

—Tienes que tomar hierro, cariño —decía.

Tía Raylene se presentó en mono y botas con la intención de limpiar la casa de arriba abajo; hasta nos pidió a Reese y a mí que la ayudásemos a sacar algunos muebles al jardín con el fin de que se templaran al sol. Cuando iba a cambiar las sábanas de la cama de mamá, la cogía con suavidad y la sentaba afuera en el sofá para que le diese el aire. Todos se movían alrededor de Glen como si fuera una mesa o una silla más, dándole algunas veces un rápido abrazo o un apretón en el hombro. Él no respondía, solo se trasladaba de la mesa al porche cuando Raylene empezaba a barrer. El día en que Nevil y Earle vinieron de visita, Glen se quedó con ellos en el jardín y bebió hasta que los hombros le empezaron a temblar en violentos e irreprimibles sollozos, y ellos apartaron la mirada para evitarle el bochorno.

Yo le observaba atentamente. Me quedaba en el jardín todo lo que podía, me sentaba en cuclillas entre los arbustos, donde tenía la esperanza de que no me viera nadie. Ponía la barbilla en las rodillas

y me abrazaba las piernas quedando hecha un ovillo. Mamá tenía la cara muy pálida cuando la trajeron a casa; los ojos, enormes e impasibles. Apenas me había mirado cuando intenté subirme a su regazo, solo se mordió los labios y dejó que tía Alma me apartase de ella. Lloré hasta que tía Raylene me llevó a su furgoneta y me durmió acunándome, con un paño húmedo en los ojos.

—Tu madre va a necesitar un poco de tiempo —me dijo—. Y un poco más adelante le vas a hacer más falta que nunca. Cuando una mujer pierde un niño, necesita saber que sus otros hijos están perfectamente. Tienes que estar contenta, Bone. Que te vea alegre para que se le pase pronto la pena.

Sí que le llamaron Glen junior, me contó Reese. Había oído hablar a tía Ruth y tía Alma. Enterraron al bebé en la enorme parcela de los Boatwright, que era propiedad de la bisabuela Shirley, con los cuatro chicos que perdió la abuela, las niñas de Ruth que nacieron muertas y el primer niño de Alma. Glen hubiera querido su propia parcela, pero no tenía dinero para comprarla, y eso fue lo que finalmente hizo estallar su dolor y que se convirtiera en rabia. Tenía la cara hinchada de llorar y pálida de no dormir. Encontró una casa al lado de la fábrica de JC Penney, cerca de la vía del tren, y vino a casa a decirnos que nos mudábamos. A tía Alma le parecía fatal que nos llevase tan lejos, pero mamá simplemente asintió con la cabeza y le pidió a Raylene que la ayudara a hacer las maletas.

—Todo irá bien —nos dijo a Reese y a mí.

Glen agarró a mamá por los hombros y le lanzó a Alma una mirada enfurecida.

—No necesitamos a nadie —murmuró—. Nos las apañaremos bien solos.

5.

En la casa que había alquilado, bien lejos del resto de la familia, Glen le prometió a mamá que, cuando tuvieran suficiente dinero ahorrado, nos adoptaría a Reese y a mí. Éramos una familia, y ahora él era nuestro padre, no dejaba de decir. Mamá le cogía las manos y asentía sin palabras.

—Estas son mis hijas —le dijo—. Me ocuparé de que lleguen a ser algo especial. No importa lo que tenga que hacer —ella sonrió y le besó, apretándole los labios con su ávida boca.

Reese le puso sus manitas regordetas en el brazo y dijo «papá», y ambos la levantaron para ponerla entre ellos.

«Papá», intenté decir, pero en mis adentros me sonaba raro. Recordaba aquellos momentos en el aparcamiento del hospital como un mal sueño, vago y confuso. Cuando papá Glen me miraba, no veía ninguna señal de que pensara nunca en ello. Tal vez no había sucedido. Tal vez nos quería de verdad. Yo deseaba que nos quisiera. Deseaba ser capaz de quererle. Deseaba que me cogiera con dulzura y que le dijera a mamá otra vez lo mucho que nos quería a las tres. Quería estar encerrada con Reese en el seguro círculo de sus brazos.

Me quedé inmóvil y noté que los ojos se me llenaban de lágrimas. Mamá se separó de Glen y me cogió. Por encima de su hombro vi los glaciales ojos azules de papá Glen mirándonos; la boca como una inexpresiva línea recta. Meneó la cabeza y apartó la mirada. Yo me aferré a mamá con dedos duros y fríos como el hierro.

A papá Glen no le gustaba que escucháramos todas aquellas historias que la abuela y tía Alma no se cansaban de contar una y otra vez.

—Yo os diré quiénes sois —dijo—. Ahora sois mías, no solo Boatwrights —nos habló de su padre, el señor Bodine Waddle, que era dueño de la Vaquería Sunshine, y de sus hermanos. El mayor, Daryl, había perdido las elecciones a fiscal de distrito, pero su bufete estaba empezando a tener fama de imprescindible para cualquier contrato municipal. El segundo de sus hermanos, James, estaba a punto de abrir una consulta dental, y a comienzos de año iríamos a que nos arreglara los dientes.

—La abuela dice que tenemos buenos dientes —le dije a papá Glen—. Que lo único que Dios ha dado a los Boatwright son unos dientes duros y afilados.

—Y tú te crees todo lo que te dice, ¿verdad?, —los ojos se le hundieron en las arrugas de una mirada oblicua, brillantes como la mica al sol, y torció la boca en una mueca burlona. Parecía estar a punto de reír, pero en cambio frunció los labios y escupió—. Tu abuela es una mentirosa dela peor ralea. Esa vieja no diría la verdad ni aunque la supiera —me puso la mano debajo de la barbilla, presionándome una vez ligeramente con sus dedos grandes y toscos y apartándose después—. No te acerques a esa vieja. Yo te diré lo que es verdad. Ahora eres mía. Será mejor que tú y Reese os mantengáis alejadas de ella.

No confiaba en papá Glen, no le creía cuando decía que todas las historias de la abuela eran mentira, pero nunca pude estar segura de qué cosas de las que me contaba eran verdad y qué cosas quería ella que fuesen verdad; historias buenas para guardarlas en la memoria, aunque tres cuartas partes fueran falsas. Todos los Boatwright contaban historias, era una de las cosas por las que se nos conocía, y lo que un primo juraba que era el evangelio, otro aseguraba, con igual vehemencia, que era una patraña. Raylene siempre andaba diciendo a la gente que teníamos un ligero tinte oscuro, pero la sonrisa burlona con que lo decía podría significar que mentía para sacar de quicio a alguien, o quizá hablaba de esa manera cuando estaba muy enfadada.

—¿Qué quiere decir eso?, —pregunté a Butch, el chico más pequeño de Ruth.

—Quiere decir que tenemos antepasados de color —me sonrió —. Quiere decir que Raylene se cachondea de todos. Que es capaz de decir cualquier cosa, y todo el mundo lo sabe.

Pensé en ello durante un rato, y después pregunté de todos modos.

—¿Ah, sí?, —vi cómo le iba apareciendo una sonrisa satisfecha.

Butch era solo un año mayor que yo, y sabía que podía preguntarle cualquier cosa, no como Garvey o Grey o los otros chicos de tía Ruth. Estaban siempre presumiendo de ser mayores de lo que en realidad eran, y nunca sabía por dónde iban a salir. Butch era diferente, un poco blando, como si no estuviera terminado de hacer, decían algunos.

—El chico no se comporta como un Boatwright —era la forma de decirlo de tío Earle—. Parece que le falta carácter. Y tiene un sentido del humor un tanto extraño. No distingue lo serio de lo que no lo es.

Pero yo quería a Butch más que a ningún otro primo. Podía hablar con él, preguntarle cosas, y la mayoría de las veces él fruncía los labios, entornaba los ojos, y se extendía para dar una respuesta digna de crédito; bueno, siempre y cuando no estuviera con ganas de tomar el pelo. A veces lo que decía sonaba raro aunque creíble, y solo después de un buen rato entendía yo la broma de lo que había dicho.

Así que cuando Butch dijo «color, claro que tenemos un poco de color», no sabía si hablaba en serio o no. Se colocó el pelo rubio platino detrás de las orejas, entornó los ojos y me sonrió burlón.

—Los Boatwright lo tienen todo: todos los colores, todos los modelos y todas las opiniones. Pero la cuestión está —puso la lengua entre los dientes y miró alrededor para cerciorarse de que estábamos solos— en que las mujeres Boatwright tienen un coño cáustico. Estropea o acaba con todo lo que entra o sale de sus piernas, salvo que sean niños Boatwright de pura sangre o duros hombres Boatwright. E incluso con nosotros, abrasa cualquier cosa que parezca un poco fuera de lo normal, lima a los bebés, de modo que todos se parecen, como si nos hubieran enjuagado con lejía al nacer. Menos tú, claro, tan morena y tan rara —se quedó

inexpresivo, serio, absorto—. Pero eso es porque tienes un poco de hombre. Dura, peleona y resistente. Pero ¡qué le vamos a hacer!; las mujeres Boatwright a veces salen así.

Le miraba fijamente, boquiabierta y fascinada, convencida de que estaba tomándome el pelo pero deslumbrada de todas maneras. Le asomaba la lengua entre los dientes, y quizá había un conato de sonrisa en sus ojos.

—Nooo —le protesté a Butch—. ¡Qué va!

Sabía que la gente estaba un poco obsesionada con el tema del color, y era cierto que algunos de mis primos que tenían el pelo ensortijado habían sido objeto de bromas por ello, de modo que todos eran algo susceptibles al respecto. Salvo la abuela, nadie quería hablar siquiera de nuestra herencia cherokee. Michael Yarboro me juró que, de todos modos, los cherokees eran oscuros, y me dijo que a los indios no les importaba con quién se casaban, como les pasaba a los blancos.

—¡Vaya si les importa!, —dijo tía Alma con sarcasmo—. Los Yarboro llevan al menos doscientos años ahogando niñas y recién nacidos.

No fue necesario que Butch me lo contara. Los chicos de los Yarboro tenían peor fama que mis tíos, y todo el mundo sabía que estaban todos locos. Cuando empecé a ir a la escuela, una Yarboro del distrito metodista, escuálida y con cara de rata, me había llamado negra cuando la eché de mi sitio a empujones. Había dicho que yo era tan oscura y salvaje como cualquier niño «nacido en el lado izquierdo del porche», lo que yo interpreté como otra forma de llamarme bastarda, y por eso le aticé un puñetazo en el ojo. Me metí en un buen lío, pero la obligué a guardar las distancias. No me preocupaba mucho lo que la gente pensara de mi carácter. La fama de tener arrebatos de furia no era necesariamente una desventaja. Podía venir bien. La reputación del mal genio de papá Glen hacía que la gente se anduviera con cuidado cuando se dirigían a él.

La familia del padre de Reese vivía al otro lado de las colinas que dominaban Greenville. Su abuela tenía una granja por la Ashley Highway, pero casi nunca íbamos a visitarla. A la señora Parsons no parecía gustarle mamá, aunque siempre sacaba algún regalo para

Reese y nunca dejó de saludarme con una inclinación de cabeza. Envidiaba a Reese por tener una abuela como la señora Parsons, ya que mi abuela no tuvo nunca su aspecto. Se parecía a las abuelas de libro o de película. Me encantaban sus espesas trenzas canosas recogidas con horquillas en la nuca; la vieja vaca maloliente que estaba en un cobertizo detrás de su caótica casa de cuatro habitaciones, y los dulces tomates rojos y tiernos guisantes que cultivaba cerca del riachuelo. La señora Parsons llevaba delantales azules de guinga y descoloridos vestidos negros de manga larga que ella se recogía hasta los codos. Mi abuela se ponía vestidos estampados sin mangas que dejaban ver una parte de sus pechos fláccidos y blanquecinos, y que le tiraban de las caderas. Llevaba muy rizado su escaso pelo gris y se lo recogía por detrás con una cuerda cuando se le ponía lacio del calor. Se pintaba los labios con carmín rojo oscuro, que invariablemente se le corría por la prominente barbilla, y estaba siempre escupiendo tabaco y diciendo palabrotas. La señora Parsons, mientras pelaba guisantes y los echaba en un cubo, hablaba con tristeza de los hijos que había perdido y de la hija que tenía lejos. Mi abuela podía llegar a ponerse tan furiosa que arrojaba muebles por la puerta mosquitera. Estaba siempre mudándose de casa de tía Ruth o tía Alma a la de una de sus hermanas y amenazando con prender fuego a lo que dejaba atrás. Yo quería a la mía, pero me parecía que la señora Parsons era mejor como abuela, y algunas veces, cuando la visitábamos, me imaginaba que yo era su nieta.

Cada vez que íbamos a ver a la señora Parsons, papá Glen decía refunfuñando que mamá no debería andar yendo allí con esa odiosa mujer. «No me gusta que esa vieja bruja cuente cuentos de ti», decía constantemente, imaginando que la abuela Parsons le maldecía a él y a mamá en cuanto se daba media vuelta. No me molesté en decirle que ella jamás hablaba de ellos, que hablaba de cosas cotidianas, de cómo iba el huerto o del tiempo o del temperamento de la vaca. El único adulto al que mencionaba alguna vez era al padre de Reese, Lyle, y solo para decir que Reese tenía su sonrisa, la dulce e indolente sonrisa infantil con la que, según decía ella, se había ganado el cariño de todo el condado. Fue mamá la que nos dijo que Lyle había sido el más pequeño de tres hermanos, y que los otros dos habían muerto menos de un año después que el favorito

de la abuela Parsons. Nos pidió que fuésemos amables con ella, que solo tenía una hija a la que no veía nunca y unos hermanos que esperaban vender su tierra cuando muriera.

—A Reese le tocará una parte de esa tierra —papá Glen le dijo a mamá una tarde de otoño cuando volvimos de allí arriba en las colinas—. No es que vaya a necesitar nada de esos estirados montañeses —se rascó el cuello y se puso a mirar por la ventana de la cocina como si estuviera estudiando el futuro—, pero es justo que reciba lo que su padre habría querido que tuviera. Deja que yo trate con ellos. Yo cuidaré de nuestra niña.

Cuando el hermano de la abuela Parsons, Matthew, vino a que mamá firmara unos papeles, papá Glen lo recibió en la puerta y se hizo cargo de ellos. «Les echaremos un vistazo», dijo en voz alta, y después le acompañó hasta la salida de la propiedad, bajando la voz para que no pudiésemos oír lo que decía. Mamá se mordió los labios y vio cómo el tieso de Matthew echaba a Glen una mirada furibunda y subía después a su furgoneta. Mamá salió de la casa cuando se alejaba.

—Cariño, no le habrás dicho ninguna grosería, ¿verdad?

Papá Glen se volvió hacia ella con una dulce sonrisita. La rodeó con el brazo y la besó en la sien.

—No te preocupes —le dijo, y le dio una palmadita en el trasero —. Sé lo que me hago. Hay que dejarles las cosas bien claras a esta gente, pero que muy claras —parecía tan satisfecho de sí mismo que no podía evitar sonreír—. Ya conozco yo a esta gente. Claro que sí.

Mamá frunció el ceño, y él le dio un pequeño empujón.

—Así que no vayas firmando ningún papel mientras no esté yo en casa. Te lo advierto, no sabes lo que podrían estar robándote. Deja que yo me encargue de ello —ella asintió nerviosamente, haciéndonos entrar en casa para cenar.

La abuela Parsons llamó esa noche, pero papá Glen cogió el teléfono y le habló con una voz baja y ronca que me recordaba la forma en que a veces tío Nevil susurraba poniéndose una mano en la boca.

—¡Ajá!, —dijo—. Eso es.

Mamá le observó durante un momento y después salió fuera a fumar al abrigo del porche. La seguí y me apoyé en su cadera. Me pasó la mano por la nuca acariciándome el pelo. Tenía la cara

iluminada por el reflejo de la luz de la calle, el rictus caído y los ojos tristes. Sabía que estaba preocupada.

—No va a pasar nada —le susurré, y ella me sonrió.

—Probablemente —dijo—. Y si pasa, ¿qué le vamos a hacer? A veces, Bone, tienes que hacer cosas que desearías no tener que hacer, y yo no quiero hacer daño a esa mujer, de verdad que no. Pero Glen necesita hacerse cargo de esto, ¿entiendes? Necesita hacerlo y yo tengo que dejarle —apagó el cigarrillo con el tacón pero no entró en casa hasta que papá Glen hubo colgado el teléfono.

—Ahora ya lo saben —con el dedo índice le dio alegremente a Reese unos golpecitos en la nariz que la hicieron reír—. Seguro que ahora saben cómo van a ser las cosas.

Dos semanas después, un domingo a última hora de la tarde, se presentó la abuela Parsons mientras papá Glen estaba en la nueva oficina de su hermano James ayudando a poner estanterías.

—Doscientos cincuenta dólares —le dijo a mamá muy deprisa al bajarse de la camioneta de Matthew. Él la había traído a vernos pero no quiso salir—. Te pertenece porque Lyle estuvo seis meses en el ejército, hasta que se dieron cuenta de que tenía problemas en los pies. Como le dije a tu marido, me lo han enviado a mí; a ti no te lo habrían dado sin presentar aquellos papeles. Pero te lo he traído en efectivo. No debería haberlo recibido yo, pero Lyle me tenía registrada como único familiar; supongo que no tuvo tiempo de cambiarlo. Les dije que el dinero realmente os pertenecía a ti y Reese, pero no me hicieron ningún caso —levantó los ojos para mirar una vez a mamá y después los bajó para mirar a Reese, que había corrido a agarrarla por la cintura. Tenía la cara tensa y le temblaban los dedos al hundirlos entre los rizos de mi hermana.

—¿Entonces te van a dar mucho dinero, abuela?, —le preguntó Reese.

—No, niña. Y no me importa.

—Vamos dentro, señora Parsons —mamá parecía violenta, y tiraba con los dedos de las presillas del cinturón de su vestido—. Tome un vaso de té frío, y siéntese un rato con su nieta.

La señora Parsons parecía que iba a echarse a llorar.

—Pensé que ya no ibas a dejarme verla nunca más.

—¡Dios mío!, —mamá la cogió por los hombros y le dio un ligero abrazo—. Yo nunca haría eso. Ni tampoco dejaría que nadie

lo hiciera. Usted puede ver a Reese cuando lo desee. Ya sabe cuánto la quiere ella.

Las dos se tambalearon un poco, la señora Parsons con cierta rigidez, como si no estuviera segura todavía de ser bienvenida y mamá como si apenas pudiera reprimir todas las cosas que deseaba decir. El hermano de la abuela Parsons siguió con la cara vuelta fumando por la ventana de la camioneta. Yo estaba cerca y observé cómo a él se le tensaban los músculos del cuello al ver a las dos mujeres sonarse la nariz y aclararse la garganta.

—Bueno —la señora Parsons se humedeció los labios—. Entraré un momento, tomaré un poco de agua antes de marcharnos.

—Podría quedarse a cenar —mamá se puso muy colorada y aún más cuando yo la miré.

—Bueno, no, a cenar no —la señora Parsons lanzó una mirada a su hermano, pero él no se volvió—. Tenemos que regresar. Yo me quedaré unos minutos.

Solo cuando se sentó en el sofá de los almacenes Sears, con Reese en sus piernas y el sobre con el dinero «del seguro» en manos de mamá, la abuela Parsons se relajó un poco. Sacó un cepillo para desenredar el pelo rubio platino de Reese y así mantener las manos ocupadas.

—Tenías el pelo rojo como el fuego cuando naciste —le contó a Reese—. Ahora es tan rubio como el de tu papá.

A Reese le gustaba que le dijeran que se parecía a su papá, y tenía una foto suya escondida en el cajón de la ropa interior para que papá Glen no pudiera verla y no herir sus sentimientos. De vez en cuando yo la sacaba, miraba la cara sonriente de aquel chico que no tenía nada que ver conmigo y me reconcomía de envidia. Lyle había sido tan guapo como una chica y tan rubio que podría haber sido modelo de revistas. Reese tenía el pelo igual de bonito y una sonrisa pronta y fácil, pero también tenía la cara estrecha de los Boatwright y el cuello largo y delgado. Y todavía envidiaba más el que ella pudiera mirar aquella foto y después el rostro de mamá y los hombros encorvados de la abuela Parsons e imaginarse todo lo que podría cambiar aún antes de hacerse mayor. Ella tenía otra familia, otra parte de sí misma en qué pensar, además de mí, mamá y los Boatwright. Reese podría elegir y ser completamente distinta.

—Es probable que a Reese se le oscurezca el pelo —mamá

titubeaba al hablar, como si no quisiera llevarle la contraria pero tampoco dar lugar a ningún malentendido—. Puede que se vuelva pelirroja otra vez.

—Puede que sí, puede que no. En nuestra familia algunas veces el pelo se nos queda rubio.

La señora Parsons trató de sonreír a mamá, pero su expresión no se suavizó hasta que no miró a Reese. Yo estaba sentada en el brazo del sofá junto a mamá, desde donde podía mirar por la ventana y ver la camioneta esperando y la carretera sin coches hasta el siguiente cruce. Estaba atenta por si oía el ruido del Pontiac, con la esperanza de no oírlo. Papá Glen podía volver a casa mientras la señora Parsons estuviera aún allí, y yo sabía que eso le preocupaba a mamá, con sus manos nerviosas tirando otra vez de las presillas del cinturón. La señora Parsons dirigió la mirada a las manos de mamá y después habló con prevención.

—Me temo que este es todo el dinero que va a haber. Mi propiedad no vale mucho, y la verdad es que firmé el traspaso a Matthew justo después de morir mis hijos. Matthew prometió cuidar de mí, y confío en que lo hará. La cosa es que Lyle no tenía derecho a la tierra ni ningún otro seguro, que sepamos.

Mamá movió la cabeza y miró a la señora Parsons directamente a la cara.

—Sé que no tenía nada —dijo—. Lo sabía cuando murió, y nunca me ha importado. A decir verdad, no esperaba cobrar nada a su muerte. Creía que no tenía derecho a nada del ejército —tenía la cara triste, pero no tan tensa como antes. Y la de la señora Parsons era una réplica de la suya.

—Ojalá te dieran un montón de dinero del seguro —Reese no paraba de moverse en los brazos de la abuela Parsons y nos sonreía alegremente a todas.

—Yo no necesito dinero, mi niña —la abuela Parsons se echó a reír y se levantó del sofá—. Me temo que he de irme, Anney. Tenemos un largo camino por delante —miré atentamente a mamá para ver si había oído a la mujer decir su nombre, pero mamá ya estaba de pie cogiéndole el vaso a la señora Parsons.

—¿No quiere un poco más?, —decía mamá al tiempo que se dirigía a la cocina. La señora Parsons meneó la cabeza y dijo que no mientras seguía sujetando a Reese. Vi cómo se le relajaban un poco

los hombros a mamá al girar y volver hacia nosotras. Fuera, la carretera seguía silenciosa.

La abuela Parsons se agachó para abrazar estrechamente a Reese una vez más.

—Recuerda, cariño, que tengo lo mejor de Lyle cuando te tengo a ti.

Aquello me sonó un poco extraño, como si hubiera sacado la imagen de mi hermanita del retrato de su hijo muerto. Pero Reese sonrió como una princesa, jugueteando con los pies entre la manta. Siguió a la abuela Parsons hasta la camioneta pidiéndole que se quedara.

—Reese, sé buena —le dijo mamá—. Verás a tu abuela el mes que viene cuando vayamos a su casa.

—¿De verdad vais a venir?, —la señora Parsons parecía nerviosa y triste otra vez.

—De verdad.

La voz de mamá era firme, pero vi cómo parpadeaba al mismo tiempo que miraba hacia la carretera. La señora Parsons asintió bruscamente y se metió en la camioneta. Su hermano no dijo ni una palabra, solo puso en marcha el motor. Reese empezó a decir adiós agitando frenéticamente la mano incluso antes de que Matthew acelerase. Vi a la señora Parsons secarse los ojos al ponerse la camioneta en movimiento, y después al Pontiac tomando la curva en el cruce de la carretera. Mamá apretó las manos y se las llevó al estómago. Me acerqué a ella y observé cómo avanzaba lentamente el Pontiac y se cruzaba con la camioneta. Cuando llegó hasta nosotras, papá Glen se asomó por la ventanilla. Dirigió la mirada a la carretera y después a mamá.

—¿No habrás firmado nada?, —preguntó apremiante.

—No, Glen —noté un movimiento desasosegado en las caderas de mamá al hablar. La miré a la cara para ver cómo en su boca se dibujaba, con el mismo desasosiego, una tensa sonrisa—. Sabes que no firmaría nada que tú no hubieras visto primero.

Papá Glen sonrió como si eso le hubiera bastado. Yo respiré discretamente. Reese seguía diciendo adiós con la mano aunque hacía tiempo que se había ido la camioneta. Enganché los dedos en las presillas de mis vaqueros y permanecí a su lado hasta que mamá y papá Glen entraron en casa.

—Es un chico tranquilo, pero tú cabréale y verás la paliza que te da —decía tío Earle afectuosamente—. Ese chico usa las manos como si fueran piquetas.

Cuando ellos creían que no les oíamos, Earle y Beau seguían hablando de los otros miembros de Glen.

—Se pone como loco cuando se enfada —decían riéndose—. Si no puede alcanzarte con los brazos, usa la polla y con eso ya te deja tullido rápidamente.

Yo era muy pequeña para comprender qué querían decir, por qué se reían tan maliciosamente y bromeaban con que ninguna mujer dejaría nunca a papá Glen, o se carcajeaban y escupían al comparar su nariz con los dedos de los pies o de las manos.

—El tío tiene una polla de caballo —decía Butch presumiendo delante de los chicos, y eso sí que lo entendía yo. Pero no era el sexo de Glen lo que me ponía nerviosa. Eran aquellas manos, el modo inquieto en que doblaba y retorcía los dedos cuando veía que me apoyaba en mamá. Siempre estaba observándome, daba la sensación, llamándome cada vez que mamá y yo empezábamos a hablar, mandándome a por un vaso de té helado o un paquete de cigarrillos del frigorífico, donde guardaba los cartones de tabaco para que no se le pasaran con el calor del verano. Mamá decía que debía demostrarle que le quería, pero, por más que lo intentaba, nunca me movía lo suficientemente rápido para él.

—Esa cría no va a quererme nunca —se lamentó a mamá una tarde.

—Vamos, Glen, no digas eso —la voz de mamá era débil y temblorosa, como si temiera que él tuviese razón—. Bone te quiere, cariño —le besó en la mejilla, le puso las manos a ambos lados de la cara y le besó en los labios—. Te quiere. Todas te queremos —papá Glen la atrajo hacia sí y suspiró levemente cuando ella le besó en los párpados y después acercó sus mejillas a las de él.

Salí fuera corriendo. La cena se retrasaría, o acabaríamos yendo a por hamburguesas. Siempre que empezaban a besarse en el sofá, se iban al dormitorio y cerraban la puerta durante una hora por lo menos. Cuando salían, papá Glen estaba sonriente y relajado. Mamá, soñolienta y serena toda ella, la cara fresca y delicadamente sonrosada.

—Seguro que les gusta mucho hacerlo —le dijo Reese a Alma

con asco. Pero Alma sencillamente se echó a reír.

—A todo el mundo, hija, a todo el mundo —le dio a Reese una palmadita en el trasero y me atrajo hacia sí con un abrazo—. No te quepa la menor duda. El amor es lo único bueno que tenemos que no cuesta dinero y que no le sienta mal al estómago. Ya lo verás. Espera a ser un poco mayor y verás.

Reese hizo una mueca y se movió incómoda.

—Es asqueroso —vociferó al salir corriendo—. Todo eso es asqueroso. Y yo no quiero saber nada de eso.

Tía Alma se rio despreocupada. Me aparté de ella con brusquedad y fui detrás de Reese. *Era* asqueroso. Mamá y papá Glen siempre abrazándose y frotándose el uno con el otro, pero era poderoso también. Sexo. ¿Era eso lo que papá Glen había estado haciendo conmigo en el aparcamiento? ¿Era lo que había empezado a hacerme a mí misma siempre que me encontraba sola por las tardes? Imaginaba que me ataban y me ponían en un almiar mientras alguien prendía fuego a la paja seca. Me lo figuraba a la perfección al balancearme sobre la mano. La fantasía consistía en que trataba de soltarme mientras el fuego ardía cada vez más cerca. No estoy segura de si me corría cuando me alcanzaba el fuego o después de imaginar que escapaba. Pero me corría. Alcanzaba el orgasmo sobre mi mano soñando con fuego.

A papá Glen no le iba muy bien en RC Cola. Le cambiaban constantemente las rutas o tenía que pagar las botellas rotas, y por mucho que mamá trabajase, nunca parecía haber suficiente dinero para pagar las facturas. No dejaba de decirle a mamá que tarde o temprano su hermano le pagaría por todo el trabajo que había hecho, pero aun cuando el consultorio de James Waddle, D. D. S., llevaba un tiempo funcionando, James nunca dijo nada al respecto.

—Quizá deberías pedirle a tu hermano ese dinero que iba a darte —sugirió mamá finalmente el día en que papá Glen volvió a casa diciendo que le habían despedido del trabajo.

—No puedo hacer eso —parecía hundírsele la cara mientras se pasaba las manos por el pelo, secándose el sudor de la barba de tres días y después apoyando la barbilla en las yemas de los dedos como si estuviera rezando—. Dios mío, no, no puedo hacerlo. Antes me

muero de hambre —se le habían encogido los ojos y le sobresalía la barbilla. Miraba a todas partes menos a donde estaba sentada mamá. Instintivamente dejé el vaso que había estado enjuagando y salí al pasillo, donde él no podía verme sin darse la vuelta.

—Glen, cariño —mamá se inclinó hacia delante—. Sé que es difícil, pero James es tu hermano y, cielo, estamos prácticamente sin blanca. No vamos a tener para el alquiler si él no te lo da.

—Anney, no lo entiendes —papá Glen se tapó completamente la cara con las manos—. James nunca dijo nada de pagarme. ¡Joder! Ni siquiera me pidió que le ayudara. Simplemente fui y lo hice. Nunca hablé con él nada de dinero. No podía. Creo que ni siquiera quería que le ayudase.

Glen dejó caer los puños con fuerza sobre los muslos, golpeándose media docena de veces antes de levantar las manos y tenderlas abiertas delante de él.

—Lo siento, Anney. ¡Dios!, lo siento tanto —se le inundaron los ojos de lágrimas que le corrían por las mejillas. Empezaron a temblarle las manos—. Pero no es que sea solo difícil. Es imposible. No puedo pedirle nada a James. No puedo pedirles a ninguno de ellos una mierda. Eso acabaría conmigo.

Mamá suspiró y apartó la mirada.

—Bien… —vaciló un instante, y después alargó sus manos para coger las de Glen, que estaban aún en el aire—. Bueno, pues entonces ya veremos. Hay otros trabajos, otras cosas que podemos hacer. Pediremos ayuda a Earle para cambiarnos de casa, quizá podamos quedarnos con Alma. Algo —miró a Glen a la cara, pero, fuera lo que fuera lo que esperaba ver allí, no apareció; apartaba la mirada una y otra vez y volvía a mirarle—. ¡Oh! Glen, cariño, todo irá bien. Se hará lo que se pueda. No te preocupes.

Después de eso las cosas parecían seguir su curso inexorablemente. Nos mudábamos de casa cada dos por tres. En ninguna vivíamos más de ocho meses. Casas alquiladas; casas arrendadas con opción de compra; casas compartidas en las afueras; ladrillo, estuco y promesa de compra; amigos de amigos que conocían a alguien que tenía algo vacío; casas en las que el propietario vivía en el piso de abajo, al lado, un bloque más allá, o

era amigo de un hombre que le había echado el ojo a mamá, o conocía a alguien que conocía al padre de papá Glen, o que había contratado a uno de los tíos para una chapuza; o dos veces —¡Dios mío! *dos veces*— casas muy nuevas y limpias y a pagar en un plazo imposible para nosotros.

No había una estación determinada para mudarnos, todas eran buenas, cualquier momento valía, como un tren sin horario previsto. Nos mudábamos con tanta frecuencia que el correo siempre llegaba con retraso, a veces nos mudábamos antes de haber desembalado completamente las cosas o de haberme aprendido los nombres de todos los profesores de mi nueva escuela. Los traslados me daban la sensación de que el tiempo y todo se deslizaba, como si no hubiera nada a lo que agarrarse. Me hacían sentir fantasmal, irreal, insignificante, como una caja que se pierde y después aparece pero te das cuenta de que de todas formas no necesitabas nada de lo que había en ella. Nos mudábamos tan a menudo que mamá acabó guardando los periódicos en los toneles de cartón para los platos, y las cuerdas y cajas resistentes.

—No tires eso. Lo volveré a necesitar dentro de poco.

Con cada traslado se le hacían a mamá más profundas las arrugas de la cara, con cada oportunidad perdida, con cada «arréglatelas con lo que tienes» o «prueba otra vez». Llegó un momento en que, más que ninguna otra cosa, odiaba los cambios de casa, y un día caluroso de verano cogí un cuchillo de carnicero e hice agujeros en los toneles de los platos de mamá, aunque lo único que conseguí con ello fue un azote en el trasero y la misma cantilena de siempre.

—¿Pero tú sabes lo que cuesta eso?

Sabía hasta el pico de lo que costaba todo. Los domingos, a última hora de la tarde, mamá siempre se sentaba a la mesa de la cocina a contar la calderilla del monedero y a hacer malabarismos con las facturas para decidir cuáles no podían pagarse, al menos no de momento. El alquiler era ochenta dólares al mes, demasiado dinero cuando papá Glen había estado trayendo a casa solo sesenta dólares a la semana. En la compra se iba tanto como en el alquiler, y eso porque las tías nos daban verdura de sus huertos y comprábamos la carne más barata al hombre que se la vendía al restaurante. Y además estaba la ropa que Reese y yo necesitábamos

continuamente, los uniformes de mamá y papá Glen y los zapatos. Los zapatos eran lo peor. Los vestidos podíamos heredarlos de los primos o adquirirlos en el rastrillo de la iglesia. Pero los zapatos se desgastaban o se quedaban pequeños a una velocidad espantosa. Hasta que la tiña se convirtió en un problema tan serio que anduvimos sin zapatos todo el verano.

Aunque antes nunca me había quejado, de repente quería unos zapatos nuevos, unos Mary Jane de charol, no las zapatillas baratas de lona azul que siempre me compraban por un dólar noventa y ocho cada siete meses más o menos. Ya no era una cría, tenía ocho años, pronto nueve, estaba haciéndome mayor. En un año, pasé de callada y sumisa a contestona y exigente, y pedía con insistencia zapatos como los que llevaban los niños del colegio. Los quería con borlas, pero me conformaba con unos de cordones. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de conseguir unos de esos de niñita bien, de charol, con tacones bajos y puntiagudos, pero me quedaba mirándolos con envidia de todas formas. Mamá solo se echaba a reír y me compraba unos mocasines baratos.

—¿Quién te crees que somos, niña?, —decía—. No somos de esos que compran cosas solo para enseñarlas.

No podía remediarlo. Aunque solo fuera para variar, deseaba que pudiésemos tener cosas como otra gente, deseaba que pudiéramos quejarnos solamente por el placer de hacerlo y actuar como la basura que se suponía que éramos, en lugar de estar pendientes continuamente de nuestro comportamiento. Pero la risa de mamá me humillaba. Me ponía aquellos mocasines, aunque no sin una protesta simbólica.

—No te preocupes por eso —le decía a mamá su amiga Mab—. Los niños son más felices con mugre entre los dedos de los pies.

Pero yo había reparado en que las niñas se presentaban en la escuela con zapatos de cordones, y en la iglesia con francesitas de charol, y nos trataban con desdén a Reese y a mí, que íbamos con nuestros mocasines de rebajas. No estaba segura de en qué se fijaba mamá, en qué podía permitirse el lujo de fijarse, pero cuando me sentaba con ella los domingos por la tarde y observaba cómo repasaba sus columnas de números, tenía la sospecha de que se fijaba en todo y de que estaba harta de todo. Ella veía por la ventana a mi sofocado y sudoroso padrastro empujando el

cortacésped por los bordes del jardín, y suspiraba mientras tomaba una taza de café.

—No vamos a poder quedarnos aquí —decía, y yo sabía que iba siendo hora de mudarnos otra vez.

Un invierno pasamos tres meses con tía Alma, quien había comprado una casa sin pagar entrada. Nadie esperaba que pudiera conservarla, y el banco había empezado a reclamar pagos casi en cuanto llegamos nosotros. Entonces empecé a sentir algo que no había sentido nunca antes y contra lo que no sabía cómo luchar. La ira surgió en mí con la misma rapidez y violencia que una pelota de béisbol lanzada con un bate nuevo. El primer día en mi escuela nueva la profesora frunció los labios y me preguntó el nombre, y aquella ira apareció pateándome el estómago y la garganta. En sus ojos vi una paciencia cansina, un viso de compasión y un desprecio tan antiguo como las rojizas y polvorientas colinas que veía por las ventanas de la clase. Abrí la boca, pero no podía hablar.

—A ver, bonita, ¿cómo te llamas?, —preguntó la mujer otra vez, hablando despacio, como si tuviera la sospecha de que yo no era muy brillante. La ira se alzó dentro de mí y se convirtió en rabia.

—Roseanne —contesté tan alegremente como si nunca me hubiera llamado de otra manera. Le sonreí como una Roseanne—. Roseanne Carter. Mi familia es de Atlanta, nos acabamos de mudar aquí —continué, risueña, hablando de la escuela a la que había ido en Atlanta, inventando a medida que avanzaba, y sin dejar de sonreír mientras ella escuchaba atentamente.

Me asustaba que fuese tan fácil —después de todo, mi expediente no estaba al día— hacer creer a la gente que yo podía ser una Roseanne Carter de Atlanta, ciudad en la que jamás había estado. Todo el mundo me creyó, y gocé de una breve popularidad como alguien que viene de una capital y que, por tanto, puede contar historias de una gran ciudad. Era increíble, pero nadie de mi familia supo que yo había dicho semejante mentira. Con todo, fue un alivio cuando nos mudamos aquella vez y fui a una nueva escuela usando mi verdadero nombre. Durante meses después, sin embargo, soñé que venía alguien y me llamaba Roseanne, que los expedientes de los colegios finalmente me descubrían o que uno de

aquellos profesores se presentaba en mi nueva escuela. «¿Por qué contaste esa mentira?», me preguntaban en el sueño, y yo no podía responderles. No sabía, realmente no sabía.

Un día Earle dijo que por fin se había deshecho de aquel viejo rifle que le había endilgado Beau, vendiéndoselo a un idiota de Greenwood que no sabía distinguir entre una escopeta decente y un montón de chatarra oxidada. Insistió en prestar a mamá algún dinero, diciéndole que para él ella era mejor que un banco.

—Ya sabes cómo soy, Anney —le dijo—. Si me quedo con el dinero, lo dilapidaré en cualquier cosa. Si te lo doy a ti, cuando llegue el momento en que realmente lo necesite, sé que me lo devolverás si lo tienes, y si no lo tienes, bueno, pues al menos me darás de comer. ¿Verdad, hermanita?

Papá Glen se puso furioso con mamá por coger el dinero, como si lo hubiera hecho únicamente para demostrar que él no podía mantenernos. Gritó diciendo que ella le había humillado.

—Soy mayorcito —vociferó—. No necesito que venga tu maldito hermano a pagarme nada —se pasó una semana sin hablarnos, y cuando Earle vino a vernos, papá Glen dijo rezongando que no tenía tiempo para hablar de chorradas y se largó arguyendo que tenía mucho trabajo.

—Mucho orgullo tiene ese chico —le dijo Earle a mamá suavemente—. Como no cambie un poco va a terminar causando algún problema. ¡Qué diablos!, todos sabemos que hemos de ayudarnos unos a otros en esta vida —me guiñó un ojo, abrazó a Reese y bromeó con mamá hasta que se echó a reír como una cría y le preparó un sándwich de tomates fritos. Cuando estaba a punto de marcharse, le dio veinticinco centavos a Reese y a mí medio dólar.

—Estás haciéndote mayor, cielo —me dijo tío Earle—. Un día de estos te vas a poner tan guapa como tu madre —sonreí, jugueteando con el medio dólar entre las manos.

Earle vivía solo desde que le abandonó su mujer, y pasaba casi todas las tardes por ahí bebiendo o en casa de sus hermanas. Antes de que mamá decidiera casarse con papá Glen, Earle venía mucho por casa, pero ahora cada vez lo veíamos menos. Por un momento deseé que viviera con nosotras, para que mamá pudiera cuidarle

adecuadamente, él la hiciese reír, y a mi hermana y a mí nos diera la propina.

Cuando papá Glen volvió esa noche a casa, tarde, se negó a acostarse aun cuando al día siguiente tenía que trabajar. Se sentó en el cuarto de estar con la radio encendida y un gesto de enfado y obstinación. Mamá se sentó a su lado y trató de hacerle hablar, pero él no quería. Cuando nos levantamos a la mañana siguiente, tenía la cara pálida y demacrada, y tan oscuros los ojos azules que parecían negros.

El tenso silencio duró semanas, e incluso cuando la situación pareció calmarse, papá Glen ya no era el mismo. Adoptó una expresión malhumorada y meditabunda. Una noche, durante la cena, observé cómo apartaba su plato airadamente.

—Nada de lo que hago sale bien —se quejó—. Meto la mano en un tarro de miel y sale mierda.

—Vamos, Glen —dijo mamá—. Todo el mundo tiene problemas de vez en cuando. Ya irán mejor las cosas. Dales tiempo.

—¡Cállate!, —le gritó—. No me vengas con esa típica monserga de madre. ¡Cállate!, ¿eh? ¡Cállate!

Mamá se quedó de piedra, boquiabierta y pasmada, con una mano todavía en el aire para coger el cesto del pan. Su cara era como una fotografía en blanco y negro: los ojos, enormes sombras oscuras, y la piel tan blanca en ese instante como el papel.

Reese dejó caer la cabeza entre las manos y dio un leve gritito que inmediatamente se convirtió en un sollozo. Sin pensarlo siquiera, me agarré con fuerza al borde de la mesa y me puse de pie. Papá Glen tenía la cara roja, hinchada, le corrían lágrimas por las mejillas. Los ojos de mamá se volvieron hacia mí como reflectores, y a continuación los de él.

—¡Dios mío!, —gimió él, y mamá se estremeció. Papá Glen tropezó con la mesa, golpeándose la cadera con el borde, haciendo temblar platos y vasos—. ¡Oh! Anney, lo siento. Dios, a ti no quiero gritarte —la besó en la frente, los pómulos, la barbilla, apretándole con las manos ambos lados de la cara—. Anney, lo siento.

—No pasa nada —susurró ella, acariciándole los brazos y tratando de apartarlo—. No pasa nada, cariño. Lo comprendo.

Reese siguió sollozando mientras yo permanecía de pie agarrada al borde de la mesa sin saber qué había estado a punto de hacer. Me miré las manos, las yemas aplastadas y blancas, las uñas mordidas con bordes irregulares. Tenía las manos quietas, pero me temblaban los brazos. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Qué iba a hacer yo?

Papá Glen me miró.

—Sé cuánto te quiere tu mamá —dijo, poniéndome la mano en el brazo, apretándome con fuerza. Cuando me soltó, tenía un moratón, y mamá lo vio enseguida.

—¡Glen, no te das cuenta de la fuerza que tienes!

—No —estaba más calmado ahora—. Supongo que no. Pero Bone sabe que nunca he tenido intención de hacerle daño. Bone sabe que la quiero. ¡Maldita sea! Tú sabes cómo os quiero a todas, Anney.

Le miré fijamente, con las manos de mamá en mis hombros, sabiendo que me había quedado con la boca abierta y la cara inexpresiva. ¿Qué sabía yo? ¿Qué creía yo? Observé sus manos. No, nunca quería hacerme daño, seguro que no, me dije a mí misma, pero cada vez más aquellas manos parecían moverse antes que sus pensamientos. Eran grandes, frías y rápidas. No podía escapar de ellas. Reese y yo hacíamos chistes cuando él no estaba: manos de gorila, patas de mono, aletas de tiburón, colas de castor. A veces me preocupaba que él supiera las cosas que decíamos. Mis sueños estaban llenos de dedos largos, manos que entraban por los marcos de las puertas y que se deslizaban por los bordes del colchón, el miedo en mí como un río, como el helado azul oscuro de sus ojos.

6.

El hambre te desasosiega. Sueñas con comida, pero no con cualquier comida, sino con la comida perfecta, la mejor, platos mágicos, famosos e imponentes, la pieza suprema de carne, el sabor en su punto del maíz tierno, tomates tan maduros que al partirse endulcen el aire, habas tan frescas que se deshagan entre los dientes, salsa como leche materna cantándote a la sangre. Cuando tenía hambre, mis manos no paraban quietas. Me levantaba los bordes de las costras, me rascaba las picaduras de los ácaros y viejas cicatrices, y tiraba de algún mechón suelto de mi pelo negro. Jugaba a mover una moneda con una sola mano, tratando de aprender a rodarla entre los dedos sin que se me cayera, de la forma en que lo hacía mi primo Grey. Me mordía las uñas o chupaba palillos, y leía todo lo que no hubiera leído ya más de dos veces. Pero cuando Reese tenía hambre y no había nada que comer, simplemente sollozaba, enormes y brillantes lágrimas le resbalaban por sus mejillas sonrosadas. Nada la distraía.

No pasábamos hambre muy a menudo. Siempre había algo que podía hacerse. Reese y yo recogíamos los envases retornables que encontrábamos abandonados en las cunetas para venderlos y comprar cigarrillos a mamá mientras ella hacía permanentes a domicilio a las señoras mayores que conocía del restaurante. Reese arrugaba la nariz y soltaba una risilla al deslizar el paquete de Pall Mall en el bolsillo de mamá mientras yo corría a coger unas tortitas del plato que estaba cubierto con un paño encima del fogón.

—¡Qué mujercitas tan encantadoras!, —le decían las señoras, y mamá se tocaba el bolsillo y asentía.

Mamá sabía cómo hacer una comida de tortitas y salsa, tortitas

de harina y agua y salsa hecha con grasa de tocino por encima. Para cuando empecé cuarto curso, teníamos tortitas para comer un día sí y otro también. A veces, con las tortitas, mamá nos daba un tazón de sopa de tomate o un plato frío de habas con cerdo. Decíamos bromeando que nos gustaban directamente del bote, pero era porque la compañía eléctrica había cortado la luz: sin dinero, no hay electricidad. Aquello era hambre engañada a base de almidón.

Una tarde ni siquiera había harina para simular una comida. Sentadas a la mesa de la cocina, Reese y yo nos quejábamos de los rugidos que daban nuestros estómagos. Mamá se reía, pero dándonos la espalda.

—Tanto ruido por tan poca cosa. Cualquiera pensaría que no habéis comido durante una semana.

Sacó unas tortitas de soda y empezó a extender sobre ellas una capa de un *ketchup* rojo oscuro espolvoreado de sal y pimienta. Nos preparó unos vasos de té frío y nos contó historias de verdadera hambre, hambre de días sin esperanza de que volviera a haber tortitas alguna vez; de cómo, cuando ella era una niña, se pegaba con sus hermanas por la última corteza de tocino.

—Poníamos los platos en la mesa, ocho platos para ocho niños, simulando que iba a salir comida del fogón para llenarlos, hablando de comida que jamás habíamos visto, de la que solo habíamos oído hablar o nos habíamos imaginado, inventando historias sobre lo que cocinaríamos si pudiésemos. A Earle le gustaba la idea de unos cachorros escalfados. Tu tía Ruth siempre hablaba de lenguas de rana con moras. Beau quería nabas fritas, y Nevil suspiraba por narcisos al vapor. Pero Raylene se llevaba la palma, con su receta de carne de tortuga glaseada y verdura venenosa aliñada con orina caliente.

Después de un rato Reese y yo empezábamos a inventar nuestras propias comidas imaginarias: Mantequilla de cacahuete con gelatina. Picadillo de chinche con pepinillos. Mamá nos hizo reír imitando a sus hermanos y hermanas cuando se peleaban por las comidas más repugnantes que podían imaginar. Nos llenó el estómago con tortitas de soda y *ketchup*, tortitas de soda y mayonesa, y más vasos grandes de té, todo el tiempo riendo y bromeando y haciéndonos cosquillas en los hombros con sus uñas largas mientras iba de acá para allá. Al final Reese salió fuera a

perseguir a los perros de la casa de al lado y a insultar a los chicos que andaban con ellos. Pero yo me quedé atrás para mirar a mamá por la ventana de la cocina y ver cómo apretaba los puños y le sobresalía la barbilla de rabia. Cuando papá Glen volvió de pescar con mis tíos, ella estaba igual que una mamá gallina enfurecida, con las plumas levantadas y los ojos amarillos.

—Galletas de soda y *ketchup* —se le quejó—. Tú tan despreocupado sin buscar otro empleo, pero yo he tenido que alimentar a mis niñas con esa mierda mientras tú descansabas el culo toda la tarde, fumando y contando mentiras —se puso en jarras y apretó los labios hacia dentro en una mueca plana y dura.

—¡Vamos, Anney!… —Papá Glen alargó los brazos hasta ella. Mamá le dio un manotazo y saltó hacia atrás como una serpiente que ha cazado una rata. Retrocedí de la ventana y corrí hacia un lado de la casa para mirar desde la puerta abierta. Nunca había visto a mamá así. Daba un poco de miedo, pero era estupendo. No parecía temerle a nada.

—Mis hijas, no —le dijo a papá Glen, saliéndole la voz como un bramido, aunque hablara en roncos susurros—. Yo no quería que mis hijas supieran lo que es no tener nada que comer. Nunca iban a saber lo que es pasar hambre o frío o miedo. Nunca, ¿me has oído? ¡Nunca!

Mamá fue al baño y se lavó la cara, las axilas y el cuello. Estaba subiéndose cuidadosamente las medias cuando yo entré y me puse a su lado, demasiado inquieta y asustada como para no estar cerca de ella. Se paró un momento para darme un rápido abrazo.

—Llama a tío Earle para que venga a recogeros cuando salga. Es mejor que Reese y tú os quedéis en casa de tía Alma hasta que yo vuelva —salí de la cocina corriendo, hacia donde estaba el teléfono, pero no llamé. En cambio me quedé titubeando en el pasillo y miré su reflejo en el espejo del vestíbulo.

Mamá se puso un sujetador limpio y uno de los jerséis rojos sin mangas que le había dado Mab, su amiga del restaurante, del que decía bromeando que estaba hecho para mostrar lo alto que podían apuntar sus tetas. Papá Glen vino al pasillo y se quedó mirándola moviendo la garganta pero sin que ningún sonido saliera de ella. Mamá se pintó los labios de un rojo descarado, peinó hacia atrás el pelo rubio oscuro y se colgó del brazo su viejo bolso. Dirigió la

mirada hacia el vestíbulo y me vio apoyada en la puerta de la cocina.

—¿Has llamado a Earle?

Dije que sí con la cabeza, incómoda por la mentira, pero sin querer disgustarla. Pasarían horas antes de que Earle estuviera libre para venir a buscarnos, y yo ya había decidido no esperar por él.

Mamá se paró un momento, movió la cabeza, volvió al dormitorio y sacó de debajo de la cama la caja donde guardaba los zapatos de tacón alto de charol negro brillante. Cuando se incorporó con ellos puestos, parecía una persona diferente, mayor y más dura, en la boca una sonrisa resuelta. Su pelo rubio parecía más brillante, los ojos más oscuros, la tez más pálida. Estaba gélidamente hermosa. Papá Glen seguía en el vestíbulo, pero mamá lo rodeó haciendo como si allí no hubiera nadie realmente, como si ladear la cadera y echarse hacia un lado fuera el modo normal de caminar por el vestíbulo. Papá Glen se tambaleó un poco al pasar ella, pero no hizo nada para detenerla. Le colgaban las manos a los lados y respiraba por la boca como si fuera a marearse. El ruido de los tacones en el suelo era tan fuerte como el chasquido de sus nudillos. Yo seguía a mamá a poca distancia, temerosa de mirar atrás a papá Glen, temerosa de que mi mirada pudiera romper el hechizo que parecía retenerlo en el pasillo. Mamá no dijo nada, solo me dio un abrazo y un beso y se deslizó tras el volante de su Pontiac.

Cuando el motor del coche rugió, se deshizo el encantamiento. Papá Glen salió corriendo y se quedó en el pavimento viendo alejarse a mamá. Tenía la cara rígida. Ni siquiera miró en mi dirección, pero el estómago se me hundió hasta el espinazo. Sentí como si la hierba se hubiera convertido en amoniaco y me quemara en la garganta, como si la piel de papá Glen irradiara calor y oleadas de sudor. Alrededor de los estrechos tirantes de la camiseta vi cómo se le movían y agrupaban los músculos de los hombros. Sabía que podía romperme los brazos tan fácil y metódicamente como se estaba chasqueando los dedos, retorcerme el cuello con la misma frialdad con que se retorcía las manos. Retrocedí con cuidado, después rodeé la casa corriendo y escalé la valla que había entre nuestro jardín y el del vecino para no ser vista.

Reese estaba saltando a la comba con las mellizas MacCauley y

no quería venir conmigo, pero se animó cuando le dije que haríamos dedo en la carretera en lugar de llamar para que vinieran a buscarnos. A Reese le encantaba hacer señales en la carretera a desconocidos y pedirles que nos llevaran hasta donde vivía tía Alma, a cuatro millas de allí. Me había prometido no hacerlo nunca sin mí, pero me preocupaba que en cuanto fuese un poco mayor se pusiera a hacer dedo por todo el condado. Así que cada vez que íbamos de este modo a algún sitio, me inventaba una nueva historia de miedo. Tenía yo tan arraigada la costumbre que, aunque estaba muy nerviosa, automáticamente empecé otra, esta vez sobre un conductor fantasma que iba por ahí cogiendo niñas y despellejándolas como a cervatillos, comiéndose la carne y curtiendo las pieles para hacer monederos y carteras.

—A nosotras no nos cogerá nunca —dijo Reese riendo—. Simplemente tenemos que procurar no montarnos nunca con un hombre solo —me quedé pensando un momento.

—Bueno, no es tan fácil saber quién es el fantasma —le dije a Reese—. A veces coge primero a un matrimonio escondiéndose en la parte de atrás del coche mientras ellos están en los lavabos de la gasolinera. Cuando se ponen en marcha, les mata y después los coloca de manera que piensas que son las únicas personas en el coche. Así, coge a mucha gente que nunca se montaría con un hombre solo.

Reese se mordió el labio inferior y miró fijamente a la carretera. No era difícil darse cuenta de que estaba considerando esta nueva información detenidamente. Examinó a las personas de la camioneta que se habían parado a cogernos, una mujer mayor con un vestido camisero azul oscuro, y un hombre joven con ropa de trabajo color caqui. Antes de sentarse en la parte de atrás, dio un manotazo en el lateral de la cabina tan fuerte que ambos dieron un respingo en sus asientos. Me mordí la lengua para no reírme. La señora mayor nos reprendió por hacer dedo en la carretera.

—Podrían mataros o algo peor —nos dijo por la ventana de atrás —. Las niñas en la carretera son una invitación para los desaprensivos. Podría sucederos cualquier cosa —las dos asentimos con caras serias y les dimos las gracias amablemente cuando nos bajamos cerca ya de la casa de tía Alma.

Era más de media noche cuando mamá vino a buscarnos. Reese estaba dormida en la cama de tía Alma, pero yo estaba sentada con tío Wade, cabeceando sobre el rompecabezas que él se ponía a hacer cuando no podía dormir.

—Niña, tu madre —dijo, dándome un pequeño empujón. Me desperté bruscamente cuando mamá me tocó en el hombro. Sus manos eran pesadas y olía un poco a loción Jergens.

—Vamos, Bone —susurró—. Nos vamos a casa —le dio las gracias a tío Wade con voz cansada. Tenía el pelo lacio y la cara lavada. Aún vestía aquel jersey, pero se había puesto encima una camisa suelta blanca y se había cambiado los zapatos de tacón alto por los planos de camarera—. No hables —me dijo—. Simplemente coge los zapatos de tu hermana y vámonos.

Levantó a Reese sin despertar a tía Alma y la llevó al coche. Yo la seguí, agarrada a ella por el lado derecho, mientras que Reese iba apoyada en su hombro izquierdo. Al llegar al coche, se quedó parada y miró al oscuro cielo de la noche. A la luz de la casa su cara era toda hoyos y ángulos, los ojos hundidos y brillantes.

—¡Maldita sea!, —susurró suavemente, y apoyó la frente en el frío metal de la parte superior de la puerta— ¡Maldita, maldita sea!

—Mamá —dijo Reese lloriqueando. Apreté la mejilla contra ella y me quedé quieta. Esperamos un momento que se hizo largo y frío, y después mamá se enderezó y abrió la puerta.

—¡De acuerdo!, —dijo, como si estuviera absorta en una larga conversación consigo misma—. De acuerdo.

Miré en dirección a la casa de tía Alma. Tío Wade estaba de pie en la cocina, mirándonos, con expresión tensa y hostil. ¿Por qué estaba enojado?, —me preguntaba—. ¿Qué le habría hecho ponerse así?

—Te prepararé unos huevos —dijo mamá mientras nos llevaba a la cocina y nos sentaba a la mesa. Había harina en una lata, un tarro de gelatina, mantequilla en un plato, una bolsa de tomates, tocino en un paquete hermético, y un cartón de huevos frescos con pintas marrones. Guardó casi todo y después batió unos huevos con leche azucarada, echando unas rodajas de tomates verdes en los bordes de la sartén antes de verter los huevos.

—Mi madre solía cocinar esto por la noche tarde —dijo, parpadeando bajo la intensa luz.

Papá Glen estaba sentado en el cuarto de estar frente al televisor, con el volumen muy bajo, sin mirarnos y sin hablar. Vi a Reese mirarle de reojo y después a mamá y a mí. Papá Glen no cesaba de pasarse las manos por los muslos, encogiendo los dedos, apretándolos y agitándolos luego por la tela oscura como patas de chinches de junio agonizando panza arriba en la noche. Mamá sacó una bandeja de tortitas del horno y nos sonrió.

—Los tomates tienen que estar casi fritos antes de poner los huevos, porque los huevos deben quedar poco hechos. Están ricos cuando quedan suaves, cuando se deshacen como mantequilla entre los dientes y la lengua —me sirvió los huevos y me puso dos tortitas en el plato junto a los tiernos tomates tostados. Reese extendió mantequilla en sus tortitas y se echó una buena porción de gelatina al lado de los huevos. Con el nudo que tenía en el estómago no veía cómo iba a poder comer, pero mamá se sentó justo enfrente de mí y me sonrió de tal forma que supe que tenía que comérmelo todo. Lo hice, poco a poco, mientras papá Glen continuaba en silencio en la habitación de al lado y mamá seguía hablando como si él no estuviera allí. No podía evitar que se me fueran los ojos hacia aquellas manos aferradas a los muslos. Retorcí las mías por debajo de la mesa y me froté los músculos de las piernas.

Me atiborré a tortitas pero no me sentía satisfecha. Una vez que empezaba a comer nada me saciaba. A Reese parecía ocurrirle lo mismo. Comió hasta que no podía mantener los ojos abiertos con tanta comida. Entonces apoyó la cabeza sobre la mesa como si fuera a echarse una siesta allí mismo. Mamá le sonrió y alargó la mano para meterle el lacio pelo rubio detrás de las orejas, donde no pudiera venírsele a los ojos. Extendió mantequilla en las tortitas que sobraron y las guardó envueltas en un paño para la mañana siguiente. Todo el tiempo estuvo hablando de cosas intrascendentes, de su madre y las comidas que había visto preparar a sus tías por la noche tarde, del ruido que había empezado a hacer el Pontiac y de que hacía falta limpiar el filtro de la lavadora.

Escuchaba a mamá boquiabierta. Era como si hubiese un viento que me soplara desde el cuello hasta el estómago, caliente y frío al mismo tiempo, que dejaba pequeñas chispas en mi sistema nervioso.

Por fin mamá nos metió a Reese y a mí juntas en la cama y se sentó a nuestro lado como si fuera a pasar allí la noche entera. Oía la televisión todavía puesta, con el volumen bajo, en la habitación de adelante, e intenté mantenerme despierta, pero la comida actuó como un somnífero en mi organismo. Me sumergí en la oscuridad y en un sueño de enormes, blandas y sofocantes nubes que se extendían como bancos de niebla sobre un campo de zarzamoras. Me desperté junto a la cara hinchada y asustada de Reese con el tono grave y airado de la voz de papá Glen en el vestíbulo. Enlacé los dedos con los de Reese y rezamos para que se hiciera el silencio, cerrando los ojos con tanta fuerza que me zumbaban los oídos.

Tuvimos que volver a mudarnos una semana después, pero mamá dijo que la nueva casa sería mejor ahora que papá Glen iba a trabajar en la fábrica de Pepsi. Pero la nueva casa no era nueva. Tenía el mismo aspecto que las tres anteriores, pequeña, sofocante, y con olor a humedad por mucho que mamá la ventilase. Era igual que todas las casas que papá Glen había encontrado para nosotras, casas en las afueras, con paredes hechas de listones y garajes con el techo de hojalata. El césped estaba seco, con hierba áspera y rala y pequeñas extensiones de terreno pedregoso. Nunca había árboles ni arbustos. A veces mamá ponía flores o removía un trozo de tierra en la parte de atrás para cultivar verduras que por alguna razón nunca llegaban a plantarse antes de que nos mudáramos de nuevo, pero las casas siempre parecían desnudas y abandonadas.

—Rechazadas —me dijo Temple, la hija mayor de tía Alma, mientras me ayudaba a deshacer las maletas en el nuevo dormitorio —. Tu padre siempre os encuentra casas en las que realmente nunca ha querido vivir nadie. Este lugar tiene el aspecto de haber sido abandonado por gente que llegó y se marchó en cuanto pudo —no se lo discutí. Tenía razón.

Mis tías también se mudaban continuamente, todas menos tía Raylene, que llevaba viviendo en la misma casa alquilada prácticamente toda su vida de adulta. Nadie más permanecía en ningún sitio durante mucho tiempo, pero las casas que elegían eran casas viejas que tendían a parecerse entre sí; no como las que quería papá Glen, con ventanas de celosía, garajes y un triturador de

desperdicios que nunca funcionaba. Alma siempre vivía en viejas casonas desvencijadas, con grandes porches y perros tumbados al sol. A tía Ruth le gustaban las que tenían nogales negros que dieran sombra a las camionetas de los tíos.

Papá Glen hablaba con sarcasmo de las casas de mis tías, con sus chimeneas de carbón y sus corrales en el patio trasero.

—No viviría en tu casa ni aunque me pagaras —le juró a tío Travis un domingo. Pero este simplemente le hizo una mueca y le dio un codazo.

—El problema, Glen, chico, es que tienes que pagar a los caseros y ¡joder!, a ellos no les importa lo que pienses de nada ni qué clase de casa nos gustaría alquilar. ¡Mierda! Cada cual hace lo que puede, ¿sabes?

Me puse muy contenta cuando Alma y Wade se mudaron al campo, al lado de extensas plantaciones de cacahuetes y fresas. Era en las afueras de la ciudad, cerca de las rutas de camiones de West Greenville, donde todo estaba deteriorado y era barato y a nadie le importaba que aparcaras el coche en la hierba. Siempre había críos en el porche, primos entrando y saliendo por las puertas mosquiteras, ropa tendida en la parte de atrás y gallinas corriendo por todos lados, y, visitásemos a la tía que visitásemos, siempre había algo que hacer.

—Cógeme esa gallina —me decía tía Alma—. Luego escógeme estas judías y lava esos tomates.

Reese me ayudaba, nos sentábamos juntas en el porche, mezclándonos con los primos y sus amigos de tal manera que a veces tía Alma se olvidaba de que estábamos allí hasta que mamá venía a buscarnos. No nos importaba dónde viviéramos, siempre y cuando pudiésemos quedarnos con alguna de las tías.

En casa de tía Alma podíamos oír cómo discutían Garvey y Grey, cómo chillaba y reía Little Earle, cómo maldecía bebiendo el tío Wade, la música de la radio y el cloqueo de las gallinas. Allí teníamos una lona impermeabilizada para deslizarnos, con un aspersor que disparaba una lluvia de agua fría. En casa de tía Ruth podíamos ver a tío Travis pelando patatas, con una cerveza cerca y un cigarrillo colgándole de un lado de la boca y la ceniza cayendo de vez en cuando en las mondaduras. Tía Ruth incluso nos dejaba jugar en bragas, aunque cuando Reese cogió la tiña, mamá insistió

en que no nos quitásemos la ropa, y después de cogernos ácaros, nos obligaba a lavarnos a fondo en cuanto llegábamos a casa. A mí y a Reese no nos importaba, seguíamos queriendo ir a visitarlos a la menor oportunidad. Había vida en las casas de las tías, calor, siempre con bullicio de voces, risas y niños correteando por todos lados. La tranquilidad de nuestra casa era gélida, aunque tuviésemos un horno mejor y no dejáramos las puertas abiertas para evitar las corrientes. Había algo glacial en las casas de papá Glen que se derretía y desaparecía de nosotras cuando estábamos en casa de nuestras tías.

Los hermanos de papá Glen vivían en casas grandes de su propiedad, con jardines cercados y setos floridos.

—Así es como debería vivir la gente —nos decía cuando nos llevaba a visitar a sus hermanos.

Más que ninguna otra cosa, papá Glen quería una casa como la que tenían Daryl y James, una casa nueva con un bonito césped y grandes ventanales vestidos con doble cortina. Las casas que elegía para nosotros eran siempre pobres imitaciones. Mamá cosía cortinas, fregaba ventanas y enceraba suelos. Papá Glen cortaba la hierba y a nosotras nos mandaba, con unas tijeras, a arrancar los hierbajos del camino de entrada. Vociferaba a Earle y Beau si se metían hasta el césped con el coche, y perseguía a los perros que venían por la noche y volcaban los cubos de la basura.

—Nadie quiere que yo tenga nada bueno —se quejaba, y luego se ponía de un humor peligrosamente silencioso y se negaba a hablar con nadie.

Rumiaba tanto las cosas que Reese y yo patrullábamos por el jardín, recogiendo la hojarasca llevada por el viento, los zurullos de perro y cualquier cosa que pudiera enfurecerlo. Cada nueva casa le hacía sentirse feliz durante un tiempo, y nosotras tratábamos de alargar lo más posible ese período de calma relativa, manteniendo todo pulcro y reluciente.

—Las cosas van a ser distintas aquí —le decía a mamá.

Reese y yo nos quedábamos con la cara inexpresiva y nos cuidábamos muy mucho de cruzarnos en su camino. Ninguna de nosotras creíamos que las cosas fueran a cambiar jamás, pero

éramos lo bastante listas como para no decirlo. A veces parecía que papá Glen podía leer aquello que tratábamos de ocultar, que con sus ojos nos pillaba pensando que nada de lo que él hiciera lograría que las cosas fuesen distintas.

—Destroza el corazón —le dijo a mamá una vez— saber que nadie confía en uno.

Parecía que nuestra incredulidad era lo que le hacía fracasar. Que nuestra falta de fe le había convertido en el hombre que era, incapaz de evitar pelearse en el trabajo, impertinente con sus jefes y desagradable con los dueños de las tiendas a los que se suponía que debía convencer para que aceptaran su género. Empezaban las estrecheces y ya estaba papá Glen mirándonos como si con cada respiración estuviésemos costándole dinero.

Un mes el alquiler se retrasaba, al siguiente era imposible pagarlo, y volvía a retrasarse después. Papá Glen empezó a irse por la tarde a dar largos paseos en coche, y una serie de gente empezó a venir a nuestra puerta durante el día. Daban golpes en la puerta después de llamar al timbre. Si mamá estaba en casa, se sentaba a la mesa de la cocina con un cigarrillo entre los dedos, con la mirada perdida y en silencio.

Reese y yo nos acercábamos a la puerta y decíamos a grito pelado «mamá no está en casa. No podemos abrirle la puerta, mamá no está en casa».

Los hombres y mujeres que venían a nuestra puerta primero nos daban coba y trataban de engatusarnos y luego se enfurecían y nos amenazaban. Decían tan alto el nombre de mamá que todos los vecinos podían oírlo. Mamá se echaba el pelo hacia atrás, encendía otro cigarrillo y nos abrazaba. Reese y yo esbozábamos una sonrisa y mirábamos con cautela por debajo de las cortinas para cerciorarnos de que el casero o el cobrador se había marchado, y luego volvíamos corriendo a contárselo.

—¡Qué niñas más listas tengo!, —nos elogiaba mamá—. Qué listas y qué valientes —en aquel momento se le relajaba la cara, se le suavizaban las afiladas líneas de las cejas y nos acercaba a ella una vez más, siempre.

—No somos mala gente —nos aseguraba mamá—. Ni siquiera somos realmente pobres. Si alguien os dice algo, tenedlo presente. No somos mala gente. Y pagamos. Solo que no siempre podemos

pagar lo que la gente quiere.

Reese y yo decíamos que sí con la cabeza muy seriamente, asentíamos sin palabras, pero no la creíamos. Sabíamos lo que nos llamaban los vecinos, aquello de lo que mamá quería protegernos. Sabíamos quiénes éramos.

Tío Nevil y tía Fay vivían en una casa en una colina tan empinada que podíamos jugar en la tierra debajo del porche de delante con los perros. Cuando nos poníamos de puntillas, apenas alcanzábamos a tocar las tablas del suelo por encima de nosotros. La casa estaba tan incrustada en la colina que los perros no podían escarbar debajo de ella, y las habitaciones de atrás estaban siempre frescas y sombrías. Me encantaba aquella casa, la fresca oscuridad bajo el porche y el olor a perro y a arcilla, pero papá Glen la odiaba.

—¡Es una maldita choza de negros! ¿Es que no les importa cómo viven?, —él nunca nos metería en un sitio como ese, insistía. En cambio nos llevó a una casa hecha de ladrillos baratos donde se desprendían las baldosas por la humedad y donde no nos quedamos mucho tiempo—. Pero es un barrio decente —le dijo a mamá, que no abría la boca, solo desempaquetaba los platos una vez más.

Tía Alma se ganó el eterno desprecio de papá Glen el año en que yo cumplí los nueve y ella abandonó a tío Wade. Tío Earle bromeaba diciendo que Alma por fin había pillado a Wade en lo que llevaba tantos años haciendo.

—Acostándose por ahí —dijo la prima Deedee—. Si fuera mi marido, le volaría la polla.

—Esa puede ser una razón de por qué no lo tienes, un marido, quiero decir —le replicó tía Alma, y después se rio ante la idea de disparar al tío Wade en sus partes íntimas—. Al menos conseguiría llamar su atención —le dijo a mamá—. Pero, qué coño, es que es como un perro. Le da igual donde la mete. No sabe apreciar lo que tiene. Lo mejor que puedo hacer es apartarme de sus guarradas.

Se mudó con su prole a un edificio de apartamentos del centro de la ciudad, un segundo piso sin ascensor, con un porche grande no muy firme que se inclinaba hacia un lado. Viviera donde viviera, Alma siempre tenía porche.

No conocíamos a nadie que hubiera vivido nunca en un apartamento. Mamá nos llevó a verles con una bolsa de toallas y pañales del economato del Ejército de Salvación, para la nueva niña. Tía Alma sonrió al verla, sacó de la nevera una jarra de té frío, y a nosotros nos mandó al porche.

Del porche arrancaba una escalera, bajaba en espiral pasando por el primer apartamento, y llegaba hasta el jardín. Grey y Little Earle estaban sentados en los escalones de arriba, inclinados hacia adelante para ver a los niños del piso de abajo, que miraban desde sus ventanas hacia donde estábamos nosotros. Caras morenas y brillantes se aplastaban contra el cristal apartándose después, caras serias, inexpresivas, que apenas podíamos distinguir entre ellas.

—Negros —susurró Grey con arrogancia—. Nos tienen miedo.

Puse los dedos en la barandilla, sacando astillitas de la madera seca, y me incliné a mirar yo también. Nunca había visto a gente de color de cerca y sentía curiosidad. Parecían realmente asustados.

—Su madre no les deja salir —Little Earle mascaba una astilla del pasamanos y estaba tirando de otra—. Hemos oído esta mañana cómo les decía que, si se les ocurría abrir la puerta, les daría en el culo. Seguro que no le hace ninguna gracia que nos hayamos mudado aquí.

—¡Anda, ni a papá!, —dijo Grey riendo.

—Debe de hacer calor enjaulados ahí dentro —murmuró Patsy Ruth.

Asentí con la cabeza, sin dejar de mirar a la ventana. Parecía que había tres allá abajo, mirando por turnos, completamente fascinados con nosotros como lo estábamos nosotros con ellos. Reese se puso detrás de mí y me tiró del brazo. No me volví; me parecía que la cara de la ventana estaba mirándome a mí.

—¿Podemos bajar al patio?

—Hace más calor ahí abajo, no corre ni un poco de aire, y hay mucho polvo. Se está mejor aquí arriba —Grey escupió por encima de la barandilla al suelo reseco y pelado—. Además, tenemos que pasar por su lado —señaló la ventana con la cabeza.

Entorné los ojos por la intensidad de la luz. A la cara de la ventana se le estrecharon los ojos. No podía discernir si era chica o chico, pero sin duda era un chico muy guapo o una chica con expresión hostil. Tenía los pómulos tan prominentes como los míos;

los ojos grandes y delicados y con largas pestañas; la boca pequeña y los labios hinchados, pero no anchos, como si les hubiera picado una avispa. La piel de chocolate era muy lisa y brillante, invisibles los poros. Me llevé los dedos a las mejillas, miré a Grey y después otra vez abajo. Grey tenía la cara llena de espinillas y colorada por el sol. Nunca antes lo había pensado, pero era más bien feo.

—¿Qué estás mirando, Bone?, —me preguntó Grey dándome un codazo.

No podía decirle lo que estaba pensando, no podía decir «Esa criatura es más guapa que tú». Me retiré de la barandilla y arranqué otra astillita antes de volver a mirar a Grey a la cara.

—Me gusta este lugar. Me gusta mucho más que aquella vieja y desvencijada casa donde vivíais antes —mentí—. ¿Cuántos dormitorios tenéis?

Grey se tranquilizó, y me di cuenta de que había temido que le fuera a decir algo desagradable.

—Hay más sitio aquí de lo que parece. Tenemos una habitación solo para Little Earle, para Renacuajo y para mí. Patsy Ruth y Temple tienen la suya, e incluso me dijo mamá que me dejaría tener un recipiente con agua sobre la cómoda para que Garvey me devuelva las tortugas.

Little Earle asintió con entusiasmo. Era la primera vez que alguien mencionaba a Garvey, que se había quedado con tío Wade, pero no dije nada. Mamá me había contado que tuvieron una terrible discusión cuando Wade se quedó con Garvey y dejó al otro gemelo con tía Alma.

—No llames a la niña Renacuajo —interrumpió Patsy Ruth—. Llámala Annie. Sabes que a mamá no le gusta que la llames Renacuajo.

Se abrió la puerta y se asomó tía Alma.

—¿Os estáis portando bien, niños?, —entrecerraba los ojos por el sol.

—Por supuesto, mamá —le contestó Grey.

Dirigí la mirada hacia la ventana de abajo otra vez. Era una chica, estaba casi segura, una chica hostil que nos miraba con recelo. Grey se levantó de las escaleras apoyándose en una de sus enormes manos. La chica le siguió el puño con los ojos y después me miró a mí otra vez. Intenté sonreír pero sentía la cara tensa,

nerviosa. El rostro de la chica continuó sin expresión alguna y se retiró a la oscuridad del apartamento.

—No seáis malos con los niños de abajo —le dijo tía Alma a Grey—. No quiero problemas con esa gente.

—No, mamá —respondieron Grey y Little Earle a coro. La ventana de abajo continuó a oscuras.

La siguiente vez que fuimos a visitarles, Grey me contó que eran cinco en el piso de abajo, igual que en el de arriba, que el padre trabajaba fuera, en el norte, y que ninguno de ellos era tan mayor como él. La mujer era muy reservada, todo lo más que hacía era saludar a tía Alma con la cabeza, pero, después de la primera semana, los niños empezaron a salir otra vez a las escaleras, y se metían adentro corriendo cuando se acercaba la camioneta de alguno de los tíos, pero por lo demás no hacían mucho caso de los niños blancos. En algún momento de la segunda semana hicieron un concurso de escupitajos, los de arriba contra los de abajo, y ganó Grey. Después de aquello todo fue más fácil. Grey les enseñó su navaja a los chicos de abajo y a cambio él pudo contemplar el equipo de herramientas que el mayor tenía de su padre. Solo la chica se mantenía a distancia, quedándose con su madre mientras los chicos jugaban en el patio.

—Es guapa, si es que los negros pueden serlo —me dijo Grey—, pero no muy amistosa. Es como si pensara que voy a morderle el cuello, o algo así.

—Tú llámala negra y puede que sea ella la que te muerda. Yo lo haría.

Estaba acordándome de la cara seria y enérgica de la chica. Había oído todas las bromas horribles y cosas desagradables que decía la gente de los negros, pero yo nunca me había dirigido a una persona de color salvo para decir el breve y respetuoso «señor» o «señora» que mamá nos había enseñado. Yo era tan tímida con esos niños como ellos parecían serlo con nosotros. A pesar de que la idea me ponía muy nerviosa, deseaba que esa chica saliera para intentar hablar con ella, pero nunca hizo nada más que mirarnos por la ventana. Probablemente su madre le había dicho qué se podía esperar de una basura como nosotros.

—Bueno, bueno, tendrías que haber oído lo que dijeron papá y tío Beau cuando vinieron, las cosas que les llamaron —Grey frunció el ceño y se daba pataditas con un pie en el otro—. Papá está furioso por habernos mudado aquí.

Sabía lo que quería decir. Tío Wade y tía Alma habían estado en nuestra casa la semana anterior, Wade, desaliñado y exhausto, maldiciendo a Alma en la cara.

—¡Largarse con los hijos de uno, viviendo en ese sucio lugar lleno de negros. Mis niñitas teniendo que subir esas escaleras pasando cerca de esos chicos negros. Mi mujer caminando al lado de esos pordioseros!, —la cara curtida de tío Wade estaba más delgada de lo habitual y sombría por la indignación.

Tía Alma simplemente se reía de él. Ella tenía mejor aspecto que nunca. Estaba un poco más delgada también, pero para ella eso era bueno. Tenía la cara lisa y relajada, y le sobraba falda en sus caderas redondas. No parecía echar mucho de menos a tío Wade.

—Ese hombre es peor que un chico —le dijo a mamá—, te agota queriendo que le hagas cosas todo el tiempo, corriendo para prepararle las comidas, lavándole la ropa y, ¡qué coño!, lavándole a él y ese pelo grasiento que tiene —ahora se reía y se echaba el flequillo hacia atrás, despreocupadamente, con una de sus pequeñas manos.

—Me pago mi propio alquiler, señor Wade Yarnall, gracias —se puso un rizo detrás de una oreja y sonrió a mamá con orgullo—. No tengo por qué escuchar tus quejas de mí ni tus chorradas de los niños. Están limpios y alimentados y felices donde viven. Nadie se mete con ellos. Nadie se mete conmigo, ni nadie lo hará.

—¡Pero es un escándalo! No puede quedarse ahí —tía Carr estaba del lado de tío Wade; pero siempre lo había estado, me contó mamá. Carr había venido desde Baltimore para quedarse con nosotros durante la visita que nos hacía todos los veranos.

—Tu tía Carr siempre ha estado un poco enamorada de Wade —me dijo mamá en confianza una tarde cuando estábamos tendiendo la ropa—. Cuando éramos niñas ella pensaba que se casaría con Wade. Nunca superó que eligiera a Alma.

—¡Por todos los demonios, Anney! Carr nunca ha superado nada. Esa chica se acuerda de todas las faenas que le han hecho alguna vez o le han pensado hacer. Apuesto a que las recita en alto

todas las noches antes de dormir, para que no se le olviden —tío Earle estaba de pie al final del tendedero con una bolsa grande en los brazos y una amplia sonrisa en su cara tostada por el sol. Puso la bolsa en el suelo y me abrazó cuando corrí hacia él, riéndose de la expresión de enojo de mamá.

—Vamos, Anney. Sabes que lo que digo es verdad. No me vengas ahora con tu típica mirada de enfado —dio un ligero empujón a la bolsa—. Tengo suficientes pacanas tiernas para hacer dos docenas de tartas. ¿Qué te parece si tu niña y yo las escogemos mientras tú haces la masa?

Mamá puso la última pinza en unos gastados pantalones de papá Glen y sacudió una de sus camisas para que las mangas colgaran rectas.

—Algunos días no sé cómo te aguanta nadie, Earle Boatwright, siempre diciendo lo peor de todo el mundo. Creo que eres tú el que se pasa las noches en vela pensando en cosas malas que decir de la gente.

Earle se rio otra vez.

—Tienes razón, hermanita. Dedico todo mi tiempo libre a tomar nota de las cosas que ha hecho la gente y que no quiere que se sepan, y luego me encargo de que se hable de esas cosas precisamente —se puso la bolsa en una cadera y a mí en la otra—. Dime, Bone, ¿te ha dicho ya tu madre cómo es que tu tía Carr se fue a vivir tan lejos, a la ciudad de Baltimore, y viene a casa tan pocas veces que apenas la reconocemos cuando lo hace?

—¡Oh, Earle!, —mamá se llevó una mano a la boca y cogió las pacanas con la otra—. No hables mal de Carr. Vamos dentro y sacaré el almíbar y los moldes de las tartas.

Earle me subió muy alto para que me sentara a horcajadas sobre sus hombros, con las piernas colgando a cada lado de su cuello.

—Sí, señora. Me encanta la forma en que haces la tarta de pacanas cuando te enfadas —me hizo cosquillas en los pies descalzos hasta que le tiré de las orejas para que parase.

—Cuando tu madre me echa la bronca, Bone, pica las nueces como a mí me gusta. Si no, no se molesta, y si las nueces no están muy picaditas no se endulzan lo suficiente para mi gusto.

Al llegar a la puerta mosquitera hizo una pausa y yo le tiré de las orejas otra vez.

—Pero ¿qué pasa con la tía Carr? ¿No vas a decirme por qué se marchó a Baltimore?, —volvió la cabeza para mirarme y esbozó su famosa sonrisa pausada.

—Sabes que tu madre no quiere que te cuente esa historia.

Le di con los pies en el pecho.

—¿Pero no vas a contármela de todas formas?

Earle soltó una carcajada y me bajó al suelo. Empujó la puerta mosquitera con la cadera y echó un rápido vistazo dentro para ver si mamá se había ido a la cocina.

—Bueno —encendió un cigarrillo, prendiendo la cerilla con una sola mano—. Tu tía Carr era una chica muy susceptible que tenía pelusa de lo guapas que eran tu madre y Alma mientras que ella no era gran cosa. Carr ansiaba tanto ser guapa que se hizo mezquina. Hablaba tan mal de Raylene que daba vergüenza, insistiendo en que Raylene tenía que aprender a maquillarse y peinarse y que empezar a buscarse un hombre. Pero yo siempre he pensado que la tomó con Raylene precisamente para poder presumir de lo mucho que se esforzaba ella en estar guapa. Raylene, Alma y tu madre se reían de ella, y eso la ponía furiosa. No digo que Carr no quisiera a sus hermanas, pero algunas veces era evidente que no le caían muy bien. Pero vaya si estaba colada por el joven Wade. Se notaba que la chica le quería, y tal vez se daba cuenta de que él no le hacía ningún caso cuando estaba Alma delante. La sacaba de quicio. Un Día de Acción de Gracias Wade dijo bromeando, donde todos podían oírle, que Alma era una versión más dulce y joven de Carr, la flor al lado de la fruta madura, creo que dijo. La expresión de Carr en aquel momento era como un libro abierto. Se podían leer los pensamientos que le cruzaban por la mente, ninguno bueno. Y ya por Navidad, esa chica se había lanzado sobre el amigo Benny de Baltimore como si fuera cebo fresco en un arroyo. Tuvo su primer hijo al otoño siguiente y poco después convenció a Benny para que se trasladaran al norte con la familia de él. Alma y Wade tardaron todavía cinco años más en casarse, aunque los gemelos esperaron justo a que el pastor dejara de hablar para salir de la barriga de Alma —Earle se lio un cigarrillo con los dedos pulgar e índice—. Fue como si aquello nos hubiese hecho madurar, y ya nada fue igual. Así son las cosas. Un día somos una familia que en un momento se pelea y al otro se abraza, y, de pronto, todo

desaparece. Te marchas a formar tu propia familia, asustado por lo que vendrá después, y, Señor, qué deprisa pasan las cosas —miraba hacia el jardín como si estuviera viendo mucho más que su viejo y grasiento Chevrolet aparcado en la calle.

—Bueno, ¿dónde estáis?, —dijo mamá llamándonos desde la cocina—. No voy a hacer yo sola las tartas estando vosotros dos aquí para ayudarme —entré corriendo mientras que Earl lo hizo andando despacio detrás de mí. Dejó caer su desgarbado cuerpo en una silla de la cocina, dada la vuelta para poder apoyarse con la barbilla en el respaldo.

—Lo que no quieres es que cuente historias donde tú no puedas oírlas, hermanita.

—Mentiras, querrás decir —mamá me pasó el tamiz y un tazón de harina y después echó un montón de pacanas entre Earle y ella. Cogió el cuchillo de carnicero y empezó a dar golpes por las nueces, picándolas finamente—. ¿Sabes, Bone?, el pelo de Earle era castaño claro cuando era niño y empezó a ir al colegio. Pero cada año se le ponía un poco más negro —miró a su hermano con una sonrisa maliciosa—. ¿Tú qué crees, Earle, fue la escuela o el pecado lo que hizo que el pelo se te volviera tan negro?

Earle escamoteó un bocado de pacanas, se tiró del mechón que le colgaba de la frente y dio un largo y melancólico suspiro.

—¡Ah!, la escuela, hermanita. Por eso tuve que dejarla, ¿comprendes? Tenía que pararlo antes de que fuera demasiado tarde. Si hubiese continuado, mi pelo se habría vuelto tan negro que habría empezado a absorber toda la luz del sol del condado de Greenville. Se habrían arruinado las cosechas y los niños habrían pasado hambre solo por mi necesidad egoísta de aprender álgebra y geografía. Tuve que abandonar y coger aquel trabajo en la construcción de la nueva pista de aterrizaje de la base aérea. Era lo único que podía hacer para salvarnos del hambre y del frío.

—¡Mira que eres!, —mamá le dio una palmadita en el hombro —. No puedo decir nada sin que tú empieces a contar tus terribles mentiras —se acercó el rodillo e hizo fuerza para triturar completamente unas tazas de pacanas—. Dios no te quita ojo, Earle Boatwright. Un día de estos, tus historias se volverán contra ti. No vas a saber qué decir entonces, te lo aseguro.

Tío Wade y tía Alma estuvieron discutiendo durante semanas, con tía Carr y mamá interviniendo de vez en cuando, hasta que tía Carr tuvo que regresar a casa a Baltimore, a papá Glen le despidieron de su nuevo empleo en la fábrica de Pepsi y mamá empezó a trabajar demasiado como para ir a visitar a tía Alma a menudo. Parecía que no iban a hacer las paces nunca, pero tampoco esta vez se lo tomó nadie muy en serio. Tía Alma había jurado que no dejaría a Wade volver a entrar en su vida hasta que no se arrastrara por la calle principal confesando lo canalla que era, pero cuando la niña se puso enferma y los chicos empezaron a andar por ahí de noche, se dio por vencida y volvió con él.

—Sabía cómo era cuando me casé con él —le dijo Alma a mamá —. Supongo que no es peor que cualquier otro hombre.

Pero aún estaba lo bastante enfadada como para no mudarse al mismo dormitorio durante unos meses. Trató a Wade como si fuera un huésped en su propia casa y apenas le dirigió la palabra hasta que se disculpó con ella. Al principio tío Wade estaba indignado y aseguraba que tía Alma iría al infierno por tratarle como a un extraño. Finalmente le pidió perdón, aunque se negó a admitir que hubiese hecho nada malo.

—Un hombre tiene sus necesidades —siguió diciéndole a todo el mundo, desde papá Glen hasta los empleados de la gasolinera de White Horse Road—. Un hombre tiene sus necesidades, y ella estaba embarazada. ¿Iba a arriesgarme a dañar a mi propio hijo en el vientre de su madre?

La desconsolada queja de Wade se convirtió en una broma para todas las tías.

—Un hombre tiene sus necesidades —decían riéndose cada vez que se juntaban—. ¿Y qué se supone que tiene una mujer?

—¡Hombres!, —contestaba siempre una de ellas con una risilla. Y se echaban a reír hasta que les corrían las lágrimas. Yo no sabía qué era tan gracioso, pero me reía de todas formas. Me gustaba ser una mujer más con mis tías, me gustaba sentirme parte de algo escabroso y excitante y separado de mis rudos primotes y de todo ese mundo masculino de despotismo, escupitajos y fanfarronería.

7.

—Que no te pille nunca robando —me advirtió mamá en uno de sus excepcionales sermones cuando cogieron a mi primo Grey al salir corriendo de White Horse Winn Dixie con un botellín de RC Cola—. Si quieres algo, me lo dices, y, si merece la pena, buscaremos el modo de conseguirlo. Pero no voy a consentir que a una hija mía la sorprendan robando.

Tomé nota de lo que me dijo mamá, y, sin decírselo a ella, seguí reuniéndome con mis primos Garvey y Grey con la intención de no dejarnos atrapar. Pero una tarde, al sacar yo unos caramelos para Reese y para mí, mamá me cogió las manos entre las suyas como si fuera a echarse a llorar.

—¿De dónde los has sacado?

—Tío Earle —se me ocurrió decir.

—No —mamá se agachó, acercando su cara a la mía.

—Tía Alma —dije, tratando de disimular.

—¡No mientas encima!, —las arrugas de su cara parecían tan profundas como los ríos que fluyen hacia el sur camino de Charleston—. Dime la verdad.

Empecé a llorar.

—En el centro, con Grey y Garvey, esta mañana, en los almacenes
Woolworth's.

Mamá me secó las lágrimas con el dedo índice. Se secó las suyas.

—¿Eso es todo? ¿Cuántos cogiste?

—Otros dos, mamá. Yo me comí uno y le di el otro a Reese.

Mamá se echó hacia atrás en la silla, soltándome las manos. Sacó un cigarrillo con dedos temblorosos y lo encendió

pensativamente. Yo estaba sentada en silencio, mirándola, esperando. Las lágrimas no dejaban de asomarme a los ojos, y tuve que volver la cabeza para secármelas en el hombro, pero continué observando la cara de mamá mientras permanecía sentada y fumaba sin dirigirme la mirada. Se frotaba sistemáticamente los dedos de su mano derecha, como las patas de los saltamontes que había visto trepando por la hierba alta del jardín de tía Raylene. También movía los labios sistemáticamente, como si estuviera chupándose los dientes o a punto de hablar, pero siguió callada durante un buen rato, ahí sentada, sin más, mirando a lo lejos por la ventana abierta, fumándose su cigarrillo.

—¿Conoces a tu primo Tommy Lee? ¿El chico mayor de tía Ruth?

Fruncí el entrecejo tratando de recordar sus nombres. Estaba Dwight Lucius, D. W., Graham, ¡ah, sí!, y Tommy Lee y Butch. Tía Ruth tenía solo dos hijas y seis chicos, la mayoría de ellos casados y con hijos propios. Eran todos tan parecidos que no podía estar al tanto de sus vidas, con la excepción de Butch, y apenas lo había visto desde que se había ido a vivir a Oklahoma con la hija mayor de Ruth, Mollie. Los más jóvenes aparecían de vez en cuando a pelearse con Reese y conmigo, a darnos dulces o a contarnos historias. Los mayores tenían ojos hundidos y caras anodinas de hombre, y nunca nos regalaron nada, salvo miradas desagradables. No habría sabido decir quién de los mayores era Tommy Lee, aunque había oído a la gente hablar mucho de él, de lo agresivo que era, de sus novias y de su mala lengua, de sus temporadas en la cárcel del condado y de las peleas en las que se metía.

—Es malo —dijo mamá, todavía mirando por la ventana—. Es malo de verdad. Roba a su madre. Me ha robado a mí. Y no se te ocurra dejar la cartera a su alcance, o cualquier cosa que pueda vender. Una vez hasta le cogió a Deedee los álbumes de sellos y los cambió por alguna fruslería —sus ojos se volvieron hacia mí, le brillaba el espléndido marrón de sus pupilas como rocas musgosas bajo el agua.

—Recuerdo cuando aún éramos niños que él siempre estaba robando dulces para regalar. Pensaba que si daba cosas gustaría a la gente, supongo. Ahora anda diciendo cuánto le roban a él, y tiene un pretexto para justificar todo lo que hace. Pega a sus novias

porque le engañan. Es incapaz de conservar un trabajo porque andan contando mentiras de él. Roba porque el mundo ha sido cruel con él. Tonterías, y nada más. Es malo, y no hay más que hablar. Roba a su madre y a sus hermanas, se roba a sí mismo.

Agaché la cabeza. Recordé que Grey me había dicho que él había aprendido a saltar cerraduras de Tommy Lee, que Tommy Lee era el tipo más listo de Greenville. «Está claro que el tío sabe cuidar de sí mismo. Nunca le debe nada a nadie». Al decirlo, Grey se había puesto colorado de respeto y envidia, y yo había sentido algo parecido, deseando saber también cómo cuidar de mí misma y cómo saltar cerraduras o arrancar coches sin llave o birlar cosas en una tienda tan hábilmente que nadie supiera que había sido yo. ¡Pero robar a tu madre! Sentí la cara tensa de vergüenza y de rabia. Yo no era así. Jamás robaría a mamá.

Mamá me tocó la barbilla con la mano, subió por la mejilla y me acarició el pelo.

—Tú eres mi orgullo. ¿Sabes? Tu hermana y tú sois todo lo que de verdad tengo y lo que tendré siempre. ¿Crees que iba a permitir que fueses de esa manera?

Moví la cabeza. Las lágrimas afloraron otra vez, y con ellas el hipo. Mamá fue a coger un paño para humedecerme la cara.

—No llores, cielo. No va a pasar nada. Todo se arreglará. No va a pasar nada.

Puso los caramelos en una bolsa de papel y me hizo llevar unas monedas. Siguió hablando mientras cepillaba mi pelo y después el suyo, llamó a Reese y le dijo que se quedara en el porche, bajó el fuego de las alubias que estaba cocinando, y me llevó hacia el coche. Me contó que, cuando ella y tía Raylene eran pequeñas, trabajaron unas semanas recogiendo fresas por unos centavos al día, para ese hombre de Old Henderson Road, yendo por los surcos arrancando las que estaban maduras y luego el dueño las vendía en un puesto al lado de la carretera. «Solo las maduras», nos repetía una y otra vez, pero hacía tanto calor y el polvo era tan espeso que a veces arrancábamos las que no estaban del todo maduras, ya me entiendes, las verdes, o medio verdes, que para el caso era lo mismo. Cuando le preparábamos las fresas, escondíamos las verdes debajo de las maduras. La gente compraba una caja, y luego, al llegar a casa, se encontraba con las medio verdes, y, claro, llamaba

para quejarse. El señor se ponía furioso de verdad, pero nosotras éramos unas crías, y nos daba igual que gritara, siempre y cuando siguiera pagándonos por el trabajo.

—¿Cuánto os pagaba?

Mamá meneó la mano como si eso no tuviera importancia.

—No lo suficiente, ¿sabes?, no lo suficiente. Recoger fresas es un trabajo terrible, te destroza la espalda, los ojos. Te pones perdida con el jugo y acabas con pequeños pinchos en las manos. No era dinero, ni siquiera para unos niños, aunque te comieras todas las que pudieses. De todas formas, después de un rato ya no quieres más —se echó a reír—. Aunque, desde luego, Raylene era capaz de comerse muchas. Se tragaba las fresas a puñados, a la velocidad de visto y no visto. La única prueba de que había estado comiéndoselas era su lengua colorada.

Paró el coche delante de
Woolworth's,
apagó el motor, y durante un momento permaneció sentada con las manos encima del volante. Miré hacia los grandes escaparates, en donde pilas de cestas de pícnic de plástico, pequeñas papeleras de oficina y vestidos de verano de algodón sin mangas se apretujaban en las perchas detrás de animales disecados apolillados y triciclos con gallardetes de plástico multicolor en los manillares. La idea de entrar ahí con mamá hizo que se me revolviera el estómago y que casi me enfadara con ella. ¿Por qué no me dejaba prometer, sin más, que no lo volvería a hacer? Su mano en mi hombro me hizo dar un respingo.

—Tu abuela acabó enterándose de lo que estábamos haciendo, y es que nos habíamos vuelto unas vagas y cada vez poníamos más fresas verdes en el fondo de las cajas. A tu abuelo le hizo gracia el asunto, pero a tu abuela no. Una tarde se acercó hasta el lugar donde trabajábamos y volcó media docena de cajas. Llenó un cubo con las fresas verdes y se las pagó al dueño. Nos llevó a casa, nos sentó a la mesa de la cocina e hizo que nos las comiésemos una por una. Raylene y yo estuvimos vomitando fresas toda la noche.

—¡Cómo la odiarías!

Mamá se quedó callada, y me asusté. No quería que pensara que la odiaba. Ni siquiera quería estar enfadada con ella. Apreté los dientes con fuerza y traté de no ponerme a llorar otra vez.

—No hay otra forma de hacerlo —dijo con calma—. A ninguna de las dos nos agrada esto. Puede que me odies por ello. No lo sé, y tampoco sé qué va a pasar ahora. Pero, sencillamente, yo no conozco otra forma de hacerlo. Vamos a entrar y vamos a devolverle al señor los dulces, a pagarle por los que te has comido, y ya está. Todo habrá terminado y tú te alegrarás de que se haya resuelto. Jamás volveremos a hablar de ello.

Mamá abrió la puerta enérgicamente y yo la seguí espantada. Se sonrojó mientras me llevaba hacia la sección de los dulces, esperó a la dependienta y me colocó justo delante de ella.

—Mi hija tiene algo que decirle —le dijo, dándome un pequeño empujón. Pero yo era incapaz de hablar. Alargué la bolsa con los dulces y las monedas, y empecé a llorar de nuevo, esta vez sollozando de verdad. La chica parecía confundida, pero mamá no tenía intención de decir nada más, solo me dio otro empujoncito. Pensé que iba a ahogarme con mi propia lengua cuando el encargado se acercó a nosotras.

—¿Qué pasa aquí?, —dijo con voz rimbombante—. ¿Qué pasa aquí? ¿Tienes algo que decirnos, jovencita?, —era un hombre grande, con la cara ancha y una prominente barriga que se le destacaba bajo el chaleco abrochado. Se agachó de manera que su cara quedó a la altura de la mía, tan cerca que podía oler el fuerte olor a alcohol de su loción para después del afeitado—. Sí, ¿verdad, bonita?, —parecía estar reprimiéndose las ganas de reírse de nosotras. De repente me puse tan furiosa con él que se me revolvieron las tripas. Le tendí bruscamente la bolsa y el dinero.

—Lo he robado, lo siento, lo he robado.

Mamá me apretó el hombro con la mano, y la oí suspirar. Cerré los ojos durante un momento, tratando con todas mis fuerzas de no enfurecerme con ella como lo estaba con aquel hombre.

—¡Ajá!, —dijo—. Ya entiendo —levanté la vista hacia él otra vez. Estaba hurgando en la bolsa, contando los caramelos y moviendo la cabeza—. Señora —dijo todavía hablando en voz alta —, qué bien que lo haya cogido a tiempo —se dirigió a mí—: Tienes suerte, jovencita, suerte de verdad. Tu madre te quiere. No le gustaría que de mayor fueras una ladrona.

Retrocedió y entregó las monedas a la dependienta. Alargó una mano como si fuese a ponérmela en la cabeza, pero yo me eché

para atrás de manera que habría tenido que inclinarse hacia delante para alcanzarme. «Hijo de puta», le habría llamado Grey, «seguro que el baboso hijo de puta se pasa el día comiendo dulces». Si intentaba tocarme otra vez, decidí, le mordería, pero solo me miró durante un buen rato, detenidamente. Sabía que debía sentirme avergonzada, pero ya no lo estaba. Me sentía humillada. Quería arrearle una patada o vomitarle encima o vocear su nombre en la calle. Cuanto más me miraba, más le odiaba. Si hubiese podido fulminarle con la mirada, lo habría hecho. Me miraba con ojos de saber lo que estaba yo pensando.

—Voy a hacerle un favor a tu mamá —sonreía—. Ayudarla a enseñarte la gravedad de lo que has hecho —mamá me apretó el hombro con más fuerza, pero no habló—. Lo que vamos a hacer es decir que no podrás volver por aquí durante una temporada —dijo —. Y cuando tu madre crea que has aprendido la lección, que venga a hablar conmigo. Pero hasta entonces vamos a tener que acordarnos de tu nombre y de tu cara —se agachó de nuevo—. ¿Me entiendes, bonita?

Entendía. Entendía que se me estaba prohibiendo la entrada en los almacenes
Woolworth's.
Notaba el calor de la mano de mamá a través de la blusa, y sabía que nunca más se acercaría siquiera a ese lugar, que jamás se permitiría estar en el mismo lugar con aquel cabrón empalagoso. Contemplé los relucientes cepillos de pelo, los lazos, las hileras de medias y calcetines, los cuadernos, las muñecas y los globos. Fue hambre lo que sentí en aquel momento, cruda y terrible, un profundo temblor dentro de mí, como si la rabia hubiese quemado todo lo que había comido hasta entonces.

A partir de aquel día, cuando pasaba por los escaparates de
Woolworth's,
me venían de nuevo aquella apremiante y abrumadora sensación de hambre teñida de odio, y un doloroso deseo de hacerle daño a alguien. Me preguntaba si esa clase de hambre y de rabia era lo que Tommy Lee sentía cuando rebuscaba en la cartera de su madre. Era un hambre que sentía en la garganta, no en el estómago, un vacío resonante que necesitaba el alivio de un grito. Siempre que íbamos a visitar a la familia de papá Glen, aquella hambre me latía y se

hinchaba detrás de la lengua, hasta que me quedaba callada y hambrienta en medio de una reunión familiar donde todo era ruido y comida.

El que los hermanos de papá Glen fueran abogados y dentistas, en lugar de mecánicos o albañiles, no era lo único que les hacía tan distintos de los Boatwright. En la familia de papá Glen las mujeres se quedaban en casa. Su propia madre no había tenido un empleo en su vida, y tanto Daryl como James hablaban mal de las mujeres que dejaban a sus hijos para «trabajar fuera de casa». Su padre, Bodine Waddle, era el propietario de la Vaquería Sunshine y constantemente contrataba y despedía a hombres como los hermanos de mi madre, algo que nunca dejaba de recordarnos.

—Vaya una soberbia para un hombre que trabaja con vacas —dijo de él Beau una vez, y Glen se sintió inmediatamente indignado.

—Papá no tiene que ocuparse de las vacas —le dijo a Earle—. Los granjeros de todo el condado le traen la leche o va alguien a recogerla. Papá procesa la leche, la embotella con la etiqueta de Sunshine y sus camiones la reparten.

—¡Ya!, —asintió Earle seriamente—. Y esa es la gran diferencia. El hombre no se encarga de las vacas, simplemente tiene el usufructo de sus tetas.

Glen parecía estar a punto de escupir o gritar, pero se contuvo.

—No te metas con mi padre —dijo, casi gruñendo—. No te metas.

Earle y Beau lo dejaron ahí. Glen no dejaba de saber que su padre era una mierda, pero era de mal gusto criticar a la familia de alguien en su cara. Con el tiempo, Glen se había vuelto cada vez más raro con respecto a su familia, un día quejándose de lo mal que le trataba y al siguiente justificándolo. Peor aún, insistía en que teníamos la obligación de ir a casa de sus hermanos o de su padre siempre que hubiera alguna celebración familiar, aunque a mí me parecía evidente que nunca se alegraban de vernos. Terminamos yendo a casa del padre de Glen al menos una vez cada dos meses. En el Pontiac, con la capota bajada y papeles revoloteando por el suelo, Reese y yo nos apoyábamos en el asiento delantero y veíamos cómo trataba mamá de no despeinarse con el viento que soplaba mientras escuchábamos las mentiras de papá Glen.

—No nos quedaremos mucho tiempo —prometía siempre, y

mamá sonreía como si a ella eso no le importase. Nosotras apretábamos los dientes. Sabíamos que no tendría el valor de marcharse antes de que su padre le hubiese soltado el sermón por todo lo que había hecho mal en su ya larga vida de fracasos y calamidades.

—Vuestro padre quiere que el suyo esté orgulloso de él —dijo mamá una vez—. Me rompe el corazón. Eso sería tanto como pedir la luna.

Era verdad. En presencia de su padre, Glen se volvía inseguro y demasiado cuidadoso. Rompía a sudar, y constantemente se le iban los ojos hacia la cara de su padre, como si tuviera que seguir mirando para no perderse lo que más necesitaba ver. Se tiraba de los pantalones como un chiquillo e inclinaba la cabeza cuando alguien le hacía una pregunta. Era difícil encajar esa imagen en su modo de ser el resto del tiempo: el gallo de pelea fanfarrón que él mismo decía ser.

—El amigo Glen es gallito y medio —bromeaba tío Earle—. Es mejor no tocarle mucho los cojones o es capaz de dejarte para el arrastre aunque muera en el intento —lo que era bastante cierto.

Media docena de veces al volver del colegio me encontré a mamá y a Glen, sentados en la cocina, con aquella cara pálida y asustada que quería decir que había arremetido contra alguien que le había dicho algo, y, como consecuencia, había perdido otro empleo.

—Ese hombre no sabe contenerse —se quejaba la abuela, pero sonreía sin poder evitarlo. Todos lo hacían. Era lo único que salvaba a papá Glen del desprecio absoluto de los Boatwright. Esa rabia que le salía cuando perdía los estribos era solo una sombra de la violencia de las famosas borracheras de los Boatwright—. Tú métete con esos chicos, y pagarás las consecuencias —decía la gente de mis tíos, y más tarde de papá Glen. Llantas y rejillas de horno, horcas y palos de fregona, las cosas que rodeaban a papá Glen terminaban dobladas o rotas. Se le enrojecía la cara y le temblaban las manos, empezaban a abultarse y palpitarle los músculos del cuello, después se le hinchaba la boca y escupía. Le salían palabras que no eran para que se entendiesen: *¡Maldito cabrón, hijo de puta, culo de mierda!* Palabras mágicas que hacían retroceder a otros hombres con las manos levantadas —palmas hacia afuera— y susurrar:

«Vamos, Glen, espera un momento, chico…».

—Tu padre sí que es un hijo de puta, un cabronazo completamente trastornado —me decía siempre Grey, con un cierto tono de temor admirativo en la voz, y deseando ser por lo menos la mitad de peligroso. Yo esbozaba una sonrisa y asentía con la cabeza mordiéndome los labios por dentro, mientras por mi cabeza pasaban dos escenas bien distintas: papá Glen gritándome, con el cuello enrojecido de la rabia, y la otra —inverosímil por sí misma— papá Glen en casa de *su* padre, la cabeza gacha y la boca tan fláccida que se veía brillar la saliva en el labio inferior.

—Odio ir allí —dijo mamá—, odio tener que esperar a que su padre se digne mirarnos.

Estaba cepillándonos el pelo dejándolo suelto y poniéndonos pequeños pasadores donde ella quería que se sujetase. Reese y yo estábamos quietas y calladas. Se suponía que nosotras no prestábamos atención cuando mamá hablaba de la familia de papá Glen. «¿De quién es el cumpleaños?» era casi lo menos arriesgado que podíamos preguntar, ya que siempre era el cumpleaños o la boda o el bautizo de alguien. Los Waddle no tenían tantos primos y tíos como nosotros, pero las mujeres seguían teniendo niños. Siempre había alguien celebrando algo.

Un domingo hubo cumpleaños doble, el de James y el de uno de sus cachorros. «De uno de sus niños» —me corrigió Madeline, la cuñada de papá Glen—, «cachorros se dice de los animales». «¡Tienes toda la razón!», pensé, mirando fijamente al fondón de mi primo, con sus pantalones con raya, un crío de ocho años que era el vivo retrato de su padre, tan gordo y tan feo. A nosotras nos sirvieron el té en el jardín de atrás, solo a nosotras, las niñas de Anney, como nos llamaban. Sus niños entraban y salían de la casa, maleducados y chillones, arañando los muebles con las uñas, dando zapatazos en los suelos de madera y dejando barro en las alfombras.

—Esos mocosos necesitan unos azotes en el culo —mamá estaba sentada con nosotras en la mesa del jardín, donde nadie podía oírla. Había venido a echarnos un vistazo al sitio donde estábamos sentadas con nuestros vestidos almidonados y la cara tan rígida como las mangas. Reese y yo estábamos sudorosas y tristes, tratando de no salir corriendo y subirnos a los bancos, de parecer unas niñas educadas porque nos lo había pedido mamá, y de

mantenernos alejadas de esos niños que nos odiaban tanto como nosotras a ellos.

—¿Cuándo nos vamos?, —no dejábamos de preguntarle a mamá, sabiendo que no podía contestarnos pero insistiendo de todas formas.

—Pronto —decía ella, y encendía otro cigarrillo con manos temblorosas. Mamá no fumaba en casa de Papá Waddle, aunque nadie le había dicho nunca que no pudiese hacerlo. Simplemente no ponían ceniceros. Pero una vez vi a Madeline fumando al lado del fregadero de la cocina, tirando la ceniza por el sumidero. Eso me hizo preguntarme si todos iban a la cocina o al baño a fumar, fingiendo el resto del tiempo que ellos no tenían esos sucios hábitos.

—¿Nos vamos a casa ya?

—No, James quiere enseñarle a papá su nuevo cortacésped.

—Creía que se lo había comprado el año pasado.

—Este es de esos en los que te puedes montar mientras cortas la hierba.

—No parece que este jardín sea tan grande como para necesitar uno de esa clase.

—Bueno —mamá soltó una risita—, no creo que James compre nada solo porque lo necesite —se sacudió la ropa cuidadosamente antes de volver a entrar, aunque no había ni una mota de ceniza en el vestido—. Portaos bien, niñas.

Nos quedamos quietas, muy educadas, casi con miedo de movernos. «Sí, señora. No, señora». Mantuvimos la espalda recta y no hablábamos si no nos preguntaban, imaginando que papá Glen nos buscaría y nos vería y se sentiría orgulloso. Sus familiares nos miraban por la ventana. Tras ellos, las estanterías de libros y los cuadros me hacían burla. ¿Cómo íbamos Reese y yo a ser dignas de todo aquello, las rosas de su jardín, la luz del sol que brillaba en aquellas elegantes ventanas con cortinas de flores, la vajilla de porcelana que relucía tras los cristales de las vitrinas? Contemplaba los lomos de aquellos libros deseándolos todos, deseando los muebles, el jardín, la enorme cocina con unos platos de diario y otros para las ocasiones especiales, el frigorífico de la despensa y los suntuosos asientos de todas las sillas del comedor. Reese me tiró del brazo, queriendo que le hablase, pero no podía hablar del hambre que notaba en la garganta.

Desde detrás de los rosales oí la conversación de Daryl y James.

—Mira qué coche. Como la basura de cualquier negro, ¡a quién se le ocurre comprar algo así!

—¿Y qué esperabas? Mira con lo que se ha casado.

—Ella y las niñas hacen juego con el coche…

Me retiré de la cara el pelo negro y vi a una de mis gritonas primas, con un vestido blanco de mangas bordadas, que me observaba rascándose la nariz como si yo fuera un elefante de zoo, torpe y feo e insensible a los golpes. ¿Qué le habrían dicho de nosotras?, me preguntaba. ¿Que no somos realmente parientes, sino solo las asquerosas hijas de la mujer del loco de su tío? Tú no eres familia mía, tú no eres de los míos, susurré para mis adentros. Sentía que el aire se enfriaba en mi cuello y se me arremolinaban en la cabeza palabras nuevas y terribles.

Para sorpresa de Reese, me levanté, me sacudí la falda y fui a dar un paseo entre los rosales de Madeline. Alargué las manos y las pasé ligeramente por los tallos espinosos y las flores aterciopeladas, llevándome los capullos al pasar. Los rompí, desmenucé los pétalos y me los metí entre el vestido. Hasta me levanté la falda y me guardé unos pocos en las bragas, andando después más despacio para sentir las húmedas y sedosas flores rozándome la piel.

La gentuza roba, pensé, imitando el frío acento de tía Madeline y repitiendo las agrias palabras de su marido. Por supuesto, dije entre dientes, pero yo solo me llevé las rosas. Ni el hambre me haría coger ninguna otra cosa suya. Sentía una especie de calor detrás de los ojos que encendía todo aquello a lo que miraba. Era peligroso ese fuego. Pugnaba por salir y quemarlo todo, todo lo que ellos tenían y nosotros no, todo lo que les hacía pensar que eran mejores que nosotros. Me quedé de pie en el jardín dando vueltas y más vueltas, desprendiendo calor y rabia y el dulce aroma de las flores rotas.

8.

Tenía diez años. Era una niña inquieta y larguirucha de diez años cuando nos trasladamos a West Greenville para que papá Glen estuviera cerca de la nueva fábrica de uniformes, en donde había conseguido un empleo como viajante. Empaquetando platos y cazuelas en el trastero, mamá encontró los restos del nudo de amor que tía Maybelle y tía Marvella le habían regalado. Había quedado reducido a pedacitos que se mantenían unidos por el polvo, y parecía haber sobrevivido gracias a que había caído entre el fondo de una maceta y el platillo de otra. Los ratones habían mordisqueado la cinta separándola del pelo, y los insectos habían dado buena cuenta de las hierbas y la sangre. Aun así, el núcleo anudado del viejo trozo de encaje de algún modo se había conservado durante todo ese tiempo. Mamá lo reconoció por el color de la cinta.

—Este fue el regalo de boda de tus tías de Eustis —me dijo mamá, pero yo ya sabía lo que era por las historias de la abuela. Al tratar mamá de recogerlo, se convirtió todo ello en polvo. Sentí un calambre en el estómago y apreté los brazos contra él. Mamá barrió la habitación precipitadamente y empaquetó los cestos de la ropa—. Raíces mágicas —me dijo entre dientes.

Aquella semana Marvella se despertó durante la noche soñando que el pelo se le había convertido en alambre de espino, y Maybelle por la mañana convencida de que los conejos se habían comido todas las habas. En cambio se encontraron con que un perro había escarbado en el panal y entrado directamente por la rejilla. Ninguna le dijo a la otra lo que creía que eso significaba.

La nueva casa de West Greenville estaba tan lejos de las de mis

tías que casi nunca teníamos tiempo de visitarlas. La abuela seguía quedándose con Reese cuando podía, pero era imposible llevarla a casa de Alma y recogerla después, así que mamá decidió que tal vez ya iba siendo hora de confiar en mí para que cuidara de las dos mientras ella estaba en el trabajo. A partir de ese momento solo veíamos a la abuela los sábados, cuando mamá dejaba durmiendo a papá Glen y nos llevaba a visitarla con tía Ruth o tía Alma. «No nos gusta nada que estés tan lejos», se quejaban sus hermanas, pero mamá solo sonreía y les hablaba de lo bonita que era nuestra casa y de lo mucho que trabajaba papá Glen. Y era una casa bonita, con un amplio jardín, pero también costaba más, lo que significaba que mamá tenía que hacer horas extra para traer un poco más de dinero. No parecía que la ruta de papá Glen funcionase tan bien como se esperaba.

—Vuestro padre tiene mucho trabajo estos días —nos dijo mamá —. No hagáis ruido cuando llegue a casa. No le molestéis y dejadle descansar.

«Él te quiere», me decía mamá constantemente, y lo decía convencida, pero parecía que las manos de papá Glen andaban siempre buscándome, nerviosas al contacto con mi piel, como si algo le empujase hacia mí y le echase para atrás al mismo tiempo. Yo le vigilaba atentamente y veía cómo su mirada se clavaba en mí como si yo fuera algo desconcertante y raro. «No te pareces a tu madre», me dijo en una ocasión, «excepto cuando estás dormida». Algunas veces, cuando pasaba por su lado corriendo, sus manos me atrapaban de repente, me levantaban en vilo y me llevaban hacia él. Me miraba a la cara, me daba una sacudida y me soltaba.

—No corras así —decía—. Eres una chica, no un caballo de carreras.

Reese y yo nos lo tomábamos a chunga y jugábamos a hacer carreras de caballos cuando volvíamos del colegio, corriendo por la casa vacía y saltando sobre el reposapiés de delante de su silla. Un día estábamos persiguiéndonos la una a la otra por la casa como siempre, sin reparar en el coche que estaba en la parte de atrás, sin ver a papá Glen hasta que me agarró por el hombro con una de sus enormes manos.

—¿Qué te tengo dicho?, —gritó, y me levantó muy alto, sacudiéndome tanto que se me bamboleaba la cabeza—. ¡Cabrona,

que eres una cabrona!, —mi cuerpo chocaba contra la pared, y mis pies golpeaban al vacío a treinta centímetros del suelo. En medio de aquel vértigo, vi a Reese salir corriendo, y entonces él me cogió bajo el brazo y me llevó por el pasillo al cuarto de baño. Cerró la puerta de una patada detrás de nosotros y me dejó caer.

—Lo siento, lo siento —estaba tan asustada que tartamudeaba.

—Y más que lo vas a sentir —se quitó el cinturón y se enrolló el extremo de la hebilla en la palma de la mano—. He tardado mucho tiempo en hacer esto, demasiado.

Estaba pálido, tenía la mandíbula rígida y los ojos colorados a la luz del fluorescente que había encima del espejo. Retrocedí y tropecé con la bañera, aterrorizada, rezando para que mamá volviera enseguida a casa. Ella le detendría. Alargó la mano izquierda, me cogió por el hombro y me puso encima de una pierna. Me subió bruscamente la falda a la cabeza y la apretujó en la mano. Oí el ruido que hacía el cinturón al elevarse, un silbido en el aire, un sonido agudo y terrible. Me golpeó y grité. Papá Glen alzó de nuevo el cinturón. Yo gritaba al oírlo aún en el aire, antes de que me golpeara, llamando a mamá. Él gritaba, sus roncos alaridos tan fuertes como mis chillidos, y al otro lado de la puerta cerrada gritaba Reese también, y después mamá. Todos gritábamos y nadie podía evitarlo.

Cuando papá Glen abrió la puerta, mamá le dio una bofetada y me cogió a mí en brazos. Con una mano en la mejilla, se me quedó mirando mientras yo lloraba con hipo en el cuello de mamá.

—Hijo de puta —le llamó, y dejó correr el agua para lavarme la cara.

—También es hija mía —dijo—. Alguien tiene que preocuparse de educarla —tenía la cara hinchada y la expresión hosca y ausente, como si acabara de despertar de un largo sueño.

—No quiero ni oírte —vociferó mamá, apartándole de la puerta de un empujón. Me sentó en su regazo y me lavó la cara, el cuello y la parte de atrás de mis muslos doloridos.

—Mi niña —repetía sin cesar. Me acurruqué contra ella en silencio, agradecida por estar a salvo en sus brazos. El aire me producía una extraña sensación en la piel, y había gritado con tanta

fuerza que no me quedaba voz. Yo no decía nada, dejando hablar a mamá, oyendo a medias lo que susurraba—. Mi pequeña —me llamaba—, mi niña, mi cielo. Pequeña, pero ¿qué has hecho?

¿Qué había hecho? Había corrido por la casa. ¿Por qué me preguntaba? Yo quería que continuara hablando y que lo comprendiera todo sin yo decir nada. Que me quisiera lo suficiente como para dejarle, que hiciésemos las maletas y nos llevara lejos de él, que le matara si fuese necesario. Me aferré a ella hasta que me llevó a la cama. Seguí aferrada y gemí. Estuve así hasta que caí en un sueño narcótico y angustiado.

Me desperté con el ruido de sus voces; sus palabras resonaban a través de la puerta cerrada del dormitorio. Oí todo lo que él decía, oí a mamá llorar en sus brazos. Papá Glen le dijo que yo le había llamado cabrón, que había corrido por toda la casa tirando cosas y que le había llamado eso. Gritó y juró que no había querido golpearme tan fuerte, que no sabía qué le había impulsado a hacerlo. Sollozó y después aporreó con tanta fuerza el colchón que chirriaron los muelles.

—Me dijo que me odiaba, que nunca sería su padre. Y me volví loco, Anney. Sencillamente, me volví loco. ¿Tú te das cuenta de lo que os quiero, de lo que la quiero? Y… Dios mío, Anney. Hoy me han despedido. Me han puesto en la calle sin la menor consideración. ¿Y qué voy a hacer ahora para dar de comer a las niñas?

Reese estaba en la cama conmigo, con los dedos en la boca y los ojos como platos. No decía nada. Yo me quedé quieta, escuchando las mentiras de papá Glen, preguntándome si él pensaba que decía la verdad. Miraba la cara de Reese, su cara de niña pequeña, suave y asustada. El llanto de mamá se fue haciendo más tenue, y se desvaneció. En la calma que siguió oí susurrar a papá Glen, y después un murmullo al contestar mamá. Luego se oyó un suspiro y el crujido de su cama mientras él consolaba a mamá y mamá le consolaba a él. Sexo. Estaban haciendo el amor, mamá suspirando y sollozando y papá Glen repitiendo su nombre una y otra vez. Miré a Reese a los ojos, y las dos escuchamos los leves sonidos que hacían.

—Le pusiste furioso —susurró Reese—. Más te vale tener cuidado.

Trataba de tener cuidado, pero algo se había roto en pedazos.

Algo se había desprendido como los enredados mechones de tía Marvella deshaciéndose en el polvo. No había forma de que yo tuviera suficiente cuidado, de evitar que papá Glen tuviera arrebatos de cólera. Consiguió un trabajo en Dr. Pepper como vendedor, pero con un sueldo inferior al del servicio de uniformes. Él tenía una de las rutas cortas, no hacía mucho dinero ni había suficiente trabajo para que la jornada fuese completa. Volvía a casa a horas intempestivas, tanto temprano como tarde. Mamá empezó a trabajar cada vez más, por lo que le dieran, y yo procuraba estar fuera todo lo que podía. Si estábamos los dos en casa y mamá no, él siempre encontraba algo que yo había hecho mal, algo por lo que tenía que reprenderme, algo que él tenía que hacer porque me quería. Y claro que me quería. Me lo decía una y otra vez, estrechando mi cuerpo contra el suyo, temblándole las manos mientras se movían inquietas, interminablemente, por mi barriga, mi culo y mis muslos.

—Eres igual que tu madre —decía, y apretaba sus mejillas sin afeitar contra las mías.

Yo me quedaba rígida, muerta de vergüenza, pero incapaz de apartarme, con miedo a enfadarle, con miedo de lo que podría contarle a mamá, y al mismo tiempo, con miedo a herir sus sentimientos. «Papá», susurraba yo, y él susurraba a su vez: «¿Es que no sabes que te quiero mucho?», y yo me echaba para atrás. No, no lo sabía.

Nunca me dijo «No se lo digas a tu madre». No tenía que hacerlo. No sabía cómo decirle a nadie lo que sentía, lo que me asustaba y me avergonzaba y que a pesar de todo permaneciera, desesperada e incapaz de moverme, mientras él se frotaba contra mí y hundía la cara en mi cuello. No podía decírselo a mamá. No habría sabido cómo explicar por qué me quedaba quieta y le dejaba tocarme. No era sexo, no era como un hombre y una mujer que empujan el uno hacia el otro sus cuerpos desnudos, pero, sin embargo, era algo parecido al sexo, era algo poderoso y aterrador que él deseaba con vehemencia y que yo no comprendía en absoluto. Peor aún, las manos de papá Glen eran delicadas solo mientras me agarraba de aquella manera y, cuando me soltaba, yo me tambaleaba al andar.

Papá Glen olía a sudor y a

Coca-Cola,
a loción de afeitado y a cigarrillos, pero sobre todo a algo que yo no podía identificar, algo ácido, amargo y penetrante. Miedo. Podría haber sido miedo. Pero no habría sabido decir si era su miedo o el mío. No habría sabido decir nada. Yo solo sabía que estaba haciendo algo malo, algo terrible. Me decía «Me vuelves loco», con un extraño aturdimiento en la voz, y yo me estremecía, pero le creía.

Cada vez tenía más miedo de papá Glen, las palmas que abofeteaban, los dedos que hurgaban y herían, los nudillos que a veces apretaban justo debajo de mis ojos, las manos que me zarandeaban y me agarraban y me levantaban hasta que sus ojos se clavaban en los míos. Mis manos eran muy pequeñas, mis dedos delgados y frágiles. Deseaba que fuesen más grandes y más fuertes. Deseaba haber sido chico y poder correr más deprisa, estar más tiempo fuera de casa o hasta devolverle los golpes.

Grey me dio una pelota de goma, dura, negra y lo bastante pequeña para esconderla en la mano. La guardaba en el hueco de la mano para que nadie la viera. Movía aquella pelota con pasión, la hacía girar entre los dedos con insistencia, la exprimía constantemente, apretando cada dedo contra el pulgar. Algún día mis manos serían tan fuertes como las de papá Glen. Qué importaba el tamaño, me decía, un día mis manos podrían competir con las suyas. Algunos días pensaba que practicaba con aquella pelota para parecerme a él cuando fuera mayor; otros sabía que no era esa la razón.

Aquella primavera Earle y papá Glen discutieron por unas herramientas que papá Glen juraba haber prestado a Earle y que este nunca se las había devuelto. Earle se dio por ofendido y dejó de visitarnos. Después de aquello papá Glen empezó a hablar mal de los Boatwright todo el tiempo, echándome miradas furibundas si le preguntaba a mamá cualquier cosa sobre lo que él llamaba ahora «esa basura». Hacía bromas sobre lo a menudo que los tíos se emborrachaban y disparaban a las furgonetas; decía obscenidades de las sobrinas de mamá, que estaban siempre escapándose de casa para ir al Rhythm Ranch a beber whisky y bailar con hombres

mayores que sus padres. Dijera lo que dijera papá Glen, mamá no solía hacer muchos comentarios. Parecía siempre cansada.

—No quiero oírlo —respondía cuando yo trataba de decirle algo que la abuela o tía Alma me habían contado—. No creo que se pueda estar orgulloso por haber disparado a alguien que te ha mirado mal.

Me mortificaba la forma en que hablaba papá Glen, pero a mamá parecía que no. Sencillamente, se quedaba callada, cada vez más callada. Yo le pedía que me contase historias como lo hacía la abuela, pero decía que era muy pequeña para escuchar ciertas cosas. Tal vez cuando fuera mayor y tuviera mi propia familia, me contaría las pocas cosas que ella creía que yo debía saber, pero hasta entonces confiaba en que no le hiciera preguntas a las que no quería responder. Glen tenía razón, me dijo mamá, ella tampoco quería que de mayor fuese tan insensata y tan bruta como Earle o Beau o incluso Raylene.

Siempre que papá Glen me pegaba, había alguna razón, y mamá se quedaba esperando fuera del baño. Luego lloraba y me lavaba la cara y me decía que no fuera tan testaruda, que no le hiciese enfadar. Yo lo prometía, pero tenía un don especial para contestarle y sacarle de quicio, aunque era difícil saber cómo no hacerlo. Algunas veces, cuando levantaba la vista hacia sus facciones enrojecidas y sus ojos encendidos, yo sabía que no había hecho nada para que me pegase. Era yo, simplemente, el hecho de que viviera, de cómo era yo a sus ojos y a los míos. Era mala. Por supuesto que lo era. Yo misma lo admitía, apretaba los puños y cerraba los ojos a todo lo que no comprendía.

«Bone». La prima Deedee fue la primera en llamarme Bone, pero por la época en que nos fuimos a vivir a West Greenville, todos los hacían. Hueso de perro, hueso barato, hueso de chupar, diente de leche, cabeza de cabra, cabeza de caballo, hueso de tigre, clavícula, cadera, cuello, rodillas y dedos de los pies.

—¡Eres más dura que un hueso, y la criatura más terca del planeta!, —me dijo papá Glen—. Fría como la muerte, salvaje como una serpiente y el doble de retorcida.

Papá Glen tenía la precaución de no pegarme cuando alguna de

las tías venía de visita, y tampoco lo hacía mucho cuando mamá estaba delante, excepto en aquellas ocasiones en que podía justificarlo como disciplina, arrastrándome hasta el baño mientras ella esperaba al otro lado de la puerta. Era cuando Reese y yo estábamos solas con él cuando era peligroso. Si intentaba escapar, me perseguía. Me sacudía con tanta fuerza que mi cabeza se bamboleaba, y hacía bromas diciendo que los pollos y las cabras tenían más aguante que un Boatwright, incluso que una medio Boatwright como yo.

Era en los huesos de mi cabeza en los que yo pensaba, el borde duro y poroso del cráneo que me protegía el cerebro y me hacía confiar en que, pasara lo que pasara, con el tiempo podría recuperarme. En el fuego de mi corazón, en mi resistencia y fortaleza. Enlazaba los dedos por detrás de la cabeza, apretaba los dientes y me balanceaba de un lado a otro. La buena madera de la que nos jactábamos estar hechos en mí se había reducido a huesos y testarudez.

Siempre estaba haciéndome daño, o eso parecía, de un modo que mamá no lograba entender y yo no podía explicar. A mamá le preocupaba que fuera tan descuidada, que me hubiera vuelto tan dada a los accidentes. «Tal vez tengas los huesos débiles», se figuraba ella, y empezó a comprarme vitaminas. No sabía qué decirle. Contarle algo suponía tener que contarle todo, describirle esos momentos en que él me estrechaba fuertemente contra su estómago y me decía palabras dulces que yo no quería oír. Me quedaba callada, impasible, resentida, y coleccionaba mis moratones como si fuesen inevitables. Tenía chichones en la parte de atrás de la cabeza, no hinchazones de carne, sino abolladuras en el hueso. Tenía aplastados los dedos gordos de los pies, rotos con un intervalo de unos pocos meses al chocar contra las jambas cuando corría mirando hacia atrás.

—¿Cómo has podido hacerte eso?, —me preguntó mamá. Era culpa mía, no debía correr por la casa.

—Siempre está haciendo alguna trastada —se quejaba papá Glen —. Tiene suerte esa mocosa de tener la cabeza tan dura.

Yo le miraba con los ojos bajos, la cabeza vuelta ligeramente hacia un lado, tratando de no hacer ningún gesto con mi cara rebelde aún intacta.

—Bone, ten más cuidado —me pedía mamá.

Ya no fantaseaba con fuego. Ahora imaginaba a gente mirándome mientras me pegaba papá Glen, pero solo cuando no estaba sucediendo. Cuando me pegaba, gritaba y pataleaba como la niña pequeña que era. Pero a veces, cuando me encontraba a salvo, imaginaba a los que miraban. Alguien tenía que mirar, alguna chica a la que yo admiraba y que apenas sabía de mi existencia, alguna chica de la iglesia o de mi misma calle, o alguno de mis primos, o incluso alguien que había visto en la televisión. Otras veces era todo un grupo el que se veía obligado a mirarme. No podían evitarlo ni marcharse. Tenían que mirar. En mi imaginación yo era orgullosa y desafiante. Yo también le miraba a él, apretando los dientes, sin emitir sonido alguno, nada de gritos vergonzosos, nada de súplicas. Los que miraban me admiraban a mí y le odiaban a él. Así me lo figuraba y me metía las manos entre las piernas. Era terrorífico pero también emocionante. Los que me miraban me querían. Era como si estuviera siendo golpeada para ellos. A sus ojos yo era maravillosa.

Papá Glen siguió pegándome con los dos o tres cinturones que tenía reservados para mí y, al mismo tiempo, mis fantasías se hicieron más violentas y complicadas. Lubricados, tersos y flexibles como el cartílago bajo la grasa del pollo, aquellos cinturones colgaban tras la puerta de su armario donde yo podía verlos y olerlos cuando ayudaba a mamá a guardar la ropa de él. Alargaba la mano y tocaba el cuero, y lo sentía cálido en mis dedos. No había ninguna magia en él, ningún misterio. Algunas veces me obligaba a mí misma a abrir aquel armario y envolverlos con mis dedos como si hubiese algo animal en ellos que pudiera ser domado.

Me sentía avergonzada de mí misma por las cosas que pensaba cuando me ponía las manos entre las piernas, más avergonzada por masturbarme con la fantasía de ser golpeada que por el hecho mismo de serlo. Vivía en un mundo de vergüenza. Escondía mis moratones como si fuesen la prueba de los delitos que había cometido. Sabía que yo era una persona enferma y repugnante. No podía evitar que mi padrastro me pegara, pero *yo* era la que se

masturbaba. *Yo* hacía eso, ¿y cómo podía explicarle a nadie que detestaba que me pegasen pero que aun así me masturbaba con la historia que yo me fabricaba en torno a ello?

Pero solo en mis fantasías, con gente mirándome, era yo capaz de desafiar a papá Glen. Solo en esos momentos sentía cierto amor propio. Me encantaban aquellas fantasías, aun cuando estaba segura de que eran algo terrible. Tenían que serlo; eran narcisistas y me hacían tener orgasmos escalofriantes. En ellas yo era especial, importante, salía victoriosa. No me sentía avergonzada. No había heroísmo posible en las palizas reales. Solo golpes hasta acabar llena de mocos y desdicha.

Mi clavícula era toda un bulto la segunda vez que se rompió —un accidente, insistía papá Glen, igual que la primera vez que me había caído del porche—. En el hospital el joven médico echaba chispas y pidió que me hicieran radiografías de todo.

—¿Cómo ha podido romperse el coxis?, —preguntó a mamá, examinando las placas cuando estábamos a punto de marcharnos. Tenía un acento muy gracioso y una mata de pelo negro rizado. Se inclinó hacia mamá como si fuera a pegarla.

—¿El qué?

—El hueso del trasero, señora, del culo. ¿Con qué le ha golpeado a esta criatura? ¿O es que ha estado lanzándola contra la pared?

—¿Pero qué dice?, —la cara de mamá estaba pálida y tensa; la de él colorada y enfurecida—. ¿Qué está usted diciendo?, —esta vez mamá alzó la voz. Una enfermera de mediana edad, con el uniforme arrugado, apareció de pronto a mi derecha, con una mano encima del brazo del médico y alargando la otra hacia mamá. Llevaba una tarjeta de identificación en la que decía «Myer».

—Calma, calma —dijo—. No nos pongamos nerviosos.

El médico me cogió de la barbilla. Sus dedos eran cálidos, la piel áspera y seca.

—A ver, cuéntanos —dijo—. Cuéntanoslo todo.

Le miré a los ojos y me vi en sus pupilas, con mi cara menuda y extraña por encima del vendaje que me envolvía el hombro y el brazo. Parecía enfadado, impaciente y asqueado. Le lanzó una mirada furibunda a mamá sin contemplaciones. Sentía los dedos de

mamá apretándome la mano que tenía libre, la oía respirar como si fuera a marearse. Cuando alcé la vista, vi terror en su cara y también su amor por mí. Papá Glen estaba fuera esperando en el coche con Reese. La enfermera empezó a hablar, pero yo no escuchaba.

—Mamá, llévame a casa —susurré. Mamá me cogió por la cintura. Sentía sus dedos helados a través del fino algodón de mi blusa, helados pero reconfortantes.

—Suelte a mi niña —le dijo al médico. Él frunció la boca y me hizo una carantoña en la barbilla. Paseé la mirada por su cara. No nos conocía, ni a mi madre ni a mí. «Puedes contárnoslo», dijo con su voz de desconocido.

Me agarré a mamá y rehusé hablar. El médico dio un manotazo fuerte en la cama que estaba a mi lado, después se volvió y abrió la puerta dando un golpe con los puños. Miré a la enfermera. La señora Myer me observaba atentamente con ojos sabios y expertos y una mano delante de la boca.

—Lo siento —dijo al fin a mamá, quitándose la mano de la boca —. Es joven y lleva aquí poco tiempo.

Nos quedamos esperando, mamá agarrándome, la señora Myer respirando profunda y lentamente y dirigiendo la vista hacia la puerta. Entró una mujer negra con una tablilla llena de papeles, y se los entregó.

—Tiene que firmar esto —dijo la señora Myer a mamá. Ya no volvió a mirarme.

Yo sabía exactamente lo que estaba pensando ella, pero no lo que estaba pensando mamá. La expresión de su cara era dura y extraña, la mano que me agarraba seguía fría, pero ahora además temblaba. Durante unos instantes nos dejaron solas y ella me miró a la cara como si estuviera viendo el mapa del infierno.

—Bone —susurró.

Esperé.

—Cielo mío.

Alguien pasó por el pasillo. Apoyé la cabeza en el pecho de mamá, escuchando su corazón, sin querer oír nada más.

—Mi pequeña.

—Mamá —supliqué—. Mamá, llévame a casa.

—Vamos a ir a casa de tía Alma —me dijo mientras me subía al asiento de atrás. La mirada que le echó a papá Glen cuando este trató de ayudarla le dejó de piedra. Se quedó con las manos extendidas hacia adelante, pero sin llegar a tocarla. En el asiento delantero estaba Reese, con el pulgar en la boca, quieta e inexpresiva. Atrás, recostada entre almohadones, apoyé la mejilla en la funda del asiento y traté de no moverme mucho. Sentía el hombro caliente y enorme, como un globo hinchado de dolor a punto de estallar dentro de mí. Papá Glen siguió a mamá por delante del coche, intentando tímidamente agarrarla, pero ella no dejaba de sacudírsele de encima—. *¡No!* —le gritó una vez. El coche tembló cuando ella cerró de un portazo, y yo apreté los dientes. Papá Glen se apoyó en la ventanilla, suplicando y cayéndosele las lágrimas bajo las luces de la entrada de urgencias.

—Anney, Anney, háblame por lo menos. No me hagas esto. Anney, por favor, Anney.

Mamá arrancó el coche despacio, sin que él se soltara hasta que salió a la carretera. No vi la mirada que ella le dirigió en aquel momento, pero oí el grito de él, ronco e ininteligible, al acelerar el motor, frenando al mismo tiempo, de modo que el Pontiac daba tirones pero avanzaba. Él se soltó de la puerta, pero no retrocedió. Teníamos su cara todavía cerca y de pronto desapareció.

A mamá le sobresalía la barbilla y le brillaba con las luces de otros coches o con las del salpicadero. Vi lágrimas en sus mejillas cuando se volvió para mirarme. Yo abría y cerraba los ojos. Todo parecía esponjoso y extraño, pero ya no me importaba. Por la ventanilla se colaba un viento dulce y húmedo. Si realmente existía Dios, o por lo menos la magia, ese viento pasaría a través de mí y volvería a salir. Iría por la carretera hasta el hospital, arrastraría el polvo y se lo arrojaría a papá Glen en los ojos. Le haría ver quién era él y lo que había hecho. Aquel médico saldría para marcharse a casa, le vería y sabría también quién era. El viento se lo diría, o la luna, o tal vez el mismísimo Dios. Aquel doctor sabría, y arrancaría el coche, sabiendo. Pisaría el acelerador a fondo y haría rugir el coche por el aparcamiento. El morro del coche se detendría a escasos centímetros de la cara aterrorizada de papá Glen.

—*Tú, hijo de puta* —gritaría aquel médico—, *vuelve a tocar a esa niña y te hago picadillo*.

Papá Glen lloraría lágrimas de sangre. Tal vez Jesús le tocara en el corazón. Él nos seguiría hasta la casa de Alma y caería de rodillas ante toda la familia. «He pecado», diría, y extendería sus manos hacia mí, implorando perdón y gritando mi nombre. Mamá diría que no. Mis tías dirían que no. Mis tíos, Reese, el pastor, el mundo entero se pondría en pie y diría que no. Pero yo me levantaría de mi lecho de enferma. Le miraría directamente a los ojos, a las ventanas de su alma.

—Sí —diría yo—. Sí, te perdono.

Y entonces seguro que me moría.

Casi me eché a reír, y me temblaron los hombros. El dolor fue tan intenso que la historia se desvaneció al instante, y me quejé ligeramente. Tragué saliva con dificultad, resuelta a no llorar. Mamá extendió un brazo hacia mí. Parecía vieja, muy vieja y muy cansada. Me partía el corazón verla de esa manera. No podía hacerle daño, no podía.

—Lo siento —susurré.

—No, cariño, no. Tú no has hecho nada malo. —Se le habían hinchado los labios de tanto mordérselos, y sentí los míos hinchados también y agrietados al rozarse con los dientes.

—Te quiero —mi voz era tan débil que no creí que me hubiese oído. Pero la suya me llegó al instante.

—Y yo a ti.

9.

A las dos semanas ya estábamos en casa con papá Glen. Nada había cambiado y todo había cambiado. Papá Glen dijo que lo sentía, suplicó, lloró y juró que nunca más volvería a hacerme daño. Yo me había quedado callada, entumecida, impasible. Se había arrodillado delante de Alma, Wade, sus hijos y mamá, nos había rodeado a Reese y a mí con sus brazos, jurando que no podía vivir sin nuestro cariño. Mamá se puso de rodillas con él en el suelo y le hizo prometer que no me levantaría la mano nunca más.

Yo había estado escrutando detenidamente su semblante humedecido y había adivinado, sin duda alguna, lo que iba a suceder. Mamá le perdonaría, aunque le vigilaría más de cerca y le obligaría a ganarse su confianza de nuevo. Él se portaría bien, tendría cuidado. Pero, después de un tiempo, papá Glen empezaría a hablar del accidente de forma distinta. Recordaría cosas que habían ocurrido por aquella época, cosas que yo había dicho, miradas que le había echado. Un día, tal vez al cabo de unos meses, encontraría algo que yo había hecho y que parecería justificarlo todo. Entonces papá Glen me llevaría al baño otra vez, vociferando que a él le dolía más de lo que nunca podría dolerme a mí. Pero su cara diría la verdad, y sus manos en mi cuerpo. Me haría ver cuánto le dolió que mamá le dejara en aquel aparcamiento, y cuando me golpeara, los dos sabríamos por qué. Pero mamá no lo sabría. Con más miedo a hacerle daño a ella que a cualquier otra cosa que pudiera pasarme a mí, me esforzaría tanto como él para que ella nunca se enterase.

Apretaba los dientes y trataba de no prestar atención a nada salvo a lo que tenía delante de los ojos. No hablaba con nadie y me

pasaba el día con la cara enterrada en los libros. Por la noche me tendía en la cama con las manos enlazadas presionándome la cálida zona de entre mis piernas, escuchando la radio e intentando no pensar. Mi hombro se había curado rápidamente bajo el cuidado atento y paciente de mi madre, pero sentía que algo dentro de mí nunca se recuperaría del todo. Me despertaba tan angustiada que me dolía la garganta. Sentía los dientes machacados hasta la raíz. Iba a mirarme en el espejo, esperando ver sangre en la boca, pero no había nada, solo mis pequeños dientes blancos y afilados. Mamá no se separaba de mí. Hasta me dejaba levantar de madrugada y sentarme con ella en los momentos que más le gustaba estar sola, cuando se tomaba el café y veía amanecer.

—Nunca he sido capaz de dormir después de salir el sol —me dijo—. Por poco que haya dormido, siempre me despierto —tenía la cara ojerosa. Me atrajo hacia ella y apoyó la barbilla en mi cabeza. Era como si yo fuese ahora su madre y la protegiera, y ella fuera mi niña, feliz de poder refugiarse en mi fuerte y erguida espalda. Cerré los ojos, queriendo parar el tiempo, deseando que el momento no tuviera fin, que el día no comenzara nunca. Pero, inevitablemente, papá Glen se levantaría, o Reese, y mamá fregaría su taza y se pondría el uniforme.

Mamá insistía en que, después del colegio, pasáramos las tardes en casa de tía Alma y que nos quedásemos allí hasta que ella fuera a recogernos. Yo ayudaba a tía Alma en el jardín o a preparar conservas, y mientras trabajábamos me inventaba historias en la cabeza. A mis primos les encantaban mis historias, especialmente aquellas en las que figuraban chupadores de sangre que se alimentaban solo de los cadáveres frescos de recién nacidos, o enanos de cara verde que prometían fabulosas riquezas a los niños que les llevaran los corazones de cuarenta y cuatro hombres adultos. Grey me dijo que tenía «una mente interesante para ser una chica». Pero tía Alma se acercó al porche un día en que estaba contando una de las favoritas de los chicos y se quedó tan impresionada que parecía que iba a mearse encima. Si la hubiese escuchado entera, probablemente me habría pegado más fuerte que papá Glen. Mis historias estaban repletas de chicos y chicas horriblemente violados y mutilados, bebés cocinados con habas en ollas hirviendo, vampiros y soldados y grandes cuchillos de hoja

afilada. Brujas que cortaban la cabeza a pequeños y grandes. Bandas de mujeres que iban por ahí en motocicleta incendiando las casas a la gente. De la tierra salían lenguas de lagartos verdinegros que se tragaban a las personas. Llegué a ser muy famosa como niñera; todos se portaban bien y se quedaban callados mientras les contaba historias, con los ojos clavados en mi cara de un modo que me hacían sentir como si yo fuera una de mis brujas haciendo un conjuro.

—Chica —me dijo mi primo Grey—, ¡a veces pones una cara que asusta!

—Bone se ha vuelto un poco siniestra —dijo tía Alma a mamá—. Habrá que hacer algo.

Mamá empezó a llevarme con ella al restaurante. Allí podía ganarme algún dinero fregando platos, dinero que mamá no me obligaba a ahorrar para ropa, sino que me dejaba gastar en lo que yo quisiera, casi siempre en libros de segunda mano de las tiendas de ocasión y que después podía canjear por otros en los puestos de intercambio. Reese se quejaba de que ya no jugaba con ella, de que estaba siempre trabajando o leyendo o durmiendo. Cuando nos dieron en el colegio las vacaciones de verano, encontré un escondite en el monte, cerca de casa de tía Alma, en donde podía refugiarme durante horas con una bolsa de caramelos y un libro. El librero me había dado *Belleza negra, Robinson Crusoe*, y *Tom Sawyer*. Yo por mi cuenta encontré *Not as a Stranger, The Naked and the Dead, This Gun for Hire* y *Marjorie Morningstar*. Me subía a un árbol para leer los pasajes eróticos, bebía agua de un arroyo y solo volvía a casa cuando se hacía de noche.

Mamá estaba todavía preocupada por mí, lo sabía.

—Cariño, ¿estás bien?, —me preguntó una mañana. Me encogí de hombros y seguí leyendo *The Secret Garden*, un ejemplar en rústica que nunca devolví a la biblioteca del colegio. Me retiró el libro de delante y lo cogió, haciendo que la mirase. Tenía la cara más delgada, la piel más áspera y bolsas debajo de los ojos que nunca le desaparecían. La gente ya no hablaba de lo guapa que era, sino de lo guapa que había sido.

—Quiero que me hagas un favor —bajó la vista al libro que tenía en las manos y a sus propios dedos, que acariciaban el lomo estropeado y pegado con celo. Apreté los dientes, temerosa de lo

que pudiera preguntar—. Tu tía Ruth no se encuentra muy bien, ya sabes. Travis dice que está empeorando este verano.

Aquello me sorprendió. Había pensado que mamá querría hablar de lo introvertida que me había vuelto, de que ya nunca veía la televisión con ellos ni jugaba con Reese ni hablaba con nadie. Además, tía Ruth llevaba tanto tiempo enferma que todo el mundo lo tenía asumido. ¿Estaría tan mal realmente?

—Ahora que Deedee y Butch se han ido, a Travis le preocupa que Ruth esté sola en casa. Me ha preguntado si estarías dispuesta a quedarte allí una temporada, al menos hasta que mejore un poco.

Mamá abrió *The Secret Garden* por donde yo tenía puesto mi señalador, una cinta con el logotipo de Piggly Wiggly en relieve.

—¿Qué te parece?, —preguntó.

—No lo sé —dije automáticamente. Hacía tiempo que no veía a tía Ruth, desde el día después de Navidad, que mamá nos llevó a casa de tía Alma para cenar con todas sus hermanas. Ya por entonces tía Ruth estaba delgada y débil, y se le veían los dedos hinchados y azules caídos sobre el regazo. ¿Qué iba a hacer yo si se ponía peor mientras estaba con ella? ¿Qué iba a hacer yo si se moría?

—Bueno… —Mamá cerró el libro y me lo devolvió—. Quiero que vayas unos días, al menos una semana, mientras Travis se toma un poco de tiempo para sí mismo.

Yo asentí.

—Bien —mamá suspiró como si hubiese quedado zanjada alguna dificultad. Alargó la mano hacia mí y me puso el pelo detrás de las orejas—. Bone, ¿por qué llevas siempre el pelo delante de los ojos? Con la cara tan bonita que tienes. Si dejaras que te hiciera una permanente, todo el mundo podría ver esa cara y esa boca.

Yo sonreí y meneé la cabeza. Se le relajó un poco la cara y me devolvió la sonrisa.

—Eres tan testaruda —me pasó los dedos por la frente, echándome hacia atrás unos mechones sueltos—. Creo que hasta más testaruda que tu madre.

Tía Ruth había cambiado de una forma que yo nunca habría podido imaginar. Su cabello, en otro tiempo abundante y pelirrojo,

había desaparecido casi por completo. El que le quedaba, que se había vuelto pajizo, se lo cubría con un pañuelo de algodón verde de cuadros cuando salía. Había adelgazado tanto que hasta yo misma hubiera podido cogerla en brazos, aunque nunca me habría dejado intentarlo. Pero en lo que más se le notaba el cambio era en el modo de hablar y de moverse. De mis tías, ella había sido siempre la del hablar suave y pausado, la callada que pensaba mucho y decía poco. Ahora hablaba sin parar, moviendo los dedos con incesantes gestos nerviosos y desplazando continuamente la mirada a su alrededor como si temiera perderse algo. Como un pájaro, levantaba la cabeza y estiraba el cuello para mirar por la ventana mientras manoseaba la manta que tenía sobre las piernas por mucho calor que hiciese. Ahora vivía en el sofá, con esporádicas excursiones hasta la mecedora del porche, y había conseguido que Travis descolgara las cortinas para que nada le estorbase la vista. Veía salir y ponerse el sol y se quedaba dormida en cualquier momento; y, entre sueño y sueño, hablaba. Después de llevar unos días llenándole el vaso de zumo y viéndola ir al baño con paso lento y cauteloso, empecé a sospechar que mi función principal consistía en servirle de oyente, alguien que asintiera en los momentos oportunos y que nunca interrumpiese.

—Cuando éramos pequeños, no veíamos mucho el pelo a nuestro padre —me contó una tarde—. Siempre estaba fuera trabajando o bebiendo o viajando por algún sitio. Yo tenía la idea de que los hombres no paraban mucho tiempo en casa. Y ahora, cuando Travis está demasiado conmigo, me crispa los nervios, hasta en los momentos en que agradezco que esté aquí para ayudar. Me encanta tenerte aquí conmigo, Bone. Tú no me pones nerviosa.

Tía Ruth se recostaba en el sofá, con los brazos cruzados encima del estómago y los ojos entrecerrados cuando le daba en los pómulos la luz que entraba por la puerta abierta. Tenía los huesos de la cara muy marcados. Parecía casi una niña, con las piernas dobladas de manera que sus pies descalzos se apoyaban en mi muslo, una bruja niña de cara chupada y cenicienta. Nadie debería estar así de delgada, tan delgada que el pulso de la garganta le hacía vibrar la piel de las clavículas. Se hizo sombra en los ojos con la mano, y me miró.

—¿Sabes? Cuando cierras los ojos te pareces a tu madre cuando

era pequeña.

Yo asentí. No estaba prestando mucha atención. Tía Ruth había hablado mucho de Travis durante las dos semanas que llevaba en su casa, de Travis y de su padre, de tío Earle y sus hermanos y hermanas, de cosas que habían sucedido mucho antes de nacer yo y que ella pensaba que nadie me había contado todavía. Debería haberme alegrado de oírlas por fin, y de tener la oportunidad de hacer todas las preguntas que había acumulado durante años. Pero por primera vez en mi vida, no tenía ganas de pensar en aquellas viejas historias. Solo pensaba en irme a casa. ¿Cuándo iba a llevarme a casa mamá? ¿Quería yo ir a casa?

Me mordí los labios y respiré profundamente antes de decir lo que estaba pensando. Tía Ruth me miraba con expectación.

—Papá Glen me odia —¡hala!, ya estaba dicho. Levanté las rodillas y me las abracé, esperando solamente que dijese que no era verdad. Me miraba directamente a la cara, con expresión tranquila y sincera. Cerré las manos con fuerza.

—Dime, Bone —su voz era casi un susurro—. ¿Tú crees que me estoy muriendo?

El estómago me dio un vuelco. Miré hacia la puerta. Claro que se estaba muriendo. Volví la mirada hacia ella y la aparté otra vez.

—¡Qué va! Solo estás un poco enferma.

—Bone.

Moví la cabeza. La luz que entraba por la puerta mosquitera era muy intensa. Empezaron a caérseme las lágrimas.

—¿Bone?

—Tía, a mí no me lo preguntes —alcé la vista. ¡Dios mío, estaba tan delgada!

—Bueno, ¿podemos hablar entre nosotras o no?, —su voz sonaba cansada. Cerró los ojos y levantó una mano para frotarse la fina piel de su sien derecha. Parecía levemente amoratada, como una sombra azul en pergamino gris.

—No lo sé —empecé a mordisquearme el antebrazo. No sabía qué decirle.

—Bueno —se quedó callada durante un momento, luego, apoyándose en una mano, se enderezó un poco—. Yo creo que podemos. Creo que tenemos que hacerlo. Hay muchas cosas que ya no puedo hacer, pero ¡demonio!… —Me hizo una seña con el dedo

—, ponte aquí.

Vacilé unos instantes y después me senté entre sus piernas. Apoyé la espalda en un muslo y coloqué las piernas sobre el otro. Me rodeó con el brazo y me acercó a su pecho. «Cariño», susurró, y me tuvo así durante un momento.

—Tienes razón, mi niña. No le caes muy bien a Glen. Yo creo que está celoso —me pasó los dedos por la cara, llevándose las lágrimas y acariciándome las mejillas—. Una parte de sí mismo es todavía un niño que necesita más a tu madre que tú, que desea ser su hijito más que su marido. Y eso no es nada raro, te lo aseguro.

Levanté los ojos hacia ella. Tenía dibujada en la boca una enigmática sonrisa.

—Los hombres —dijo solemnemente— son solo críos pequeños que se cuelgan de unas tetas siempre que pueden. Tu madre lo sabe tan bien como yo. Todas lo sabemos. Y Glen…

Se quedó callada un minuto, paseando la vista por la habitación como si estuviera buscando algo. Sus ojos se posaron en mí otra vez, y me atrajo más hacia ella.

—Bone, ¿alguna vez papá Glen te ha… bueno… tocado?, —en sus pálidas mejillas afloraron sendas manchas sonrosadas—. ¿Te ha hecho daño alguna vez, te ha manoseado?, —alargó la mano y me dio unos golpecitos entre las piernas.

—Aquí, cariño. ¿Alguna vez te ha hecho daño aquí?

Examiné la cara de tía Ruth detenidamente. Yo sabía a qué se refería, a lo que los hombres les hacen a las mujeres. Sabía en qué consistía la cosa, había leído sobre ello, conocía el chiste. «¿Qué es una virgen de Carolina del Sur? Una chica de diez años que corre muy deprisa». Él no había hecho eso, ¿verdad? Me di cuenta de que estaba apretando la lengua contra los dientes. Las mejillas de tía Ruth habían adquirido un tono rosa más fuerte, casi rojo. Agaché la cabeza.

—No —susurré.

Recordé sus manos deslizándose por mi cuerpo, bajo mi blusa, entre mis bragas, por mi trasero, sus callos raspándome la piel, su respiración rápida y entrecortada por encima de mí mientras me empujaba contra él cada vez con más fuerza, el sonido del cinturón saliendo de las presillas de sus pantalones en la calma húmeda del baño. Me estremecí.

—No —dije más alto—. Solo me mira fijamente. Algunas veces me agarra. Me zarandea —titubeé unos instantes al mirar sus mejillas hundidas y sonrosadas—. Ya sabes, cuando no me porto bien, —«díselo», pensé, «díselo todo. Díselo»—. Pero la forma en que mira, la forma en que se retuerce las manos cuando me mira, me asusta, tía. Me asusta.

Tía Ruth me meció contra su pecho.

—Cariño —suspiró—. ¿Qué vamos a hacer contigo?

Por las tardes, mientras tía Ruth dormía a ratos, yo raspaba la vieja pintura del porche delantero, mirando de vez en cuando por la puerta mosquitera, por si acaso me necesitaba. Tío Earle había prometido pintar el porche y la fachada de la casa, y me había dicho que me compraría la ropa del colegio en el otoño si le dejaba la madera bien limpia. Cada pocos días se acercaba por allí a la hora del almuerzo para charlar tranquilamente con tía Ruth e inspeccionar mis progresos. La mitad de las veces tía Ruth estaba dormida cuando él llegaba, y se sentaba fuera en el porche conmigo, fumándose el tabaco de tío Travis y contándome historias mientras yo trabajaba. Me parecía a mí que la enfermedad de tía Ruth le traía a la memoria recuerdos de cuando ella era joven y se encontraba bien, de cuando eran todos niños y vivían juntos en el campo al norte de Greenville, y de cuando los dos se casaron y fundaron sus respectivas familias: tía Ruth con tío Travis, y Earle con Teresa. Hablaba como lo hacía ella, como si estuviera conversando con alguien en su imaginación continuamente, rumiando las cosas, trayendo a la memoria viejas historias, y sin parar de hablar.

—¿Alguna vez te habla tu madre de nuestro padre?, —empezó una tarde, liando un cigarrillo—. El hombre era todo un personaje, sí señor. La gente le llamó «el chico de los Boatwright» hasta el día en que murió. Cuidaba mejor a sus perros que a su mujer y a sus hijos, aunque realmente mamá no necesitaba que la cuidase nadie. Tu abuela es más fuerte que todos sus hijos juntos. Seguro que nunca esperó mucho de papá. Lo cierto es que creo que nosotros somos igual que él. Tu tío Beau es un borracho. Ya lo sabes. Igual que tu tío Nevil, y también yo lo soy, supongo. Pero ninguno de

nosotros es tan holgazán como lo era nuestro padre, ni tan guapo, así que no nos ha ido tan bien como a él. Por eso me dejó Teresa. Ella decía siempre que quería un hombre que fuese como un buen vaso de agua fresca. Insistía en ello como lo hacen las mujeres cuando están en tus brazos relajadas y queriendo hablar, hablar acerca de esa fuente cristalina, del líquido elemento puro y esencial.

De pronto soltó una breve carcajada, aunque no había humor en sus ojos, sino más bien un viso amargo y resentido. Sus dedos comprimían el tabaco de picadura en el papel que estiraba lentamente, acercándose el cigarrillo después para chupar el borde y pegarlo.

—Teresa sí que hablaba. ¡Dios bendito!, —desvió la mirada como si recordara cosas que no podía resistir mirar de frente. Yo agaché la cabeza. No quería que dejara de hablar.

—Teresa me decía que yo le llenaba el alma, que la satisfacía por completo. Y cada vez que me lo decía, pensaba en nuestro padre, en lo que tenía que hacer mamá para catarle a él de vez en cuando, de modo que no la llenó nunca, nunca calmó su sed. La mujer estaba siempre pálida y reseca. Y yo no quería hacerle eso a Teresa. Quería ser un río de amor para ella. Pero ¡demonio! Cuando me dejó, me dijo que ni siquiera era un escupitajo. ¡Yo, su vaso de agua fresca! ¡Maldita sea!

Tío Earle se sacudió unas briznas de tabaco que le habían caído en el regazo.

—Algunas veces no entiendo, Bone, cómo han podido complicarse tanto las cosas, las cosas más simples, Teresa y yo, mamá y papá, tu madre y Glen. ¡Joder!, hasta Ruth y Travis. ¿Sabías que Travis dejó a Ruth una vez cuando los niños eran muy pequeños, que desapareció dos meses, sin dar explicaciones? Y cualquiera puede darse cuenta de cómo la quiere. Algunas veces no entiendo nada.

Trató de encender el cigarrillo, pero se le deshizo entre las manos. Al ver cómo se había puesto los vaqueros de tabaco, echó un juramento y se levantó de las escaleras.

—Patético, ¿no?, —dijo—, un hombre que ni siquiera es capaz de liarse un cigarrillo. Es realmente patético.

Se marchó, sacudiéndose los pantalones mientras se alejaba.

Tía Ruth quería asegurarse de que yo entendiera quiénes eran nuestros parientes y qué habían hecho. Dedicó dos días enteros a la historia del tío abuelo, Haslam Boatwright, quien había trabajado conduciendo una camioneta para los telares de JC Penney hasta que pegó un tiro a su mujer y al amante de esta durante un fin de semana en Atlanta. Estuvo en la cárcel de Georgia desde entonces. Me contó más cosas sobre mi verdadero padre y de Lyle Parsons, y todo sobre cómo papá Glen había cortejado a mamá yendo a comer todos los días durante un año al restaurante, antes de que ella se decidiera a salir con él. Pero lo mejor de todo fue lo de tío Beau y tío Earle y su intentó de alistarse en el ejército durante la guerra de Corea. Me contó que, cuando el sargento recibió sus certificados de penales, les echó de la oficina de reclutamiento y les puso de patitas en la embarrada calle. Borrachos, pero en sus trece, organizaron tal alboroto que los soldados tuvieron que llamar al *sheriff* del condado para que se los llevara.

—Vamos, hijo —se cuenta que le dijo Beau a aquel sargento después de darle una paliza al ayudante del *sheriff* y de morderle la oreja a un pobre inocente que cometió el error de ayudar—. No vas a encontrar mejor madera de soldado en todo el condado. ¡Joder! Te habrás dado cuenta de que ya sabemos pelear.

Al contar la historia, tía Ruth imitaba el gruñido y el timbre nasal que tiene tío Beau cuando está bebido, y lo hacía tan bien que yo me partía de risa oyéndola.

—Seguro que en realidad no querían alistarse en ningún ejército —le dije—. Que fueron allí por una apuesta o algo parecido.

—Bueno, no dan el tipo de militares —dijo, dándome la razón—, pero les gustaba la idea de disparar a extranjeros, conducir camionetas y arreglar motores. La verdad es que eso no se diferencia mucho de lo que hacen ahora, salvo por el uniforme. A ellos les encanta esa anécdota; no obstante, parecen no fijarse en el hecho de que el ejército no quisiera a una gentuza que ha estado tantas veces en la cárcel y que ni siquiera ha terminado la secundaria.

—Son unos borrachos —dije, y tía Ruth asintió.

—Más o menos. Igual que Travis, supongo. Pero, sabes, no le dan la menor importancia. Es como lo de ir a la cárcel. Consideran que es normal que un hombre vaya de vez en cuando a chirona,

igual que creen tener derecho a estar borrachos desde el viernes por la tarde hasta el lunes por la mañana. El mismo Beau asegura que él era un buen chico hasta que empezó a beber entre semana —movió la cabeza, echándose el pelo hacia atrás con mano temblorosa—. No se les puede decir nada.

—Beau se aficionó a la cerveza cuando era un chaval —nos dijo tía Ruth un sábado por la mañana. Estaba sentada en el porche mientras yo raspaba la barandilla y Earle limpiaba la mugre del motor de una vieja secadora que había decidido vender—. Solía acompañar a Raylene a aquella taberna que estaba en las afueras de Greer cuando ella dejó de ir a la escuela y él acababa de cumplir trece años. Ganaban un poco de dinero barriendo y limpiando y ocupándose de que siempre hubiera cervezas y Coca-Colas en las neveras. Ellos se quedaban con unas cuantas botellas de regalo. A Raylene no le sentaba mal la cerveza, pero tampoco le gustaba mucho. En realidad prefería la
Coca-Cola
y cogía la cerveza para luego vendérsela a Beau. A él le gustaba con locura la cerveza de botellín, y eso es con lo que casi siempre se ha emborrachado, diga lo que diga su mujer. La cerveza también te destroza, te machaca el hígado y te hace papilla los sesos. Es así. No hacía falta que tomara aquel licor blanco que vendían en algunos sitios.

—¡Joder! —Earle dio un manotazo en el grasiento metal de la secadora. No le gustaba que se dijera nada malo de su hermano Beau. Ni siquiera le gustaba que la gente repitiese cosas que él mismo había dicho—. Ha habido cosas peores que la cerveza en la vida de Beau. La cerveza no es nada. La cerveza y las alubias pintas hacen que te funcionen las tripas. Si Beau dejara de beber cerveza, probablemente se hincharía y reventaría —sus inquietos ojos negros desafiaron a tía Ruth.

—Esa mujer suya, esa Maggie, es el verdadero problema de Beau. A esa enclenque paliducha de pelo y ojos blanquecinos le sale un moratón en cuanto se levanta un poco de viento. Esa mujer hace niños como rosquillas. Siempre preñada de alguna criatura de Dios de cara lechosa y mirada lela. ¡Joder! Si se dedicara solo a trabajar

y a tomar café, el pobre Beau no podría ni con su alma. ¡Siete hijos! Mal está que Alma tenga tantos, pero al menos sabe cómo tenerles limpios y alimentados. Esa canija de Maggie ni siquiera puede cambiar un pañal sin que le dé un vértigo. Se le ha comido vivo. Como un vampiro le ha chupado la sangre a Beau. Si a esa chica se la abriera por la mitad, se vería la sangre de Beau bombeándole el corazón.

—Madeline no es la causa de que Beau se esté destrozando —replicó tía Ruth—. Ella no le obliga a beber ese veneno.

—¿Ah, no? —Earle arrojó violentamente el motor de la secadora sobre los trapos que había extendido para poner las tablas del porche—. Di la verdad, Ruth. ¿No crees que ella tiene algo que ver con que Beau se pase la mayor parte del tiempo borracho como una cuba?

Tía Ruth se torció un poco para mirar a Earle directamente a la cara.

—¿Estás insinuando que es eso lo que te pasa a ti, Earle Boatwright? ¿Que tu mujer te ha devorado el corazón? ¿Que la madre de tus hijas te ha conducido a la bebida y a perder los empleos y a maldecir en mi porche a plena luz del día?

Encogí las rodillas, observando la expresión de Earle. Siempre estaba discutiendo con tía Ruth, pero rara vez se ponían tan feas las cosas. Me mordí los labios y vi que él agachaba la cabeza. Cuando alzó la vista, tenía la cara colorada y los ojos brillantes.

—Sí, Ruth —susurró—. Lo jodido de todo es que así es.

Tía Ruth se sonó la nariz e hizo un esfuerzo por levantarse de la mecedora para acercarse a él y darle un abrazo.

—Lo siento, cariño —sus ojos parecían estar húmedos también —. No he debido decirte eso. Ya lo sé. Sé cuánto echas de menos a las niñas. Sé lo que estás pasando. Lo siento tanto por ti, cielo. No creas que no me doy cuenta de cuánto sufres.

—¡Oh, Ruth! —Earle hizo ademán de soltarse, pero tía Ruth le abrazaba estrechamente. Me mordí con más fuerza, percibiendo en la boca el sabor metálico de la sangre, notando que los ojos se me llenaban de lágrimas, pero ahogándome casi con unas ganas locas de reír. Tía Ruth tenía un aspecto muy gracioso, tan delgaducha y tan frágil, colgando de tal modo de su grandote y ruborizado hermano que casi le estrangulaba. Pero él siempre había sido su

niño, como Beau y Alma y Raylene y mamá. Ruth les había medio criado a todos, y aún se comportaba más como su madre que la propia abuela. Observé los azulados dedos de tía Ruth aferrándose a los brazos de Earle mientras él trataba de no tocarle la bata de felpilla amarilla con sus grasientas manos.

—¡Oh, Ruth!, —gimió, dándose por vencido. Él la abrazó también, cogiéndola en brazos—. No llores por mí. Nos pondremos malos los dos si te pones a llorar de esa manera —cruzó el porche dando traspiés y, apoyando una rodilla en el suelo, la sentó de nuevo en la mecedora—. No es justo. Nunca he sido capaz de discutir con una mujer cuando se pone a llorar.

Me agarré a la barandilla del porche, contemplando cómo se abrazaban estrechamente. No podía imaginarme abrazando a Reese de aquella manera, contándole mis verdaderos sentimientos, llorando con ella. Me hacía sentir envidia, desear ser parte de aquel abrazo, de aquella generación, que tan pronto se ponía a gritar y maldecir como a llorar y a hacer las paces. Papá Glen decía que yo era una arpía sin entrañas, y tal vez lo era. Tal vez lo era.

La mañana que llegó mamá en la camioneta de Beau yo estaba en el porche con cuatro pequeños tiestos de barro y la enorme cubeta de enredadera de tía Ruth. Se le había ocurrido el día anterior que le gustaría colgar esos tiestos debajo de los aleros del porche, y me pidió que dejara la mitad de la planta en la cubeta y dividiera el resto de la maraña roja, azul y verde entre los tiestos pequeños.

—¿Qué opinas, hermana?, —dijo tía Ruth dirigiéndose a mamá —. ¿No te parece que quedarían bonitos debajo de los aleros del porche? Esta planta es tan resistente que podría crecer hasta en el tejado.

—Desde luego —asintió mamá, subiendo a darme un abrazo—. Crece muy deprisa de cualquier modo.

—La gente dice que es un hierbajo, pero a mí siempre me ha gustado, sobre todo porque no necesita ningún cuidado para crecer —tía Ruth dio una palmadita en la silla con el respaldo de mimbre que estaba al lado de su mecedora—. Ven y siéntate a mi lado. Hace semanas que no te veo —se inclinó hacia adelante para mirar a

mamá directamente en la cara mientras se sentaba—. Tienes otro aspecto, más relajado. ¿Qué has estado haciendo, durmiendo todo el rato?

Mamá se echó a reír y meneó la cabeza.

—Simplemente duermo mejor desde que ha empezado a refrescar —señaló el montón de musgo mojado y arcilla que yo estaba mezclando con tierra—. Todo tiene un aspecto más fresco ahora que ha pasado el calor. Juraría, Bone, que has crecido dos o tres centímetros este mes.

Yo sonreí y seguí separando con cuidado las intrincadas raíces de la vieja planta. Tía Ruth había dicho que algo se secaría, pero que, si evitaba dañar los delicados pelillos de las raíces, acabaría arraigando la mayor parte. Así que tenía que ir desenredando poco a poco los tiernos y finos brotes.

—Va a ser alta Bone —tía Ruth tomó un sorbo de té y agitó el vaso—. ¿Quieres tomar algo, Anney? Bone me ha preparado una jarra esta mañana con mucho azúcar y limón.

—¡Dios santo, sí! Puede que haya refrescado un poco, pero aún hace mucho calor —me levanté de un salto, sacudiéndome las manos en los vaqueros para quitarme la tierra—. Pero no me eches mucho hielo —dijo elevando la voz.

No hacía falta que lo dijera. Yo sabía cómo le gustaba el té a mamá. Cogí un limón y corté seis rodajas finísimas del centro, las puse en un vaso y eché el resto del zumo por encima. Añadí tres cubitos de hielo y vertí el té azucarado hasta el borde del vaso. Tomé unos sorbos mientras lo llevaba al porche. Las oí hablar antes de salir por la puerta.

—¿Tú crees que va a durar?, —tía Ruth hablaba en voz baja, y mamá contestó en voz aún más baja.

—Eso espero. Ya sabes cómo es su padre, pero Glen parece otro hombre desde que ha empezado este trabajo. Está convencido de que el hecho de que su padre le haya empleado y dado su propia ruta demuestra lo mucho que se preocupa por él. Ni siquiera parece importarle ganar menos dinero que los otros trabajadores, dice que eso solo prueba que no recibe ningún trato de favor.

—A mí sí que me parece un trato especial, me parece asqueroso. Toda esa pandilla me revuelve el estómago.

—No sé, Ruth.

Apoyé la cabeza en la puerta mosquitera y esperé.

—Glen ha tenido tantos problemas, ha pasado por tantos trabajos. Ha llegado un punto en que pocas personas estarían dispuestas a cogerle, y bien sabe Dios que se está esforzando de verdad. Sale de casa al amanecer y no regresa hasta la noche, y los fines de semana trabaja en el mantenimiento de la camioneta. Quiere hacerlo bien, quiere probarse a sí mismo. Se comporta de modo diferente.

—Bueno —tía Ruth no parecía tan convencida como mamá—. ¿Pregunta por Bone?, —hubo una pausa. Mordí el borde del vaso de mamá.

—No la ha mencionado ni una sola vez desde que está aquí —ahora la voz de mamá era un susurro—. Se porta muy bien con Reese. Pero es como si ni siquiera se acordara de Bone, como si se hubiera escapado o estuviera muerta, como si se tratara de alguien de quien no debemos hablar en absoluto. De verdad, Ruth, algunos días no sé qué hacer.

—Tampoco es que tengas mucho donde elegir, cariño —la voz de Ruth era amable pero firme—. Ya sabías cuál era el problema cuando volviste con él. Yo no sé si es un hombre bueno o malo. Sé que le quieres, como sé que a mí no me cae nada bien.

—Ruth…

—No, escúchame. No voy a decirte que le dejes. Es tu marido, y es evidente que para él el sol sale y se pone en tu sonrisa. No sabría decir si tiene unos celos locos de Bone, como cree la abuela, o si se trata de otra cosa. Pero nunca tendrá paciencia con ella y ella nunca estará segura con él.

—La quiere. Yo sé que la quiere —el susurro de mamá era categórico.

—Puede ser. Yo miro a Glen y me doy cuenta de que nunca le han querido lo suficiente. Sin embargo, hay algo extraño en ese chico que no alcanzo a comprender. Pero eres tú quien me preocupa. Yo sé la clase de amor que sientes por Glen. Darías la vida por él, y puede que eso haga que las cosas salgan bien. O puede que no. Eso es cosa de Dios. No mía.

—Ruth, piensa en lo que has dicho de él. Cualquiera puede darse cuenta de por qué se torció Glen, de lo que le ha hecho su padre. Nunca había visto a nadie tan ávido del cariño de su padre y que

reciba tan poco. Todo lo que Glen necesita es saberse querido, alejarse de la mezquindad de ese hombre.

Me dolían los dientes por el hielo del vaso de mamá. Sabía que debía empujar la puerta, hacerles ver que las oía, pero permanecí inmóvil, escuchando a mamá.

—Tú nunca le viste cuando iba al restaurante a esperarme hasta que terminara de trabajar. Fue entonces cuando empecé a quererle, cuando le veía mirar a Bone y a Reese con aquella expresión tan sincera que se le transparentaba el alma. Saltaba a la vista qué clase de hombre quería ser. Era como mirar a un niño, a un niño tremendamente herido. Fue entonces cuando me di cuenta de que le quería.

—¡Oh, Anney!

Empujé la puerta con el pie y salí. Las dos se volvieron hacia mí, mamá inclinándose hacia delante, cerca del cuello girado de Ruth, y esta con la cara más pálida y consumida que cuando me había ido a la cocina.

—Has tardado un buen rato —la mirada de tía Ruth estaba cargada de intención.

—He estado cortando el limón como a mamá le gusta. Puede verse a través de las rodajas.

Sentí que se me helaba la cara. Le di el vaso a mamá y volví a la cuba volcada y al amasijo de raíces rotas. Separé una mitad y volví a echarla en la cubeta, y de la misma manera más o menos empecé a dividir la otra en cuatro partes iguales de raíces y tallos. Trabajaba sin levantar la cabeza, con los ojos en la planta.

—Le estaba diciendo a tía Ruth que papá Glen tiene un nuevo empleo en la vaquería Sunshine. Está muy contento de trabajar para su padre y parece que esta vez todo va a salir bien.

—¡Estupendo!, —sacudí la tierra seca de una de las matas y la puse con la mezcla húmeda en el tiesto de barro—. ¿Quieres que utilice ese cordón trenzado para colgarlos, tía Ruth?

—Sí, el cordón marrón que me trajo Travis del baratillo. Seguro que aguanta bien.

Asentí con la cabeza, sin mirarla.

—Tú termina eso, Bone, y luego hablamos de cuándo vuelves a casa. Reese te echa mucho de menos.

—Creí que iba a quedarme hasta que empezara el colegio —

hablaba con un tono de voz neutro, la cabeza aún agachada—. Tía Ruth no puede arreglárselas sin mí. Me necesita.

Hubo un largo silencio, y después tía Ruth se aclaró la garganta.

—Bone tiene razón. No sé cómo arrastraría mi maltrecho culo desde la cama si ella no estuviera aquí para despertarme. Se levanta por la mañana cantando con la radio. Algunas veces parece Kitty Wells —daba la sensación de que iba a reírse, pero en cambio tosió.

Entonces levanté la vista con cuidado, tratando de seguir con la cara en la sombra. Mamá estaba al sol, con los dedos enlazados encima de las rodillas y los ojos entrecerrados por la luz pero fijos en mí. Tía Ruth estaba recostada en la mecedora, con una mano levantada, casi tapándose la boca. Mamá se soltó los dedos y se cubrió las rodillas con las manos.

—Bueno, ya veo que no podrías pasar sin ella. Pero quizá el sábado traiga a Reese. No me gustaría que se le olvidase cómo es su hermana mayor.

Eché un poco más de tierra en el tiesto y rocié las polvorientas hojas con agua. El esqueje estaba ya un poco decaído y perdería la mitad de sus brotes. Pero el tallo estaba húmedo y flexible entre mis dedos. Fuerte. Volvería a crecer fuerte.

En agosto la carpa de los evangelistas estaba a una media milla de la casa de tía Ruth, al otro lado de White Horse Road. Algunas tardes, mientras Travis y Ruth charlaban sentados tranquilamente, me iba hasta allí yo sola y me sentaba fuera a escuchar. El predicador era de los que gritan. Divagaba y amenazaba, y no parecía que fuese a llegar nunca a la invocación.

Me senté en la oscuridad, tratando de no pensar en nada, especialmente en papá Glen, en mamá o en lo exiliada que estaba empezando a sentirme. Creía haber visto a tío Earle entre los hombres que estaban cerca de la carretera compartiendo una botella envuelta en una bolsa de papel, hombres de pelo negro y caras toscas y castigadas. ¿Era odio o sufrimiento lo que les hacía tener aquel aspecto, los cuellos tan tensos y los ojos tan fríos?

¿Era yo así?

¿Lo sería cuando fuese mayor?

Recordé a tía Alma cuando me puso las manos en las orejas, me

volvió la cara hacia la luz y me dijo: «Menos mal que eres lista, porque nunca serás una belleza».

Al menos no era tan fea como mi prima Mary-May, le había dicho a Reese, pero me había avergonzado inmediatamente. Mary-May era la fea más famosa de todo el condado de Greenville, de cara ancha y aplastada, nariz torcida, ojos minúsculos, casi calva, y con solo tres dientes en la boca. A pesar de todo, era una persona afable y siempre se ofrecía voluntaria para hacer de bruja en la Casa del Horror del Ejército de Salvación la víspera de Todos los Santos. Su cara no le había afeado el alma. Yo sí que iba a echarme a perder si seguía atormentándome por el hecho de no ser guapa. Mamá siempre decía que la cara era el espejo del alma, que en ella podía verse el odio y la falta de generosidad. Con todo el odio que yo estaba tratando de ocultar, era un milagro que no fuera más fea que un sapo en la estación de las lluvias.

Empezaron los cánticos. Me incliné hacia adelante apoyándome en las puntas de los pies y me abracé las rodillas, canturreando. Las asambleas evangélicas son divertidas. La gente se exalta mucho, pero a veces se olvidan de qué himno están cantando. Sonreí al oír el canturreo ininteligible, mirando a los hombres cerca de la carretera que se daban puñetazos entre ellos y se decían palabrotas de forma amistosa.

Cabrón.

Hijo de puta.

El predicador dijo algo que no entendí. Hubo un momento de silencio, y después una voz pura de tenor se alzó hacia el cielo nocturno. Se me puso un nudo en la garganta. Tenían un cantante de verdad, un verdadero coro de góspel.

«Ve despacio, bella carroza, cuando vengas a buscarme para llevarme a casa».

La noche parecía envolverme como un manto. Sentía como si se me hubiesen derretido las entrañas, y la boca me sabía a viento. La dulce música góspel fluía por mi interior en la desgarradora voz de un muchacho y hacía que toda mi malicia, toda mi envidia y mi odio se me agolparan en el corazón. Pensé en los dedos de tía Ruth aleteando como un pájaro delante de su cara, las mejillas

sonrojadas, el pelo negro y lacio de tío Earle cuando lloraron juntos en el porche, la cara pálida y preocupada de mamá y los fríos y airados ojos de papá Glen. El mundo era demasiado grande para mí, la música demasiado intensa. Sabía, sabía que yo era la persona más repelente de la tierra. No merecía vivir ni un día más. Empecé a llorar con hipo.

—Perdóname, Jesús, perdóname.

¿Cómo podía vivir conmigo misma? ¿Cómo podía tolerarme Dios? ¿Era eso por lo que Jesús no le hablaba a mi corazón? La música me inundaba… «Jesús te llama dulce y tiernamente». La música era un río que me purificaba. Sollocé hincando los talones en la tierra, ebria de pesar y de aquella purísima voz elevándose por encima del coro. Tía Alma aseguraba que todos los cantantes de góspel eran unos borrachos, pero poco me importaba en aquel momento. Si había que beber whisky entre bastidores o morrearse en los vestuarios, daba igual, cualquier cosa era buena para conseguir aquel néctar. Me sequé los ojos y grité. ¡Que le den otra botella a ese chico!, hubiera querido exclamar. ¡Que le busquen a esa chica un buen marido! Pero que no dejen de cantar esa música. Señor, embriágame con esa música.

Me balanceé, clavando los talones en la tierra rojiza, con los puños en el estómago, canturreando en la oscuridad de la noche y a la luz de la carpa. Lloré hasta no poder más, y después me reí. Eché la cabeza hacia atrás y reí hasta que me quedé ronca y la húmeda niebla vino a ocultar las luces de la reunión. Si tía Ruth hubiera aparecido en aquel momento, le habría pedido perdón por todo, por vivir y no quererla lo suficiente para salvarla del cáncer que estaba comiéndosela viva. No sabía. Pero seguramente habría tenido algo por lo que pedir perdón, por ser joven y tener salud y estar allí sentada colmada de música. Eso era lo que debía hacer el góspel: que uno se odiase y se amase al mismo tiempo, que se sintiera humillado y glorificado. Funcionó conmigo. Funcionó conmigo totalmente.

10.

La carpa del culto evangelista había sido una revelación, pero la «Hora de Sunrise Góspel» se convirtió en una obsesión. Todas las mañanas, antes de que tía Ruth y tío Travis se levantaran, me sentaba junto a la radio que había en el salón a escuchar la «Hora de Sunrise Góspel». En el silencio de la madrugada, me inclinaba cerca del altavoz y practicaba mi sueño secreto, cerrando la mano a la altura de la barbilla y echando la cabeza hacia atrás para cantar en susurros de manera que nadie me oyese. Cantaba en voz baja a coro con todo, no solo con los espectáculos de góspel, sino también con los éxitos de *country* que siguieron —Marty Robbins, Kitty Wells, Johnny Cash, Ruth Brown, Stonewall Jackson, June Carter, Johnny Horton—. Cantaba tan bajito que apenas podía oír mi propia voz, pero en mi imaginación mi canción sonaba potente y hermosa.

Tía Ruth sonreía siempre que me veía con la cabeza pegada a la radio. «Ponía más alto», decía. «No eres la única a la que le gusta escuchar un poco de música». Algunas veces hasta se ponía a tararear también. Un fin de semana logró que Earle le llevara su tocadiscos, y pasamos dos días escuchando sus canciones favoritas. Resultó que tía Ruth tenía unos cuantos discos en una caja debajo de su cama, unos cuantos de la primera época de la Familia Carter, Patsy Montana cantando *I Want to Be a Sweetheart*
Cowboy's
, el Clan Clinch Mountain con *Are you Walking and a Talking for the Lord* de Hank Williams, *Wabash Cannonball*, de Roy Acuff, y Roy Acuff interpretando *The Wreck on the Highway*. Pero su más preciado tesoro era uno de Al Dexter and the Troopers cantando

«*Pistol Packing Mama*». Cada vez que llegaba el estribillo ella daba con la mano en el sofá y cantaba, haciéndome señas para que me uniera a ella. Lo cantábamos a grito pelado, *Pistol packing mama, lay that pistol down*, hasta que conseguimos que tío Travis fuera a sentarse en el guardabarros de su coche con una botella de Jack Daniel's.

Entró una vez en casa a coger un trozo de queso para comer y se detuvo un instante a protestar.

—Estáis ahuyentando a los perros. Dejadlo ya.

—Anda, déjanos en paz —la cara de tía Ruth estaba colorada y feliz—. Nos sentíamos muy inspiradas.

—Pero lo hacéis fatal —nos dijo quejoso—. No sabéis cantar.

—¡Jobar!, Travis, ya lo sabemos —tía Ruth estaba demasiado contenta como para darse por ofendida, pero yo me quedé estupefacta. Yo creía que lo hacíamos bastante bien—. Lo sabemos y no nos importa. Es muy divertido. ¿Por qué no te unes a nosotras? Vamos. Bone, pon el que nos ha prestado Earle. Te gusta Stonewall Jackson, ¿no, Travis?

—¡Ah, no! No vais a convencerme. Yo no soy ningún payaso cantarín.

Retrocedió hacia la puerta como si temiera que algo fuese a echársele encima. Me encogí de hombros y puse la canción de Jackson. Si apretaba el cuello bien hacia abajo, casi lograba imitar el sonido triste y profundo de Stonewall. La voz me salía rota y cavernosa como la suya, como la de un hombre cantando desde lo más profundo de una mina de carbón.

Tía Ruth aplaudía alegremente mis tentativas, riéndose hasta casi cortársele la respiración.

—¡Jesús, Bone! ¡Cómo eres! No puedo contigo —se echó hacia atrás fatigada, moviendo aún los dedos al compás de la música—. Cómo eres, Señor, cómo eres. Ponla otra vez.

El fin de semana previo al inicio del curso escolar, mamá me dijo que tenía que volver a casa y dejar que de tía Ruth se ocupara su hija Deedee. Esta había accedido a regresar solo cuando Travis le prometió que le pagaría los plazos de su preciado Chevrolet sedan. Pospuso su llegada hasta la noche anterior a tener que marcharme

yo y se presentó malhumorada y quejándose de tener que volver. Se comportaba como si la enfermedad de su madre fuese su cruz particular. Yo estaba horrorizada.

—Podría morirse en cualquier momento —le dije a la mañana siguiente—. ¿Se te ha ocurrido pensar en eso?

Estábamos en el porche de tía Ruth esperando a que mamá viniera a buscarme, Deedee sentada en la mecedora y yo apoyada en la barandilla. Deedee sonrió displicente, encendió otro de los cigarrillos Chesterfield que tanto desagradaban a tía Ruth y me tiró la cerilla apagada.

—No se morirá, esta va a estar ahí hasta que yo esté desquiciada de puro aburrimiento y a punto de matarla yo misma. Tú no lo entiendes, Bone. No te imaginas el tiempo que lleva mamá arrastrándose con sus enfermedades. Me he pasado la vida cuidando de ella y de los culos vagos de mis hermanos. Todos viniendo siempre a mí a gimotear que qué tragedia, que mamá está muy enferma y que se va a morir pronto. ¡Ya! Primero que si eran problemas femeninos y no podía levantar peso, después que tenía mal los pulmones y nadie debía fumar en casa. No se podía encender la radio ni hacer ningún ruido después de ponerse el sol para que ella descansara. Nada de amigos que vinieran a tocar la bocina para llevarme de paseo. Nada de vestidos nuevos porque las medicinas eran muy caras. Todo era jadear y gimotear y decirme lo que tenía que hacer.

La expresión de Deedee era de odio, sus ojos eran fríos y taladradores. Alargó la mano y me agarró del antebrazo, tirando de mí hacia ella.

—Tú no sabes lo que es, Bone, irte a vivir por tu cuenta y que te arrastren otra vez a casa. Espera unos años, encuentra novio, un trabajo que te dé tu propio dinero y que haya cosas que a ti te gusten y que tu madre crea que son estúpidas o pecaminosas —me soltó el brazo y empezó a mover la mecedora—. ¡Joder!, casi todo lo que me gusta en este mundo es estúpido o pecaminoso. Estúpida y pecadora Deedee, así es como me llaman. Que se vayan a la mierda, no me importa. Tengo coche y planes propios, y cuando el coche esté pagado, puedes apostarte el culo a que me largaré otra vez. La próxima vez que me vaya de aquí, ni el mismísimo demonio será capaz de hacerme volver.

Se me pusieron los pelos de punta. Yo no sabía qué decir ni qué pensar. Earle había terminado de pintar el porche el fin de semana anterior, y ahora las tablas blancas brillaban al sol, proyectando la luz del mediodía en los oscuros ojos de Deedee. Recordé a Earle apoyado en la barandilla del porche, sacudiendo la cabeza, con su voz triste y ronca al quejarse de no comprender cómo podían complicarse tanto las cosas. Las cosas más simples, pensé. Bajé las escaleras y me senté en el último peldaño con las manos juntas sobre las rodillas, como si estuviera rezando. Parecía como si Deedee odiara a su madre, como si quisiera que se muriese. Yo no lo entendía, ni siquiera podía soportar pensar en ello. Esperaba impaciente el coche de mamá y cantaba una y otra vez para mis adentros «Algún día el sol brillará, el sol brillará en la puerta trasera de mi casa». Cantar era rezar y rezar era cantar. ¿Qué podía yo cantar que conmoviera el corazón de Deedee o el mío, que nos confortase a las dos?

Todas las tardes después del colegio se suponía que debía quedarme con Reese en casa de tía Alma, pero, en lugar de eso, empecé a ir al Café West Greenville, que estaba por la Eustis Highway. La máquina de discos tenía canciones antiguas y modernas: Loretta Lynn, Teresa Brewer, Patsy Cline y la preferida de mamá, Kitty Wells. A los camioneros les gustaba aquella música tanto como a mí. Me sentaba fuera, debajo de las ventanas del café, y tarareaba la música junto con aquellas voces nasales de chica, imaginándome a mí misma emitiendo aquellas notas puras y desgarradas. Todo el mundo sabía que las estrellas del festival Opry empezaban como cantantes de góspel. Todas aquellas mujeres que cantaban historias de hombres infieles habían cantado primero al amor infalible de Dios. Medio dormida al sol, reconfortada por el familiar olor de la grasa de freír, le hacía promesas a Dios. ¡Que sea cantante, Señor! Seguro que después me daría al whisky y al *rock and roll*, como hacían todos, pero no lo haría durante años, lo prometía. ¡No lo haría durante muchos años, Señor! No hasta haber glorificado Su nombre y comprado a mamá un Cadillac amarillo y una casa en Old Henderson Road.

Más que ninguna otra cosa en el mundo —decidí— yo quería ser

una de aquellas chicas que llevaban túnicas blancas ribeteadas con cruces bordadas en oro y plata, y que cantaban en las giras evangélicas y grababan funciones para programas matutinos de televisión. Quería que señoras de cabellos grises llorasen al ver mis sonrosadas mejillas. Quería que la gente gimiera al oír el latido de mi voz cuando cantara el milagro de mi vida.

Deseaba un milagro en mi vida. Deseaba ser una cantante de góspel y que me quisiera todo el mundo.

Jesús, hazme cantante de góspel, rezaba yo, mientras Teresa cantaba sobre algo que bien podría haber sido Dios pero también un hombre de ojos negros. Pero Jesús debía de estar muy ocupado con Teresa, ya que mi voz sonaba aguda y estridente en los momentos de entusiasmo y se me quebraba cuando intentaba cantar melódicamente. El predicador de la iglesia baptista de Bushy Creek no me dejaría estar cerca del coro ni para pasar las páginas del libro de los himnos, y sin una voz como la de Teresa o la de June Carter no podría cantar góspel. Tan solo podría escuchar y ver cómo lloraban las señoras de pelo gris. Era una injusticia que no podía comprender ni perdonar. Tenía que haber alguna forma de mejorar mi voz, de cantar como había soñado. Yo rezaba y practicaba con una inquebrantable esperanza.

Algunas veces, cuando íbamos desde Greenville hasta el aparcamiento de la vaquería Sunshine, que estaba en la Carretera 85, después de pasar Sears, los almacenes Roebuck, la base aérea y las verdes y arcillosas colinas —viaje que hacíamos casi cada dos semanas ahora que papá Glen estaba trabajando para su padre— nos poníamos a cantar como si fuéramos una familia itinerante de góspel. «Alguien me tocó mientras dormía, alguien me tocó mientras dormía. Debió de ser la mano del Señor…».

A voz en grito, a toda velocidad, nuestro canto inundaba el coche y dejaba pasmados a los otros conductores. Reese aullaba y gritaba, la voz de mamá sonaba como si ella también soñase con Teresa Brewer, y papá Glen profería sonidos que habrían ahuyentado a las vacas. A ellos no les importaba y yo fingía no ser tan mala. Sacaba la cabeza por la ventanilla y berreaba con todas mis fuerzas. El viento me llenaba la boca y el ruido disimulaba el hecho de que yo cantara tan mal como ellos.

Una vez me encontraba tan exaltada que, cuando llegamos a

casa, me puse a cantar de cara al ventilador eléctrico. Hacía qué mi voz vibrara y fluctuara como una guitarra *slide*, un efecto que a mí me gustaba especialmente. Mamá decía que le daba dolor de cabeza y que a mí me dolerían los oídos si no dejaba de hacerlo.

—¿Pero qué demonios hace?, —papá Glen reaccionaba como si yo cantara solo para sacarle de quicio—. ¿Acaso se ha propuesto romper los vasos o solo que llueva?, —me quitó de delante del ventilador con una de sus enormes manos.

—Glen —la voz de mamá era suave, pero le detuvo. Él la miró como si le hubiera atravesado el corazón.

—No deberías animarla —le dijo a mamá—. O creerá que puede hacer todo lo que se le antoje y acabará perdiéndonos el respeto. A saber lo que hace todas las tardes por ahí.

Mamá le agarró por la cintura.

—Comprendo que te preocupes, pero confía en mí, cariño. Yo siempre sé dónde está Bone. No permitiría que le pasara nada a mi pequeña —papá Glen se relajó tanto al contacto con mamá que casi llegó a sonreír.

—Bone, trae a tu padre un vaso de té frío —me pidió mamá—. Y echa un poco más de azúcar, como a él le gusta.

Le llevé el té y después un paño para que mamá le refrescase el cuello mientras estaban sentados. Mamá no me miró ni una sola vez en todo ese tiempo, pero papá Glen sí lo hizo, deslizando sus ojos sobre mí como si yo fuera una criatura desconocida, algo que él aún no sabía cómo domesticar. Hacía mucho tiempo que no me pillaba a solas, y algunas veces casi lograba convencerme a mí misma de que él nunca me había apretado contra sus caderas, de que nunca me había metido las manos por debajo de la ropa. Yo quería creer que todo había sido un mal sueño que no volvería a repetirse, pero procuraba estar lejos de él.

Me escapé antes de que a papá Glen se le ocurriera pedir alguna cosa más, llevándome el ventilador al porche de atrás. Cantaba lo más suavemente que podía, tarareándole al motor, pensando que los cantantes de góspel se pasaban la vida en la carretera. Aunque no llegara a ser una estrella, quizá podría acabar cantando en el coro de una «familia», todos vestidos igual, con blusas de color azul eléctrico y bordadas en plata, viajando en un autobús y llamando a casa desde diferentes ciudades. Todo lo que necesitaba era una

oportunidad para dirigir mis conmovedores ojos negros a una carpa repleta de creyentes y anunciar el breve descanso con mi voz melancólica. Sabía que podía lograr que me quisieran. Tenía su misterio, pero yo lo desentrañaría. Si ellos podían hacerlo conmigo, yo encontraría la forma de hacerlo con el resto del mundo.

—¡Caca de vaca!, —dijo la abuela riéndose cruelmente cuando por fin le hablé de que veía a los cantantes matutinos de góspel y de que quería ser como ellos—. Debes de estar de broma, Bone. Si tú no sabes cantar, niña. No sabes cantar en absoluto.

—Todavía no —admití a regañadientes—. Pero estoy practicando. Llegaré a hacerlo mejor. Imagínatelo, abuela. Imagínate cómo sería.

—¡No, si ya lo sé!, —la expresión de la abuela se hizo más amable y su voz más cariñosa—. Conozco el poder que tienen los cantantes de góspel. Algunas de esas mujeres cristianas creerían cualquier cosa por un cantante de góspel.

«Cualquier cosa». Me encantó la forma en que lo dijo. Las «mujeres cristianas» de la abuela cayeron como gotas de lluvia fresca en una polvorienta mañana, límpidas, preciosas y gratificantes.

—Cualquier cosa —repetí, y ella me obsequió con una de sus desdentadas e irónicas sonrisas. Estábamos sentadas la una al lado de la otra en las poltronas del jardín de atrás. La abuela siempre se quejaba de que mamá no viviera en casas con porches y mecedoras, pero le gustaban las poltronas reclinables de mamá. Estiró el brazo, me puso la mano en la nuca, me dio un apretón y se echó a reír.

—Algunas veces tienes la mirada de tu abuelo —me pellizcó y volvió a reírse—. El cabrón de él era más malo que una víbora, pero tenía sus cosas. Y anda que no me gustaban a mí sus cosas. ¡Dios bendito!, —se echó hacia atrás, dándole vueltas al tabaco en la boca —. Solo tenía dos defectos que yo no podía soportar. No trabajaba ni aunque le mataran y andaba siempre por ahí con cantantes de góspel. Se colocaba en la parte de atrás de las carpas evangélicas ofreciéndoles el mejor whisky casero del condado de Greenville. Y a mí me dejaba los posos. ¡Qué bastardo!

Se puso rígida y miró por encima de su hombro, temerosa de

que mamá pudiera estar escuchando. Mamá no permitía que nadie pronunciara aquella palabra en su casa.

—¡Mierda!, —escupió a un lado—. A ti también te da por ahí, ¿verdad? Por todas esas tonterías, ese rollo de los evangelistas.

—La prima Temple dice que eres una pagana.

—Temple, ¿eh? Temple es una jodida imbécil.

Yo no dije nada. La abuela se secó la barbilla.

—No vayas contándole a tu madre todo lo que oigas.

—No, señora.

—Y no vayas a tomarte en serio esas cosas del góspel. Está bien eso de purificarse de vez en cuando, pero es todo una trola. Es igual que el whisky malo. El efecto se pasa rápidamente y te deja hecha polvo.

Volvió a secarse la barbilla y suspiró como le había dado por hacer en los últimos tiempos. Yo detestaba aquella manera de suspirar. Mi abuela me gustaba más cuando se ponía maliciosa. Cuando empezaba a suspirar, era probable que empezase a llorar. Entonces se le retorcía la cara de una forma que me asustaba.

—No soy imbécil —yo me balanceaba adelante y atrás en mi silla empujándome enérgicamente con los pies descalzos. La cara de la abuela hizo un gesto nervioso y vi cómo le volvía la luz a los ojos.

—Ya sabes lo que opina tu madre de esa palabra.

Era cierto. Mamá me había echado uno de sus escasos rapapolvos por llamar imbécil a Reese. Detestaba aquella palabra tanto como la de «bastardo».

—No soy ni imbécil ni bastarda —me balanceaba sin parar, pendiente de la cara de la abuela.

La abuela se echó a reír y miró hacia atrás por encima del hombro nerviosamente.

—Vas a acabar con tu madre, y no seré yo quien más lo sienta.

No tenía aspecto de sentirlo. Hasta tenía mejor cara. Lo dije otra vez.

—No soy ni imbécil ni bastarda.

La abuela se reía tanto que casi se atraganta con el tabaco.

—Eres las dos cosas, y además estás tan atontada con esa música como lo estaba tu abuelo —parecía como si fuera a ahogarse de la risa—. Y ¡qué coño!, él era las dos cosas también.

Después de un tiempo mi obsesión con el góspel acabó por sacar de quicio a mamá, pero tía Alma la tranquilizó.

—Es lamentable, pero normal, Anney, y tú lo sabes. A todas las mujeres de la familia tarde o temprano les da por la religión.

Mamá asintió distraídamente. No estaba segura de que fuese tan sencillo. Mamá casi nunca iba a la iglesia, pero se tomaba las cuestiones de Dios y de la fe con absoluta seriedad.

—Anney es una mujer cristiana —le dijo tío Earle a tía Alma al día siguiente de que mamá le echara de casa por vomitar encima de la mesa de la cocina—. Pero me cansa que sea siempre tan rígida. Como si ella nunca hubiera tomado un whisky o perseguido a un hombre atractivo en su vida.

—Es una intransigente —convino la prima Deedee. Se suponía que ella debía estar con tía Ruth, pero parecía pasar más tiempo con Alma o Raylene que en casa—. ¿Sabes, Bone? Para empezar, tu madre es de las que nos mete en líos a todos los demás. Como los personajes de las historias que te cuentan en la catequesis de los domingos y que se supone que deben servirnos de ejemplo —me sonrió con desdén—. No pidas nada, confía en Dios. Haz el bien. ¡Ya! Y no dejará de mandarte hijos y penalidades. Odio —exclamó Deedee— la idea misma de mujer cristiana limpia, sufrida y estricta.

—Se odia a sí misma —nos dijo mamá cuando Reese le contó todo lo que Deedee había dicho—. Y no sé qué pinta Dios en todo esto —me dirigió una de aquellas miradas serias y casi inquietantes que parecía haber perfeccionado durante el verano—. No se hace el bien por temor o por amor a Dios. Se hace porque, si no, el mundo no tendría sentido.

Yo ya no me creía todo lo que mamá me contaba sobre el evangelio, pero entendía lo que quería decir. Hacer el bien no debería tener nada que ver ni con el amor ni la bondad ni con Jesús, aunque la mayoría de la gente aseguraba que Jesús tenía algo que ver con todas las cosas. Sabía que mamá creía en Jesús, aunque no hablara de ello, y llegué a la conclusión de que en lo más profundo de su corazón entendía perfectamente lo que yo estaba haciendo. Me entregué al misterio de la sangre de Jesús, leyendo la Biblia en la mesa de la cocina después de cenar y yendo al servicio para jóvenes de los miércoles por la noche. Mamá no decía nada,

Reese me gastaba bromas y papá Glen se burlaba de mí.

Tía Alma pensaba que la cosa tenía gracia.

—Bueno, al menos no le da por copiar pasajes de la Biblia y esconderlos en los cajones como hacía mi Temple. Solo tienes que esperar a que se le pase. Cuando Temple la cogió con eso, yo le tomaba el pelo y la chica por poco me corta la cabeza. Una vez casi hizo venir al predicador para que hablase conmigo, como si yo no fuera una buena baptista, simplemente porque no veo ninguna razón para ir a la iglesia todos los domingos de mi vida.

—Pero deberías ir a la iglesia —le dije a tía Alma imperturbable. Me sacaba de quicio que hablase como si mi fe no fuese sincera—. Deberías dar testimonio de tu fe y convencer a Earle para que vaya contigo. Te tiene en muy alta estima y te escucharía si le hablaras seriamente.

—Si yo empezara ahora a hablarle a Earle de ir a la iglesia los domingos y de dar testimonio de nuestra fe, pensaría que me he vuelto majara —Alma se echó a reír y me pellizcó la barbilla—. Ve tú por todos nosotros, niña. Da tu testimonio. Si el mundo se acabara mañana, preferiría que te salvaras tú antes que cualquiera de los borrachos de tus tíos. Y no trates siquiera de hablarle a Earle de Jesús. A ese hombre no se le puede hablar ni de Dios ni de religión.

Me tomé la advertencia de tía Alma como un desafío y empecé a conversar con tío Earle sobre fe y buenas obras. Le ponía los discos más lacrimosos de música *country* góspel que tenía mamá y le relataba las más dramáticas historias de salvaciones de almas que había encontrado en los folletos que distribuía la Asociación Caritativa de Damas Cristianas. A Earle le encantaba todo aquello, mi sinceridad, los versículos de la Biblia y las ligeramente veladas amenazas de perdición. Pero, sobre todo, disfrutaba con el debate. Cuando yo intentaba argumentar que Dios era amor y Jesús la salvación, él pretendía demostrarme que el mundo estaba irremediablemente corrompido.

—Dejemos a un lado a los noventa y nueve justos, y hablemos de la oveja descarriada de este condado —empezó diciendo tío Earle. Un vasito de whisky y una jarra de cerveza y estaba listo para departir sobre la cuestión de Jesús, recordándome de vez en cuando a su mujer, Teresa. Él culpaba a Jesús de la pérdida de Teresa, por

supuesto; a Jesús, que hizo a los católicos, y a los católicos, que eran tan tiquismiquis con respecto a la fornicación y hacían que fuera tan difícil que un baptista decente consiguiera el divorcio. Tenía una actitud un tanto extraña hacia aquellos, les maldecía por complicarle tanto la vida y al mismo tiempo les admiraba—. Al menos —me dijo— los católicos resultan interesantes, con todo ese rollo de arriba y abajo, los cánticos, el almohadillado de terciopelo en los bancos y verdadero vino diluido para la comunión. ¿Qué demonio tienen los baptistas? ¡Comuniones con zumo de uva, normas estúpidas contra el baile y las películas, santurronería a porrillo, predicadores imbéciles con trajes brillantes y feligreses mentecatos! Ya podían aprender algo de los católicos.

A veces se liaba en sus razonamientos, entre Teresa, la Iglesia católica y los policías del condado. Cuando había bebido suficiente whisky, empezaba a hablar de cómo se habían aliado todos para arruinarle la vida. Si existía un Dios —había concluido Earle—, estaba de parte de Teresa, de los católicos y de los policías. Pero no había ningún dios, me contó Earle, ningún dios ni ninguna esperanza en las iglesias. A la gente le iría mejor aprendiendo a confiar en sí misma y en los demás, en lugar de ir por ahí rezando por lo que no iba a obtener nunca.

—Dejé las iglesias, todas las iglesias, porque me di cuenta de lo que eran —me explicó—. Echa un vistazo a esos óleos que hay en las paredes de todas las escuelas dominicales de Carolina del Sur. Jesús en las montañas. Jesús en el desierto. Jesús con cielo nocturno al fondo. Jesús con la oveja perdida en brazos. Jesús te quiere, a todos y cada uno de vosotros. Sube montañas, camina sobre arenas ardientes, desafía a los vientos de la noche, busca entre la multitud al que se ha extraviado. Y nunca eres tan valioso como cuando te sales del redil, el que Dios busca. ¡Yo qué sé! Te quieren, ah, sí, te quieren. Hasta que te tienen. No hay en este mundo nada más inútil que un idiota religioso y trabajador. No es que tú elijas la religión. La religión te elige a ti y te ordeña hasta la última gota. No te dejan beber ni un poco de whisky. No te dejan hacer reír a las chicas culonas. No te dejan hacer ninguna maldita cosa que no sea trabajar por el más allá. Yo vivo en el aquí y el ahora, y necesito dormir los domingos por la mañana. Pero te diré algo, Bone, me gusta que anden detrás de mí, católicos y baptistas y

metodistas y adventistas del séptimo día, todos ellos ávidos de mi sucio pellejo blanco, de mi miserable alma humana. ¡Joder! Ninguno de ellos daría ni una meada por mí si ya formara parte de sus rancias congregaciones.

Entonces tío Earle bebía y se echaba su brillante pelo negro hacia atrás. Cuanto más bebía, más hablaba. Morbosamente, cuanto más hablaba más quería yo oír, aunque de su boca solo salieran blasfemias. Lo que de verdad me gustaba era cómo hablaba de Jesús. Lo hacía de una forma comprensible para mí, aun cuando no me cuadrara con todo lo que decía. Hablaba de Jesús como alguien con un hambre desesperada de Él, pero que es demasiado orgulloso para sentarse al banquete que tiene al alcance de la mano. Earle hablaba el lenguaje de la música góspel, con sus ritmos y su intensidad. En sus pausadas opiniones oía lo mismo que cuando escuchaba aquella música, la desesperación de voces afligidas y roncas, a hombres sonrojados y mujeres pálidas y sudorosas gimiendo en los bancos de atrás. «¡Señor, Señor!». Gimiendo y esperando, esperando y rezando, «para ser purificados *Señor, Jesús* purificados en la sangre del Cordero». El hambre, el deseo y el anhelo eran palpables. Yo entendía aquella hambre como ninguna otra cosa, aunque no sabría decir si de lo que yo tenía hambre verdaderamente era de Dios, de amor o de perdón. La salvación era una cosa complicada.

Puse la mano en el brazo de Earle y noté, con una vertiginosa sensación, lo tensa y caliente que tenía la piel, como si todos los músculos de su cuerpo estuvieran luchando por rechazar a Dios. Si no hubiera estado tan segura de que lo que le esperaba eran las llamas del infierno y la condenación eterna, me habría sentido orgullosa al ver qué desafío podía suponer Earle a la paciencia de Dios. Así las cosas, solo pensaba en lo maravilloso que sería cuando por fin oyera la palabra de Dios a través de mí y sintiera a Jesús entrar en su vida.

Yo hacía todo lo que podía por apartar a mis pobres tíos de sus hábitos paganos, pero cuando traté de que fueran a la iglesia los domingos, Earle simplemente se rio de mí, Nevil soltó un gruñido y a tío Beau le dio un ataque de tos.

—Malditas mujeres y sus puñeteras manías con ir a la iglesia —vociferó tío Beau a la abuela, como si ella me hubiera aleccionado —. Un hombre no necesita tener a Dios pegado al culo para saber lo que debe hacer. Ni a una ninguna mujer sermoneándole constantemente.

—Deja ya de blasfemar —le dijo la abuela con bastante suavidad —. Eres el imbécil más grande del condado de Greenville, y no son las mujeres quienes te han hecho como eres. Desde que naciste has estado buscando a alguien a quien culpar de lo que has hecho con tu vida —escupió tabaco y a mí me mandó fuera al sol.

No rechisté. Si me ponía pesada, seguro que me haría apretarle un poco la pierna cuando tuviera que ponerse su dosis de insulina. Siempre me obligaba a hacerlo cuando se enfadaba conmigo, lo que era razón suficiente para no enfadarla.

—Si Dios viviera en una botella de whisky —oí que la abuela le decía a Beau mientras me dirigía hacia la puerta— hace tiempo que habría llenado tu corazón. Pero no es así, y no te salvarás, así que guárdate tus indecencias para ti solo.

Tío Earle consiguió un trabajo en la construcción de un garaje y empleó parte del dinero en comprar a mamá un tocadiscos y cuatro discos.

—Y no doy nada más gratis —le dijo, rebañando salsa con una de las tortitas de ella—. Incluso te he comprado algunas de aquellas viejas canciones de June Carter que tanto te gustan. ¿Cómo se llama esa tan graciosa? «Nickelodeon», ¿no?

Untó y rebañó y se bebió el té dulce de un trago como si fuera whisky. Mamá dijo que Earle había comido tantas de sus tortitas que era ya como su propio hijo.

—Un hombre pertenece a la mujer que le da de comer.

—Bobadas —replicó tía Alma—. Es al contrario y tú lo sabes. Es la mujer la que pertenece a quien ella da de comer.

—Puede que sí. Puede que sí.

De aquellos cuatro discos, a mamá solo le gustaba uno, y por poco lo desgasta. *The Sign on the Highway* se llamaba, y después de un tiempo yo lo cantaba de memoria. «La señal de la carretera, el lugar del accidente, la gente dejaba paso al coche fúnebre…, sus

cuerpos se encontraron bajo un letrero que decía: Un poco más adelante venta de cerveza, vino y whisky».

Lo que me asombraba era que mamá, que nunca iba a misa ni nombraba a Jesús, reaccionase ante la música como lo hacía yo. Ella lloraba cada vez que la oía, y quería escucharla constantemente. Era una canción góspel, por supuesto, algo parecido a una canción góspel. Mamá la ponía una y otra vez, y yo me sentaba con ella mientras la escuchaba, ella con un vaso de té en una mano y la otra tapándose los ojos, y yo todo lo cerca de ella que podía, las dos llorando en silencio y después sonriéndonos la una a la otra y poniéndola otra vez. Llegaba tío Earle y se reía de nosotras.

—Míralas a las dos. Es que no podéis estar más locas. Míralas, llorando por gente que nunca ha muerto de verdad. Eso no es más que una guitarra *slide* y unos imbéciles que solo saben ganarse la vida haciendo el ridículo delante de gente como vosotras —salió dando zapatazos mientras mamá se secaba la cara y yo seguí sentada. Bajó los escalones haciendo ruido.

—Estoy convencido de que esta familia está tocada de la cabeza.

Como no llegaba a ninguna parte salvando a mis tíos, me dediqué al único capital que tenía: mi propia alma. Empezó a fascinarme la idea de la salvación, no solo abrir el corazón a Jesús, sino el significado de la lucha entre salvación y condenación, entre el bien y el mal, la vida y la muerte. Dios y el demonio eran los árbitros decisivos, y todo el mundo sabía por qué se luchaba. Era como tío Earle me había dicho: si no te salvabas, si no formabas parte de la congregación, la gente solo te veía a ti en el momento de la invocación. Había algo embriagador y fascinante en ser el objeto de toda esa atención. Era como cantar góspel en televisión con el público pendiente de tu aliento. No podía resistirme.

Estuve a punto de salvarme unas catorce veces, catorce domingos en catorce iglesias baptistas diferentes. No fingía aquella indecisión, aquella necesidad de llorar, aquella increíble confusión que me sobrecogía cuando el predicador volvía la mirada hacia mí. Había algo en la expresión de su rostro cuando pedía a voces que se adelantaran todos aquellos que hubieran sentido la «llamada», algo

en la forma en que las mujeres mayores del primer banco se volvían hacia el pasillo para observar. Entonces se elevaba la música, y el coro, medio tarareando medio cantando, empezaba con «Dulce y tiernamente te llama Jesús», y yo sentía un latido en las sienes. Me brillaban lágrimas en los ojos, y parecía que la lengua se me hinchaba en la boca. Yo sentía, sentía, sentía algo, Dios o Jesús o un aroma de azahar o un oscuro terror en mi garganta. Algo me dolía, me hacía daño. No sabría decir si era la música o los ojos o el olor a cera de la tarima, pero todo se aliaba y me arrastraba por el pasillo hasta el primer banco, en donde el predicador me ponía la mano en la cabeza y algunas estiradas señoras mayores se adelantaban a cogerme la mano.

Una vez allí, lloraba en silencio y esperaba mientras se acercaban unas cuantas personas más. Entonces rezábamos todos juntos. No habría sabido explicarlo, pero no era el bautismo lo que yo quería en realidad ni la bienvenida de la congregación ni siquiera la expectante concentración del pastor. Se trataba de ese momento en que me encontraba en la frontera entre salvación y condenación, con el pastor y las mujeres tirando todos juntos de mi pobre alma sombría. Quería que ese momento durase eternamente, quería que el coro siguiera con aquella música lenta y suave. Quería que la iglesia se llenase de toda la gente que conocía. Quería que la forma en que me sentía significara algo y que todo se transformase en mi vida gracias a ello.

Cuando paraba la música y se sentaba el pastor, sudoroso, con su pequeño cuaderno, para hablar conmigo, la cara se me ponía tensa y mi voz se reducía a un susurro de vergüenza y terror nervioso. Ese momento era igual todas las veces. El olor a amoniaco líquido tapaba el de las flores de azahar y todas las mujeres que me abrazaban me dejaban escamas de maquillaje en los brazos desnudos. Empezaba a sentir que me ahogaba y tenía que salir corriendo al servicio en el sótano a lavarme la cara. Entonces me miraba a los ojos en el espejo y sabía que no estaba preparada. Algo no funcionaba. La magia que debía purificarme con la sangre de Jesús no estaba presente; el momento, frío y sin sentido. Salía a la luz dando traspiés, sintiéndome culpable, sin salvar aún, y al domingo siguiente me dirigía a una iglesia distinta.

Había empezado a pensar en probar con la Iglesia de Dios o la

Santa Iglesia de los Discípulos de Jesús, cuando mamá comprendió. Me llevó a la iglesia de tía Ruth en Bushy Creek e hizo que me bautizaran bajo el cuadro de Jesús en el Jordán. Cuando me sumergieron la cabeza, se me cerró del todo la garganta y me quedé sorda. Con el vestido empapado de agua turbia y los ojos cerrados, no pude oír al coro ni sentir el violento apretón del pastor. Fuera cual fuera la magia que la gracia de Jesús prometía, yo no la sentí. Salí temblando de aquella agua sucia, rompí a sudar, y noté cómo empezaba a subirme la fiebre.

Estornudé y tosí durante una semana entera, tumbada sin fuerzas en la cama y llorando con cada canción de góspel que oía por la radio. Era como si estuviese lamentando la pérdida de algo que en realidad no había tenido nunca. Cantaba a coro con la música y rezaba con todas mis fuerzas. Sangre de Jesús y música *country*, tenía que haber algo más, algo más por lo que tener esperanza. Me mordí los labios y volví a la lectura de El Libro de la Revelación, hallando consuelo en la esperanza del Apocalipsis, el castigo de Dios para los malvados. Me gustaban las Revelaciones, me encantaba la Prostituta de Babilonia y los prometidos ríos de sangre y fuego. Me impactó como la música de góspel: auguraba venganza.

11.

Reconocí inmediatamente a Shannon Pearl el primer lunes del curso escolar. La había visto con su familia en la carpa de los evangelistas. Su padre contrataba cantantes para la gira y su madre llevaba la librería cristiana, un bazar de surtido religioso en el centro de la ciudad, al sur de Main Street, en donde se podían comprar Biblias estampadas en relieve, señaladores de libros con el salmo 23 en fondo azul, piadosas láminas con escenas del Sermón de la Montaña, y Jesús con aquel condenado cordero en todo lo imaginable: fundas de muebles, manteles, incluso en bragas de plástico de las que se ponen a los bebés encima de los pañales.

Shannon se subió al autobús dos paradas después que Reese y yo, caminando impasiblemente por delante de una docena de chicos que silbaban y otra de ruborizadas chicas diciéndose cosas al oído. Mientras ella recorría el pasillo, les veía a ellos deslizarse hasta el extremo de sus asientos para impedir que se sentara a su lado, y a ellas encogerse de miedo como si lo que tuviese Shannon pudiera ser contagioso. En el asiento de delante de nosotras Danny Yarboro se inclinó hacia el pasillo y empezó a hacer ruidos como de querer vomitar.

—¡Aquí hay piojos! ¡Aquí hay piojos!, —gritó alguien al ponerse en marcha el autobús de una sacudida sin que Shannon hubiese encontrado aún asiento.

Observé su cara, imperturbable, autosuficiente y arrogante; me recordaba a mí misma, o al menos a la idea que había llegado a tener de mí misma. Se apreciaban manchas de sudor en su vestido, pero nada se advertía en su cara, salvo por los ojos. Había fuego en aquellos ojos rosados, un fuego intenso, acumulado y rabioso, que

me era familiar. Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me puse de pie e, inclinándome hacia adelante, la cogí del brazo. La llevé hasta nuestra fila de asientos sin decir una palabra. Reese me miraba como si estuviera loca, pero Shannon se sentó y empezó a limpiar sus gafas de culo de vaso como si no pasara nada.

Lancé una mirada furibunda a un Danny Yarboro boquiabierto hasta que apartó la mirada de nosotras. Reese cogió un mechón de su lacio pelo rubio y se lo metió en la boca, haciendo como que estaba sola. Lentamente, los chicos que estaban cerca de nosotras volvieron las cabezas y empezaron a murmurar entre ellos. Alguien susurró un débil «zorra piojosa» en mi dirección, pero no hubo más gritos. Nadie sabía exactamente por qué me había caído bien Shannon, pero Reese y yo habíamos vuelto a la Escuela Primaria de Greenville y allí todos me conocían a mí y a mi familia, en especial a mis primos Grey y Garvey, que estamparían contra la pared a todo el que se atreviera a insultarnos.

Shannon Pearl se tiró cinco minutos largos limpiándose las gafas y luego permaneció en silencio durante el resto del trayecto. De manera intuitiva comprendí que ella no iba a decir nada, que haría como si hubiera caído en nuestro asiento por casualidad. Yo estaba a su lado contemplando las caras largas de mis compañeros, que no dejaban de mirarnos. La forma en que nos observaban hizo que me olvidase de mis recientes promesas de comportarme como una buena cristiana; sus expresiones despectivas e indignadas me incitaban a iniciar una conversación con Shannon y dejarles a todos pasmados. Casi sonreí imaginándome a Shannon y a mí hablando de todos los enemigos que tuviéramos en común mientras medio autobús estiraba el cuello para escuchar. Pero no me decidía a hacerlo, ni siquiera se me ocurría qué decirle. Solo después de que el autobús cruzó la vía del tren, cerca ya de la Escuela Primaria de Greenville, logré abrir la boca y pronunciar mi nombre y después el de Reese. Ella inclinó la cabeza con desinterés y susurró «Shannon Pearl» antes de quitarse las gafas para volver a limpiárselas de nuevo. Cuando se las quitaba, entrecerraba los ojos y encorvaba la espalda. Mucho después me daría cuenta de que limpiaba las gafas siempre que necesitaba un momento de sosiego para volver a serenarse, o, con mucha frecuencia, para distanciarse de lo que la rodeaba. Sin las gafas el mundo se volvía borroso, pero Shannon

además se comportaba como si también oyera gracias a ellas. Parecía no percibir el alboroto ni los insultos cuando se las estaba limpiando. Un ardid valiosísimo cuando se es objeto de tantas burlas como lo era ella.

Shannon era unos quince centímetros más baja que yo, tenía la piel blanca, el pelo blanco y los ojos rosados de los albinos, aunque su madre insistía en que su hija no era tal cosa.

—Mi precioso ángel es un milagro de niña —afirmaba la señora Pearl—. Nació demasiado pronto, sabes, y era tan frágil en el momento de nacer que pensamos que el Señor iba a llevársela. Pero, viéndola ahora, es evidente que Dios está con todos nosotros.

Se le transparentaban las finas venas azules a través del marfil de su cuero cabelludo. Como hebras azuladas bajo el lino, decía siempre su madre. Algunas veces Shannon me parecía extrañamente hermosa, como seguro lo era para su madre. Algunas veces, pero no muchas. De ningún modo muchas. Siempre que tenía oportunidad, la señora Pearl sentaba a su hija en sus piernas y le hablaba con dulzura por encima de aquel pelo finísimo y de aquella piel pálida y fofa.

—Mi pequeño ángel —canturreaba, y yo sentía que el estómago se me encogía.

Era una lección sobre el poder del amor. Volviéndose a mirarme desde entre las piernas de su madre, Shannon parecía un auténtico monstruo, una criatura temblona y cheposilla reluciente de sudor y arrogancia. A mí tenía que pasarme algo raro, estaba segura, ya que tan pronto sentía hacia Shannon un temor reverencial como repugnancia. Cuando se sentaba entre las piernas de su madre o mascaba las barras de regaliz que su padre conseguía para ella, es que la odiaba. Pero cuando otras personas la miraban con desprecio o los chicos de la Lee Highway la llamaban Ojos Mantecosos, sentía un amor tremendo y protector, como si fuera más hermana mía que Reese. Sentía como si yo le perteneciera de una manera extraña, como si su «desgracia» me hiciera estar en deuda con ella. Era un misterio, imaginaba yo, un hechizo de los que tía Maybelle hablaba continuamente. Magia.

De acuerdo con la caridad cristiana, yo habría tenido que sonreír a Shannon y después evitarla como todos los demás. Pero no fue caridad cristiana lo que me hizo ofrecerle asiento en el autobús,

cambiar mi foto de quinto curso por la suya, sentarme a la mesa de su cocina mientras su madre hacía otro experimento con su delicado cabello —«Huevo y harina de maíz, eso funcionará. Vamos a conseguir que se te rice el pelo, tesoro, como me llamo Roseanne Pearl»— o ir con ella a la tienda de Bushy Creek Highway y compartir el polo que su madre nos compraba. Mi fascinación por ella se parecía mucho al desasosiego que me hacía rascarme las costras de los tobillos. Por desagradable que fuese, no podía dejar de rascarme los tobillos ni de andar detrás de lo que la abuela llamaba «esa niña rara y fea».

Otras personas no tenían semejante confusión respecto a Shannon. Aparte de su madre y de mí, nadie la aguantaba. Ni la gracia de Jesús lograría hacerla mínimamente aceptable siquiera; se supo de gente que perdió repentinamente el apetito al ver el brillo pegajoso de su piel, el cráneo azul y blanco que asomaba entre el débil y descolorido pelo, y aquellos ojos acuosos y rosados que parpadeaban bizqueantes.

—¡Dios santo, qué fea es esa cría!

—Es una prueba, bien sabe Dios que es una prueba para sus pobres padres.

—Deberían tenerla guardada en casa.

—¡A ver, cariño! Eso no es propio de ti. Recuerda que el Señor ama a los corazones bondadosos.

—Me da igual. No entraba en los designios de Dios que yo vomitara en mitad del servicio dominical. Esa niña hace que se le corte a uno la digestión.

Tenía yo la idea de que, como era tan fea por fuera, era bastante lógico que Shannon resultase una especie de santa cuando se la llegara a conocer. Así habría sido en cualquiera de los libros que yo podía sacar de la asociación local de mujeres. Pensé en *Mujercitas, The Bobsey Twins* y en todas aquellas novelas sobre familias pobres británicas en Navidad. ¡Dios bendito! Estaba segura de que Shannon era igual que el pequeño Tim. Detrás de esas facciones sudorosas y pálidas tenía que esconderse un alma dulce y paciente. Seguro que era generosa, perspicaz, comprensiva y sabia para su edad. Ella sería la amiga que yo siempre había necesitado.

Que no fuera nada de eso era algo que nunca llegué a aceptar del todo. En cuanto se sintió relajada conmigo, se pasaba el tiempo contando historias terroríficas, muchas de ellas sobre las muertes horripilantes de inocentes niños. «… Y entonces el tractor retrocedió sobre él, cortándole el cuerpo en tres pedazos, pero nadie lo vio ni lo oyó, ¿comprendes?, debido al ruido que hacía la trilladora. Después su madre salió con té frío para todos. Y metió el pie justo dentro de su pequeño estómago destrozado. Y ¡Dios mío!, ¿no sabes…?».

No podía evitarlo. Seguía yendo a casa de Shannon a sentarme y escuchar, boquiabierta y fascinada, las historias de mutilaciones, asesinatos, decapitaciones y atrocidades que esa criatura sudorosa contaba sin parar. Sus historias eran bastante peculiares, no fantasías como las que yo me inventaba. Las historias de Shannon tenían un cierto halo de realidad —titulares de periódicos e informes forenses— y las que más le gustaban eran las de niños pequeños que habían sido atropellados por grandes maquinarias. Esto era algo que los adultos desconocían por completo, aunque de vez en cuando escuchaba una versión mucho más corta y blanda de alguna de las historias de Shannon de boca de su madre. En aquellos momentos Shannon me lanzaba una sonrisita de presunción. ¿A que la cuento mejor yo?, parecía estar diciendo. Poco a poco fui dándome cuenta de lo que se escondía detrás de sus impasibles rasgos blanquecinos. Shannon Pearl, lisa y llanamente, odiaba a todos aquellos que alguna vez la hubieran herido, y se pasaba la mayor parte del tiempo rumiando castigos que ella o Dios les infligiría. El fuego que ardía en sus ojos era el fuego del resentimiento. Si hubiera sido más fuerte o más lista, Shannon Pearl habría sido peligrosa. Pero medio ciega, enfermiza y aislada, no constituía una amenaza para nadie.

El señor y la señora Pearl eran tan bajos como Shannon y casi igual de pálidos. Ninguno de ellos exponía su delicada piel a la fuerte luz del sol. Él siempre llevaba un oscuro sombrero de estambre y un traje haciendo juego. Ella se quedaba en la tienda, apartada del sol, y llevaba tanto sombrero como guantes siempre que salía. Eran reservados y poco comunicativos, con sus remilgadas bocas siempre bien cerradas. Era imposible imaginarles desnudos, saliendo del baño o juntando sus cuerpos carnosos en la

intimidad del dormitorio. Parecían niños vestidos con las ropas de sus padres, y me daba la impresión de que sus diversas actividades no eran formas muy adultas de ganarse la vida. La señora Pearl admitía que nunca llegaban a cubrir los gastos médicos de Shannon, por lo que realizaban colectas entre congregaciones caritativas.

Yo no imaginaba que pudiera pedirse dinero a desconocidos para pagar las facturas, pero no dije nada. Era tan discreta con los Pearl, tan reservada y tan considerada y amable, que podría haber sido prima suya. Me merecía la pena jugar a ser uno de ellos. Con Shannon y su familia llegué por fin a conocer a la gente con la que había soñado: The Blue Ridge Mountain Boys, The Tuckerton Family, The Carter Family, Little Pammie Gleason (bendecida por Dios), Smoky Mountain Boys y de vez en cuando veía —cada vez que venía a salvarse— a Johnny Cash. Para los domingos por la mañana, los domingos por la tarde, la oración de los miércoles y las semanas de renacimiento espiritual, el señor Pearl reservaba locales, iglesias o programas en la televisión local. Como yo era amiga de Shannon, tenía la oportunidad de ir a las giras y conocer tanto a las estrellas del *country* wéstern como a las de góspel. Eso bastaba para que mi fascinación con Shannon dejara de preocuparme. Podía justificar fácilmente mis andanzas con ellos con mi peculiar pero admisible pasión por la música góspel.

Shannon sabía la letra de todas las canciones del himnario baptista y hablaba con mucha familiaridad de todos los grupos de góspel que acudían al Festival Opry. El góspel era la vida de su familia, y sabía todo lo que había que saber al respecto, aunque a ella la música no parecía impactarle de la misma forma que a mí. Shannon se burlaba de los predicadores y de los que cantaban en los coros, y contaba los chistes más cáusticos de los que brincaban con los aleluyas, que perdían completamente la consciencia cuando cantaban y empezaban a saltar sobre las puntas de los pies, moviendo los brazos en el aire. Nunca podría haberle contado mi sueño más secreto ni que yo lloraba cuando escuchaba los programas religiosos de la radio a última hora de la noche.

—Tienes unos ojos que le romperían el corazón al mismísimo Dios —me dijo la señora Pearl mientras acariciaba enérgicamente

mi pelo negro. Parpadeé, tratando de soltar unas lagrimitas para ella—. ¡Qué pestañas! Bob, mira qué pestañas tiene esta cría. De mayor podrías hacer los anuncios de Maybelline en la televisión, cielo. Claro que no querrás hacerlos. No hay quien te convenza de que te pongas esos potingues en la cara. Tus ojos son un regalo de *Dios*.

Se me inclinó cerca del hombro y me puso una mano en la cabeza, dándome la vuelta para que la mirase directamente a los ojos. Sus pupilas marrón caramelo eran enormes superficies planas que no reflejaban nada; su voz era melosa y sincera al mismo tiempo. Yo no sabía si estaba tomándome el pelo o hablándome de corazón.

—Mamá tiene más formas de decir Dios y Jesús que cualquiera de los predicadores a los que he escuchado —Shannon me miró entrecerrando sus rosados párpados—. Tiene talento para ello, hablando unas veces con voz dulce y suave y diciendo la palabra «Dios» de modo que te le imaginas como un viejo pariente, todo sereno y bien educado, como un señor mayor. Otras la dice alargando a gritos la vocal, «Diooos», y te deja patidifusa. Cuando está en vena, saca ese quejido sepulcral que puede ponerte fuera de órbita.

»Su "Jesús" es todavía mejor. Todo el mundo por aquí dice "Jesús" tan a menudo que a veces te olvidas de quién es, pero mamá raciona sus jesuses. Tú le oyes decir "Jesús" de la forma en que ella lo dice y te convences de que Jesús existió de verdad, que era aquel chico que resucitaba palomas, aquel joven que nunca maldecía ni fornicaba. Te lo imaginas a la perfección, un hombre, como tu padre quizá, envejecido por los pecados del mundo, una vida sacrificada especialmente por ti —Shannon se desternillaba de risa.

»Como te lo cuento. No podía soportarlo cuando era pequeña, pero me fui acostumbrando a medida que me hacía mayor. Ahora me encanta, la gente poniéndose toda pálida y nerviosa cuando mamá empieza a hablar de "Diooos"».

La librería no daba dinero. Era la costura especializada de la señora Pearl lo que constituía la fuente principal de los ingresos de

la familia. No era de extrañar que fuera famosa por las escenas doradas que ponía en las mangas de los vestidos y en las chaquetas de los cantantes de góspel. Llegó un momento en que podía reconocer una creación de la señora Pearl en la Hora del «Sunrise Góspel» sin proponérmelo. Tenía la costumbre de poner pequeñas florituras a los pies de la cruz y que se suponía que eran la hierba, pero que, para todos los que la conocían, eran la rúbrica del artista.

No había duda de que la señora Pearl amaba su trabajo.

—Siento que mi vida entera es para gloria de Dios —me dijo un día, rodeada de sus máquinas de coser y bastidores de bordar. Estaba poniendo borlas en una blusa de seda roja para una de las hijas pequeñas de los Carter—. Mi costura, el trabajo del señor Pearl, la librería, mi preciosa hija —contempló a Shannon con una mirada que era un reflejo exacto de la imagen de María y el Niño que había en mitad de la *Biblia Cristiana Ilustrada* que tenía siempre a precio rebajado en la tienda—. Todo lo que nos sucede es una bendición o una prueba. Eso es todo lo que te hace falta saber en la vida: la certeza de que Dios no te pierde de vista, de que sabe de qué material estás hecha, qué necesitas para seguir adelante. Porque dudar es pecado y no sirve para nada. Él te enseñará el camino a su debido tiempo. Y mientras tenga esto presente, todo me irá bien. Es como esa canción que le gusta tanto al señor Pearl: «Jesús es el mecánico, confía en la mano que controla las válvulas…».

Shannon soltó una risilla y salió al porche a despedirme.

—Algunas veces mamá necesita un ajuste en la válvula. ¿Entiendes lo que quiero decir?, —se echó a reír y puso los ojos en blanco como una muñeca rota—. Papá tiene que reducirle la marcha hasta niveles humanos o despegaría como un ángel de helio.

No pude evitarlo. Yo también me reí, recordando lo que tía Raylene había dicho de la señora Pearl: «Si al menos una vez le hubiesen echado un buen polvo, nunca habría parido esa extraña criatura». Le di a Shannon un codazo, por si acaso me leía el pensamiento.

—Tu mamá es un áaaangel —susurré con voz ronca, imitando la forma en que la señora Pearl lo diría, «un áaaaangel de Diooos».

—¡Diooos, qué razón tienes!, —susurró Shannon a su vez, y vi

que el odio llameaba intensamente en aquellos ojos. Me asustaba y me fascinaba. ¿Era posible que ella viera lo mismo en los míos? ¿Había en mí tanto odio? Me volví a mirar a la señora Pearl, que tarareaba con alfileres en la boca. Me dio como un escalofrío. ¿Odiaba yo a la señora Pearl? Contemplé su porche, con el *amor de hortelano* colgando de los cestos y las dos mecedoras con cojines hechos a mano. Los dientes de Shannon brillaban con la luz del sol.

—Tienes cara de haber visto al mismísimo diablo.

Me estremecí y después escupí como la abuela.

—Mi tumba aún no la han cavado —era algo que había oído decir a la abuela. Shannon me agarró del brazo y lo sacudió.

—No digas eso. Trae mala suerte mencionar la propia tumba. Dicen que mi abuela McCray hizo una broma sobre su sepultura una mañana de Pascua y cayó fulminada durante el oficio de la tarde —me sacudió el brazo con fuerza otra vez—. Piensa en otra cosa rápidamente —miré su mano en mi brazo, con aquellos dedos blancos e hinchados que apretaban mi muñeca delgada y morena.

—«Esa chica se pudrirá bien deprisa cuando se muera» —había dicho tía Raylene una vez. Sentí que se me revolvía el estómago.

—Tengo que irme a casa —aspiré deprisa—. Mamá quiere que esta tarde la ayude a tender la ropa.

—Tu mamá siempre te está haciendo trabajar.

Y la tuya a ti nunca, pensé.

—Me gusta tu familia —decía Shannon a veces, aunque yo sabía que eso era una mentira piadosa.

—Tu madre es una buena mujer —estuvo de acuerdo Roseanne Pearl, mirando mi ropa vieja y demasiado pequeña.

Me recordaba la forma en que nos miraba James Waddle, los aires de superioridad de sus hijas, riéndose de los dientes flojos de mamá y de los rizos de Reese hechos con pedacitos de papel. Papá Glen aún trabajaba en la Vaquería Sunshine y seguía llevándonos a ver a su padre o a alguno de sus hermanos cada pocas semanas, aunque seguían sin alegrarse de vernos. Su desprecio había hecho mella en mí, y ya no tenía paciencia. Cada vez que los Pearl hablaban de los míos, me largaba y no volvía durante varias semanas.

En aquel momento respiré profundamente, tratando de controlarme el estómago. Algunas veces no soportaba a Shannon.

—Esta noche vamos a ir al restaurante a cenar. En esta época del año tienen tarta de melocotón.

—Mi papá va a preparar helado esta noche —Shannon sonrió orgullosa de la posición de su familia—. Con nueces por encima.

No dije nada. Sí, seguramente. Se pudriría muy deprisa.

La gira de góspel iba desde Carolina del Norte a Carolina del Sur, Tennessee, Georgia, Alabama. Los cantantes iban de acá para allá, un torbellino de chaquetas doradas y bordadas que coincidía o se cruzaba con la gira del *country* wéstern. Algunas veces no se notaba la diferencia, y, a medida que las cosas fueron poniéndose más difíciles, el señor Pearl dejó de hacer distinciones y organizaba cualquier acto que pudiera proporcionarle dinero por adelantado. Mamá me mandaba de viaje con los Pearl cada vez más a menudo en su viejo DeSoto amarillo, con el maletero atiborrado de cajas llenas de artículos religiosos y la máquina de coser de la señora Pearl y el asiento de atrás completamente ocupado por Shannon y por mí y montones de labor. Llegábamos a pequeñas ciudades por la tarde para que el señor Pearl pudiera preparar el tinglado y la señora Pearl cosiera desgarrones y bordados deshilachados mientras Shannon y yo nos íbamos solas a merendar pollo frío y *chow-chow*. La señora Pearl siempre llevaba té en un termo, pero Shannon empezaba a frotarse los ojos y a quejarse de que le dolía la cabeza hasta que su madre cedía y nos compraba unas RC Colas.

La mayoría de los cantantes llegaba tarde.

Siempre me maravilló el poco sentido de la realidad que tenían el señor y la señora Pearl. Aunque rodaran por el suelo, nunca cayeron en la cuenta de que a la familia Tuckerton en pleno había que llevarla casi hasta los micrófonos ni que Little Pammie Gleason —¡Señor, con solo trece años!— tenía que ponerse la blusa con volantes de manga larga porque tenía los brazos llenos de moratones, a causa de aquel chico pelirrojo con quien su padre no la dejaba casarse. Nunca parecían ver a los «chicos» pasándose el *bourbon* en vasos de papel por detrás del escenario ni a su ángel de hija rogando que le dieran «solo un sorbito». Tal vez Jesús les protegía los ojos de la misma forma que había mantenido a los ancianos Shadrach, Meshach y Abednego a salvo en el horno

ardiente. Realmente el pecado no les rozaba a ellos de la misma forma que a Shannon y a mí. Las dos aprendimos a andar con ojo entre bastidores, con todas aquellas manos alargándose para acariciar nuestros muslos y pellizcar los pezones que apenas teníamos.

—¡Qué juguetones son esos chicos!, —decía riendo la señora Pearl, cosiendo de nuevo las mangas de sus chaquetas, remendando los rotos de sus pantalones. Me asombraba que no notara el olor a whisky impregnado en sus elegantes bordados, pero no iba a ser yo quien cometiera el pecado de decirle lo que seguramente Dios no quería que supiera.

—A veces podría pensarse que mamá es una ingenua —me dijo Shannon una noche, riéndose de forma extraña. Deseaba que se callara y que empezase la música. Tenía hambre todavía. La señora Pearl nos había preparado menos comida que de costumbre, y mamá me había dicho que tenía que dejar siempre algo en el plato cuando comiera con Shannon. No debía hacer pensar a los Pearl que tenían que darme de comer. No es que esa táctica en particular funcionase. Yo había dejado media tortita, y que me aspen si Shannon no se la llevó rápidamente a la boca.

—Puede que sea por eso de las válvulas —Shannon volvió a soltar una risilla, y supe que al final alguien le había dejado dar un tiento a un vaso de papel. Ahora, pensé, su madre se dará cuenta. Pero cuando Shannon se cayó encima de la máquina de coser, la señora Pearl simplemente la acostó con un paño húmedo en la frente.

—Es el tiempo —me susurró por encima de la frente empapada de Shannon.

Hacía tanto calor que Jesús y el cordero estaban desvaneciéndose de los abanicos de papel que la funeraria local había proporcionado. Pero yo sabía que si la nieve hubiera tapado hasta las ruedas de los coches la señora Pearl habría dicho que era por el frío. Una hora después uno de los Tuckerton derramó un vaso en la manga de la señora Pearl y la vi respirar profunda y pacientemente. Al cruzarse nuestras miradas dijo:

—No podemos esperar que estas criaturas se las arreglen sin una ayudita.

No le dije que a mí me parecía que todos aquellos «chicos» y

«chicas» estaban recibiendo un porrón de «ayudita». Solo murmuré un «sí» casi inaudible y aparté mis pecadores ojos de todos ellos. Si a mí me dejaran cantar, nunca caería tan bajo.

—Podríamos ir a sentarnos debajo del escenario —sugirió Shannon—. Se está muy bien allí.

Era un lugar acogedor, cerrado, oscuro, lleno de ruidos de pisadas. Eché la cabeza hacia atrás para que el polvo me cayera en la cara, disfrutando de la sensación de estar escondida y a salvo, lejos de la gente. La música parecía vibrarme en los huesos «Te toman las medidas, te toman las medidas, Jesús y el Espíritu Santo te toman las medidas…».

No me gustaba la música que estaban cantando. Era un poco artificial. «Dos pulgadas, tres pulgadas, un centímetro de virtud. ¿Darás la talla cuando te llamen por tu nombre?». Shannon se echó a reír. Me rodeó con los brazos y balanceó la cabeza de un lado a otro. La música sonaba muy alto, y olía a whisky a nuestro alrededor. De pronto empezó a dolerme la cabeza; el olor del pelo de Shannon me estaba mareando.

—¡Huy, huy, huy!

Precipitadamente aparté a Shannon y me dirigí gateando hacia un lado del escenario todo lo deprisa que pude, tapándome la boca. Aire, necesitaba aire.

—¡Huy, huy, huy!

Salí rodando de debajo del escenario y me di contra el lateral de la carpa. Sentía náuseas, levanté la lona de un tirón y salí tambaleándome. Afuera, en el aire húmedo de la tarde, incliné la cabeza y vomité entre las manos. Detrás de mí Shannon jadeaba y se reía tontamente.

—Pobrecita, se ha puesto mala.

Sentí sus reconfortantes palmaditas en la espalda.

—¡Dios mío!

Levanté la vista. Delante de mí había un hombre muy alto con una camisa morada. Bajé la cabeza y vomité otra vez. Llevaba unas botas plateadas con los tacones desgastados. Le vi retroceder, y desapareció de mi vista.

—¡Dios mío!

—No pasa nada —Shannon se puso de pie a mi lado, con la mano aún en mi espalda—. Solo está un poco mareada —hizo una

pausa—. Si le trae una
Coca-Cola,
seguro que le asienta el estómago.

Me limpié la boca, después me limpié la mano en la hierba. Levanté la vista otra vez. Shannon estaba quieta, el sudor le corría por los ojos haciéndola parpadear. Era evidente que esperaba dos Coca-Colas. El hombre seguía allí boquiabierto y estupefacto.

—¡Dios mío!, —dijo otra vez, y supe lo que iba a decir antes de que hablara. No era yo quien le había sorprendido.

—Niña, eres la cosa más fea que he visto en mi vida.

Shannon se quedó helada. Se le abrió la boca y toda la cara pareció hundírsele cuando la miré. Los ojos se le redujeron a dos puntos, y en sus labios apareció un rictus de dolor. Me enderecé.

—¡Será cabrón!, —me adelanté, vacilante, y él retrocedió, tambaleándose sobre los pequeños tacones plateados—. ¡Maldito cobarde hijo de puta!, —su mirada iba y venía de mi cara a la lánguida figura de Shannon—. ¡Te creerás muy guapo, asqueroso saco de mierda! ¡Cara de culo, comeboñigas!

—*¡Shannon Pearl!*

La señora Pearl venía rodeando la carpa.

—Niñas… —Cogió en brazos a Shannon—. ¿Dónde habéis estado?, —el hombre retrocedió aún más. Yo respiraba por la boca, aunque ya no estaba tan mareada. Me sentía furiosa e impotente y estaba haciendo verdaderos esfuerzos para no llorar. La señora Pearl chasqueó la lengua entre los dientes y acarició el lacio pelo de Shannon—. ¿Qué habéis estado haciendo?

Shannon gimoteó y escondió la cara en el vestido de su madre. La señora Pearl se volvió hacia mí.

—¿Qué estabas diciendo?, —sus ojos brillaban a la luz de los arcos luminosos del frente de la carpa. Me limpié la boca otra vez y no dije nada. La señora Pearl miró al hombre de la camisa morada. Su confusión pareció desvanecerse y convertirse en una mezcla de excitación e interés.

—Espero que no estuvieran molestándole —le dijo—. ¿No le toca salir a usted a continuación?

—¡Ah! Sí —parecía no estar muy seguro. No podía apartar los ojos de Shannon. Dio un respingo—. ¿Es usted la señora Pearl?

—Pues sí, señor —la señora Pearl tenía las mejillas encendidas.

—He oído hablar de usted. Pero no conocía a su hija.

La señora Pearl pareció estremecerse toda ella, pero se dominó. Pegada al estómago de su madre, Shannon empezó a lloriquear.

—Shannon, ¿qué es lo que te pasa?, —separó a su hija de su lado y sacó un pañuelo azul bordado para limpiarle la cara.

—Creo que los dos nos hemos asustado un poco —el hombre dio un paso hacia delante y sonrió torpemente a la señora Pearl, pero se le seguían yendo los ojos hacia Shannon. Me limpié la boca otra vez y me abstuve de escupir. La señora Pearl siguió acariciando la cara de su hija pero mirando a los ojos del hombre.

—Me encanta oírle cantar —le dijo ella, y medio se rio. Shannon se apartó de ella con brusquedad y les miró fijamente a los dos. El odio en su expresión era terrible. Por un momento la quise con toda mi alma.

—Bueno —dijo el hombre. Se balanceaba ligeramente sobre las botas—. Bueno…

Traté de cogerle la mano a Shannon. Ella me dio un manotazo en la mía. Su cara echaba chispas. Tenía la sensación de que un enorme fuego estaba ardiendo a mi lado, consumiendo todo el oxígeno, haciéndome jadear. Entrelacé los dedos de las manos y eché la cabeza hacia atrás para ver las estrellas. Si de verdad había un Dios, habría justicia. Si había justicia, Shannon y yo les haríamos arder a todos. Nos alejamos de la carpa en dirección al desvencijado DeSoto del señor Pearl.

—Algún día —murmuró Shannon.

—Sí —dije yo a mi vez—. Algún día.

Viajar en coche por el país con el señor Pearl cuando salía en busca de talentos significaba visitar pequeñas iglesias rurales con coros de góspel, gastadas carpas con uno o dos solistas y pequeñas asambleas de oración que pudieran albergar a algún joven y extraordinario cantante. El trabajo de indagación que realizaba el señor Pearl era una tarea tediosa e interminable que requería mucha paciencia y tacto. La mayoría de los cantantes no sabían cantar en absoluto y no tenían el oído necesario para darse cuenta de cuándo desafinaban. A los pocos que tenían el suficiente entusiasmo el señor Pearl les animaba diplomáticamente a que

probaran en alguno de los coros de góspel ya existentes. Pero, por lo general, lo que encontraba no era más que una imitación de lo auténtico, una mezcla diluida de buena voluntad y ambición.

—Patético, ¿verdad? —Shannon, al hablar, era hija de su padre —. No se puede comparar esa música de órgano triste y anticuada con una guitarra *slide*.

Asentí a regañadientes. Aún quería creer que el entusiasmo, la determinación y el trabajo podían lograr que hasta la voz más pedestre alcanzara esa densa atmósfera de góspel genuino.

No había forma de predecir a quién podría tocar la mano de Dios, dónde sonaría la trompeta. A veces sobresalía una voz auténtica, una niña, un grupo de hermanos cuyos ojos se extasiaban cuando cantaban. Aquellos eran los que le hacían a uno querer clamar contra la oscuridad del mundo.

—Ese —susurraba Shannon jactanciosamente, pero no hacía falta que ella me lo dijera. Siempre sabía yo a quién iba a elegir el señor Pearl y a invitar a Gaston para la semana evangelista.

—¡Chico!, —decía él—. Tú tienes un don divino.

—*¡Ah, sí!*

Algunas veces no podía soportarlo. Ya no podía ir a una iglesia más ni escuchar a otro coro. Con todo lo que me gustaba la música, ¿por qué Dios no me había dado voz a mí? Yo no había pedido unas pestañas tupidas. Yo había pedido, suplicado, góspel. ¿Es que a Dios no le importaba un pepino lo que yo quisiera? Si los bastardos iban al cielo, ¿por qué no podía ponerme delante de aquellas luces y darme aquellos privilegios? Los cantantes de góspel siempre tenían dinero en el bolsillo, una botella debajo del asiento. Los cantantes de góspel tenían amor y seguridad y un mundo al que recurrir: mujeres e iglesia y tierra firme bajo los pies. Todo lo que deseaba, susurré, todo lo que deseaba era un trozo, un trocito de todo aquello.

Shannon alcanzó a oírme y me miró compasiva.

Ella sabe, pensé, sabe lo que es desear lo que nunca vas a tener. La había subestimado.

Aquel mes de julio fuimos al otro lado del lago Greenwood, una parte del condado que yo conocía de visitar a uno de mis primos

que trabajaba en la base aérea. Ya fuera de la carretera, nos detuvimos en una estación de servicio para que la señora Pearl se refrescara un poco.

—¿Se os ha ocurrido pensar alguna vez que quizá Dios no quería que viajásemos en domingo? Juraría que los hace más calurosos que los sábados o los viernes.

La señora Pearl se sentó a la sombra mientras el señor Pearl iba a hablar con el hombre que alquilaba el Rhythm Ranch. Shannon y yo cruzamos un prado para echar un vistazo a las lápidas que había cerca de una plantación de álamos de Virginia. Nos encantaba leer las inscripciones y llevarle las mejores a la señora Pearl para que las bordara y las vendiera en la tienda. Mis preferidas eran las raras, como «Ahora sabe» o «Demasiado pura». A Shannon le encantaban las que les ponían a los bebés, figuritas de cabello rizado con alas de ángel y desgarradoras palabras como «Se ha ido con mamá» o «Se ha ido a casa».

—Tonterías —iba dando patadas a los trozos de tiestos de barro que estaban esparcidos por todos lados. Shannon se volvió hacia mí y vi lágrimas en sus mejillas—. Es que me destroza el corazón. Imagínate, perder a tu propia niñita, tu pequeño ángel. No puedo soportarlo, no puedo soportarlo —soltó unos sollozos autocomplacientes y se limpió las manos en los bolsos de su vestido azul—. ¡Ojalá pudiera llevarme una de estas! ¿No te gustaría tener una tú? Podrías contarle historias a los niños.

—Estás loca.

Shannon respiró ruidosamente.

—Tú no lo entiendes. Mamá dice que tengo un corazón muy sensible.

—¡Ya, ya!

Me marché. Hacía demasiado calor para discutir. Y, desde luego, hacía demasiado calor para llorar. Di un puntapié a unas flores de plástico y a una cruz rota de cartón verde. Este estaba siendo uno de los viajes más aburridos que había hecho con los Pearl. Traté de recordar por qué había querido venir siquiera. En casa mamá estaría preparando té frío, hirviendo agua azucarada para añadírsela. Reese estaría cortando los melocotones en rodajas. Papá Glen estaría fuera, arreglando el cortacésped. Me espantaba los mosquitos, confiando en que no se me estuviese quemando la cara.

Estaba cansada de Shannon, cansada de las remilgadas expresiones de su madre, cansada de la arrogancia de su padre y aún más cansada de mi propia envidia.

Me detuve. La música que venía de los álamos era góspel.

Voces estremecedoras, profundas, poderosas, resonaban a través de las hojas secas y el aire caliente. Eso sí que era auténtico. Percibía la excitación del whisky, el dolor y la esperanza, el oscuro terror y la fuerza del verdadero góspel.

—¡Dios mío!, —exclamé, y fue el mejor «Dios mío» que jamás había brotado de mi boca, un prolongado y conmovido susurro que significaba que bien podría empezar a creer que Él se escondía entre los álamos.

Allí había una iglesia, paredes de tablones sobre bloques de cemento y sin ninguna pretensión de vidrieras. Tan solo cristal amarillo que reflejaba la luz del sol, las ventanas abiertas para que entrara la brisa y saliera la música.

«Gracia milagrosa… qué dulce el sonido… que vino a salvar a un desdichado como yo…». Se alzó una voz de mujer resonando por encima de las voces más graves de los hombres, con tanta fuerza que hacía susurrar a las hojas de los álamos.

«Amén».

«Señor».

—¡Jesús bendito, ella sí sabe cantar!

Shannon no me hizo caso y siguió cogiendo flores silvestres.

—¿Has oído eso? Tenemos que decírselo a tu papá.

Shannon se volvió y se me quedó mirando con una peculiar expresión de disgusto.

—Él no trabaja con gente de color. La gente de color no da dinero.

Al oír eso me quedé helada, dándome cuenta de que semejante iglesia en semejante carreterucha tenía que ser precisamente eso: una iglesia de gente de color. Y yo sabía lo que eso significaba. Por supuesto que lo sabía. Con todo, me oí susurrar «No es solo una buena voz, es que llena la iglesia».

—Es gente de color. ¡Son negros!, —la voz de Shannon era más alta de lo que nunca la había oído, y chillona por la indignación—. Mi papá no trata con negros —me arrojó las flores y dio un golpe con el pie—. Y has sido tú quien me ha hecho decirlo. Mamá

siempre dice que un buen cristiano no utiliza nunca la palabra «negro». Jesús es testigo de que no la habría dicho si tú no me hubieses obligado.

—Estás loca. Completamente loca.

Me temblaba la voz. La forma en que Shannon dijo «negro» me hirió profundamente. La profirió con el mismo tono con que tía Madeline nos llamaba «gentuza» cuando pensaba que yo no la oía. Me preguntaba qué había oído Shannon en mi voz que la había puesto tan furiosa como lo estaba yo. Tal vez era el calor, tal vez la vergüenza que estábamos sintiendo las dos, o tal vez era que Shannon Pearl y yo estábamos ya cansadas la una de la otra.

Shannon me arrojó otro puñado de flores.

—¿Que estoy loca? ¿Yo? ¿Quién te crees tú que eres? Tú y tu madre y toda tu familia. Todo el mundo sabe que sois una pandilla de borrachos y ladrones y bastardos. Todo el mundo sabe que tú vienes a comer de nuestra mesa y mendigar las sobras que nosotros no queremos. Todo el mundo sabe quién eres…

Sin poder contenerme, alargué las manos haciéndolas chocar en el aire justo delante de su cara, en un último intento de no golpearla.

—Serás zorra, zorra culiblanca —me retorcí las manos, haciendo un esfuerzo para no abofetearle la cara blancuzca. «Nunca le pegues a nadie en la cara», decía siempre mamá—. ¡Pedazo de mierda, que te den por el culo!, —pronuncié las palabras tan inconfundible y rápidamente como cualquiera de mis tíos. Shannon se quedó boquiabierta—. Así de claro, ¡que te den por el culo!, —le lancé tierra a la falda de una patada.

La cara de Shannon se contrajo.

—¡Nunca más volverás a venir a otra función de góspel con nosotros! Voy a decirle a mamá lo que me has llamado, y nunca más dejará que te acerques a mí.

—¡Tu mamá, tu mamá! Mearías en una botella de Pepsi si ella te lo mandase.

—Escúchame. Tú… gentuza. No eres más que gentuza. Tu mamá es gentuza, y tu abuela y toda tu asquerosa familia…

Le di una bofetada con la mano bien abierta, justo en la cara, pero es que estaba realmente furiosa. Estaba loca de furia y me tropecé, cayéndome en la tierra rojiza sobre mis manos abiertas. La

derecha aterrizó en un tiesto roto, haciéndome tanto daño que casi ni veía las mejillas húmedas y coloradas de Shannon.

—¡Mierda! ¡Eres una… mierda!, —si hubiera podido levantarme de un salto y cogerla, le habría arrancado a puñados aquel pelo algodonoso.

Shannon se quedó quieta y miraba mientras yo me levantaba y después me agarraba la mano derecha con la izquierda. Estaba llorando, me di cuenta; las lágrimas me resbalaban por las mejillas, y, detrás de nosotras, el coro seguía cantando. Aquella voz de mujer resonaba todavía por los álamos: «Estaba ciego pero ahora veo…».

—Eres fea —me tragué las lágrimas y me obligué a mí misma a hablar con calma—. Dios te ha hecho una niña fea y vas a ser una mujer fea. Una vieja fea y solitaria.

A Shannon empezaron a temblarle los labios, haciendo unos pucheros que la ponían más fea de lo yo la había visto nunca, como una muñeca hecha de manteca derritiéndose con el calor.

—Cosa fea —continué—. Eres un monstruo, una cosa feotona, grasienta, bizca, sudada y maloliente —hice un gesto de amenaza con los dedos y le escupí en los zapatos de charol—. Eres tan fea que ni tu propia madre te quiere.

Shannon retrocedió, se dio la vuelta y empezó a correr.

—¡Mamáaaaa!, —chillaba mientras corría. Yo seguí vociferando detrás de Shannon, esta vez más para no llorar yo que por hacerle daño a ella.

—Fea… fea… fea.

12.

Por nada del mundo volvería a dirigirle la palabra a Shannon Pearl. Ni siquiera quería ir a la iglesia ya.

—A la porra Bushy Creek, ¡qué más da!, —le dije a Reese—. Ahí nadie canta ni medio bien, y ese pastor está tan pagado de sí mismo y se hincha tanto cuando habla que se lleva todo el aire, si es que hay aire allí, con todas esas viejas brujas sudando talco y perfume.

—¡Lo que hay que oír! —Reese me dio con los nudillos en la hebilla del cinturón y se estiró por delante de mí para coger el poco de

Coca-Cola

que quedaba en la botella que yo acababa de poner en el suelo—. Parece que has perdido la fe.

De la noche a la mañana Reese y yo habíamos dejado de ser aliadas incondicionales para convertirnos en adversarias, discutiendo todo el tiempo y pegándonos por todo, desde por quién se comía la molleja del pollo hasta por quién de las dos era más fuerte. Tras años de llevar tirabuzones y vestidos de volantes, Reese se había transformado en un chicazo, peleando y escupiendo con los chicos y negándose a llevar nada de lo que mamá le compraba. Le pidió a Deedee que le diera uno de los monos viejos de Butch y lo llevaba puesto todo el tiempo, pero lo que realmente deseaba eran unos vaqueros azules como los que yo me había comprado con el dinero de fregar platos. Estaba también rabiosamente celosa del cinturón de cuero trenzado que tío Earle me había enviado, con su reluciente hebilla en forma de herradura, y estaba siempre tratando de echarle el guante. No podía perderla de vista o lo habría tomado «prestado» a la menor oportunidad.

—¡Mira quién habla!, —le solté, deseando que se marchara y me dejase en paz—. Tú solo vas a la iglesia para pordiosear refrescos y galletas después de la catequesis.

—No me avergüenzo de eso. No veo que tú rechaces nada que te den gratis. Y además estás celosa porque ahora soy la niña bonita en la catequesis y antes solo se fijaban en ti.

Solté un bufido desdeñoso, pero no dije nada. No se podía discutir con Reese, le gustaba demasiado. Enganché los pulgares en la hebilla de mi cinturón y me eché hacia atrás para mirarla fijamente, negándome a hablar. El silencio era lo único que le afectaba. No soportaba que no se le hablara.

—¡No empieces, asquerosa! —Reese pateó con sus pies descalzos en la tierra y me apuntó con la botella de
Coca-Cola
—. Que te tengo calada, Bone. Me conozco todos tus trucos y ya no voy a jugar más. Quédate con tu maldito cinturón. Ojalá te estrangules con él. Yo no estaré aquí para verlo.

Fue por entonces cuando descubrí que Reese se masturbaba casi tan a menudo como yo. Me desperté en mitad de la noche notando que la cama temblaba ligeramente. En lugar de estar atravesada a los pies de la cama como era habitual en ella, con las piernas y los brazos extendidos, Reese estaba al otro extremo del colchón, con el cuerpo encogido y dándome la espalda. Oía el sonido de su respiración, rápida y superficial. Supe enseguida qué estaba haciendo. Me quedé quieta, respirando regular y silenciosamente. Después de un rato hubo un momento en que contuvo el aliento, y después paró el temblor. Entonces, sin hacer ruido, deslicé mi mano derecha entre las piernas y empecé a acariciarme. Yo también quería hacerlo, pero no podía soportar la idea de que ella me oyera. Pero ¿y qué si me oía? Noté que Reese se relajaba y se estiraba a sus anchas otra vez. Aguanté la respiración, moví la mano y apenas hice temblar la cama.

Todos los días, cuando regresábamos del colegio, Reese se metía sola en nuestro dormitorio. Cuando ella salía, entraba yo. Algunas veces hasta creía oler lo que había estado haciendo, pero eso no podía ser. Era una niña y olía como una niña. Ninguna de las dos

teníamos el olor de mamá, el olor a pulpa madura de una mujer adulta. Me bajé las bragas y me aseguré de que así fuera, lavándome cuidadosamente entre las piernas con jabón y agua templada cada vez que hacía lo que sabía que también estaba haciendo mi hermana.

Una tarde salí y me quedé tratando de escuchar a Reese sola en el dormitorio. Estaba callada, muy callada, pero oía cómo iba acelerándose el ritmo de su respiración a medida que cogía velocidad y los suaves gemiditos que emitía antes de empezar a reducirse otra vez. Me gustaban aquellos gemidos. Cuando Reese lo hacía en mitad de la noche, no hacía ningún ruido. Pero claro, yo era igual de precavida incluso cuando me encontraba sola y sin peligro. Me preguntaba si Reese lo haría de forma distinta durante el día. Me preguntaba si se tumbaría boca arriba con las piernas abiertas, como me gustaba hacer a mí cuando estaba sola, en lugar de boca abajo y sobre las manos como hacía por la noche. No había forma de espiarla, no había forma de saber. Pero a veces pensaba en Reese mientras yo lo hacía, imaginándomela atravesada en nuestra amplia cama, meneándose muy ligeramente, sin que nada excepto la respiración revelase que estaba cometiendo un pecado.

Entré una tarde en la habitación mientras estaba tumbada en la cama con unas bragas de mamá sobre la cara. Sus rasgos se perfilaban bajo el fino tejido, pero su aliento hinchaba la seda sobre los labios. Se las quitó bruscamente de un tirón y las escondió debajo de ella. Yo cogí de la cómoda un libro que estaba leyendo y fingí no haber visto nada.

Reese escenificaba sus propias historias en el bosque que había detrás de la casa. Estuve observándola una tarde desde lo alto del árbol en que mamá colgaba su comedero para pájaros. Ella no me había visto trepar hasta allí arriba ni sabía que podía verla perfectamente mientras corría por ahí con una vieja sábana atada al cuello como si fuera una capa. Parecía estar simulando una pelea contra atacantes imaginarios. Luego se tiró al suelo haciendo como que luchaba con alguien. Rodando por la hierba y las hojas húmedas no dejaba de gritar: ¡No! ¡No! La expresión arrogante de su cara dio paso a la de fingido terror mientras echaba la cabeza a un lado y a otro frenéticamente, como la heroína de una película de aventuras.

Me abracé estrechamente al árbol y balanceé las caderas contra el indiferente tronco. Imaginé que estaba atada a las ramas de arriba y abajo. Alguien me había pegado con varas secas y me había metido las manos entre la ropa. Alguien, alguien, me imaginaba yo. Alguien me había atado en lo alto de un árbol, amordazado y abandonado a mi suerte mientras los mirlos me picoteaban en las orejas. Me movía y me movía, frotando los muslos contra la áspera corteza. Abajo, Reese apretaba sus caderas contra las hojas y gemía. Alguien, alguien, le estaba haciendo cosas terribles y excitantes.

Reese y yo nunca comentábamos nuestros juegos íntimos, los ratos que pasábamos cada una a solas en el dormitorio. Por esa época apenas si hablábamos. Pero nos cuidábamos de que nadie entrara en el dormitorio cuando una de nosotras estaba allí sola.

No era el momento más adecuado para que Reese y yo nos peleáramos. Se suponía que ninguna de las dos debía estar en casa por las tardes sin la otra, pero yo nunca sabía cuándo ella iba a enfadarse conmigo y salir corriendo por ahí. A papá Glen le habían cambiado las rutas y ya no trabajaba la jornada completa. Llevaba muchos días volviendo pronto a casa por la tarde y otra vez parecía estar constantemente preocupado. Un día me gritaba que me estaba haciendo muy mayor para andar por ahí en camiseta y sin sujetador, y al siguiente me acusaba de dármelas de mayor. Mamá dijo que había reñido con su padre y que era mejor que estuviésemos lejos de él hasta que se solucionasen las cosas. Pero tía Alma y tío Wade habían vuelto a pelearse, así que no podía ir por allí, y ahora tía Ruth sí que estaba realmente enferma.

—Te vas a ir a casa de Raylene —me dijo finalmente.

—Nunca antes me habías mandado con Raylene —protesté—. Pensaba que no querías que fuera a su casa.

Tenía la esperanza de que me dejara ir otra vez al restaurante y trabajar en la cocina. Me gustaba aquello. Me gustaba escuchar las bromas de las camareras y ver a los camioneros tontear con mamá como si todavía fuese la mujer más guapa del condado.

—Yo nunca he dicho eso. Nunca te he dicho a ti nada de Raylene —por el tono de su voz sabía que mamá estaba enfadada—. ¿Te ha dicho alguien algo acerca de Raylene?

—No, mamá.

—¿Seguro?, —mamá me agarró por la muñeca con tanta fuerza que me ardía la piel—. ¿Seguro?

—¿Qué podría decir nadie de Raylene?

Mamá me soltó el brazo.

—¡Vale ya de preguntas! Y no andes inventándote cosas, niña. Todavía puedo calentarte el culo.

—Bueno, perdóname. Pero es que nunca antes me habías mandado con Raylene.

—Bueno, quizá antes pensaba que no eras lo bastante mayor para estar cerca del río —mamá estaba irritada e impaciente. Se echó el pelo hacia atrás con ambas manos y se secó los labios—. Garvey lleva unas tardes trabajando en la estación de servicio del señor Berdforth cuando sale del colegio. Él puede llevarte, y supongo que puedo confiar en que no te meterás en ningún lío mientras estés allí.

Garvey se alegró de llevarme a casa de tía Raylene, especialmente cuando mamá le dio un dólar para gasolina.

—Realmente no gano dinero limpiando para el señor Berdforth —me dijo—. Tío más tacaño no lo hay. Pero al menos estoy aprendiendo algo. Papá dice que un mecánico siempre encuentra trabajo.

—Claro.

Yo estaba inquieta y poco interesada en los problemas de Garvey. Tía Alma bromeaba diciendo que los gemelos eran vagos hasta para tirarse pedos, y algunas veces pensaba yo que tenía razón. Desde luego eran bastante cerrados. Ninguno de ellos leía nunca un libro ni hablaba de nada salvo de lo ricos que iban a ser «algún día». Mamá decía que se notaba que estaban empezando a hacerse mayores por lo tontos que se habían vuelto, que los adolescentes, antes de llegar a ser juiciosos, pasan por una etapa de estupidez. Me preguntaba si eso era lo que me estaba pasando a mí, si ya había comenzado a ponerme estúpida y no me había dado cuenta. Tampoco es que importara mucho. Estúpidos o juiciosos, no teníamos mucha elección ni yo ni Grey ni Garvey ni ninguno de nosotros. Crecer era como caer en un agujero. Los chicos dejaban el

colegio y tarde o temprano iban a la cárcel por cualquier tontería. Es posible que yo no dejara el colegio, no mientras mamá tuviera algo que decir al respecto, pero ¿cuál sería la diferencia? ¿Qué iba a hacer yo dentro de cinco años? ¿Trabajar en una fábrica? ¿Ir con mamá al restaurante? El panorama me parecía desolador. No me extraña que la gente se volviera loca a medida que se hacía mayor.

Dijera lo que dijera mamá, yo sabía que la razón por la que nunca había pasado mucho tiempo con tía Raylene no era solo debido al lugar donde vivía. Aun siendo una Boatwright, en algunos aspectos Raylene había sido siempre diferente de sus hermanas. Era más callada, más reservada, viviendo sola con sus perros y sus sedales y aparentemente feliz de esa manera. Siempre había vivido en las afueras, y era a su casa adonde a los primos mayores más les gustaba ir. Allí podían fumar y decir palabrotas y armar trifulcas sin que nadie se lo impidiera. Dejaba hacer a los chicos casi todo lo que les viniese en gana. Raylene no tenía hijos, pero estaba convencida de que la mejor forma de educarles era dándoles rienda suelta.

—No hay maldad en ellos —decía siempre—. Son como cachorrillos. Necesitan desfogarse de vez en cuando.

A la casa de Raylene se llegaba fácilmente por la Eustis Highway, pero se alzaba solitaria sobre una pequeña elevación de tierra. El río de Greenville hacía una curva para bordear el montículo sobre el que se encontraba su vieja casa, y desde el porche, que la rodeaba por tres lados, se veían el río y la carretera. Raylene mantenía los árboles podados y los arbustos a ras de suelo.

—No quiero sorpresas —decía siempre—. Me gusta ver quién viene hacia aquí.

De joven Raylene había sido un poco indómita, me contó tío Earle. A los diecisiete años se había escapado con un chico que trabajaba como conductor para unos feriantes, pero nunca se casó con él. Volvió dos años después para trabajar en los telares y alquiló la casa donde aún vivía. Antes de irse a Oklahoma, Butch me dijo que Raylene había trabajado en las atracciones haciéndose pasar por hombre, con el pelo muy corto y vestida con mono. Se hacía llamar Ray, y, con su figura rechoncha, sus anchas espaldas y sus pequeños pechos, entendía perfectamente que a nadie se le hubiera

ocurrido dudar. Era fantástico pensar en escaparse de aquella manera, y yo soñaba con hacer lo mismo. Grey o Garvey hablaban de que querían viajar cuando terminaran el colegio, pero una chica no podía irse a vagar por ahí tan fácilmente. Pero Raylene lo había hecho, y me encantaba pensar de qué modo podría hacerlo yo también. Si me cortaba mucho el pelo, aprendía a fumar y a hablar mal, quizá pudiera. Con todo, tía Raylene tenía algunas feas cicatrices detrás de una oreja de las que nunca hablaba, y una mirada triste y abstraída que hacían pensar que sus viajes no habían sido las aventuras románticas que describían los chicos. Si seguía su ejemplo, era posible que volviera con peores cicatrices, o incluso que no volviera.

Había vuelto a casa para vivir sola, había dejado la fábrica después de veinte años, seguía llevando corto el pelo gris y vestía tantas veces pantalones como faldas. Tenía solo unos pocos amigos, todos igual de reservados y solitarios. Parecía que su única actividad social era una partida de cartas a la semana con el director viudo del coro y dos profesores de la escuela local. Deedee la había llamado una vez vieja solitaria, pero Ruth la había hecho callar diciendo que solo la mujer que no era feliz consigo misma estaba sola, y que era probable que nunca conociéramos a otra persona que se encontrara tan satisfecha con su propia compañía como Raylene. Y no es que no la visitara nadie. Los tíos siempre se dejaban caer por allí a la hora de cenar, y Grey y Garvey parecían pasar más tiempo con ella que en su casa.

Se decía que Raylene era la mejor cocinera de la familia, y se ganaba bastante bien la vida vendiendo sus conservas de frutas y verduras.

—Ella hacía el mejor *chow-chow* de todo el estado —se jactaba tío Beau—. Y el segundo mejor whisky.

Yo nunca había probado este, pero mamá se llevaba todo el *chow-chow* que le dejaba Raylene. Tenía un sabor picante y ahumado único, dulce y sabroso al mismo tiempo. Cuando empecé a ir a su casa, supuse que a mamá le gustaría que yo le sacara a Raylene unos cuantos tarros más. Nunca imaginé que allí, al lado del río, iba a sentirme tan fascinada con mi vieja tía solitaria como jamás lo había estado con la música góspel.

—La basura crece —bromeaba tía Raylene la primera tarde que pasé con ella—. Aquí, donde nadie la molesta, la basura crece constantemente —se reía haciendo ruido, con entusiasmo, y escupía de lado como no había visto hacer antes a una mujer adulta.

En las noches de verano Raylene quemaba lentamente viejos neumáticos de camión del vertedero municipal en el jardín para ahuyentar a los mosquitos. El humo se elevaba en una niebla marrón, espesa y maloliente, que se dirigía hacia el río, donde los hombres venían a pescar con el frescor de la tarde y donde tía Raylene mantenía cortados los hierbajos para disuadir a los bichos y tener una buena vista de las orillas.

—Me gusta ver pasar las cosas —me dijo con su hablar lento y aguardentoso—. El tiempo, los hombres, la basura del río. Simplemente me gusta mirar cómo pasa todo por la curva del río.

Hablaba con suavidad y olía un poco a whisky y a pimienta, a *chow-chow* y a destilación casera, y al olor penetrante de la madera quemada que se adhería a su piel. Yo miraba cómo movía las caderas con el mono puesto. Las tenía tan anchas como tía Alma, pero se movía con la misma soltura y agilidad que un chico, poniéndose en cuclillas para arrancar las malas hierbas y balanceando los brazos cuando andaba por el jardín. Tío Earle decía que de joven le encantaba bailar, y daba la sensación de que todavía podía hacerlo.

La casa de tía Raylene estaba muy limpia, pero las paredes estaban llenas de estanterías repletas de cosas raras, herramientas viejas y nidos de pájaros, platos extraños y piedras de formas curiosas. Una sorprendente colección de objetos que se habían acumulado en la orilla del río junto a su casa. La gente de Greenville arrojaba sus desperdicios desde la carretera a unas millas río arriba. Allí se hundían y desaparecían en el lodo y al final llegaban hasta la casa de tía Raylene, que era donde se curvaba el río, y surgían enredados en las raíces de los grandes árboles que había en la orilla. Decía tía Raylene que los desperdicios atraían a los peces, y realmente la pesca en aquel lugar era la mejor del condado. Mis tíos iban allí a pescar carpas y siluros y unos peces enormes, marrones, sin nombre, con ojos turbios y aletas doradas, que a la gente le daba miedo comer. Tío Earle y tío Beau sacaban sus cañas con campanitas en los sedales y se quedaban, bajo el

humo de los neumáticos, a beber y contar chistes verdes. Las campanillas tintineaban de vez en cuando, pero ellos no siempre dejaban de hablar para ir a coger la presa. A veces el whisky y las historias eran demasiado buenos.

Cuando aparecí por allí, Raylene me ofreció un vaso de té con limón y enseguida me puso a trabajar. Me encomendó la tarea de coger las verduras del huerto para que así ella no tuviera que encorvarse tanto.

—Casi me destrozo la espalda en aquella maldita fábrica —dijo con una sonrisa y un suspiro—. Tenía que inclinarme hacia adelante y estirar los brazos constantemente. Ahora prefiero correr antes que doblarme. Cuida tu espalda, Bone, o de mayor tendrás problemas.

Me pidió que fuera al río a recoger cualquier desecho que se hubiese enganchado en las raíces de los árboles. Regresé a mi casa con tomates frescos, quimbombó, dos tarros de *chow-chow* y la cabeza de una muñeca, una de esas que tienen un ridículo rizo de goma en la frente. Raylene le dijo a mamá que yo era la clase de chica que le gustaba, reservada y trabajadora, y que pagaría en especie si la ayudaba un par de días a la semana. Así que empecé a pasar mucho tiempo con Raylene mientras Reese iba por las tardes a clases de Biblia en la Jesus Love Academy.

Todos los días sacaba cosas del río: capotas de cochecito de bebé, ruedas de triciclo, zapatos, platos de plástico, mangos de combas, ropas viejas, y hasta el faro de una moto Harley-Davidson.

—Todas estas cosas están muy bien —decía normalmente tía Raylene—. Tienes buen ojo, niña. Yo puedo lavar y remendar esa ropa. Fregaremos los platos con lejía y le daremos un buen restregón a todo lo demás. El sábado por la mañana sacaremos unas mantas y pondremos un puesto al lado de la carretera. Di a tu madre que te deje venir el fin de semana y te daré la décima parte de lo que ganemos.

Apreciaba más sus elogios que su dinero, me gustaba ser buena en algo y me encantaba que tía Raylene le dijera a tío Beau lo trabajadora que era. Algunas veces ella bajaba al río para verme trepar por las raíces de los árboles.

—Parece que andas con bastante seguridad —me decía—. Da la

impresión de que no tienes miedo a caerte.

—¿Por qué iba a tener miedo?, —vi que encendía un cigarrillo de la misma forma en que lo hacía tío Earle, dando con la cerilla en el pulgar—. Un poco de agua de río no me va a hacer ningún daño.

—No, seguro que no. Pero te sorprendería lo tonta que se pone la gente con eso de caerse o mojarse los pantalones o darse con las viejas piedras del río. Una vez tuve aquí a Temple, la niña de Alma, cuando dejó el colegio, y resultó que tenía miedo de que hubiera tortugas mordedoras. La chica estaba convencida de que estaban esperándola justo debajo del agua ¡para arrancarle los dedos gordos y comérselos! ¿Puedes creértelo?

Dio una calada al cigarrillo, protegiéndolo con sus manos de la brisa del río.

—¡Señor!, —arqueó la espalda y se puso en cuclillas cerca de la orilla, con su falda negra de sarga recogida por debajo—. Estoy cansada de la gente que se queja de lo que puede pasarle y no se arriesga nunca ni hace nada nuevo. Me alegra ver que tú no vas a ser así, Bone. Confío en que te irás por ahí y harás cosas, niña; que pondrás nerviosa a la gente y harás feliz a tu tía.

Se abrazó las rodillas y se puso a contemplar el río. La veía hacerlo muy a menudo, sentarse allí y mirar a lo lejos. Siempre parecía completamente a gusto consigo misma, sujetándose las rodillas con los brazos y dejando una mano libre para fumar. Algunas veces tarareaba suavemente, nada que yo conociera. Tía Raylene detestaba prácticamente todo lo que sonaba por la radio, reservando el desprecio más profundo para aquellas baladas *country* en que las que se lloraba al amante infiel y que siempre incluían una pequeña parte hablada en el estribillo.

—¡Cursiladas indecentes!, —afirmaba—. ¿A ti no te gusta eso, verdad, Bone?

Le aseguré que no, que no me gustaba, por supuesto que no, sin mencionar que me había gustado antes. Me habría horrorizado que pensara que no tenía buen juicio. Para curarme en salud, nunca le hablé de la música góspel. No podía soportar que Raylene se riera de la música que yo soñaba con cantar.

Patsy Ruth, una de las hijas de tía Alma, vino a casa de tía

Raylene para zafarse de cuidar a Renacuajo. Al final le habían diagnosticado a la niña una afección cardiaca, aunque no parecía enferma, solo muy pequeña y ligeramente azul. Con cuatro años aún cabía en el cesto de la colada de Alma y había que vigilarla constantemente.

—Renacuajo se queda dormida y parece que no respira. Mamá se pone como loca, cree que se ha muerto o algo así, y va a sacudirla hasta que la niña se pone a llorar. Me crispa los nervios —se quejaba Patsy Ruth—. Hay días que prefiero arrancar hierbajos en el jardín de Raylene.

Patsy Ruth quería ayudarme a sacar cosas del río, pero no le gustaba nada mancharse de barro. Se quedaba de pie en las raíces visibles de los árboles y pocas veces rescataba algo que mereciera la pena. Sin embargo, fue ella la que vio los ganchos, dos de ellos unidos a una cadena oxidada, unas cosas enormes con cuatro pinchos que todavía arrastraban pequeños jirones de cuerda.

—¡Mira cómo brilla!, —gritó, resbalándose por poco en el barro —. ¡Mira ahí! ¡Hay algo, te apuesto lo que quieras a que hay algo!

Trepé por una de las raíces hasta que pude alcanzar el borde curvado de metal que se veía entre las aguas marrones. No era fácil desenredar los ganchos de la porquería embarrada. Cuando logré soltarlos, me resbalé y se me hundió una pierna hasta el muslo en el barro.

—Mueve el culo y ven a ayudarme —le grité a Patsy Ruth, pero no tenía la menor intención de arriesgarse. En lugar de eso corrió a buscar a Grey y Garvey.

—¡Madre mía, fíjate qué tamaño tienen! —Grey me arrancó el gancho de la mano antes de que yo los pusiera en la orilla—. El puñetero es más largo que mi brazo.

—¿Qué es?

—Es un gancho, un juego de ganchos.

—Eso lo sabe cualquier idiota. Pero ¿para qué sirve? —Garvey también se había acercado y tenía tantas ganas de echar mano a los ganchos como Grey. Andaba siempre a la greña con su hermano y le discutía cualquier cosa que dijera.

—Para escalar montañas, es para escalar montañas —nos dijo Grey.

Yo no me lo creí más de lo que se lo creyó Garvey, pero Grey

insistió tanto que nos quedamos callados mientras pasábamos los dedos por las oxidadas puntas de los ganchos.

—Fijaos qué puntas más afiladas. Se hundirían en la roca sin ningún problema.

—No necesitas eso para escalar las montañas de por aquí —Garvey tiró de la cadena que colgaba—. No necesitas nada.

—¡Qué coño!, probablemente los trajo algún yanqui que no sabía cómo son nuestras montañas.

Grey se mantenía en sus trece. No atendía a razones, lo único que quería era que admitiésemos que los ganchos eran para escalar, por muy tonto que fuera imaginar a unos yanquis viniendo a escalar las montañas con aquellos ganchos. Pero Garvey no iba a ceder tan fácilmente.

—Ya no tienes ni el juicio que tenías al nacer —le espetó—. Ni siquiera los yanquis son tan sandios.

—¿Estás llamándome idiota?

—¡Por amor de Dios!

Cogí los ganchos antes de que alguien acabara clavándoselos. Eran pesados, pero no tanto que no pudiera moverlos y lanzarlos si tuviera que hacerlo. Grey tenía razón en una cosa. Bajo el óxido, aquellas púas estaban afiladas, y no solo en las puntas sino a lo largo de todo el filo que se curvaba. Unas algas verdosas escondían el brillo del metal, pero aparecía rascando un poco. El óxido era más duro, pero se desprendía al rascar los pinchos con mi navaja. En el centro de cada gancho, donde se juntaban las cuatro puntas, había una masa compacta de barro pegajoso, hierbajos y trozos de peces. Me puse a limpiarlo y logré que los chicos se interesaran lo suficiente como para que dejaran de discutir durante un rato. Ellos usaron una llanta para romper la cadena y separar los dos ganchos, cogiéndose uno cada uno como si tuvieran la intención de quedárselos.

—Cuando estén limpios, os enseñaré cómo los usan los montañeros —Grey seguía decidido a convencernos de que lo sabía todo sobre los ganchos.

Garvey se rio de él:

—Tú intenta lanzar esa jodida cosa a un árbol y verás cómo se engancha en una rama y le sacas un ojo a alguien.

—No voy a lanzarlo a ningún árbol —Grey parecía ofendido—.

Voy a usarlo para ayudarme a subir por un lateral de la casa. Voy a saludaros desde el tejado, y después me diréis si estoy loco.

Ni corto ni perezoso, ató una cuerda bien larga a la cadena que colgaba del gancho y le dio vueltas y vueltas hasta que alcanzó bastante altura y entonces lo lanzó al tejado. Las púas se clavaron en la madera de la cornisa y penetraron lo suficiente como para soportar el peso de Grey, aunque, una vez arriba, no pudo coger impulso para lanzar una pierna por encima del borde del tejado después de todo. Garvey fue el siguiente en intentarlo, olvidando que habían estado discutiendo, pero tuvo el mismo problema. Se las arregló para colgarse del caballete del tejado aunque el gancho se aflojó y se soltó. Entonces Garvey resbaló tras él y no se rompió un hueso de milagro. Nadie me vio coger el gancho que había dejado Garvey y acercarme a la pared de la casa.

—Esta vez apuntaremos al tejado —nos dijo Garvey—. Trataremos de engancharlo en el tejado mismo. Entonces podremos trepar hasta arriba subiendo por la cuerda.

—¡No vais a hacer semejante cosa!, —tía Raylene había aparecido por detrás de mí mientras mirábamos todos a Garvey. Nos cogió los ganchos de las manos a mí y a Grey—. ¿Es que os habéis propuesto matar a alguien?

Alzó la vista y vio los agujeros que el gancho había hecho en la pared.

—¡Jesús, Jesús!, —agitó la mano izquierda y abofeteó primero a Grey y después a Garvey—. ¡Así que agujereando mi casa! Y pensaréis marcharos y dejarlo tal cual, supongo. Qué más da que entre la lluvia y se pudra la pared —la cadena que le colgaba de una mano golpeaba el vestido estampado que se había puesto para ir al centro—. Me sorprende que no os hayáis matado todavía. No —meneó la cabeza y escupió jugo de tabaco hacia un lado—. No. Lo más sorprendente es que no os haya matado yo.

—El agujero no es tan grande —intentó decirle Grey—. No va a entrar la lluvia por ahí.

A Raylene se le encendió la cara, y los ojos se le pusieron vidriosos. Por un momento me acordé del día en que tío Beau contó que tía Raylene se había venido a vivir al río después de tener problemas en las atracciones y herir a un hombre que trató de propasarse con ella. Ahora parecía que iba a lanzar uno de aquellos

ganchos a la barriga de Grey. Los otros niños salieron corriendo, y Grey retrocedió tambaleándose.

—Tía Raylene —imploró, rompiendo a sudar—, tía Raylene, un momento, tía Raylene, espera…

—¡Estarás pirado, cacho cabrón!, —le espetó. Le agarró del brazo con una mano y le zarandeó como si fuera un pez en la caña —. ¿Es que ninguno sabéis lo que es esto?, —agitó las púas delante de la cara de Grey—. ¿Os creéis que no es más que un anzuelo grande? Pues no lo es. Sirve para dragar, para arrastrar cosas. Si os ahogarais, usarían algo así para sacaros en pedacitos. Os desprendería de toda la basura que hay en el barro del fondo. Os sacaría en trocitos, ¿me oís? Asquerosas tajaditas de tu cuerpo, jovencito, para que tu madre llore sobre ellas.

El cuento de tía Raylene no nos asustó realmente. Cuando yo trataba de imaginar mi carne en trozos era como dibujos animados, totalmente irreal, pero por la noche aparecían en mis sueños horribles pedazos de carne fibrosa. Los ganchos se metieron en mis sueños también, goteando sangre y lodo de río. Tal vez no habían sido fragmentos de peces lo que yo había quitado de ellos. Podría haber sido otra cosa. Inventé historias acerca del origen de aquellos ganchos, de quién los habría perdido, hasta que Patsy Ruth tuvo pesadillas. Ella soñó que se había ahogado en el río y que los de la funeraria tuvieron que coser sus trozos para que pareciera alguien. Solo que tuvieron que coser trozos de gente distinta para lograr un cuerpo aceptable que enterrar y que mostrar a su madre. Cuando se lo contó a tía Alma, esta me ordenó que dejara de inventar semejantes historias macabras.

Tía Raylene puso una cerradura en la puerta del sótano para que no pudiéramos coger los ganchos, y todos parecimos olvidarlos. Pero unas semanas después empecé a soñar con ellos de nuevo. Esta vez sus puntas como cuchillas silbaban cuando soplaba el viento, y los filos de acero reflejaban la luz donde no la había. Me despertaba de aquellos sueños doliéndome los dientes, latiéndome los oídos como si un viento apestoso, helado e incesante soplara sobre mí. Quería uno de aquellos ganchos, lo quería para mí sola, ese frío metal afilado allí donde pudiera alargar la mano y tocarlo en cualquier momento.

Empecé a ir a casa de tía Raylene siempre que tenía oportunidad, para pasar unos días allí y echar una mano. Arrancaba hierbajos y cogía tomates, maíz y pimientos. Cuando empezábamos a hacer las conservas, yo me encargaba de hervir los tarros y disolver la cera mientras Raylene cortaba y picaba en la mesa de cocina. Subí del sótano los tarros de la fruta. También la cera, los precintos de goma y las rejillas metálicas, y cuando tía Raylene salió a refrescarse poniendo el cuello bajo la vieja bomba de agua en el extremo de la casa, cogí uno de los ganchos. Lo escondí debajo del porche antes de que pudiera verlo alguien, riéndome de lo fácil que había sido, pero cuando volví a la cocina, mamá estaba allí, contemplando los pucheros burbujeantes.

—¿Quieres que se salgan estos melocotones? Tienes que estar muy pendiente. No puedes andar saliendo al jardín dejando estas cazuelas en el fuego —me colocó en un taburete al lado del fogón —. Siéntate aquí y ten los ojos bien abiertos, jovencita.

Tía Raylene entró riendo y me pellizcó en el hombro:

—Anney, Bone es una joya, trabaja como una mula, de verdad, igual que tú y yo —me incliné y me quedé mirando fijamente la cazuela donde los melocotones hervían a fuego lento.

Durante tres días seguidos me senté delante del fogón mientras tía Raylene y mamá charlaban y cocinaban.

—¿Cómo le va a Glen?, —el tono de Raylene era cortés, como si no le importara mucho que mamá contestara o no.

—Le va bien. Sus rutas no parecen haber funcionado como él esperaba, y creo que su padre y él estuvieron discutiendo durante una temporada. Pero últimamente trabaja más en la planta de elaboración. No habla de ello. Creo que no quiere que le oiga quejarse de su padre, pero al menos trabaja la jornada completa otra vez. Aunque me gustaría que ganara más dinero.

—Ya entiendo.

—Sí, ¿verdad? Cuando tú empezaste a trabajar en la fábrica, no ganabas ni para papel higiénico.

—Nunca me dejaron hacer lo que yo mejor sabía hacer. Se empeñaron en que trabajase en la cadena en lugar de arreglando las máquinas. No podían admitir que fuese mejor mecánico que obrero textil. Al cabo de un tiempo dejé de discutir con ellos. No aguantaba ser pobre, especialmente desde que mis acreedores no estaban

dispuestos a consentir que no les pagara.

Raylene esbozó una sonrisa maliciosa. Se sirvió un café caliente y se acercó más a mamá.

—¿Recuerdas cuando Alma se negó a dejar que el *sheriff* se llevara sus muebles?, —preguntó—. Aquella vez que empezó a llamar a gritos a los vecinos como si estuvieran tratando de robarle.

—¡Dios mío, sí!, —se rio mamá—. Y el *sheriff* a punto de mearse en los pantalones cuando la vio tirando la ropa por la ventana y chillando: «Lléveselo todo, ¿por qué no? Llévese a los niños también, lléveselo todo». ¡Dios santo, es verdad!

—Wade siempre dijo que le tiró la bata que llevaba puesta, que después se plantó allí delante en ropa interior, y que el *sheriff* no volvería a acercarse a ella después de aquello.

—Bueno, eso es lo que la gente dice. No lo hizo realmente. Solo le amenazó con hacerlo.

—Habría estado mejor si lo hubiera hecho, quizá por eso cuentan que se quedó en bragas, ¿no te parece?

—Habría sido muy propio de ella, por otra parte. Alma no se asusta por nada.

—No como sus hijas.

—No.

Mamá se volvió a mirarme.

—Dale un meneo a esa rejilla —me dijo—. Eso no tiene que sedimentarse —estiró el cuello para mirar, pero sin levantarse—. Me parece que los tarros de esa cazuela no están suficientemente cubiertos.

Tía Raylene le sirvió más té a mamá.

—Anney, Bone está haciendo un buen trabajo. Cuando sea mayor, lo va a saber todo sobre conservas, guisos y cotilleo entre pucheros.

Mamá se echó un poco más de azúcar en el té.

—Raylene, estás mimándola demasiado. Deberías haber tenido hijos y ya verías cómo les tratabas con un poco más de dureza.

—Bueno, pues para no haber parido ninguno, tengo la sensación de haber criado un montón. Es como si llevara años cuidando a los niños de otros. Desde luego nadie de esta familia ha sido nunca muy acaparador con sus hijos. Más de una mañana me he levantado y me he encontrado el porche lleno de niños que alguien ha dejado

durante la noche.

—Casi siempre los de Alma.

—No te metas con Alma. Es una buenaza, a pesar de ese temperamento que tiene, o precisamente por él. Y ¡qué coño!, lo ha pasado muy mal, sobre todo con las niñas. No me sorprende que el bebé enfermo sea precisamente una niña. No ha tenido mucha suerte con sus hijas. Desde que Temple se marchó de casa se ha vuelto agria como un whisky malo.

—Todos dicen que Temple se parece a Alma, pero yo no lo veo así —dijo mamá—. A mí me parece que esa chica nunca se ha sentido a gusto en su pellejo. Nada ni nadie, salvo su amor propio, le ha importado nunca lo más mínimo.

Tía Raylene empezó a reír con el vaso de té en los labios.

—¿Sabes? Ella estaba en el jardín aquella vez que vino el *sheriff* y empezó todo el griterío. Se quedó allí fuera como si no pasara nada, como si no hubiera ningún *sheriff* en el jardín con un mandamiento judicial, como si nadie estuviese aporreando la puerta, como si no hubiera nadie arrojando ropa por la ventana. Esa chica es realmente increíble.

—¿Y qué iba a hacer? ¿Ofrecerle un vaso de agua?

—¡Demonio, no!, pero es que hasta intentó que Alma saliera de la casa y que entregara los muebles sin armar alboroto. Le daba igual lo que pasara, le daba igual que el dueño de aquella tienda estuviera intentando robar a su madre, lo que le preocupaba era que los vecinos pensasen que no podían pagar las letras.

—Como si no lo supieran ya todos. Es imposible guardar esa clase de secretos.

—Bueno, tú y yo ni siquiera lo intentamos. Y, desde luego, Alma no puede. Ella sabe quién es. Pero no es lo mismo para los niños. Parece que siempre quieren justo lo que no pueden tener, y poseen un orgullo bastante curioso.

—O mucho o nada, a veces no sé distinguir.

—Quizá solo sea diferente del nuestro —la expresión de Raylene se hizo menos seria y bajó el tono de voz—. Mira tus hijas, Anney. Yo lo veo en ellas. No como el de Temple. No. Pero algo así. Algo fuerte e impetuoso que solo sale a relucir de vez en cuando.

Se quedaron calladas y miraron hacia donde estaba yo. Traté de fingir que no había estado escuchando, dedicándome a retirar el

vapor con la mano para poder ver dentro del puchero. Pero si miraba de soslayo, las veía claramente. Con el vapor, las dos parecían mayores, dos mujeres gastadas y cansadas repitiéndose viejas historias y procurando no preocuparse mucho por las cosas que, de todos modos, ellas no podrían cambiar. Se me ocurrió pensar entonces en lo jóvenes que eran las dos para parecer tan viejas, ninguna de ellas mayor que Madeline; mamá aún no había cumplido los veintiséis y tía Raylene no tenía ni diez años más; sin embargo, parecían tan diferentes de mí como si hubieran salido de otro siglo. En aquel momento me habría gustado parecerme a ellas, estar más conforme conmigo misma y no tan descontenta todo el tiempo. ¿Demasiado orgullo o demasiado poco? ¿Qué me pasaba?, me preguntaba.

Después de los melocotones, los tomates y los guisantes, tía Raylene envasó el resto de la fruta, las ciruelas, las manzanas y las moras. Los días estaban llenos de sudor y vaho y cazuelas hirviendo. Pasé cada minuto que no estaba en el colegio sentada en un taburete de su cocina, pelando o restregando o vigilando pucheros mientras tía Raylene me contaba historias y a mí me dolía el cuello de la preocupación. Tenía miedo de que alguien encontrara el gancho debajo del porche, pero no podía sacarlo de allí hasta que acabáramos de envasar. Si uno de los tíos encontraba aquel gancho, sabía que tía Raylene se figuraría que había sido yo quien lo había subido del sótano.

Un día, a primera hora de la tarde, cuando casi habíamos terminado de colocar las rejillas de las conservas, entró Grey en la cocina, con una cara tan radiante que enseguida caí en la cuenta. Su sonrisa era tan amplia que le di un codazo antes de que Raylene sospechara algo.

—¡Lo has encontrado!, —le susurré.

Me miró fijamente durante un minuto largo y después sonrió más abiertamente.

—¿Has sido tú, Bone? Así que has estado entrando y saliendo del sótano todo este tiempo, ¿eh? Muy astuta, chica, muy astuta.

—Tú ten la boca cerrada o tía Raylene lo guardará donde nunca podamos encontrarlo.

—No se lo voy a decir a nadie.

—Si sigues con esa cara, se dará cuenta de que pasa algo.

Grey se echó a reír y pasó el dedo por unas gotas de jugo de moras que no había tenido tiempo de limpiar.

—Sigue hablando tan alto y se enterará por ti.

Miré por el pasillo hacia la habitación del fondo. Tía Raylene estaba doblando toallas y tarareando para sí. Empujé a Grey de vuelta al porche y le pasé el brazo por el cuello. Sabía que, si me hacía la mandona con él, se largaría con el gancho y no volvería a verlo. Pensé en la forma que tenía mamá de apaciguar a papá Glen, y suavicé la voz deliberadamente.

—Tengo una idea —le susurré a Grey al oído—. Un plan para hacer algo con ese gancho que a nadie se le habría ocurrido.

Grey me sonrió mirándome con curiosidad.

—Algo bueno, ¿eh?

—Algo fantástico, y quiero que tú me ayudes —traté de acariciarle el cuello, pero se sacudió mi mano de encima.

—Cuéntame.

Vacilé unos instantes, mirando hacia la puerta por donde tía Raylene podría aparecer en cualquier momento. La expresión de Grey era apacible, sin denotar otra cosa que paciencia. No era como su hermano. De los dos, él era el que hacía cosas, y raramente contaba secretos, ni siquiera cuando trataba de impresionar a alguien. Apreté los dientes y después sacudí la cabeza. Era mejor que se lo dijera y ver su reacción. Me aparté de él y metí las manos en los bolsillos de mis pantalones cortos.

—Quiero subir al tejado de
Woolworth’s
una noche. Tengo una idea para entrar allí sin que se entere nadie.

Ahora Grey volvió la cabeza y miró hacia la puerta.

—Vas en serio, ¿verdad?, —susurró. No era una pregunta. Me quedé callada, esperando.

—¡Bueno, qué demonio, Bone! Has conseguido engañar a tía Raylene, pero un robo grande es otra cosa. ¿Qué te hace creer que puedes salirte con la tuya?

Me balanceé sobre mis pies desnudos, procurando parecer segura de mí misma.

—He hecho cosas de las que tú no tienes ni idea, primo. Cosas

que no voy a decirte nunca. Igual que jamás contaré a nadie lo que tú y yo vamos a hacer —traté de estrechar los ojos como lo hacía tío Earle cuando jugaba al *poker*.

Grey frunció los labios, silbó y se apoyó en la barandilla lateral del porche.

—De acuerdo, Bone, de acuerdo. Pero, si nos cogen, les diré que fue idea tuya. Es mejor que lo sepas desde ahora.

No pude contenerme. Me eché a reír a carcajadas. Grey se rio también, con una expresión un poco perpleja.

—No te preocupes, primo —le dije—, si nos cogen, yo misma se lo diré. Te lo prometo.

No mencioné que era poco probable que alguien creyera semejante cuento, y menos siendo Grey mayor que yo y, encima, chico. Si nos cogían, yo estaría en un buen lío, y él más aún, pero no tenía ninguna intención de dejarme coger. Le dejé que sacara el gancho de debajo del porche mientras yo me quedaba en la cocina para entretener a tía Raylene.

—Pero no se lo digas a nadie —insistí.

—No se lo diré a nadie, Bone —prometió—. A nadie —sonrió de una forma que tuve que creerle.

Aquella noche me quedé a dormir en casa de tía Raylene. Cuando ella se durmió, salí a hurtadillas a coger el gancho. Me lo llevé a la habitación, arranqué la cadena, la limpié y le saqué brillo. Cuando estuvo suave y brillante, me metí en la cama y me la puse entre las piernas, tirando de ella hacia adelante y hacia atrás. Me hacía temblar y sentir calor al mismo tiempo. Había leído en uno de los libros que papá Glen escondía en el garaje que algunas mujeres se metían cosas dentro de ellas. Con la cadena en la mano, pensé en ello, la froté contra mi piel y canturreé para mis adentros. Yo no era como las mujeres de aquellos libros, pero era agradable sentir aquel metal, dejar que los eslabones se deslizaran adelante y atrás hasta que se ponían resbaladizos. Usé la cerradura que había encontrado en la orilla del río para sujetarme la cadena alrededor de las caderas. Producía una cálida sensación de cosquilleo en la piel, chispeante como el sudor en los hombros pecosos de tío Earle, excitante como la ardiente luz del fondo de mis ojos. Era mío.

Estaba a salvo. En mi mano cada eslabón de aquella cadena era mágico.

Eché la cabeza hacia atrás y sonreí. La cadena se movía bajo la sábana. Me encontraba bajo llave y segura. Lo que yo era realmente no podía tocarse. Lo que yo quería aún no había sido imaginado. Lejos, en algún lugar, un niño gritaba, pero en aquel preciso instante no era yo.

13.

Me llevé el gancho a casa en un saco de arpillera con los últimos calabacines y pepinos del huerto de tía Raylene. No confiaba lo suficiente en Reese como para arriesgarme a meterlo en casa, así que lo escondí en una de las cajas de embalaje de mamá, metidas entre las vigas que había encima de la lavadora. Allí arriba estaba seguro y no se veía; un talismán contra la oscuridad y contra cualquier cosa que estuviera al acecho en ella. Solo saber que estaba allí me hacía ir con la cabeza erguida, me hacía sentir como si de pronto y por arte de encantamiento me hubiera vuelto mayor, más fuerte, casi peligrosa. Miraba hacia arriba siempre que ayudaba a mamá con la colada, miraba como si estuviera absorta o soñando con el futuro.

—Has cambiado, Bone —mamá sacaba toallas y sábanas de la lavadora y las ponía en el cesto que yo sujetaba.

—No, mamá, no creo —bajé la cabeza.

—Sí, sí que has cambiado. Diría que hasta has crecido un poco. Levantas más la cabeza. Ahora te veo los ojos de vez en cuando — mamá me sonrió y depositó la última toalla en el cesto. Tuvo que inclinarse por encima de la lavadora para coger la bolsa de las pinzas, una camiseta que había cerrado cosiendo la parte de abajo y que colgaba de una percha. Cuando giró la cabeza, miré hacia arriba y me cercioré de que mi caja seguía en su sitio.

—¿Te ha dicho Reese que te ha llamado Shannon Pearl?

Salía ya por la puerta en dirección a las cuerdas de la ropa, pero las palabras de mamá me detuvieron.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Yo no hablé con ella, pero Reese dijo que solo quería

saber si andabas por aquí. Podrías pensar en llamarla.

—No sé, mamá. No sé si debo.

—Bueno, yo no he dicho que tengas que hacerlo, solo que deberías pensarlo, Bone. No tiene mucho sentido ser rencorosa, y hablar con ella no te hará ningún daño. Puede que quiera disculparse, ¿sabes?

—Sí, mamá —me puse a sacudir una sábana para colgarla en la cuerda. No quería que mamá me viese la cara. No tenía intención de llamar a Shannon Pearl.

Mamá nunca me preguntó por qué habíamos reñido Shannon Pearl y yo. La única vez que lo mencionó fue cuando dijo, dándole la razón a Raylene, que lo mejor era mantenerse al margen de las peleas de los niños. Las había sorprendido a las dos de conversación y supe al instante de qué estaban hablando, así que me di media vuelta y me fui por donde había venido. Mamá se había enfadado cuando llamó la señora Pearl para decir que yo no me había disculpado por dar un puñetazo a Shannon, aunque no porque pensase que alguien debería haberme hecho pedir disculpas. Su indignación se debía a mi imperdonable falta.

—¿Es que no sabes que no se puede ir por ahí dándole puñetazos a la gente, hinchándole los ojos?

—Sí, mamá.

—No hay razón para pegar a nadie.

—No, mamá.

—Bueno… —Me miró detenidamente. Sabía que estaba esperando que yo dijera algo, pero seguí con los ojos clavados en la mesa—. No entiendo a los Pearl. Debieron traerte inmediatamente a casa, en lugar de sentarte en el coche y seguir de acá para allá —empezó a hurgar en su bolso en busca de cigarrillos—. Y no sé a qué viene llamar después de todo este tiempo.

—No, mamá —no quería hablar de Shannon Pearl. Estaba segura de que, a estas alturas, ella se moría por hablar con alguien y de que había convencido a su madre para que nos llamara.

Mamá suspiró cansada.

—Bueno, tú no te metas en líos. No quiero tener que estar pidiendo disculpas por tu comportamiento a todas horas.

—No, mamá.

Fue justo antes del Día de Acción de Gracias cuando Shannon Pearl llamó a nuestra casa preguntando por mí.

—No voy a disculparme —dijo al instante, como si no hubiera pasado el tiempo. Hacía mucho que no oía su voz, y sonaba rara.

—Me importa muy poco lo que hagas —le respondí. Sujetaba el teléfono con el hombro y me mordisqueaba las cutículas.

—¡Vale ya!, —me dijo mamá al pasar de camino a la cocina.

—Sí, mamá —contesté automáticamente.

—¿Qué has dicho? —Shannon parecía esperanzada.

—Hablaba con mamá. ¿Para qué me has llamado?

Shannon dio un suspiro y después carraspeó varias veces.

—Bueno, creí que debía hacerlo. No tiene sentido que nos peleemos por algo tan tonto después de todo. ¿A que ni te acuerdas por qué fue?

—Me acuerdo perfectamente —le respondí, y hasta a mí me sonó fría mi propia voz. Por un momento me sentí avergonzada, y después furiosa. ¿Y qué, si hería sus sentimientos? ¿Quién era ella para mí?

—Mi mamá me ha dicho que podía llamarte —susurró Shannon —. Me ha dicho que podía invitarte a venir a casa este domingo. Vamos a hacer una barbacoa para unos familiares de papá de Mississippi. Van a traernos melocotones de Georgia y pacanas.

Me mordí el pulgar y guardé silencio.

—Podrías preguntarle a tu mamá si te deja venir —la voz de Shannon sonaba agitada y acuciante, casi chillona—. Si es que te apetece —añadió. Me preguntaba qué habría dicho para conseguir que a su madre le pareciera bien que yo fuese. Afuera en el porche Reese había empezado a vocear a Patsy Ruth.

—¡Ni siquiera sabes jugar a este juego!

¿Por qué tenía que ir a casa de los Pearl y mirar cómo los gordos de sus familiares comían hasta ponerse enfermos?

—Mamá me ha regalado un tocadiscos —dijo Shannon de repente— y también tengo unos cuantos discos.

—¿Sí?

—Muchos —oí a su madre decir algo de lejos—. Tengo que

irme. ¿Vas a venir?

—Quizá. No lo sé. Lo pensaré —colgué el teléfono y vi a mamá mirándome desde la cocina—. Shannon quiere que el domingo vaya a su casa. Tienen una barbacoa.

—¿Tú quieres ir?

—Quizá. No lo sé.

Mamá hizo un gesto con la cabeza y me dio un paño de cocina.

—Bueno, ven a ayudarme. Pero aclárate y dime, antes del domingo, si vas a ir. A lo mejor me da por pasarme el día entero en la cama, quién sabe —sonrió, y yo la abracé. Me encantaba cuando se ponía así. Hacía que la casa entera pareciese un lugar más seguro y acogedor—. Puede que incluso me vaya de excursión yo también —mamá me dio un ligero azote en el trasero—. Pero no me iré a ninguna parte hasta que no hayamos fregado los platos, jovencita, y te toca secar.

—Sí, mamá.

No tenía intención de ir. Ninguna. Y por supuesto no telefoneé a Shannon, como tampoco le dije nada a mamá. Pero el domingo por la tarde me encaminé hacia la casa de Shannon con el cubo de hojalata de Reese como si fuera a buscar uvas moscateles tardías. Por el camino fui sacudiendo las mustias parras verde-grisáceas, que se secarían en cuanto llegase la primera helada de consideración. En las películas la gente siempre se columpiaba de parras como aquellas, pero cada vez que Reese y yo lo intentábamos, acabábamos de culo en el suelo. Quizá tenían parras distintas en los bosques donde hacían las películas, pero probablemente allí no plantaban moscatel.

Iba tarareando, mientras caminaba, trozos de los himnos favoritos de mamá y míos, unas veces de *Somebody Touched Me* y otras de *Oh Sinner Man*. Reese siempre pronunciaba *«Whoa Sinner Man»* cuando la cantaba, y tío Earle soltaba aquella risa como de rebuzno de asno que tenía. Echaba de menos a Earle. No íbamos a verle hasta primavera. Le habían enviado a un campo de trabajo por romperle la mandíbula a un hombre y destrozar una ventana del Cracker Blue Cafe. Tía Alma dijo que en el campo de trabajo se había metido en más peleas y que entre varios hombres le habían

agarrado y le habían cortado todo su pelo negro. Traté de imaginarle calvo.

—Eso le hará ser menos mujeriego —tía Alma casi pareció haberse alegrado.

—¿Qué significa mujeriego? —Reese aún no se había enterado de que hacer preguntas cuando las tías estaban hablando solo servía para que te echaran afuera. Intenté explicarle que si alguna vez quería enterarse de algo, solo tenía que callarse y escuchar, y tratar de comprenderlo después.

—¿Se puede saber qué haces tú escuchando lo que no te importa?, —mamá se había enfadado de verdad—. ¡Fuera todas de aquí!

—¿Ves lo que has hecho?, —yo me había indignado con razón. No estaba acostumbrada a que me echaran con los críos pequeños —. Ahora nunca sabremos por qué le afeitaron la cabeza.

—Yo ya lo sé —Reese sonrió satisfecha y rodeó a Patsy Ruth con el brazo—. La abuela dijo que intentó cortarle el pito a un tío.

Nunca había llegado hasta la casa de los Pearl por la parte de atrás. Normalmente iba por la carretera desde el Centro de Neumáticos Sears, pero aquel domingo atajé por los jardines traseros de las grandes casas del distrito Tyson y el aparcamiento de la Vaquería Roberts. Había magnolias y flores a lo largo del borde trasero de sus propiedades, de modo que nadie veía el aparcamiento, y tuve que ir sorteando los crisantemos que había plantados cerca de la valla.

Había mucha gente allí, y todos se parecían a los Pearl. Hombres bajitos, fofos y demasiado atildados, con grandes vasos de té en la mano, sonreían a mujeres pálidas y delgadas con el pelo suelto y carmín rosa en los labios. En el camino de entrada había niños pequeños correteando, mientras que los mayores se turnaban para dar a la manivela de una máquina de hacer helados. Además de la gran mesa de secoya para el jardín que la señora Pearl había adquirido orgullosamente el año anterior, se habían dispuesto dos mesas de cartas. Parecían haber comido ya, pero el carbón de la parrilla aún ardía, y al lado estaba Shannon Pearl con cara de ser la persona más desdichada del mundo.

Me quedé quieta observándola. Estaba jugando nerviosamente con un tenedor de mango largo, lanzando de vez en cuando miradas a los otros niños. Tenía la cara sonrojada y sudorosa, y parecía inflada con su vestido de organdí blanco y naranja. Recordé que mamá había dicho que la señora Pearl no sabía vestir a su hija.

—No debería ponerle tanto bordado. Al estar tan gorda la niña, le hace parecer aún más voluminosa.

Yo estaba de acuerdo. Shannon parecía una salchicha embutida en una tripa demasiado pequeña. También parecía haber estado llorando. Un poco más allá de las mesas estaba sentada la señora Pearl con media docena de mujeres delgadísimas, dos de ellas con bebés en brazos.

—¡Mi tesoro!, —oí exclamar a alguien con voz atiplada.

—¡Gorda!, —uno de los primos de Shannon pasó por delante de ella y se lo dijo al oído—. Desde que naciste solo debes de haber comido cerdo. Y pareces una cochina —se echó a reír y salió corriendo. Shannon se quitó las gafas y empezó a limpiárselas con la falda.

—¡Mierda!, —murmuré para mí.

Siempre había sospechado que yo era la única amiga que Shannon tenía en el mundo. Eso era en parte lo que me hacía sentir tan despreciable y ruin con respecto a ella, sabiendo que no la apreciaba lo suficiente como para ser su mejor amiga. Pero oír a su primo hablarle de aquella forma me recordó el día en que la conocí, cómo me había encantado su inquebrantable orgullo, la rabia justificada que desplegaba contra los que la mortificaban. En aquel momento no parecía orgullosa, sino cansada y herida y humillada. Su cara me ponía enferma y furiosa, y me hacía sentir culpable de nuevo.

Durante unos instantes me dediqué a dar patadas a la valla baja de madera y después di un impulso para saltarla. De acuerdo, era un pequeño monstruo, pero era mi amiga, y un monstruo al que yo comprendía. A unos siete metros de distancia, Shannon se sorbió los mocos y alargó una mano para coger el combustible que estaba al lado de la parrilla. Ni siquiera me había visto.

Después, la gente no dejaba de preguntarme qué había sucedido.

—¿Dónde estabas tú?, —me preguntó el *sheriff* Cole por tercera o cuarta vez—. ¿Y qué viste exactamente?, —no me dio oportunidad de oírselo. Tal vez porque era difícil oír con los gritos de la señora Pearl.

—A ver, ¿y dónde estabas tú?, —no dejaba de mirar por encima del hombro en dirección a la parrilla y al chisporroteo del fuego.

Yo sabía que no había oído ni una palabra de lo que le había dicho. Pero la señora Pearl, sí. Me había oído perfectamente y estaba tratando de zafarse de la gente que la sujetaba, y ponerme las manos encima. Gritaba *¡Tú!* una y otra vez, como si yo hubiera hecho algo, pero yo no había hecho más que mirar. De eso estaba segura. No llegué a alejarme ni dos pasos de la valla.

Shannon había vuelto a ponerse las gafas. Tenía el bidón del combustible en una mano y cogió aquel tenedor de mango largo con la otra. Removió el carbón con el tenedor y lo roció con el líquido. Al apretar el bidón, sonó como un taponazo. Ella quería que ardiese más el carbón, o eso parecía. O quizá tan solo le gustaba ver cómo brotaban las llamas. Rociaba y rociaba, se echaba hacia atrás y rociaba otra vez.

Shannon sacudió la mano. Oí cómo el bidón chisporroteaba y absorbía aire. Vi cómo iba subiendo la llama hasta que salió. Entonces sonó un ¡bum! El bidón explotó, y se hizo una enorme pelota de fuego.

Shannon ni siquiera gritó. Tenía la boca abierta y simplemente aspiró las llamas. Sus gafas se oscurecieron, sus ojos se esfumaron, y, alrededor de su cráneo, el fino pelo se le convirtió en una aureola de fuego. Su vestido se convirtió en una oleada de humeantes llamas anaranjadas. Vi caer el tenedor, con el mango de madera ardiendo. Vi a la señora Pearl levantarse y echarse a correr hacia su hija. Vi cómo a los hombres se les caían de las manos los vasos de té. Vi a Shannon tambalearse y dar traspiés, y después desmoronarse. Su vestido se había desvanecido. Vi cómo el humo se ponía negro y grasiento. Vi cómo Shannon desaparecía de este mundo.

El funeral se celebró en la iglesia baptista de Bushy Creek. La señora Pearl se empeñó en poner sobre el ataúd una manta de bebé

con un complicado bordado. Lo miré una vez y luego agaché la cabeza. La señora Pearl había puesto un querubín de mejillas sonrosadas y cabellos amarillos en el lugar que probablemente cubría las facciones ennegrecidas de Shannon. Tenía mi mano en la de mamá y la boca bien cerrada. Reese había querido venir, pero mamá no la había dejado y la había mandado a pasar el día en casa de Raylene. Tampoco le hacía mucha gracia que yo quisiera ir al funeral, pero accedió a llevarme cuando me puse a llorar. Papá Glen se había enfadado con ella por ceder a lo que él llamó mis «tonterías», y se había marchado a pescar con Beau y Nevil. En los últimos meses había empezado a beber, igualándoles a ellos en cervezas en las reuniones familiares, y cuando volvía a casa se quedaba dormido en el sofá.

—Ese chico no puede beber —bromeaba Beau, encontrando muy divertida la cara colorada y perpleja que se le ponía a Glen después de unos tragos—. No tiene la naturaleza adecuada.

—El estómago —le corrigió tío Nevil.

—¡Vale! El estómago —todos se echaron a reír. La repentina afición de Glen a la bebida parecía agradarles de alguna extraña manera.

—¡Malditos imbéciles!, —se había quejado Raylene.

—No importa —le dijo mamá—. Por mucho que lo intente, Glen no llegará a ser nunca un bebedor.

Era verdad. Mientras que Beau y Nevil eran capaces de beber durante horas y solo ponerse impertinentes y ruidosos, papá Glen se quedaba siempre dormido mientras ellos seguían empinando el codo. Él se despertaba con la cabeza dolorida y el estómago revuelto cuando Beau y Nevil se disponían a tomar café y a prepararse para una jornada de trabajo, los dos medio borrachos aún de la noche anterior, pero en pie de todos modos. Todo aquello me ponía nerviosa, pero, al igual que mamá, yo no veía qué podía hacerse al respecto.

—¿La vio usted alguna vez?, —le preguntó la señora Pearl al pastor que habían traído de la iglesia de su familia de Mississippi—. Era igual que un ángel del Señor.

El pastor asintió, poniendo las manos en las de la señora Pearl

mientras esta abrazaba un gran ramo de crisantemos amarillos. Un poco más allá estaba el director del coro con una mano en el codo del señor Pearl, quien estaba tan pálido como un cadáver. Con la cabeza gacha, vi cómo aquel le ponía un vaso de papel en la mano al señor Pearl y le susurraba al oído. El señor Pearl movía la cabeza y daba continuos sorbos. No dejaba de mirar a su esposa y a las flores que ella agarraba con tanta fuerza.

—Le encantaban los niños, ¿sabe? Siempre se hacía amiga de los menos afortunados. Todos sus pequeños amigos están hoy aquí. Y sabía cantar. Debería haberla oído cantar.

Recordé la voz ronca y temblorosa de Shannon tarareando en el asiento de atrás del coche de su padre, después de haberme contado alguna historia especialmente siniestra. ¿Era posible que la señora Pearl nunca hubiera oído cantar a su hija? Volví la mirada hacia el señor Pearl y le vi hundir la cabeza de nuevo. Si hubiese estado yo en aquella bola de fuego, ¿habrían venido ellos a mi funeral?

La señora Pearl levantó la cara de las flores. Sus ojos húmedos parpadeaban vacilantes por los bancos. No entiende nada, pensé. Los ojos de la señora Pearl se posaron sobre mí sin verme, aplastando con las manos las flores que tenía junto al cuello. De pronto empezó a gemir suave y monótonamente, como un pájaro atrapado en una zarzamora, mientras el pastor, solícito, la hacía sentarse en el primer banco. La esposa del director del coro corrió a rodearla con el brazo, al tiempo que el pastor hacía señas impacientes al coro para que empezase un himno. Las voces se alzaron de manera uniforme, pero los gemidos de la señora Pearl continuaron incesantes, elevándose en la atmósfera sofocante y pegajosa como una canción sin tiempo ni ritmo, pero góspel, el más puro góspel, una canción de desesperada tristeza.

Me volví y hundí la cara en el vestido de mamá. Todo mi resentimiento se había desvanecido. Como si comprendiera, mamá me acariciaba el cuello y la espalda mientras ella cantaba a media voz su propia canción, apagada, monocorde, el mismo murmullo que había estado oyendo toda la vida.

14.

La muerte de Shannon me obsesionaba. De pronto ya no me sentía tan adulta. Traté de hacer las paces con Reese, pero ella había decidido que Patsy Ruth era la única persona del mundo en quien confiaba, y le pedía continuamente que se quedara en casa a dormir. Se ponían a cuchichear las dos, se reían, me señalaban con el dedo y después salían corriendo. Incluso mamá estaba furiosa conmigo. Un día, cansada de buscar algo nuevo que ponerme cinco días a la semana, fui en vaqueros al colegio y me mandaron a casa con una nota concluyente.

—Llevas la ropa limpia. No tienes nada de que avergonzarte —me soltó mamá. En cualquier otro momento me habría consolado de que las chicas del colegio se rieran de mí por llevar las mismas faldas y los mismos vestidos una y otra vez, pero no había dinero para ropa nueva, ni nadie que pudiera prestárnoslo. Tío Earle seguía en el campo de trabajo, tía Alma se había quedado sin su empleo de media jornada en la lavandería, y tía Ruth estaba tan enferma que tío Travis pagaba a una enfermera que ayudase a Deedee a atenderla. Todos estaban preocupados e irritables.

Yo tenía un nudo constante en la garganta. El gancho en el cuarto de la lavadora ya no me decía nada. Pensar en sus afilados bordes puntiagudos me hacía desear tocarlo de nuevo, pero no me decidía a bajarlo de donde estaba. Hasta el río allá en casa de Raylene me asustaba y entristecía, su agua ondulada y sucia me recordaba el fango del día del funeral de Shannon. Seguía pensando en cómo ella había permanecido allí de pie, con la cabeza baja, su vida todavía un misterio por descubrir, en qué podría haber sucedido, en qué habría llegado a ser. No pensaba en el fuego, sino

en el ruido seco y sordo de su vida truncándose, todo deteniéndose.

Mi vida era igual de incierta. Yo también podía estar en cualquier parte y darme de bruces con mi propia muerte. Me estremecía cada vez que papá Glen volvía sus oscuros ojos azules hacia mí, con un profundo y disimulado temblor que esperaba que él no viera. «No —susurraba por la noche—. No, no moriré. No —apretaba los dientes con fuerza—. No».

Me dio por mirarme en el espejo para ver lo que veían los demás, para tratar de comprender qué era lo que les revelaba cómo era yo realmente. ¿Qué veía papá Glen? ¿Y tía Raylene? ¿Y tío Earle? Había empezado a aclarárseme el pelo, adquiriendo reflejos rojizos en vez de azulados, pero mis ojos seguían siendo tan negros como la noche. Me examinaba los pómulos en el espejo del baño. A diferencia de la cara tersa y suave de Reese, mis pómulos eran muy pronunciados. Quizá era fea. Probablemente lo era. Moví la cabeza. Mis dientes eran blancos y duros, afilados y brillantes. Era fuerte. Yo convertía en músculo hasta la luz del sol, decía mamá. Ella estaba orgullosa de lo robusta que yo era, del peso que era capaz de levantar y de lo deprisa que corría; pero de repente empecé a sentirme insegura y vergonzosa. Había espigado durante el último año, tanto que parecía que mis huesos me dolían todo el tiempo.

—Eso es que estás creciendo —me dijo tía Raylene—. Como sigas así, vas a ser bien alta.

Yo no quería ser alta. Yo quería ser guapa. Cuando estaba sola, escudriñaba mi tozudo cuerpo: las piernas largas, nada de caderas y solo unas minúsculas protuberancias donde Deedee y Temple tenían pechos grandes y redondos. No tenía nada de lo que estar orgullosa, y detestaba que tía Raylene bromeara diciendo que todas nosotras éramos de una estirpe campesina, descendientes de mujeres que parían a sus hijos en el campo y se levantaban tambaleándose para volver al trabajo inmediatamente. Desgarbada, robusta, fea; ¿por qué no podía yo ser guapa? Deseaba ser como las chicas de los libros de cuentos, princesas de tez pálida y buen corazón. Detestaba mis dedos cortos, mi cara ancha, mis rodillas huesudas, detestaba no parecerme en nada a esas hermosas chicas de rasgos delicados y cuerpos esbeltos y cimbreantes. Era de gesto obstinado, nada fuera de lo común, lisa de arriba abajo y oscura como la corteza del nogal. Este cuerpo, al igual que los de mis tías, había nacido para

matarse a trabajar, para usarse y tirarse. Había leído estas cosas en los libros, pero no les prestaba atención. Las que morían de esta manera, las que se mataban a fuerza de trabajar o en algún estúpido accidente, casi nunca eran las heroínas. Tía Alma me había dado una edición de bolsillo de *Lo que el viento se llevó*, con fotos de la película, y me dijo que me iba a encantar. Y me encantó al principio, pero una tarde levanté los ojos de las mejillas sonrosadas de Vivien Leigh y vi a mamá volviendo del trabajo con el pelo oscurecido por el sudor y el uniforme lleno de manchas. De repente se hizo la luz dentro de mí. Emma Slattery, pensé. Así era como sería yo, así éramos nosotras. No como Escarlata, con sus mejillas empolvadas. Yo era parte de la basura de los barrios bajos, que se peleaba con los negros, que robaba con ingratitud a sus superiores; estúpida, grosera, nacida para la vergüenza y la muerte. Temblé de miedo e indignación.

—¿Qué demonio hace esa chica en el baño tanto tiempo?, —papá Glen estaba irascible como solo puede estarlo un hombre que ha pasado la noche anterior bebiendo. Yo echaba el pestillo y trataba de no escucharle cuando voceaba por la puerta.

—Bone, sal de ahí y ven a ayudarme con estas patatas —me lavé la cara y fui a donde estaba mamá, todavía con el uniforme de camarera y los zapatos blancos de tacón bajo. Sonrió y me pasó una cazuela—. Quita los ojos, pero deja la piel. Haremos puré de patata como a tu padre le gusta.

Desde el cuarto de estar nos llegó el gruñido de papá Glen y después el ruido de la puerta trasera al abrirse y cerrarse. Mamá me puso las manos en los hombros y me abrazó estrechamente.

—Quiero que vayas a casa de tía Alma después del colegio durante unos días. Pasaré a recogeros a Reese y a ti al salir del trabajo. Quiero que cuidéis de los niños de Alma para que ella pueda pasar algún tiempo con Ruth —hizo una pausa y cuando volvió a hablar lo hizo en voz más baja—. Papá Glen está preocupado por la Navidad y por el dinero. Le gustaría hacer algo especial. Anoche comentaba que durante todos estos años nunca han venido sus hermanos a cenar a casa.

Bajé la vista a la cazuela de patatas y pensé en la última vez que habíamos estado en casa de los Waddle, la forma en que papá Glen había tartamudeado cuando su padre se había dirigido a él. Era

horrible ese viejo, y trabajar para él tenía que ser un infierno, hasta yo lo sabía. Mamá se inclinó y me acercó los labios a la mejilla.

—No sé. No comprendo por qué su padre trata tan mal a Glen. Glen está siempre tratando de agradarle, y ese hombre aprovecha cualquier oportunidad para ponerle en ridículo. Le está consumiendo, le está consumiendo por completo —mamá suspiró—. Hemos de tener cuidado durante un tiempo, Bone. Ten mucho cuidado, cielo.

Titubeó unos instantes como si tuviera algo más que decir, pero en cambio me dio otro apretón en el hombro y fue a quitarse el uniforme. La observé mientras se alejaba, con la cabeza inclinada hacia adelante. ¿Cuánto tiempo hacía que no veía a mamá sin estar cansada, triste, asustada? Una eternidad. Parecía una eternidad.

Seguí buscando algo especial en mí, algo mágico. Estaba haciéndome mayor, ¿no? Pero lo único diferente era mi cólera, aquella intensa rabia bullendo en el estómago. Cherokee tal vez. Rabia de india salvaje tal vez, como la de Shannon, insondable y terrible. Separé los labios y enseñé los dientes. Era posible que una de cada tres familias de Greenville tuviera algo de cherokee, pero yo había nacido con una buena mata de pelo negro. Llevo la sangre de mi bisabuelo, me dije a mí misma. Soy hija de la mismísima noche, la niña guerrera de mi bisabuelo. Me recogí el pelo en lo alto de la cabeza y me busqué en las pupilas los destellos rojizos que centelleaban en lo más profundo, encarnados y brillantes como rubíes o sangre fresca. Peligrosa, me dije a mí misma. Podría ser peligrosa, sí, yo podría ser peligrosa. Que papá Glen chille otra vez a mamá, que le haga daño, que me haga daño a mí, que lo haga. Más le vale tener cuidado. No tiene ni idea de lo que yo sería capaz de hacer. Si tuviera una cuchilla, le cortaría la garganta en plena noche sin dudarlo un instante y después huiría a vivir desnuda y sola en las colinas del oeste, como un personaje de las novelas de Zane Grey. Todo lo que tenía que hacer era crecer un poco, crecer en mi interior.

Papá me riñó durante la cena:

—Ese baño es una pocilga. Con lo que trabaja tu madre, lo menos que podrías hacer es limpiar de vez en cuando, ayudar un

poco en casa —mamá suspiró y retiró su plato. Reese comía con la cabeza baja, y yo no dije nada. Mamá había dicho que tuviera cuidado. Cuidadosamente, mantuve la cabeza vuelta, observando el reflejo de las luces de la carretera a través de los visillos de la cocina, sin mirar a papá Glen.

Después de cenar, fregué la bañera y tomé un buen baño caliente. Miré a ver si tenía pelillos negros en el ombligo y me palpé buscando vello por las ingles. Estaba tersa y suave. Cogí el espejo de mano de mamá y lo puse perpendicular entre las piernas. Mi barbilla era rosada y con hoyuelo, el cuello blanquecino, de manera que podía ver las líneas azules de las venas abriéndose paso hasta las orejas. Me puse las manos en las mejillas y estiré la piel hacia atrás para que mis ojos quedaran oblicuos. Mi rostro seguía indescifrable, los ojos plateados e inexpresivos. Mi rostro no decía nada. Era inquietante, rígido y vacío. Eché la cabeza hacia atrás para mirarme desde arriba los pezones color marrón rojizo, el ombligo arrugado, los largos muslos y las rodillas magulladas. Me dolían los dientes, el cuello, la parte baja de la columna y el culo. Todo en mí era feo, desagradable y torpe, no como las hijas de tío James, con sus enaguas de nailon y sus lazos de raso azul. Ellas eran la clase de niñas que le gustaban a la gente. Nada en mí era tan adorable, tan de niñita maravillosa de cuento, nada en mí era bello. Comprendía por qué papá Glen me odiaba tanto. Durante la cena, cuando mamá había ido al dormitorio a por su jersey, él me convenció de que no tenía nada de lo que estar orgullosa.

—Te crees muy especial —había dicho con sarcasmo—. Te comportas como si mearas aguade rosas. Crees que eres tan buena que no es necesario enderezarte. Tu madre te ha consentido demasiado. No sabe lo vaga y testaruda que eres, pero yo sí. Yo te conozco. Te conozco y no voy a permitir que salgas como los inútiles de tus primos, no mientras vivas en mi casa.

—¡Qué odioso es!, —dije entre dientes—. No me importa que su padre le trate mal. Me traen sin cuidado las razones que tenga para ser tan malo. Es odioso.

Me di la vuelta y metí la cabeza bajo el agua. No era cherokee. Ni guerrera. Ni nadie especial. No era más que una chica asustada y furiosa. Cuando me veía a mí misma en los ojos de papá Glen, quería morirme. No, quería estar ya muerta, fría, difunta. Parecía

que no había esperanza. Él me miraba y yo me avergonzaba de mí misma. Era como resbalar por un interminable agujero en cuyo fondo me veía sucia, harapienta, pobre y estúpida. Pero en lo más profundo, en el momento más negro, me volvía la rabia y sabía que él no tenía ni idea de cómo era yo, que nunca había visto a la chica que trabajaba tanto para tía Raylene, que sacaba buenas notas aunque cambiara a menudo de colegio, que hacía recados a mamá y cuidaba de Reese. No era sucia ni estúpida, y si era pobre, ¿quién tenía la culpa?

Estaba tan furiosa con papá Glen que me rechinaban los dientes. Soñaba con arrancarle el corazón, ese perverso, violento y negro corazón. En mis sueños me hacía bien odiándole. Pero lo terrible era cuando estaba despierta, que no ardía de rabia. Y lo peor de todo era cuando me daba por anhelar que fuéramos como las familias de los libros de la biblioteca, cuando lo único que deseaba era que papá Glen me quisiera como el padre de *Robinson Crusoe*. Debía de ser la misma sensación que él tenía cuando estaba en casa de su padre con la cabeza gacha.

El amor me haría bella; el amor de un padre purificaría mi corazón, dulcificaría mi amargura, iluminaría mis ojos cherokees. Si él me quisiera… Ojalá me quisiera. ¿Por qué no me quería? Golpeé con los puños las paredes de porcelana de la bañera, sacudí la cabeza y aullé bajo el agua, la saqué para respirar y volví a sumergirla para gemir otra vez. Si hubiese entrado alguien en ese momento, no se habría dado cuenta de que estaba llorando, y estaba segura de que ni Dios me oía maldecir.

Durante las vacaciones de Navidad en casa de Alma, me dediqué a organizar representaciones de complicadas historias con mis primos, la mayoría de ellas sacadas de programas de televisión. Siempre y cuando todos hicieran lo que les decía, yo era la mejor canguro que tía Alma había tenido nunca.

—Tú puedes ser Francis Marion —le dije a Little Earle—. Reese y yo seremos guerreros cherokees; Patsy Ruth, el capitán británico; Garvey, el colono cobarde; y Grey, el colono que está de nuestro lado.

—Swamp Fox, Swamp Fox, ¿dónde has estado?, —empezó a

cantar Little Earle, pero Patsy Ruth le cortó—. ¿Por qué tengo que ser yo el capitán británico? ¿Por qué no puedes ser tú el malo y me dejas a mí hacer de cherokee?

—Porque tú no subes a los árboles ni aunque sean de bajos como el culo de un cerdo. Todos saben que los indios se suben a los árboles.

—Entonces puedo montarme en un caballo, y quiero montarme en la bici de Grey, no en la vieja de Little Earle.

—Si ella se monta en mi bici, yo quiero ponerme tu gorra.

—En esta historia nadie lleva gorras. Solo nos ponemos las gorras cuando jugamos a Johnny Yuma —yo estaba perdiendo la paciencia y, desde luego, no estaba dispuesta a ceder mi gorra de rebelde, la que tío Earle me había comprado en los almacenes Fort Sumter. Era preciosa, gris, suave, con la visera flexible, y las barras y estrellas bordadas con hilo amarillo.

—¡Johnny Yuuuma!, —empezó otra vez a cantar Little Earle, esforzándose en imitar la voz profunda de Johnny Cash— vagaba por el oeste… Johnny Yuuuuma el rebelde… andaba errante y solo…

—Siempre la llevas tú —Grey le dio a Little Earle un azote en el culo y se volvió hacia mí con mirada de tener toda la razón— aunque juguemos al monstruo de Frankenstein, y sabes perfectamente que nadie lleva gorras como esa en la película de Frankenstein.

—¡Oh, por el amor de Dios!, —le dejé mi gorra a Grey, pero ya se me habían quitado las gañas de jugar a Swamp Fox. ¿Además, quién había oído hablar de él antes de aparecer en una película de Walt Disney?

Grey y Garvey solo jugaron con nosotros un rato. Habían empezado a fumar y estaban muy ocupados practicando el lanzamiento de monedas. Cuando empezara otra vez el colegio, tenían la intención de hacerse con el dinero del almuerzo de medio sexto curso. Mientras tanto, se mantenían a distancia a menos que yo propusiera una historia que de verdad les gustase.

—Vamos a jugar a los Hermanos Dalton otra vez —proponía Grey constantemente. Había perfeccionado el truco de tirarse de la bici simulando que alguien le había disparado, y le encantaba presumir con él.

—Son las Hermanas Dalton —insistía yo. Reese y yo habíamos visto la película y les habíamos contado a todos el argumento con tanto detalle que mis primos discutían una y otra vez sobre si esto había o no sucedido, aunque ellos no la hubiesen visto. A las chicas nos encantaba la idea de una banda de hermanas que habían robado bancos y vengado a sus hermanos muertos, pero los chicos preferían jugar a Jesse James o Younger Gang.

—En esa película tal vez, pero todo el mundo recuerda a los verdaderos Hermanos Dalton —Garvey también había visto la película y aún no había superado que liquidasen a los hermanos Dalton en la primera escena para que las mujeres pudieran aprender a manejar armas y a robar bancos—. No creo que esa película fuera verdad, de todos modos. Te apuesto lo que quieras a que sus hermanas nunca robaron ningún banco.

—¿Qué te apuestas?, —le desafió Reese. A ella le había encantado aquella película—. ¿Acaso crees que una chica no puede darte una patada en el culo? ¿Acaso crees que yo no puedo darte una patada en el culo?, —le cogió a Grey mi gorra de la cabeza.

—No podrías ni ahuyentar a una gallina de un nido de víboras —Grey trató de recuperar la gorra, pero Reese empezó a correr zafándose de sus manos, chillándole por encima del hombro.

—Tú sí que tienes miedo de las víboras. Tía Alma contó que te measte en los pantalones cuando te llevó a coger moras, todo porque casi pisas a una pequeña culebra verde pensando que era una víbora.

—Cierra tu asqueroso pico —Grey le cogió la gorra de un tirón.

—Y tú cierra el tuyo —Reese le dio una patada en el tobillo.

—¡Chicas!

—¡Chicos!

—Dame mi gorra —se la cogí a Grey de las manos cuando daba saltos tratando de esquivar los duros pies de Reese. Yo estaba deseando que le hiciera daño de verdad cuando tía Alma disolvió la pelea. Mandó a los chicos a jugar al patio de atrás y a las chicas nos dijo que nos quedásemos en el de delante.

—Si no podéis jugar juntos, os tendré separados.

—De todas formas no quiero estar con chicos imbéciles —Reese lanzó un escupitajo hacia Grey. Algunas veces estaba de acuerdo con cada palabra que salía de la boca de mi hermana pequeña.

—Pero ¿a qué vamos a jugar ahora?, —se lamentó Patsy Ruth—. No podemos andar en bici por el patio delantero. No podemos hacer prácticamente nada en el patio delantero.

Daba vueltas a mi gorra de rebelde con el puño, y de repente tuve una inspiración.

—Vamos a jugar a las hermanas malas.

—¿Qué? —Patsy Ruth no dejaba de limpiarse los mocos, que le llegaban hasta la boca. Mamá decía que a Patsy Ruth le moqueaba la nariz desde que había nacido. «Cuando se case y cuando se muera estará limpiándose los mocos».

Le di a Patsy Ruth el pañuelo que había cogido a hurtadillas del cajón de papá Glen para ponérmelo en la cabeza.

—Vamos a jugar a las hermanas malas —les dije otra vez, y me imaginaba la cara de mala retorcida de Shannon Pearl—. Primero vamos a jugar a las hermanas malas de Johnny Yuma, después a las de Francis Marion, luego a las de Bat Masterson. Y a continuación ya pensaremos en alguien más.

Reese parecía confusa.

—¿Y qué hacen las hermanas malas?

—Todo lo que hacen sus hermanos. Solo que lo hacen antes, más deprisa y con más maldad.

Reese seguía confusa, pero Patsy Ruth dio un grito de alegría.

—¡Síííí! Yo quiero ser la hermana mala de Rifleman.

Patsy Ruth corrió a por el viejo rifle de plástico de Grey.

Se pasó la tarde haciendo como que era una escopeta de cañones recortados como la de *Wanted Dead or Alive*. Reese al final le cogió el truquillo y empezó a jugar a caerse del porche como si le hubieran disparado. Yo cogí el cuchillo de carnicero de tía Alma y dije a todos que era la hermana mala de Jim Bowie y que nadie iba a atreverse a meterse conmigo.

Me dediqué a clavar el cuchillo de tía Alma en el porche mientras oía a los chicos maldecir en el jardín de atrás. Era mala, decidí. Era mala y cruel, y lo que de verdad hubiera querido estar haciendo era clavándole aquel cuchillo a papá Glen.

Aquella tarde Patsy Ruth estuvo divirtiendo a Alma y Wade con sus carreras arriba y abajo y sus gritos de «Recibido, recibido», hasta que tiró el vaso de tía Alma.

—¿A qué demonio estás jugando, niña?

—A que era la hermana mala de Broderick Crawford —gimoteó Patsy Ruth, limpiándose la nariz.

—¿La qué?, —tío Wade empezó a reír con el vaso en los labios —. ¿La qué?, —se balanceó hacia atrás en la silla de mimbre y tiró el cigarrillo fuera del porche. Tía Alma meneó la cabeza y miró a Patsy Ruth como si esta se hubiera vuelto loca.

—La hermana mala de Broderick Crawford. ¡Señor! ¡Qué no se les ocurrirá a estas chicas!

Patsy Ruth se sentía humillada y furiosa. Me señaló con el dedo:

—Ella me ha enseñado. Ella me dijo que podía jugar a eso.

Wade alargó la mano y me dio un azote en el culo.

—Chica, tienes una imaginación que asusta —me dio otra vez, pero ligeramente, y siguió sonriendo—. ¡La hermana mala de Broderick Crawford!

No me importaba. Yo seguí jugando a las hermanas malas con todas mis ganas.

15.

Mamá dejó que tía Raylene nos llevara con ella a Reese y a mí a visitar a tío Earle al campo de trabajo. Tía Raylene había dicho que aún estaría allí otros tres meses y que se moría por ver a sus sobrinas y sobrinos.

—¿Por qué no te llevas a Grey y a Garvey?, —le preguntó mamá —. Enséñales lo que les pasará si siguen forzando teléfonos públicos.

—¡Y una porra!

Tía Raylene estaba enojada con Grey y Garvey, que habían sido arrestados por participar en carreras de velocidad con la camioneta de tío Beau cuando se les suponía pasando la noche en casa de ella. Tía Alma se enfadó con Raylene por no haber tenido más cuidado, y esta por poco abofetea a Garvey por jactarse de que nunca antes habían detenido a nadie más joven que ellos en la familia. A tía Raylene se le estaba poniendo la cara roja de ira mientras doblaba la ropa interior de tío Earle y la metía en una bolsa de papel.

—Vuelven a meterse en otro lío, y no será la ley la que tenga que mandarles a la cárcel. Yo misma les mandaré tan lejos que no sabrán ni cómo volver a casa.

—¡Y una mierda ibas a hacer tú eso!, —la abuela puso bruscamente un cesto de comida en la mesa de la cocina de tía Raylene—. Tú les visitarías todos los meses y les llevarías pan de maíz dulce como haces con Earle.

—Ya veríamos si lo haría.

—Ya lo he visto.

Yo esperaba que empezaran a pelearse de verdad. En cambio la abuela se inclinó y besó a tía Raylene en la boca, presionándole los

labios con un sonoro chasquido. Tía Raylene se quedó con la boca abierta, y la abuela lloraba de la risa.

—¡Anda, Raylene! Que te he pillado. ¡Cómo me gusta!, —se sentó en una silla y se secó los ojos—. Bueno, no importa, tú solo dile a Earle que le quiero. Y después dile que si de niño le hubiera dado unos cuantos azotes más, hoy no estaría donde está.

—Nada de lo que hubieras hecho habría evitado que Earle se metiera en peleas —Raylene trataba de recuperarse de la impresión que le había causado el beso de la abuela—. Earle nació ya con mala leche.

Observé cómo tía Raylene se echaba el pelo gris hacia atrás y se lo sujetaba con unas horquillas. ¿Tenía yo mala leche también? Me preguntaba. Me parecía que sí. Me lo había parecido durante semanas. Quizá yo no había nacido con ella, pero acabaría por tenerla, como decía la abuela. Acabaría por tenerla muy pronto.

Earle estaba un poco más delgado y con más ojeras. Le había crecido un poco el pelo y tenía la cabeza como un cepillo negro. No dejaba de pasarse las manos por ella como si no pudiese creer que su pelo tupido y ondulado hubiera desaparecido. A pesar de todo, cuando nos sentamos en la hierba a merendar, él sacó regalos para todos: llaveros y cinturones para los chicos, monederos y pasadores para las chicas, todo ello hecho a mano y adornado laboriosamente. A tía Raylene le dio un bolso tan grande como el cesto de la merienda. Para mamá tenía un billetero de piel con tallos de rosas estarcidos.

—Dale esto y dile que pienso en ella constantemente —soltó su negra carcajada—. Pienso en sus tortitas. Las que hacen los cocineros de aquí no se pueden comer.

Yo jugueteaba con el billetero y observaba a otras familias en la hierba. Todas las mujeres tenían bolsos de cuero con rosas estarcidas. Pequeños tallos labrados en las asas de los bolsos y los bordes de los billeteros. Pasé los dedos por el billetero de mamá, preguntándome cómo lo habrían hecho.

—¿Cómo han labrado el cuero?

Abrí el billetero de mamá y acaricié el envés del cuero. A nuestro alrededor las mujeres daban de comer a los niños y no se

apartaban de sus maridos. El achicharrante patio olía a comida estropeada, a sudor y pañales usados. Alcé la vista hacia tío Earle y vi que estaba mirando a las mujeres, el sudor resbalándole por los ojos.

—¿Cómo lo haces?, —le pregunté, levantando el billetero para llamar su atención—. ¿No tienes que cortar todo esto?

Me cogió el monedero y pasó los dedos por las rosas y los tallos grabados.

—Usamos punzones. Se golpean con un mazo de madera, se martillea el dibujo una y otra vez durante horas. No hay nada mejor para los hombres en la cárcel. Les mantiene ocupados y evita que se agarren por el cuello unos a otros —sonrió. Yo le miraba fijamente, sin atreverme a seguir preguntando. Entonces se rio de mí, entendiendo perfectamente—. Cuentan los punzones y las cuchillas. Si al final de la tarde no cuadran las cuentas, no salimos a cenar. Claro que algunas veces se equivocan ellos, y algunas veces se rompen las cuchillas —se secó el sudor en los vaqueros y levantó la mano abierta. Una delgada cuchilla metálica centelleó a la luz del sol. Volvió a reír con aquella risa de aullido que tenía mientras yo me quedaba con la boca abierta—. Se creen muy listos —escupió en dirección a la valla. Parecía distinto sin su negro pelo largo, más endurecido y más viejo. Solo sus ojos eran los mismos, oscuros y llenos de tristeza. Echaban chispas cuando miraban a los guardias que paseaban al otro lado de la cerca—. Se creen la hostia de listos.

Parecía como si me fuera a estallar el corazón dentro del pecho. Volvió a limpiarse la mano en los vaqueros y supe que la cuchilla había desaparecido. Él era mi tío. Yo era su sobrina favorita, hija de su hermana favorita. Tuve la certeza de que yo contaba con él y él conmigo, y de repente me sentí terriblemente orgullosa de él, y de mí misma.

—Te quiero —susurré.

—Claro que sí, cielo —se echó a reír—. Claro que sí.

Tío Earle me cogió y me acercó a su hombro abrazándome estrechamente. Miré hacia la valla y entrecerré los ojos. Somos listos, pensé. Somos más listos de lo que creéis. Me sentía rebelde, fuerte y orgullosa de todos nosotros, de todos los Boatwright que habían estado alguna vez en la cárcel, que seguían peleando aunque no tuvieran ninguna oportunidad y, aun así, seguían con la cabeza

alta. Cuando me llamó tía Raylene, caminé hacia el coche tomándome mi tiempo.

—¿Por qué tiene que ser tan cabezota? —Raylene estaba inclinada con las manos en el volante del Pontiac—. ¿Por qué tiene que estar ese hombre siempre metiéndose en líos?

—Él no se mete en líos —todavía me encontraba bajo el hechizo del cuchillo escondido—. Sencillamente sabe cómo arreglárselas cuando se los encuentra.

—¿Ah, sí, eh?, —tía Raylene se volvió para mirarme—. Bueno, y si sabe cómo arreglárselas, ¿cómo es que ha ido a dar con sus huesos en la cárcel? ¿Cómo es que no ha sabido arreglárselas para seguir fuera de ella? ¿Cómo es que no ha sabido arreglárselas para no romperle la mandíbula al mejor amigo que tiene en este condado?, —movió la cabeza y empujó el bolso nuevo debajo del asiento—. Todos creéis que vuestros tíos son muy listos. Si son tan listos, ¿por qué demonio son tan pobres, eh? A ver, decidme.

Cuando volví del campo de trabajo fui a buscar a Grey y le dije que había llegado el momento de usar aquel gancho. Esbozó una sonrisa de satisfacción y prometió reunirse conmigo «en cualquier momento y en cualquier lugar». La expresión de sus ojos era igual que la que había visto en los de Earle, la que yo imaginaba en los míos. Empecé a sentir un ligero latido de excitación dentro de mí, que no hizo sino acelerarse cuando bajé el gancho. Se lo di a Grey cuando vino a casa aquella noche, aunque me dolía desprenderme de él. Sería más fácil para él llevarlo hasta
Woolworth's
sin llamar la atención. Un chico con un saco podría parecer perfectamente inocente mientras que a mí me preguntarían que qué llevaba. Lo hice a regañadientes, aferrándome a la idea de que pronto volvería a estar en mis manos. Nos encontraríamos en
Woolworth's
el viernes por la noche, cuando mamá hubiera ido a ver a tía Ruth y a mí me creyeran durmiendo en casa de Alma.

Por aquellos días, Grey y Garvey parecían pelearse todo el

tiempo, boxeando y luchando con la misma facilidad con que otros escupían, y estaba convencida de que la excitación de Grey por nuestro plan se debía en parte a que su hermano no participaba en él. No eran gemelos idénticos —no había gemelos idénticos en la familia—, pero los chicos de Alma se parecían entre ellos más que los dos pares de gemelas de tía Carr. Los dos eran altos y delgados, con una piel que se les bronceaba fácilmente y un pelo que se les volvía castaño rojizo con el sol. Garvey era más guapo, con ojos de un azul cristalino y una pequeña y profunda hendidura en la barbilla que resultaba extrañamente simpática. Grey tenía un aire casi malévolo. Fruncía el ceño continuamente y contraía mucho los ojos, incluso con las gafas de montura metálica que tía Alma le había comprado. Grey detestaba aquellas gafas y solo se las ponía cuando alguno de sus tíos estaba delante para soltarle un guantazo por desperdiciar el dinero de su madre.

—Ese Grey está adquiriendo malos hábitos —nos dijo una vez tío Beau a Reese y a mí. Nosotras no dijimos nada, ya que, de los dos hermanos, Grey era el que más nos gustaba a las dos. Puede que pareciera más malo, pero poseía una dulzura que Garvey no tenía. Siempre había compartido con nosotras los caramelos robados y no intentaba mangonearnos como hacía Garvey. Pero, a diferencia de su hermano, Grey no tenía suerte. Cuando cumplió trece años, empezó a salirle de pronto pelo castaño rojizo en el pecho y en los brazos. Trató de afeitárselo con la navaja de barbero de su padre, pero solo consiguió que le creciera más fuerte. Garvey se burlaba de él, y, para defenderse, Grey fingía obstinadamente estar orgulloso de ese «síntoma de virilidad», de cómo se estaba «convirtiendo en un oso». Sí que era verdad que le hacía parecer distinto de Garvey, un viejo sueño, por otro lado. El único problema era que el pelo le crecía a corros y además le picaba. La forma en que estaba siempre rascándose los brazos y el dorso de las manos arruinaba su imagen de chico duro. Algunas veces parecía caer en una especie de trance, con la mirada perdida en la lejanía, frunciendo el ceño y rascándose.

Así le encontré aquel viernes por la noche en los almacenes Woolworth's.

Era tarde —bien pasada la medianoche— y no me había sido fácil escabullirme de casa de tía Alma sin hacer ruido para no despertar

a Reese, así que estaba nerviosa e inquieta yo también. Grey me asustó, plantado en medio del aparcamiento con la luz de la señal de Texaco iluminando toda la calle. Una sombra escondía el saco de patatas entre sus piernas, y por un momento pensé que había olvidado el gancho.

—No sufras —se rio cuando le pregunté por el gancho—. Lo tengo aquí —se agachó y abrió el saco, sacando un objeto negro de cuatro pinchos del que arrastraba una cadena.

—¡Lo has estropeado!, —murmuré.

—Ya lo arreglaré —dijo casi gritando, y a continuación miró por encima del hombro a todo el aparcamiento—. Con la pintura no se verá cuando lo lancemos arriba.

Hice una mueca y alargué la mano para tocar una punta bañada en pintura. Todavía estaba afilada, pero la escalofriante sensación de la cuchilla y el acero había desaparecido. Tragué saliva. ¡Me gustaba tanto el brillo que tenía antes!

—Los puñeteros brillaban demasiado como para pasar desapercibidos —parecía orgulloso de sí mismo por haber pensado en ello—. Especialmente después de que afilé un poco las puntas —se acercó a mí inclinando el hombro—. Lo único que he hecho es evitar que atraiga la luz. Pero sigue afilado. Lo más difícil fue pintar la cadena. Pinté cada eslabón por separado para que no quedara rígida y pegajosa. Es de un buen calibre la cadena esta. Soldada, creo —sonrió y se rascó las manos alegremente.

Yo sabía que solo estaba tratando de hacerse el importante, de ser el hombre y todo eso, pero no me resultaba nada fácil tragarme el enfado y darle la razón.

—Bueno, vale —logré decir al final. Parecía ofendido, así que pasé los dedos por la cadena y asentí otra vez—. Lo has hecho muy bien.

—Anda, pues claro.

Hijo de puta, dije para mí, pero no le dije nada más a él. Qué más daba lo que él pensara que estaba haciendo. De lo que realmente se trataba era de lo que yo estaba haciendo. Era mi plan, y lo de menos era el gancho, lo que importaba era cómo entrar en Woolworth’s,
y yo sabía algo que él no sabía. La forma de entrar era por el tejado y a través del hueco del ventilador. No había ninguna posibilidad de

que mi alto, velludo y creído primo cupiera por esa abertura. Tendría que tragarse el orgullo y esperar abajo a que yo le abriera la puerta. Y si me cabreaba mucho, puede que se pasara toda la noche fuera rascándose las manos.

Cuando llegó la hora, por un momento pensé que no lo conseguiría. A Grey se le dio bien lanzar el gancho lo suficientemente alto para que mordiera en el tejado trasero del edificio de
Woolworth's,
y a mí no me costó mucho trepar por la cuerda apoyando los pies contra la pared. Fue un poquito más complicado en la parte de arriba, ya que habían incrustado vidrios rotos en el borde, probablemente para disuadir a gente con ideas como las mías. Pero la cuerda no se tazó, y salté por encima de los cristales con facilidad. Me sentí envalentonada, satisfecha de mí misma. Todo estaba silencioso, apacible y desierto en aquel tejado. Greenville se extendía hacia el este, y los edificios se iban haciendo cada vez más altos a medida que se acercaban al aeropuerto y la carretera. Podía ver a algunas personas bajo las farolas dos bloques más allá y a los coches correr por el paso elevado que iba por encima de la estación de Texaco y la vía muerta del tren. Escupí desde el tejado y oí a Grey despotricar abajo.

—¿Estás bien?, —gritó en un susurro.

—Sí. Y ahora cállate, no vayamos a meternos en un lío —me dirigí hacia la rejilla de gases caminando sobre tela asfáltica suelta y agrietada. En algún momento habían tapado el extractor con valla de alambre y un enrejado de listones de madera. El alambre estaba oxidado y cedió rápidamente. Di unas patadas a las tablillas hasta romper dos de ellas.

Eran las hélices del ventilador las que me preocupaban. Podía deslizarme entre ellas, estaba segura, pero el motor era grande y grasiento. Esa sería la parte difícil. Me senté un momento y miré a mi alrededor otra vez. Me sentía extraña y fuerte, como si hubiera bebido un poco del whisky de tío Earle o chupado una de las pipas verdes de tío Beau. La azotea brillaba con el reverbero del alumbrado de la calle.

Fue el ventilador del edificio de los Veteranos de Guerras Extranjeras lo que me había dado la idea. En este no había tablillas de madera ni valla de alambre, y el motor era pequeño. Había visto a las niñas de tío Beau entrar por él el fin de semana de la fritada de pescado de la Misión Baptista. Myer Johnson había echado a las niñas y se había quejado de que se pasaba la vida arreglando aquellos ventiladores; del único que no había tenido que ocuparse nunca era el del edificio de
Woolworth's.
Yo sabía que Myer trataba de impresionar a mi prima Deedee, así que no había prestado mucha atención. Pero un tiempo después me vino a la memoria con tanta claridad que me estremecí en mitad de la cena, y mamá se dio cuenta.

—¿Estás bien, cariño?

Había asentido y me había ido al baño sola. Allí, mojándome el cuello y mirándome a los ojos en el espejo, lo había planeado todo. Llevaba años sin pisar los almacenes
Woolworth's,
desde que mamá me había pillado robando caramelos, pero recordaba perfectamente cómo era: las largas filas de mostradores y los perezosos ventiladores dando vueltas en el techo, con el gran respiradero en la parte trasera, por encima de la sección de mercería. Los veranos en Greenville eran calurosos y húmedos, y el edificio
Woolworth's
estaba pensado para ellos, con sus techos altos y sus ventiladores. En invierno ponían un precinto en el respiradero y se lo quitaban a finales de abril, pero yo recordaba haberlo visto caerse una vez. No era nada más que una estructura que no ajustaba bien, con un aislante de algodón en la parte superior. Había que cambiar el aislante muy a menudo, ya que entraba agua por el respiradero cuando las lluvias eran fuertes.

Aquel respiradero se abriría de un buen empujón. Lo veía tan claramente como la cara del hombre que aún estaba al cargo de los almacenes, Tyler Highgarden. Conocía a sus hijos, nerviosos y de cara chupada, de la Escuela Elemental de Greenville. Si no hubieran sido unas criaturas tan patéticas, habría hecho que mis primos les dieran una paliza por los pecados de su padre, pero no merecería la

pena. Sin embargo, Tyler Highgarden y la humillación en Woolworth's llevaban años desazonándome, siempre con ello en la cabeza. El descubrimiento de que podía hacer algo al respecto era demasiado excitante como para no actuar.

Las hélices del ventilador no estaban afiladas, solo grasientas y llenas de polvo. Metí la mano y medí cuidadosamente, y después volví a la torre del agua y solté el gancho. Enrollé la cuerda y la até alrededor de las puntas. Lo empujaría por delante de mí en la oscuridad. No pensaba que pudiera atascarse más que yo. Ni siquiera lo consideraba un arma. Lo único que sabía mientras trepaba por las sucias hélices y rodeaba el motor era que quería aquellas puntas afiladas conmigo. Estaba un poco asustada y medio convencida de que podrían cogerme, pero aquellas puntas eran afiladas, seguras y tangiblemente peligrosas, como quería serlo yo. No podía dejarlas atrás.

El conducto del aire se ensanchaba al otro lado del ventilador, y allí había un filtro hecho de un material espinoso con el que me pinché los dedos. Lo aflojé por mi lado, crucé a gatas, y después lo tensé de nuevo, empujando el gancho por delante de mí en la oscuridad. De improviso el gancho chocó con un recodo del conducto y se me soltó de la mano. Yo caí detrás de él, dando con el hombro en un grueso acolchado de algodón y en el borde de la estructura que sujetaba el aislante y cerraba el respiradero. La estructura hizo un ruido sordo y cedió un poco, quedando suspendida y abierta por un lado. El gancho cayó por delante de mí con estruendo. Agarré el borde de la cubierta del respiradero, contuve el aliento un instante y a continuación fui tras el gancho. Me mordí la lengua al caer, y no grité de milagro. Choqué con un lateral de la estantería que exhibía los libros de patrones y me di contra un mostrador de cristal, que se rompió con un estallido seco debajo de mí. Tomé aliento, e inmediatamente divisé las puntas del gancho que sobresalían de otra vitrina a escasos centímetros de mi trasero.

—¡Dios mío!, —susurré—. ¡Jesús bendito!, —me dolía la cadera que me había golpeado, pero no parecía que me hubiera roto nada.

De repente noté que estaba empapada y empecé a temblar. Rodé por el mostrador, acabando de romper el cristal con mis zapatillas

deportivas al intentar levantarme. Cuando me encontré por fin en el pasillo, vi que tenía las manos cubiertas de un polvillo que centelleaba como diamantes al trasluz. Respiré lenta y profundamente y eché un vistazo alrededor. Arriba, la cubierta del respiradero colgaba abierta, el algodón sucio del aislante todavía sujeto a la estructura. Cerca de la fachada creí ver una sombra que se movía. Probablemente era Grey esperando a que le dejara entrar, pero dentro de los almacenes había un silencio absoluto y un olor a humedad, a agua de colonia y a ropa almidonada barata.

Cogí el gancho del aparador y me dirigí hacia la puerta principal. Bajo mis pies crujían los cristales rotos de la vitrina de mercería. Me detuve a mirar los dedales de plástico, las bobinas y los alfileres que estaban desparramados ante mí. Media docena de espejos de bolsillo estaban superpuestos en fila. Un destello me dio en los ojos. Sonreí y eché a andar hacia delante. Habían puesto el mostrador de las golosinas más cerca de la entrada. Veía el aparador con doble fondo de los frutos secos justo al lado de la máquina de palomitas. Empecé a balancear el gancho mientras caminaba hacia ella, notando en mi cara más amplia la sonrisa y un cosquilleo por la espalda. ¿Cuánto tiempo hacía que no había estado allí? ¿Cuánto tiempo que no me había plantado delante del mostrador de las golosinas y percibido el peculiar olor a polvo y a artículos baratos de los almacenes

Woolworth's?

Moví el gancho hacia delante y hacia atrás, adelante y atrás, y lo lancé justo contra el aparador de las nueces. El cristal se hizo añicos y se derramaron todas. Sentí como una descarga eléctrica que me subía por el brazo hasta el hombro; un río de nueces salía del aparador, una corriente de nueces, una avalancha. Empecé a reírme con una risa aflautada y nasal. Cuando cesó el ruido, vi que la vitrina era un engaño. No había más que seis centímetros de nueces apretadas contra el cristal delantero sobre una base de cartón.

—¡Serán tacaños los hijos de puta!, —dije en voz alta. Había una capa de nueces esparcidas, algunas todavía rodaban—. Malditos tacaños.

Oí a Grey dar golpes en la puerta principal y me apresuré a abrirle. Estaba tan impaciente por entrar que yo temía que rompiera el cristal.

—¡Para ya!, —grité, y fui a por el gato que tenían en el escaparate. Pero mientras yo lo arrastraba hacia la puerta, Grey seguía dando golpecitos en el cristal—. ¡Estúpido imbécil!, —le susurré, pero él solo hizo una mueca.

Apoyé el puntal contra una de las puertas e introduje la palanca en la ranura contra la otra puerta. Dos vueltas a la manivela y las puertas se abrieron con un ruido seco. Grey entró disparado, como un perro con el rabo en llamas, mientras yo quitaba el gato de un empujón. Quería trepar y cerrar de nuevo el respiradero, pero me di cuenta de que no había manera de llegar a él. Me había imaginado a Tyler Highgarden moviendo la cabeza y preguntándose cómo le habrían hecho aquello. Pero con el aislante colgando, todo el mundo sabría cómo habíamos entrado en la tienda.

—¡Joder!, —dijo Grey exultante, y oí romperse más cristales.

Había roto la parte delantera del aparador de los cuchillos y se estaba llenando alegremente los bolsos de navajas de todos los tamaños. Crucé los brazos y me encogí de hombros. Entraba una brisa por la puerta abierta y removía el polvo del suelo. Contemplé todas las *cosas* expuestas por detrás de Grey. Baratijas por todas partes; zapatos que con la lluvia se convertían en papel, ropa que se abría por las costuras, caramelos rancios, maquillajes que estropeaban la piel. ¿Qué había allí que pudiera serme útil? Pensé en las filas de conservas de verdura y fruta en casa de tía Raylene; en las filas de tomates y quimbombó, melocotones y judías, moras y ciruelas que se extendían estante tras estante en su sótano. Aquello sí tenía valor. Todas estas cosas me parecían chabacanas e inútiles. Me mordí los labios y volví a por mi gancho.

Grey recorría los pasillos de un lado a otro, cogiendo y dejando cosas.

—Joder, qué buen equipo hacemos —me susurró, movió la cabeza y se echó a reír. Agarró un almohadón de la sección de ropa de cama, se fue hacia la entrada y empezó a llenarla de cigarrillos.

—Síií —susurré.

Di una patada al aparador que tenía delante. Estaba lleno de marcos de fotografías, de madera, de plástico y dorados. Los grandes eran como los que tenían James y Madeline para sus retratos familiares. Por un momento quise destrozarlos, pero estos no eran los suyos, aunque fueran de la misma marca barata que

ellos nunca admitirían haber comprado. Balanceé el gancho de un lado a otro, tratando de pensar qué era lo que de verdad quería, a quién quería hacer daño realmente. Me dolían los ojos y tenía magulladas las palmas de las manos y me escocían. Creí que iba a echarme a llorar. Grey soltó otro «Joder» de alegría y noté que algo violento y doloroso me presionaba la garganta.

Estreché aquel gancho contra mi pecho y corrí hacia la puerta llamando a Grey. Todavía estaba cogiendo cosas y guardándoselas, con el almohadón sujeto en el cinturón de los vaqueros. Tardó veinte minutos en aparecer y reunirse conmigo. Estaba temblando, su rostro atezado surcado de sudor y polvo. Movía la boca, abriéndola y cerrándola, pero no salía ningún sonido de ella. Tenía los faldones de la camisa atados a la cintura para sujetar las cosas que no podía llevar de otra manera. Le puse la mano en el brazo.

—Date prisa. Vamos a dejar la puerta abierta, ¿vale?, —apreté los dedos y noté su excitación en la rigidez de sus músculos—. Que ya tienes las manos llenas.

Me hizo un guiño y se me acercó.

—Nunca olvidaré esto, Bone —me dijo—. En la vida —yo asentí solemnemente, y se le puso una sonrisa en la cara—. ¡Joder!, —susurró una vez más al salir por la puerta, igual que un niño con zapatos nuevos.

Tiré de las dos hojas de la puerta al mismo tiempo, y pareció que se cerraban y perseguían la sombra de Grey. Subimos por la calle State y pasamos por delante de un pequeño grupo de hombres pálidos que venían de la gasolinera de Texaco; su parecido con mis tíos hizo que se me pusiera un nudo en la garganta. Al pasar corriendo, les grité: «Las puertas de los malditos
Woolworth’s
están abiertas. Está abierto. La tienda entera está abierta».

Nos miraron. Yo iba con aquel gancho abrazado a mi estómago y Grey dando traspiés con el peso de las bolsas que llevaba y cayéndosele cosas de la camisa. Vi a uno de ellos volverse y mirar hacia atrás en dirección al edificio de los almacenes
Woolworth’s.
Otro tiró el cigarrillo y salió a la carrera. Sabía que por la mañana no quedaría ni un aparador que no hubiese sido abierto, un mostrador que no hubiera sido vaciado. Aquello era lo que me hacía

feliz, el sonido de aquellas botas corriendo por la calle y el pensar en todo lo que aquellos hombres se llevarían a casa. Mi antiguo resentimiento hacia Tyler Highgarden parecía una tontería comparado con aquello.

Bajo mis dedos sudorosos notaba cómo se desprendía la pintura del borde metálico de una de las puntas de aquel gancho. El resto lo quitaría raspando. Me latía la ira en mi interior. Puede que cuando el metal estuviera limpio y brillante, me largara una noche. Puede que me llegara hasta la casa de tío James y arrancara uno o dos rosales para mamá.

16.

Al día siguiente estaba soñolienta y nerviosa. La euforia había desaparecido. Seguía esperando que algo sucediera, que llegara alguien y me hiciera responder de lo que Grey y yo habíamos hecho. Había sido muy fácil volver a casa de tía Alma y meterme en la cama sin que Reese se diera cuenta de nada, demasiado fácil. Estuve toda la noche despertándome, hasta que al final me desperté de un sobresalto y la habitación estaba inundada de luz. Reese estaba aún profundamente dormida cerca del borde de la cama, pero oí hablar a Temple en la habitación de al lado. Me levanté y me vestí, intentando que pareciera que había dormido todo lo necesario.

Tía Alma se había quedado en casa de Ruth con mamá. Patsy Ruth se estaba quejando de que había estado sola sin saberlo siquiera. A Garvey y Little Earle no les importaba mucho. Estaban muy ocupados discutiendo sobre si Little Earle había escupido en la armónica nueva de Garvey o no. Yo no dejaba de mirar a los rasgos brillantes de Grey, preguntándome por qué los demás no veían su sonrisa satisfecha, pero había mucho jaleo. Nadie le miraba siquiera.

Temple había venido para cerciorarse de que todos desayunábamos, su vientre hinchado evidenciaba lo poco que le faltaba para tener su primer niño. Se ponía derecha constantemente y se llevaba la mano a la parte inferior de la espalda como si le doliese. Nos preparó unos tazones de sémola con queso y puso una fuente de beicon frito en medio de la mesa.

—Patsy Ruth y Little Earle —les llamó como si fueran cachorrillos extraviados—. Le prometí a mamá que me ocuparía de

que fuerais al colegio, así que daos prisa —limpió la grasa del borde de la fuente y puso al lado un platito de mantequilla—. Bone, tu madre dijo que te quedases aquí hasta que ella pasara a recogerte. Pero puede que no venga hasta mediodía, así que deja que Reese duerma todo lo que quiera.

—¿Por qué tenemos que ir nosotros al colegio y Reese y Bone no? —Little Earle se sentía agraviado.

—No lo sé y no me importa —Temple parecía que llevaba veinte años casada—. Lo único que sé es que tú vas a ir. Si quieres discutir con mamá al respecto, puedes hacerlo cuando vuelva a casa esta noche. En estos momentos tengo que preparar a Renacuajo para llevármela conmigo a casa.

Cogí un trozo de beicon para mascar y me fui al cuarto de estar con el libro que me había prestado tía Raylene, *El león, la bruja y el armario*, de C. S. Lewis. Me encantaba la historia, pero estaba tan cansada que me quedé dormida, y no me desperté hasta que mamá me puso una mano en el hombro.

—¿Dónde está Reese, Bone?, —tenía una voz extraña.

—Creo que aún está dormida, mamá —me levanté del sofá y la seguí a la cocina. Dejó el bolso encima de la mesa y se sentó pesadamente en una de las sillas metálicas. Tenía el rímel corrido bajo los ojos inyectados en sangre. Estaba callada, mirándome. No entendía la expresión de su cara.

—¿He hecho algo malo, mamá?

—No, cielo, no —movió la cabeza, clavando sus ojos en los míos durante un instante—. No eres tú —abrió el bolso, sacó sus Pall Malls, encendió uno y empezó a peinarse el pelo con la otra mano. Le llevé un cenicero.

—¿Quieres que te prepare un café?

—No, cielo.

Me senté a la mesa.

—¿Está Alma todavía en casa de Ruth?

Asintió, hizo una pausa y me miró directamente.

—Bone, tu tía Ruth ha muerto esta mañana temprano —le brillaban los ojos. Yo esperaba que empezase a llorar, pero no lo hizo. Simplemente siguió sentada fumando. Me miré las manos. No podía creer lo que había dicho. ¿Tía Ruth muerta? No. Mamá carraspeó.

—Alma aún está con Travis y Raylene. Yo solo he venido a recogeros a ti y a Reese. Hay mucho que hacer. Tanto que todavía no puedo ni pensar.

—Lo siento, mamá.

Mi voz se quebró. Tragué saliva, queriendo llorar pero notando que no me venían las lágrimas. Incluso después de todo este tiempo, realmente no esperaba que tía Ruth muriese. Todos decían constantemente que ella podría con eso, como lo había hecho antes. Mamá había hablado como si esta enfermedad fuera algo por lo que tenía que pasar, como si Ruth solo necesitara tiempo y tranquilidad para ponerse bien. Todos lo habían hecho. Entonces recordé lo delgada que estaba cuando me quedé con ella en su casa, tan frágil y débil, temblándole todo el cuerpo cuando se reía, la forma en que me miraba cuando me preguntó si creía que estaba muriéndose. Yo lo sabía, por supuesto que lo sabía. Era en la muerte en lo que tía Ruth pensaba todo el tiempo. La muerte era la razón de que hubiera hablado tanto, con tanta vehemencia, la muerte era el fuego que la consumía. Había estado muriendo con cada aliento y cada risa y cada lágrima enjugada. Yo me había dado cuenta de ello, pero aun así había imaginado que tía Ruth seguiría viviendo, su muerte siempre algo por venir. No verla todos los días, como había hecho durante el verano, me había servido para alimentar esa fantasía. Todos esos meses yo había sabido lo que estaba ocurriendo en aquella casa, lo había sabido y lo había negado, porque no podía hacer otra cosa.

—Ruth nunca fue guapa, ¿sabes?, —la voz de mamá me sorprendió. Alcé la vista hacia el reloj, pero la luz de encima del fogón estaba apagada. Había media docena de colillas en el cenicero, y el rímel de mamá se había corrido aún más. Me humedecí los labios.

—Tía Alma decía que era extraordinaria.

—¡Oh!, —mamá se encogió de hombros. Se secó la mejilla con los dedos, corriéndose el rímel hasta la sien—. Eso es lo que se dice de una chica que tiene una cara de rasgos acusados y que no es fea, pero tampoco guapa. Cuando éramos pequeñas creo que Ruth habría dado cualquier cosa por ser guapa. Solía plantarse delante del espejo del armario de la abuela y mirarse fijamente cuando pensaba que nadie la veía, pero yo nunca le gastaba bromas con

eso. Ya tenía bastantes con las de los chicos.

Mamá estrujó el cigarrillo.

—La verdad es que prácticamente me crio ella. Por entonces papá ya se había ido, y la abuela estaba siempre detrás de los chicos o de tu tía Alma, que no hacía más que meterse en líos. Ruth era la que estaba pendiente de mí, la única con quien yo podía hablar. Una vez me dijo que le gustaba hacer como que yo era su hija. Yo era su niña, y acababa de empezar el colegio cuando ella se casó con Travis y se mudaron al otro lado de la calle. Se pasaba casi más tiempo en nuestra casa que en la suya, cocinando para la abuela y recogiendo lo que nosotros dejábamos tirado. Travis se enfadaba muchísimo y venía dando golpes en la puerta, llamándola a gritos para que volviera a casa con él.

Mamá se mordió ligeramente los labios. Era un gesto que había visto en tía Ruth a menudo, y que yo misma hacía cuando estaba nerviosa. En aquel momento casi me hizo llorar. Me sequé los ojos, viendo a mamá usar el dorso de la mano para secarse los suyos otra vez.

—Por alguna razón Ruth pensaba que no podía tener niños. Cuando se quedó embarazada se puso muy contenta. Para mí era un misterio el por qué deseaba tanto tener niños. Todos los demás parecían lamentarse, pero a Ruth la hacía feliz, se reía y cantaba y confeccionaba la ropa de su bebé. Una vez le pregunté que por qué estaba siempre tan contenta y se me quedó mirando como si yo fuera tonta de remate. Me dijo que era la prueba. Estar embarazada era la prueba de que algún hombre te veía guapa en algún momento, y, cuantos más hijos tenía, más segura estaba de su valor. Estuve a punto de echarme a llorar, y al mismo tiempo quería pegarla por hablar así, como si ella no valiera nada por sí misma. Como si mi cariño no la hiciera ya sentirse valiosa.

Pensé en todas las veces que me había mirado en el espejo del baño, sabiendo que no era guapa y sintiéndome mal por ello. Noté que un escalofrío me subía por la espalda, como si tía Ruth acabara de tocarme la columna vertebral. Mamá movía la cabeza mientras alcanzaba el bolso para abrirlo, revolverlo todo y sacar un pañuelo. Se lo pasó con cuidado por debajo de los ojos.

—Tráeme un poco de crema, Bone. Quiero quitarme toda esta porquería de la cara.

Corrí al baño y cogí el frasco de Noxzema. Allí estaba Reese, con el pelo revuelto y los ojos pegajosos de haber dormido mucho.

—¿Por qué no me has despertado?, —se quejó—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Se han ido todos, pero mamá está aquí. Lávate y ven a la cocina —me fui rápidamente. Tendría que decírselo mamá. Yo no podía.

Cuando volví, mamá se encontraba en la misma posición, con el pañuelo bajo los ojos, pero ahora sí que estaba llorando. Le corrían regueros de lágrimas por las mejillas. Corrí hacia ella y la rodeé con mis brazos. Durante unos instantes estuvimos abrazadas, y después ella se soltó, turbada, apartándome un poco.

—Tú también la querías, ¿verdad, Bone?, —me miró fijamente a la cara como si pudiera verme por dentro—. ¿Tú sabes cuánto te quería ella?

Asentí con la cabeza. No podía hablar. Mamá me abrazó, meciéndome contra su pecho. Sus manos me apretaron los hombros, agitándome un poco.

—¡Pequeña mía!, —susurró mamá—. Me gustaría estar segura de que Ruth sabía lo hermosa que era.

17.

Reese no había estado nunca en un funeral, y yo no estaba muy segura de cómo debíamos comportarnos. A Reese le preocupaba qué ropa ponerse. «¿No tenemos que vestirnos de negro?», preguntaba constantemente. «Mamá, ¿cuándo vamos a comprarnos los vestidos negros?». Parecía estar pensando ya en ir al colegio al día siguiente con su vestido negro nuevo. No hacía mucho hubiera sido eso en lo que yo habría estado pensando. Ahora solo era capaz de pensar en tía Ruth y en cómo me había hablado el último verano. Cuando mamá le dijo a Reese que se callara y que podía ponerse la falda azul oscura y una blusa blanca, salí a sentarme en los escalones del porche, abrazándome las rodillas contra el pecho.

Había algo en mi interior que me oprimía, no el corazón, sino algo justo encima de él. Pensaba en la expresión de tía Ruth cuando me sonreía, en lo delgada que había llegado a estar, en sus dedos de pajarillo y sus ojos febriles. Pero sobre todo pensaba en cómo se reía con Earle y en cómo se quedaba después con la mirada perdida en la lejanía durante todas aquellas horas de las calurosas tardes.

«¿Podemos hablar entre nosotras o no?», me había preguntado. Yo había intentado hacerlo, pero al final había mentido. No le había dicho que se moría ni le había contado la verdad sobre el miedo que le tenía a papá Glen. No le había dicho que sabía en lo que él estaba pensando cuando me miraba, que podía ver en sus ojos no solo confusión y rabia sino algo todavía más maligno y peligroso. No le había hablado de cómo me había tocado. Me daba mucha vergüenza. Mamá creía que tenerme fuera de casa y lejos de papá Glen era la solución, que teniendo paciencia, queriéndole y haciéndole sentir fuerte e importante acabaría por arreglarlo todo.

Pero nada había cambiado y nada se había arreglado de verdad, todo había quedado pospuesto. Siempre que su padre le hablaba con aspereza, siempre que no podía pagar las facturas, siempre que mamá estaba demasiado cansada como para halagarle o sacarle de sus malos momentos haciéndole bromas, los ojos de papá Glen se volvían hacia mí y se me helaba la sangre. Nunca le había contado esto a tía Ruth, nunca se lo había contado a nadie. No sabía cómo hacerlo.

Me dolía tanto la cabeza que ni siquiera oí gritar a papá Glen. Estaba todavía acurrucada en el porche cuando él salió por la puerta.

—Te estaba llamando a ti, niña —me agarró por el hombro. Aún no había tenido tiempo de ducharse y tenía la cara sudorosa y el uniforme le olía a leche. Le miré con odio y vi que las pupilas se le endurecían y se le ponían más pequeñas.

—No te he oído —dije sencillamente y con frialdad.

—¡Vaya si me has oído!, —me puso en pie de un tirón.

—¡No te he oído!, —le grité. Me latía la sangre en la cabeza—. No te he oído. No tienes ningún derecho a llamarme mentirosa.

Por la puerta abierta vi salir a mamá de la cocina, secándose las manos con un paño.

—¡Glen!, —le llamó—. ¡Glen!

—Te crees que porque haya muerto tu tía puedes soltarme impertinencias —papá Glen estaba tan furioso que casi escupía al hablar—. Te crees que puedes decir todo lo que te venga en gana. ¡Ya verás la que te espera!

Me metió a rastras en casa. Reese se levantó del sofá de un salto y se fue corriendo al dormitorio.

—¡Glen!, —le llamó otra vez mamá, siguiéndonos, pero él no se detuvo.

Me golpeé el hombro en la jamba de la puerta al empujarme para que entrara en el cuarto de baño. Tropecé, y me habría caído al suelo, pero él seguía agarrándome por el brazo. La puerta se cerró de un portazo detrás de nosotros.

—¡Glen! ¡No lo hagas, Glen!, —las manos de mamá golpeaban la puerta del baño.

Yo estaba de pie, mirando a papá Glen, con la espalda recta y los puños apretados a ambos lados. Él tenía la cara rígida; el cuello,

colorado y brillante. Siguió sujetándome con una mano mientras se quitaba el cinto con la otra.

—No digas una sola palabra —me susurró—. No se te ocurra.

No, pensé. No lo haré. Ni una palabra, ni un grito, nada esta vez.

Me sujetó entre su cadera y el lavabo, levantándome ligeramente y doblándome. Alargué los brazos y me aferré a la porcelana, tratando de no agarrarme a él, de no tocarle. No. No. No. Él bufaba y escupía, y le daba tantos golpes a la pared como a mí. Al otro lado de la puerta, mamá gritaba. Papá Glen resoplaba. Yo le odiaba. Le odiaba. El cinturón subía y bajaba. Fuego en mis muslos. Dolor. ¿Había sentido tía Ruth un dolor así? ¿Había gritado? Yo no gritaría. Yo no, yo no, yo no gritaría.

Después, todo se quedó tan silencioso que podía oír el latido de mi corazón. Los sonidos volvieron poco a poco. Había motas de sangre en la toalla cuando la lavó mamá. Yo miraba, entumecida y desolada. Estaba acostada en su cama, apoyada en su cadera. La casa estaba fría. De la radio llegaba la voz grave de Conway Twitty cantando *But only make believe*
it's
.

—¿Por qué, cariño? ¿Por qué has tenido que portarte así? Mañana es el funeral, Raylene espera que la ayudemos a limpiar la casa de Ruth antes de que vuelvan todos, la niña de Alma está mala, y ahora… —Me puso un paño húmedo en el cuello—. Bone. ¿Es por Ruth? ¿Es por eso por lo que te pusiste a gritar a Glen? Cariño, sabes que no puedes hacer eso.

Estaba muy pálida y tenía las ojeras muy oscuras. Se había quitado el carmín, pero aún tenía una mancha en la barbilla. Le vibraban los labios. Encendió un cigarrillo con dedos trémulos, dejando una mano en mi hombro. Podía notar los huesos de aquella mano. La oí susurrar como si estuviera hablando consigo misma: «¡Ya no sé qué hacer!». Cerré los ojos. Solo una cosa importaba. Yo no había gritado.

Pasé la noche antes del funeral con tía Raylene en casa de tía

Ruth, ayudándola a limpiar un poco las cosas y a cocinar un jamón y dos guisos diferentes, uno con pasta y queso y otro de verduras con costra de harina de maíz. Deedee se había pasado la tarde encerrada en su habitación escuchando la radio, y Travis estaba todavía en el tanatorio cuando tía Raylene me mandó a la cama. Me desperté tarde y tuve que apresurarme a darme un baño mientras tía Raylene preparaba unas tortas y una sartén de beicon. Me había cuidado la noche anterior de no dejar que Raylene me viera las magulladuras de las piernas cuando me puso en la cama de la antigua habitación de Butch. Estaba tan distraída que no vio nada. No tenía mucho apetito pero comí obedientemente una rebanada con beicon y me tomé el café que tía Raylene había dejado mientras ella terminaba de vestirse. Luego salí al porche a esperarla.

En la radio se oía *Get a Job* de The Silhouettes, con un estribillo *staccato* y rápido, sonando alto tan de mañana. Deedee estaba sentada en la mecedora del porche en camisón, con los rulos aún puestos.

—Detesto esa maldita música de palurdos, siempre la he detestado —me dijo ella en tono relajado mientras yo me quedaba mirándola.

—Tienes que vestirte. Tía Raylene está ya casi lista para salir —yo miré por ver si había alguien más, pero la camioneta de tío Travis seguía sin aparecer y no había nadie por allí. Deedee parecía no haber dormido. Estaba fumando un Chesterfield sin filtro, temblándole ligeramente la mano cuando lo absorbía con fruición, los ojos muy enrojecidos y entornados por la luz del sol.

—Pero esa es la música que escuchaba mamá —continuó como si yo no hubiese dicho nada—. Aullidos, cánticos tiroleses, quejidos, música ratonera. Se enfadaba cada vez que yo ponía mis emisoras, música de negros la llamaba. Me decía que me echaría a perder. Como si no me hubiera dicho miles de veces que estaba ya echada a perder —Deedee tenía una pierna encogida de manera que apoyaba un brazo en la rodilla, con el cigarrillo a la altura de la boca. En la otra mano tenía un paquete casi vacío, y había una caja de cerillas de cocina en el suelo al lado de un platillo lleno de ceniza.

La radio se interrumpió, vibró, y cambió la música. «Elvis Presley y los Jordanaires», anunció el DJ, «en la feria de Spartanburg el domingo por la tarde. Yo voy a estar allí, apuesta lo

que quieras. Ahora está él aquí en persona». La música de fondo que había estado sonando suavemente se oía alto ahora. *«I got a woman mean as she can be…»*.

—Ya he visto a Elvis tres veces. ¿Qué opinas tú, Bone? ¿Te gusta Elvis? —Deedee me miraba casi con odio.

Me encogí de hombros.

—Bastante, pero nunca le he visto.

—Tú nunca has visto nada.

—No.

Deedee tiró la colilla por encima de la barandilla lateral del porche y me echó una mirada furibunda.

—Ella te quería, ¿sabes? Una barbaridad más que a mí.

No dije nada. Tía Raylene salió por la puerta poniéndose los guantes.

—Deedee, será mejor que te peines y te vistas. Hace media hora que tendrías que estar arreglada. Travis está ya en el tanatorio.

—Ha estado allí toda la noche —Deedee puso los pies en el asiento de la mecedora y se llevó una mano a los ojos—. Cuando me di cuenta de que no iba a venir a casa, mandé allí a Grey para que le llevara su mejor traje.

—Bueno, supongo que no debería sorprenderme —tía Raylene acarició levemente la mejilla de Deedee, y por primera vez reparé en que tenía huellas casi imperceptibles de haber llorado—. Ha sido una buena idea que le hicieras llegar el traje. Y ahora vamos, jovencita. Levántate y ve a vestirte. No tenemos tiempo para que andes deprimiéndote en el porche.

Deedee dejó caer la mano en el regazo y movió la cabeza enérgicamente.

—Yo no voy —se pasó la lengua por los labios y se aclaró la voz —. Entiéndelo, Raylene, no voy a hacerlo. No voy a ir allí para que todos me compadezcan. A mamá no le importaría, y aquí puedo llorar todo lo que quiera.

—Deedee, levántate —tía Raylene dio un empujón a la mecedora, haciendo que Deedee perdiera el equilibrio de modo que tuvo que bajar los pies al suelo para no caerse—. No lo digo en broma. Tienes cinco minutos para ponerte el vestido y los zapatos. Puedes quitarte las pinzas en el coche.

—Ya te lo he dicho, no voy. ¡Y no voy!

La bofetada me sobrecogió tanto como a Deedee. Se llevó una mano a la cara mientras Raylene levantaba el brazo otra vez.

—He dicho que te levantes —la voz de tía Raylene era suave pero perfectamente clara—. No voy a consentirlo. Esta noche, o mañana, hablaremos de tu madre. Entonces podrás quejarte y gimotear hasta hartarte, maldecir y gritar y hacer lo que te parezca. Pero ahora mismo vas a ir al funeral como a ella le gustaría. Si no lo haces, dentro de diez años te odiarás a ti misma por no haber ido, y te aseguro que no voy a dejar que eso suceda. Así que despega el trasero de esa silla y lávate la cara antes de que te dé de bofetadas.

Deedee, boquiabierta, titubeó unos instantes y Raylene bajó la mano. Inmediatamente Deedee se levantó y se metió en casa. Oímos correr el agua brevemente y después sus pisadas en las escaleras. Tía Raylene suspiró y se colocó unos cuantos cabellos rebeldes detrás de las orejas. Me miró detenidamente.

—Vete al coche —dijo—. No tenemos tiempo para más tonterías.

A Earle le dejaron salir temprano del campo de trabajo para que pudiera asistir al funeral de tía Ruth. Apareció en el tanatorio borracho, vistiendo un traje oscuro nuevo, con sus viejas botas de trabajo, y colgado del brazo de una chica ridículamente joven y delgada que nadie conocía. Yo estaba en la entrada con Raylene y Alma cuando le vimos subiendo los escalones. Me saludó con una rápida inclinación de cabeza, dedicando toda la atención a sus hermanas. Al ver que Raylene estaba que trinaba, le dijo a la chica que esperara en la camioneta.

—No te enfades, Raylene —le dijo cuando se marchaba la chica —. Esa criatura es lo único que me mantiene vivo.

—¿Y qué haces tú por ella?

—Todo lo que puedo, hermana, todo lo que ella quiere.

—¿Vas a casarte con ella, entonces?, —tía Alma parecía cansada e impaciente.

—Pues sí. Sí que lo voy a hacer. Por supuesto que sí.

—¡Maldita sea! Earle, eres un imbécil. Uno de estos días una de tus mujeres te llevará a la cárcel.

—Ninguna mujer me ha llevado nunca a la cárcel —Earle se

tambaleó ligeramente sobre sus viejas botas—. Y ninguna se atrevería.

—¡Agg! Earle —Raylene movió la cabeza y se encogió de hombros. Le echó los brazos al cuello y le atrajo a su pecho—. Me alegro de que estés aquí —cuando le soltó, ella sonrió por primera vez desde que Ruth había muerto—. ¿Te ha comprado el traje esa chica?

—¿Por qué? ¿No te gusta? —Earle se pasó las manos por los delanteros de la chaqueta. Estaba tan delgado que, cuando doblaba los brazos, el oscuro tejido aleteaba como un cuervo. El pelo lo tenía aún muy corto, pero negro otra vez, como si se lo hubiera teñido. Solo parecía él cuando sonreía azorado—. ¿No crees que me ha comprado uno bueno?

—No está nada mal, sobre todo porque no has tenido que pagarlo tú.

Beau se había puesto su mejor traje oscuro, pero no le sentaba muy bien. No dejaba de levantar un hombro y después el otro, tratando de sentirse más cómodo. Llevaba adherido el olor a whisky, pero no se le había visto tan sobrio en muchos años; sobrio e irritable, y tan nervioso que no hacía más que morderse el labio inferior.

—¿Qué demonio estamos esperando aquí de pie?, —se volvió hacia Raylene como si ella fuera la responsable de todo—. Este funeral debería haber terminado hace dos días, pero seguimos en estos escalones como si nunca fuésemos a poner a Ruth bajo tierra.

—¡Beau! —Alma parecía indignada—. No hables así. Te van a oír los niños.

El tono de voz de Raylene era tranquilo y neutro.

—Estamos esperando porque Travis nos ha pedido que esperemos. Tiene la esperanza de que Tommy Lee, Dwight y D. W, vengan y se acerquen con nosotros hasta la tumba.

—¡Qué diablos! Esos chicos no van a venir. Nadie ha visto a Tommy Lee desde hace dos años, y la última vez que oí hablar de D. W, se dirigía a California —Beau se aclaró la voz y escupió—. Travis no está usando la cabeza.

—No, no la está usando —continuó Raylene con aquel tono suave y comedido—. Y tú tampoco lo harías si estuvieras en su lugar. Ruth quería que viniesen todos sus hijos y Travis ha tratado

de hacer todo como ella deseaba. Dale unos minutos más y será el encargado del tanatorio quien le meta prisa. No quiero que tú le digas nada.

—No iba a decirle a nada —Beau parecía molesto—. No soy tonto.

—Ven conmigo, Beau —Earle le puso una mano en el hombro—. Vamos un momento a la camioneta.

—¡Dios mío!, —parecía que Alma iba a ponerse a gritar en cualquier momento—. Ahora van a emborracharse los dos.

—A mí me da igual —Raylene sacó un pañuelo de su bolso y se lo pasó por la boca—. Beau toma unas copas y sé cómo va a comportarse. No conozco a ese hombre cuando está sobrio. No sé lo que va a hacer. Pero si Earle le da un trago, puede que hasta sea capaz de llorar. Dejémosles que se cuiden el uno al otro.

Vi a Butch junto a la tumba, incómodo con aquel traje oscuro que parecía demasiado grande para él. Más tarde me dijo que había llegado allí horas antes y que se había dedicado a observar mientras los sepultureros terminaban de montar el doselete que iba sobre los enormes ramos de flores de invernadero y las coronas adornadas con cintas y lo sujetaban para que no se lo llevara el viento. Era un día frío y gris y no había señales de lluvia, solo un viento fuerte e incesante que agitaba las flores. Había un enorme arreglo floral en forma de corazón sobre un pedestal en el que se leía *Madre* en letra cursiva. Él estaba allí de pie, con las manos fuertemente entrelazadas por delante.

—Bone —susurró cuando me puse a su lado—. Será mejor que te sientes.

—No quiero sentarme —el viento sacudió la corona en forma de corazón, y ambos alargamos las manos para sostenerla.

—Me han dicho que pasaste el verano con ella.

—Sí.

—Yo volví una vez para visitarla justo antes del Día de Acción de Gracias. Solo me quedé unos días. Sentí no poder verte — hablaba en voz baja. Nos quedamos mirando cómo la gente iba llegando y tomando asiento. Mamá, Raylene, Alma y Carr se agruparon en torno a la abuela. No había visto a la abuela desde

hacía mucho tiempo. Estaba pálida, desencajada y con la mirada perdida.

—Parece como si el médico le hubiera dado algo —le susurré a Butch.

—Tiene mala cara —asintió Butch. Enderezó la espalda y se dio la vuelta para mirar durante un momento hacia donde estaban las lápidas más sencillas. Cuando se volvió otra vez, vi que tenía los labios apretados y los ojos enrojecidos.

Nevil, Earle y Beau se quedaron a cierta distancia, esperando hasta que llegó el coche fúnebre y se juntaron los hombres para llevar el féretro a la tumba. Vi que Dwight y D. W, estaban entre ellos, pero no había ni rastro de Tommy Lee.

Soplaba un viento helador. Cuando los hombres transportaban el féretro, se las vieron y se las desearon para mantener las flores encima de él. Al predicador se le cayeron los papeles, y Little Earle corrió a cogérselos. Patsy Ruth y Mollie estaban sentadas con Reese, y Grey y Garvey se encontraban detrás de ellas. Temple se sentaba con su marido, justo detrás de mamá. Casi todos los asientos restantes los ocupaban mujeres de la iglesia baptista de Bushy Creek. Cuando el predicador dio comienzo con «Hermanos y hermanas», todos inclinaron la cabeza al mismo tiempo.

—¡Maldita sea!, —oí murmurar a Butch—. ¡Maldita sea!

—¡Maldita sea!, —dije yo también.

—Debería haber habido música —le dije a Butch cuando volvimos a casa de tía Ruth. Estaba sentado conmigo en las sillas de mimbre que tío Travis había sacado al jardín trasero, llevándose la mano al bolsillo y dando sorbos a escondidas a una pequeña botella de whisky Ancient Age. Además, debajo de la silla, tenía una botella de Pabst Blue Ribbon —la cerveza favorita de Nevil— que vertía constantemente en una taza metálica de café y de la que bebía sin disimulo. No sé cuánto había tomado, parecía relajado y a gusto a pesar del frío, con un viejo gabán de militar de tío Travis y una bufanda escocesa de lana alrededor del cuello. Yo me había puesto la chaqueta forrada de franela y los guantes de tío Nevil y no tenía mucho frío, pero no me sorprendía que nadie más se hubiera unido a nosotros.

—¿Qué música?, —murmuró Butch en mi dirección—. ¿Unos berridos de la familia Carter? ¿Tal vez la canción esa acerca de levantar tu casa para el Señor?, —soltó un bufido y empezó a cantar un estribillo desafinado de *Will the Circle Be Unbroken*. Le salía el aliento en pálidas nubecillas.

—No sabes cantar —le dije.

—Ninguno de nosotros sabe —me pasó el whisky—. ¿Quieres un sorbo? Puede que entres en calor.

No contesté, solo eché un buen trago. Me gustaba el sabor. Era fuerte, un poco amargo, pero tonificante.

Butch rio cariñosamente, dio unos golpecitos en la botella y volvió a llenar la taza de Pabst.

—Pero no se lo digas a tu madre. Me cortaría el cuello.

—Dame un poco —cogí la taza antes de que le diera por poner reparos y bebí toda la cerveza que pude. Tenía un sabor suave después del whisky, pero me raspaba al tragar, no habría sabido decir si porque estaba muy fría o porque tragué mucho de un golpe. Por lo que yo sabía, la cerveza tenía que raspar al bajar.

Butch se me quedó mirando fijamente.

—¿Estás intentando emborracharte?, —preguntó.

—¿Crees que puedo?

—Claro que sí. Pero quizá tenga que ir a buscar otro par de botellas si quieres hacerlo bien.

—Earle está ahí dentro. Seguro que podemos conseguir un poco de su whisky o del de Beau.

—¡Guau, Bone! Chica, ¿es que te has hecho mayor mientras he estado fuera? ¡Así que bebiendo cerveza y robando whisky!

Apuré su taza y se la devolví.

—Deberían haber puesto música. A Ruth le encantaba la música.

—Es verdad —Butch se daba con la taza en los nudillos, produciendo un sonido sordo y grave—. Sí que le gustaba. Le encantaba poner aquellos viejos discos rayados. Los guardó incluso después de que D. W, le rompió el tocadiscos. Siempre quise comprarle otro, pero parece que nunca me sobraba el dinero. Un par de veces le pedí prestado el suyo a Earle para que ella pudiera escuchar su música.

—Earle se lo dejó el verano pasado mientras yo estuve allí. Escuchamos algunas de sus cosas.

Butch sonrió.

—No me lo digas. *Gospel Train*, ¿a que sí? Algo de Hank Williams, Los Hermanos Monroe, Hazel Cole, y, ¿cómo se llamaba ese?, sí, Blind Alfred Reed, ¿verdad? Seguro que hasta puso *Wabash Cannonball, y Where the Soul of Man Never Dies*.

—*Pistol*
Packin' Mama
—estiré el brazo buscando la botella de Pabst que seguía bajo la silla de Butch, la cogí y la apuré. Me miraba fijamente, incrédulo—. Esa sí que le gustaba. La cantamos juntas una tarde —volví a poner la botella vacía debajo de su silla.

Se le contrajo la cara.

—¡Mierda!, —susurró—. Se me había olvidado esa —bajó la cabeza y se tapó la cara con las manos. Vi cómo se le tensaban los hombros, sintiéndome aturdida y distante, el licor como un escudo en todo mi sistema nervioso.

—¡Joder!, —soltó Butch, y se levantó—. No lo aguanto —volcó la silla de una patada, volvió a darle otra vez lanzándola a unos metros de distancia, fue tras ella y le propinó otro puntapié—. Nunca pensé que me sentiría de este modo. Cuando hablé con Deedee, los dos juramos que no nos comportaríamos así, y ahí está ella ahora, en el dormitorio de mamá, llorando como si se le hubiera roto el corazón, como si hubiese perdido a su mejor amiga. Y qué demonio —dijo casi gritando volviéndose hacia mí—, mamá y ella apenas si se soportaban.

Yo asentí.

—No tiene mucho sentido, ¿verdad? Siempre pensé que Deedee odiaba a tía Ruth, hablaba muy mal de ella. Pero esta mañana… —Hice una pausa para secarme la cara—. Todo parecía distinto.

—¡Mierda!, estás borracha —Butch se acercó a mí, me echó la cabeza hacia atrás y acercó la suya a la mía. Sus labios presionaron mis labios, su lengua se deslizó empujando mi lengua, y yo me aparté bruscamente, sorprendida.

—¿Cuántos años tienes, Bone?, —preguntó.

—Cumplo trece en mayo —le contesté.

—Trece —Butch movió la cabeza—. Siempre me has gustado —susurró—. Aún me gustas. Tú no eres una imbécil como todos los demás —se puso derecho y retrocedió—. Así que no vayas dándole

a esto más importancia de la que tiene.

Me puse de pie con cuidado. La parte de atrás de la falda se me había quedado pegada a las piernas. Me la despegué con una mano y noté cómo se me quitaba una postilla. Hice una mueca de dolor, pero Butch se había agachado para coger la botella de cerveza y no me vio. Me fui adentro, caminando despacio, poniendo prudentemente un pie delante del otro. En cierto modo era interesante estar borracha. Me gustaba eso de estar aturdida.

En la casa, calentada en exceso, parecía no haber aire. La cocina se encontraba llena de mujeres charlando y vigilando la lumbre. Mamá y Alma estaban sentadas a la mesa, Alma apoyada en el hombro de mamá. Carr estaba partiendo jamón y poniéndolo en una fuente. Temple y Mollie estaban con ella ayudándola a preparar más platos de comida. No veía a Raylene por ninguna parte. Miré en el salón, pero estaba saturado de humo, olor a whisky y hombres hablando con voces roncas.

Travis se encontraba en el sofá con la cabeza echada hacia atrás. Tenía las mejillas rojas y se le veían amoratadas las venillas de la nariz.

Bajé al vestíbulo arrastrando las manos por las paredes. Esto no era nada difícil. Siempre y cuando me moviera despacio y mantuviera alta la cabeza, no había ningún problema. Entré en el baño y me miré en el espejo; estaba sudorosa, colorada. Desde luego yo sí me veía borracha. Sonreí. Hacía demasiado calor. La ventana que estaba sobre el inodoro parecía cerrada a cal y canto. Me subí encima del inodoro con una pierna a cada lado y aporreé la ventana hasta que se aflojó un poco y se abrió. El aire me refrescó la cara. Me incliné, me quité las bragas con dificultad, me levanté la falda y, sin darme la vuelta, me senté en el inodoro. Nunca antes me había sentido tan bien al mear. Apoyé la mejilla en la fresca porcelana de la cisterna y disfruté del placer de aliviarme.

La puerta se abrió detrás de mí. Me levanté, sobresaltada, y me resbalé, cayéndome otra vez en la taza. Medio vuelta, intenté levantarme de nuevo, pero un sonoro y repentino hipo volvió a sentarme en el inodoro. Raylene se echó a reír.

—¿Quién te ha dejado beber?, —no parecía muy enfadada. Cerró la puerta tras ella y me sujetó con una mano—. Estás que te caes de borracha.

—No, no estoy borracha. He bebido solo un poco.

—Ya veo —se rio, cogió un trozo de papel del rollo y me lo dio —. Vamos. Arriba —me puso la mano en el codo derecho, ayudándome a ponerme en pie. Intenté retroceder, pero ella me tenía agarrada.

—Tía Raylene —volví la cabeza para mirarla otra vez, dispuesta a convencerla de que no estaba realmente borracha. La expresión de su cara me detuvo. Estaba mirándome las bragas, que colgaban del zapato izquierdo, viéndose claramente las manchas rojizas. Tiró de mí un poco hacia atrás y me subió la falda con la mano izquierda. Yo traté de estirármela por detrás con mis dedos entumecidos, pero ella la tenía bien agarrada.

—¡Jesús, José y María!

Sentí una verdadera conmoción. De pronto me sentí aterrada, irracional y espantosamente aterrada.

—No —supliqué—. No, por favor —pero la puerta estaba abierta. Ella estaba empujándome para que saliera. Yo me resistía, pero era imposible detenerla. Me empujó hacia el dormitorio vacío de Deedee.

—¡Earle!, —gritaba tía Raylene—. Earle, ven aquí. Tú y Beau, venid aquí.

—No —dije otra vez—. Por favor. Por favor.

—Tranquila, Bone. Nadie va a hacerte daño. Te lo juro, nadie va a hacerte daño nunca más.

Earle empujó la puerta.

—Raylene, ¿a qué viene tanto grito? Los niños están arriba dormidos, y tus alaridos van a asustar a la gente del condado vecino.

Raylene se volvió hacia él.

—Cállate y mira esto.

Me dio la vuelta y me levantó la falda de un tirón. Empecé a tartamudear.

—No, no.

—¡Madre mía!, —la voz de Earle era suave, pero más alarmada de lo que jamás podría haber imaginado. Me llevé las manos a la nuca, agaché la cabeza y empecé a temblar.

—Dejadme en paz —supliqué. Mis bragas seguían enredadas en el zapato izquierdo.

—Shh, shh —los brazos de tía Raylene me rodearon como un manto. Se sentó en la cama y me llevó a su regazo—. Shh.

Earle se había ido. Se abrió la puerta de nuevo y aparecieron Nevil y Beau.

—¿Es verdad?, —inquirió Beau—. ¿Es cierto que ese hijo de puta la ha hecho sangrar a golpes?

—Como a un perro —le contestó Raylene—. La niña tiene señales hasta las rodillas —ella me soltó las bragas del zapato y se las tiró a él—. Le mataría —lo dijo en un tono tan natural que la creí.

—No —gemí.

—¡Mierda!, —la voz de Nevil apenas era reconocible. Se oyó un chillido en el vestíbulo, un estruendo, y la voz de Earle gritando: «Te voy a matar, ¡hijo de puta!». Nevil y Beau se dieron la vuelta al mismo tiempo.

—No —supliqué otra vez—. Tía Raylene, ¡por favor!, —pero ella no hacía más que abrazarme con fuerza. Me di la vuelta y empecé a pegarla, tratando de soltarme. Los brazos de mamá me rodearon tan repentinamente que por poco me quedo sin respiración.

—¡Mamá! Lo siento. Lo siento.

—¡Shh! ¡Shh! Bone —su voz sonaba exactamente igual que la de Raylene—. Ya está, cariño. No pasa nada.

Todavía aterrada, me aferré a ella. Desde la parte delantera de la casa llegaban ruidos secos y de cosas que se rompían. Habían salido al porche. Raylene estaba con la espalda apoyada en la puerta del dormitorio, con los brazos cruzados encima del pecho, como si esperara que fuéramos a echarla de la habitación. Mamá me abrazó y me susurró otra vez «No pasa nada».

Unos minutos después, Raylene se acercó y se sentó a nuestro lado.

—Anney —tenía la voz ronca—. Anney, ¿te ha pegado a ti también? Contéstame, ¿te ha hecho daño?

—Glen nunca me haría daño, Raylene. Lo sabes muy bien —mamá apretaba la boca contra mi pelo—. Jamás me levantaría la mano —suspiró y bajó la cabeza.

—Oh, Anney —Raylene alargó el brazo para coger las manos de mamá, pero ella se apartó bruscamente.

—No, no me toques —mamá casi escupió. Me acercó más hacia

sí. Yo temblaba en sus brazos, y ella también temblaba—. Oh, Dios, Raylene. Estoy tan avergonzada. No pude pararle, y después… No sé —movía la cabeza una y otra vez. Cuando habló de nuevo su voz era vehemente, desesperada—. La quiere. La quiere. Nos quiere a todas. Lo sé. No lo sé. Oh, Dios. Raylene. Le quiero. Sé que me odiarás. A veces me odio a mí misma, pero le quiero. Le quiero.

Levanté la vista. Los ojos de mamá brillaban intensamente. Tenía la boca abierta, los labios contraídos y separados de los dientes, los músculos del cuello salientes y rígidos. Le temblaba la barbilla como si quisiera llorar pero no pudiese.

—Yo solo quería que todo fuese bien —susurró—. Durante tanto tiempo he confiado, he rezado, he soñado, he fingido. He aguantado, no he hecho más que aguantar.

—Mamá —sollocé, e intenté acercarme más a ella—. Yo le hice enfadar. Fui yo.

—Bone —Raylene alargó la mano hacia mí.

—¡Noo!, —me aparté bruscamente y apreté la cara contra el brazo de mamá.

—Shh. Shh —mamá tomó aliento. Me quedé quieta y oí cómo Raylene dejaba caer la mano.

Escuchábamos los ruidos que venían del porche. Aquellos golpes secos eran de papá Glen dando contra la pared. Aquellas quejas eran suyas. Los improperios, de mis tíos. Me mordí las manos. Levanté la vista. Por encima de mí la cara de mamá y la de Raylene casi se tocaban, ambas temblando y agarrándose como si la vida de cada una dependiera de la otra.

18.

Las cosas se rompen muy fácilmente cuando se han mantenido unidas con mentiras. Así fue con mamá y papá Glen. Tía Raylene nos dio la oportunidad de quedarnos en su casa, pero mamá no quería ni pensarlo siquiera. El día que papá Glen estuvo en el hospital nos mudó a un apartamento encima del mercado de pescado, justo unos bloques más allá de los escaparates entablados de los almacenes
Woolworth's.
Todas las mañanas tenía que pasar por delante de aquellos escaparates, de camino al cruce donde cogíamos el autobús para ir al colegio. Vi cómo los trabajadores sustituían los escaparates hechos añicos por nuevos paneles de vidrio, y un día vi a un Tyler Highgarden muy preocupado supervisando, caja tras caja, el transporte de artículos de mercería barata por las puertas ya reparadas. Ni siquiera miró en mi dirección, pero aun así sentí que se me erizaba el pelo de la nuca. Si no se hubiese complicado todo tanto, quizá habría contado a mamá lo que había hecho. Pero mamá y yo no hablábamos en absoluto.

Era un apartamento de dos habitaciones: un dormitorio y otra habitación más grande que servía para todo lo demás. La cocina consistía en un hornillo, una nevera y un fregadero situados en un hueco al lado de la puerta del dormitorio. El baño olía a humedad, moho y pescado, esto último se filtraba de la pescadería de abajo. Era oscuro, con sucias ventanas que tuvimos que restregar muchas veces para dejarlas limpias. La única cosa alegre de toda la casa era el papel de flores azules de la pared que separaba la zona de la cocina del resto de la habitación principal. Cuando me sentaba a la

mesa a hacer los deberes siempre me ponía de cara a aquel papel. No quería mirar a Reese, instalada en el dormitorio con sus cuadernos para colorear y sus gestos de enfado, ni a mamá, sentada silenciosa en el sofá, fumando, secándose los ojos y escuchando la radio.

Mamá había dejado atrás el televisor, la lavadora, la mayor parte de los muebles y platos, todos sus cachivaches y los cubiertos. Se había traído la máquina de coser, la tabla de planchar, nuestra ropa y casi toda la suya. Como no habíamos estado allí para ayudarla a empaquetar, resultaba difícil imaginar cómo había decidido qué llevar y qué dejar, y, como estaba claro que ella no quería hablar, era inútil preguntar. Reese reclamaba la televisión y su bicicleta, pero mamá solo decía que ya nos compraría otras nuevas en su momento. Yo no la interrogaba, no me quejaba, apenas hablaba.

Todo era culpa mía, el silencio de mamá y el enojo de Reese. Me acostaba en la cama con las manos apretadas bajo la barbilla y las rodillas encogidas hasta el pecho. Recordaba constantemente aquellos últimos días como si hubiesen sido un sueño frenético y confuso: no a papá Glen pegándome, sino la mañana en que mamá me contó lo de tía Ruth; no el robo en
Woolworth's,
sino la conversación con Butch; y no el ruido y alboroto de Benny, tía Fay y tía Carr cuando se marcharon al hospital con papá Glen, sino aquellos horribles instantes en que tía Raylene le enseñó mis muslos a tío Earle. No dejaba de imaginar cómo podría haber evitado que todo aquello sucediera; si no hubiese bebido aquella cerveza, si no hubiese dejado que me vieran, si le hubiese dicho a mamá que me había merecido aquella paliza, todo habría discurrido en paz y en calma.

Aquella noche en casa de Ruth, tía Raylene me dijo que no le diera más vueltas, que mamá tardaría un tiempo en perdonarse a sí misma. ¿Por qué? Me preguntaba. Mamá no había hecho nada. Yo era la que había hecho enfadar a papá Glen. Yo era la que volvía locos a todos. No, me dijo Raylene. No debía pensar así. Me había susurrado con voz quebrada y tensa que mamá me quería, que ella me quería, que Earle y mis otros tíos me querían. Insistía, abrazándome estrechamente, pero yo no la escuchaba. Apretaba los

dientes y comprimía la lengua pegándola con tanta fuerza al paladar que me dolía la garganta. Mamá estaba pálida y silenciosa y rehusaba mirarme. Era culpa mía, y solo mía. Yo lo había estropeado todo.

Papá Glen apareció por el restaurante para tratar de hablar con mamá, pero ella hizo un ovillo con el delantal y se escondió en el lavabo hasta que el gerente le obligó a él a marcharse. Ella volvió a casa y se sentó en el sofá a fumarse un paquete de cigarrillos y mirar al vacío. Cuando Reese intentó hablar con ella, nos mandó a las dos a la cama temprano. A la mañana siguiente, cuando mamá fue a solicitar un empleo en JC Stevens, yo solo podía pensar en las veces que nos había dicho lo mucho que odiaba las fábricas textiles. Cuando Reese y yo volvimos del colegio, encontramos una nota de mamá en el escurreplatos en la que nos decía que no saldría del trabajo hasta las siete y media y que abriésemos una lata de alubias con cerdo para la cena. Reese se las comió en bocadillo y se negó a dirigirme la palabra. Salí de casa y me fui hasta la parte trasera del mercado, en donde se apilaban grandes bandejas manchadas de sal y se escurrían y ventilaban los barreños. Me senté en un barreño volcado entre las bandejas amontonadas, llorando con la cabeza hundida en el codo para que nadie me oyera.

«Todo saldrá bien», nos decía continuamente mamá a Reese y a mí, pero no explicaba cómo. Cuando Reese se echó a llorar y dijo que quería irse a casa, mamá la cogió y le prometió que la dejaría quedarse con Patsy Ruth durante el verano. Me senté a la mesa mirándolas desde el otro lado de la habitación, recordando la última vez que mamá había huido de papá Glen. Habían sido solo unos días. Esta vez iba ya para una semana. ¿Cuánto tiempo aguantaría? ¿Otra semana? ¿Un mes? Me hinqué las uñas en la fina piel de la parte interior del codo, balanceándome ligeramente en la silla. No lloraría, no donde mamá pudiese verme. No lloraría.

Para Reese todo había sido una aventura hasta que mamá le prohibió ir a firmar en la escayola de tío Wade. Tres días después del funeral, tío Wade se había disparado accidentalmente en el pie derecho y andaba cojeando sin poder moverse de casa, con una pierna escayolada que los chicos habían llenado de pegatinas de gasolina y aceite de la estación de servicio. Nos enteramos por Little Earle en la escuela, pero mamá no hizo ningún caso de los ruegos

de Reese y en cambio nos trajo a casa dos cuadernos de pasatiempos para dibujar siguiendo números.

—No quiero que vayáis a ningún sitio donde yo no pueda vigilaros —le dijo a Reese.

Cuando tía Raylene vino a vernos, ni siquiera la invitó a entrar, solo habló con ella a través de la puerta.

—Déjanos en paz, Raylene. Solo déjame en paz durante una temporada. Necesito tiempo para pensar.

—Anney, no puedes esconderte como si fueras una criminal —tía Raylene parecía impaciente—. Tú no eres quien ha hecho algo malo. Tú no tienes la culpa.

—No me importa de quién sea la culpa —dijo mamá gritando—. ¡Solo necesito que me dejen sola!

Tía Raylene pronunció el nombre de mamá con dulzura dos veces más pero al final bajó despacio las escaleras y se marchó.

Compartíamos una cama grande, pero la mayoría de las noches mamá se quedaba dormida en el sofá, con un brazo encima de la cara para taparse los ojos. Aquella noche mamá se tumbó en el sofá y lloró tan quedamente que apenas podía oírla a través de la puerta cerrada. Me acurruqué en un extremo de la cama y escuché el leve sonido de su llanto hasta que me quedé dormida y soñé que las paredes del apartamento se desmoronaban y que podía verse el camino hasta la casa donde papá Glen estaba sentado mirando fijamente por las ventanas abiertas esperando que volviésemos a casa. Cuando desperté por la mañana temprano, fui a comprobar que mamá se encontraba bien. Traté de no hacer ruido, pero ella estaba despierta, allí tumbada mirando al techo sucio.

—Bone —susurró—. Es muy pronto. ¿Qué haces levantada?

Vacilé un instante. Quería que me rodease con sus brazos, pero me quedé allí rígida, los labios apretados, los ojos secos.

—Bone —dijo mamá con un suspiro. Se incorporó, me acercó a ella y yo puse la cabeza en su hombro. Empecé a temblar con violentos y amargos sollozos, una extraña manera de llorar sin lágrimas. La mano de mamá se movía automáticamente, acariciándome la cabeza como si fuera un perro herido. Sabía, por la forma en que estaba tocándome, que si yo no hubiese ido a ella, si no me hubiese forzado a mí misma, ella no me habría tomado en sus brazos. Me estremecí bajo aquella fría mano, la retiré

bruscamente y me fui corriendo al dormitorio. Me tumbé al lado de Reese y me puse la almohada sobre la cabeza. Reese se despertó quejándose, y, al entrar mamá, me tapé con más fuerza, negándome a contestar cuando me llamó.

—Bone, no hagas eso —dijo, su voz enfadada e impaciente. Yo me cubrí todavía más con las sábanas. Al poco tiempo mamá dijo—: ¡Vale ya!, y se llevó a Reese. La cabeza me palpitaba de calor.

Tumbada sola en la cama, pensé en papá Glen y en cómo se acercaba por detrás y me cogía en brazos para arrimarme a su cuerpo. Al recordarlo, me puse las manos entre las piernas y tensé todos los músculos del mío. Cuando estuve todo lo rígida que pude, traté de recordar cómo había empezado todo. ¿Qué había hecho yo? ¿Por qué él siempre me había odiado? Puede que fuera una chica mala, perversa, contestona, terca, estúpida, fea…, todo lo que él decía. Tal vez lo era, pero no importaba. Le detestaba, y aquellos días hasta odiaba a Reese y a mamá. Yo era un pozo de odio hirviente, negro y espeso.

Me había sentido tan orgullosa de no haber llorado aquella última vez, tan convencida de que era importante no hacerlo. ¿Para qué había servido? Daba igual que gritara o peleara o me quedara quieta, nada cambiaba. Me acurruqué aún más y pensé en cómo me golpeaba, en cómo me sentía estrujada por él, forcejeando, en su olor y la sensación de su sexo en mi abdomen. Me había sujetado contra su muslo mientras me pegaba. ¿Se había corrido? ¿Me había dado de golpes hasta correrse en los pantalones? La sola idea me asfixiaba. Apreté las muñecas contra mi propio sexo cada vez con más fuerza, hasta hacerme daño. Recordaba su olor, el sonido de su respiración encima de mí, el sudor caliente de su cara cayéndome en la piel, el modo en que resollaba y me sacudía. No, no tenía importancia el que yo hubiera gritado o no. Todo había salido como él quería. Lo que había pasado no tenía nada que ver conmigo o con algo que yo hubiese hecho. Era algo animal, simplemente me estaba utilizando a mí. Me volví hacia el otro lado y mordí la almohada. Me hundí en la vergüenza igual que una suicida que se arroja a un río.

Poco después me dormí otra vez llorando. Soñé que volvía a ser

una niña pequeña, de cinco años o menos, y que me apoyaba en la cadera de mamá, con sus manos en mis hombros. Ella hablaba, su voz por encima de mí como un susurro entre las estrellas. Todo era vaporoso y seguro. Todo era cálido y apacible. Ella me abrazaba y yo me sentía querida. Ella me abrazaba y yo sabía quién era. Ponerme la mano entre las piernas no era pecado. Era como el murmullo de ella, como la música, como una oración en la oscuridad. Existía y era algo bueno. Me desperté con la cara mojada de lágrimas que no sabía que había derramado, con las manos todavía entre las piernas.

—Mamá —susurré, pero se había ido a trabajar. Estaba sola en la habitación silenciosa. Hacía mucho tiempo que no me despertaba de aquel modo, con aquella agradable y dulce sensación entre las piernas que casi me hacía daño, pero que me reconfortaba también.

Levanté las manos y me las miré, extendí los dedos y contemplé la luz que se reflejaba a través de las descoloridas cortinas. Me di la vuelta y lentamente relajé los músculos de la espalda y las piernas, manteniendo las manos delante de la cara. Las luces cambiaban al moverse las cortinas con la brisa. Pensé en un fuego violento y purificador arrasando Greenville, limpiando la tierra entera. Dejé caer las manos y cerré los ojos.

—Fuego —susurré—. Quémalo todo.

Me di la vuelta, poniendo ambas manos debajo de mí. Apreté los dientes y me balanceé, viendo la llamarada en mi cabeza, los almiares ardiendo y sin ningún sitio a donde ir, gente quedándose atrás y las llamas acercándose, mi cuerpo inmovilizado y el fuego rugiendo cada vez más cerca.

—Sí —dije—. Sí —me balanceé y me balanceé, y tuve un orgasmo con la fantasía del fuego.

Cuando desperté era ya por la tarde y el apartamento estaba silencioso y cálido. Me levanté con cuidado. Había café frío en el fogón y tortas en un plato cubiertas con un paño. Bebí un poco de café y comí una torta con una loncha de queso. Encima de la mesa había una nota con la letra de mamá. «No te vayas a ningún sitio», decía. «Por la noche, cuando llegue a casa, hablaremos».

Se me puso un nudo en la garganta. No quería hablar con ella.

No sabía qué podría decirle. Me puse deprisa unos vaqueros y una camisa de algodón. Al salir, cerré la puerta con llave. Una vez en la calle, pensé en Reese volviendo a casa, encontrándose el apartamento vacío y llamando a mamá al trabajo. Se preocuparían. Eché a andar con rabia. Ya no me importaba quién se enojara conmigo ni lo que sucediera. A lo mejor me atropellaban en la carretera.

Había sido Fay, la mujer de Nevil, quien había llevado a papá Glen al hospital después de levantarle del césped.

—No va a morirse de esta —había dicho—. Pero debería verle un médico. El corte en el ojo tal vez necesite unos puntos.

Tía Carr y Benny fueron con ellos.

—A un hombre hay que darle siempre una oportunidad —dijo antes de meterse en el coche. Poco antes había sido ella quien había tratado de detener la pelea y se había llevado una bofetada al meterse en el medio.

—Mi mujer es quien va a llevarle, ¿verdad?, y en mi coche —dijo Nevil de manera lacónica—. No lo haría si yo no le estuviera dando una oportunidad a ese hijo de puta —estaba bebiendo café solo en un cuenco de sopa, con los nudillos hinchados y llenos de sangre, como los de Earle y Beau. Beau había recibido una patada en la boca y había perdido un diente. Estaba desplomado en una silla amenazando con dejar sin ellos a Glen en cuanto pudiera levantarse para darle de puñetazos otra vez.

Durante todo ese tiempo, Glen no abrió la boca. Tenía la cara magullada y bañada en sangre, y apenas podía mantenerse en pie, pero no emitió un solo sonido cuando Benny le ayudó a meterse en el coche. Simplemente se puso una mano en el ojo y se echó hacia atrás en el respaldo. Tía Carr le trajo el abrigo.

—Debería daros vergüenza —le dijo enfadada a Earle al entrar en el comedor de tía Ruth.

—Bueno, pues no me da ninguna —Earle tenía una botella de Jack
Daniel’s
que le pasaba a Beau entre trago y trago—. No me da ninguna vergüenza apalear a ese cabronazo. No me da vergüenza estar aquí

bebiendo. No me da vergüenza absolutamente nada —se sentó a la mesa con Beau y Nevil, todos sudorosos y magullados, indignados y borrachos. Ninguno de ellos me miró cuando entré con mamá y Raylene, aunque Earle, tambaleándose, rodeó con sus brazos primero a mamá y después a mí. Más que a whisky tenía un olor como a sangre, como a cobre y a hierro. Yo le empujé, intentando zafarme, pero no pareció darse cuenta, soltándome solo cuando mamá me libró de su abrazo.

—Nos vamos —le dijo ella.

Raylene y Nevil nos siguieron hasta el Pontiac, Raylene sin dejar de repetir «Deberíais venir a mi casa», y mamá sin pararse siquiera a agradecerle el ofrecimiento. Era de noche y hacía frío, y Reese estaba tiritando.

Tía Alma sacó unas mantas.

—Tendríamos que hablar —dijo—. Vas a necesitar ayuda, Anney, y, además, no deberías volver a esa casa tú sola —Nevil estuvo de acuerdo.

Raylene dijo:

—Anney, escúchanos, por favor —pero mamá rodeó a Reese con una manta y me pasó a mí la otra. Levantaba constantemente la mano, con la palma hacia fuera, cada vez que alguna de sus hermanas se acercaba a ella.

—No —dijo una vez—. No me detengáis. Yo sé lo que tengo que hacer.

Aquella noche dormimos en el coche mientras mamá daba vueltas por la casa, empaquetando las cosas necesarias y metiéndolas en el maletero. Colocó unas cajas detrás del asiento delantero y puso encima sábanas y edredones para hacer del asiento trasero una cama grande. Antes del amanecer nos llevó al aparcamiento de la estación de trenes y paró el coche bajo uno de los arcos luminosos. Ella durmió en el asiento delantero, entre mantas y almohadas. Cuando se hizo de día, nos llevó a una cafetería del centro de la ciudad para que desayunásemos, mientras ella iba a alquilar el apartamento que había elegido ya en las páginas del periódico. Se había movido con tal rapidez y decisión que era imposible hablar con ella, preguntarle qué estaba pasando. De todas formas yo no podría haber preguntado, lo sabía.

Me llevó casi todo el día llegar a casa de tía Raylene. Caminaba con el mismo paso, la misma resolución que había visto en mamá desde el funeral de tía Ruth. Iba cantando para mí al andar, algunas veces en voz alta. *Mama, He Treats Your Daughter Mean*, de Ruth Brown. *Walking After Midnight*, de Patsy Cline. En el cruce de White Horse Road con Eustis Highway, incluso empecé con Elvis Presley. Cantar evitaba que llorase. Cantar me ayudaba a seguir caminando. La mala leche había surgido en mí, y se exteriorizaba en canción y movimiento. Me sentía abominable pero fuerte, miserable pero poderosa.

Tía Raylene no pareció muy sorprendida cuando me vio subiendo los escalones de la entrada. Ella estaba en el porche lateral, donde había puesto cajoneras para preparar la siembra. Tenía las manos llenas de tierra, el pelo recogido por detrás con un pañuelo y una mejilla manchada.

—Bone —dijo sin más, y continuó mezclando tierra con potasa —. Hacía tiempo que no te veía.

Me sequé la cara. El sudor me corría por el cuello y tenía los pies doloridos. Me dejé caer en un taburete.

—Ve a la cocina y toma un vaso de algo —dijo tía Raylene, pero yo no me moví. Poco a poco se me fue pasando la sensación de sequedad en la garganta. Observé cómo extendía la tierra en las cajoneras y echaba abono en todas. Mezclaba continuamente, revolviendo la tierra sin levantar la vista hacia mí.

—Ya viene la primavera —dijo finalmente.

Yo asentí con la cabeza.

—Tu tío Earle vive aquí ahora —se limpió las manos con un trapo y sacó un cigarrillo del mono, echó el cuerpo hacia atrás apoyándose contra las cajoneras y lo encendió—. Cogió una habitación en el centro con la chica que llevó al funeral, pero parece ser uno más de sus breves romances, porque ella sigue en la ciudad. No tiene más que dos maletas y duerme en el sofá. No quiere instalarse en la habitación de invitados, se pasa el día diciendo que no se quedará mucho tiempo.

Me desabroché la chaqueta. Cuando hablé, mi voz era tan monocorde e indiferente como la suya.

—Mamá siempre dijo que Earle se pasaba la vida de mujer en mujer. A papá Glen le contó que Earle ya solo andaba con niñitas,

que no le quedaba nada en la vida a lo que agarrarse excepto el whisky y la familia —hice una pausa, sorprendida de oírme mencionar a papá Glen. De repente sentí que hacía calor en el porche.

—Bueno, yo le he dicho que debería buscarse una viuda la próxima vez, alguna vieja y gorda que le planche las camisas y le frote la espalda. Pero a Earle le gustan jóvenes, le gustan abobadas y torpes. Es como todos los hombres, supongo, le encantan las mujeres agradecidas, especialmente aquellas con las que no tiene que hacer nada para impresionarlas. Y qué chicas encuentra, Dios mío, me duele en el alma ver a esas desorientadas que trae. Todo lo que tiene que hacer es hablarles con amabilidad y ya las tiene encima. Son como la fruta madura en el árbol, lista para que alguien la coja.

Me moví un poco nerviosa en el taburete.

—Tío Earle me ha dicho que está seguro de que ninguna mujer ha lamentado nunca haberse entregado a él.

—¡Cristo bendito! Tú le quieres exactamente igual que ellas, ¿verdad?, —tía Raylene me miró con el ceño fruncido—. ¿No te parece cruel su modo de relacionarse con esas criaturas? Nunca ha tenido que divorciarse de ninguna, nunca está más de unos meses con ellas. Sabe Dios cuántos niños habrá hecho.

—Ninguno —me mordí los labios.

—Lo sabes tú, ¿verdad?

—Me dijo que tenía cuidado de no hacer más niños, que él ya había cumplido con ese asunto.

—¡Vaya!, mira qué considerado —tía Raylene apagó la colilla en una de las cajoneras. Pasó por mi lado al ir a por uno de los marcos con cristal que estaban apoyados en la pared. Lo cogió y lo colocó de manera que cubriera dos cajoneras. Otros dos marcos completaron la tarea, dejando las cajoneras al sol para que se calentase la tierra. No me miraba, y su boca era una fina línea recta. Aquello significaba que estaba enfadada conmigo.

—Él solo tiene relaciones porque ellas se empeñan —me picaban los ojos, como si las lágrimas que no había querido derramar durante el largo paseo estuvieran quemándome en aquel momento. Cerré las manos con fuerza—. Él las quiere —grité—. Las quiere más de lo que se merecen.

—Bone —tía Raylene se volvió hacia mí y movió la cabeza—. Niña, estás muy confundida con respecto al amor. Muy confundida.

—¿Ah, sí?, —le solté con sarcasmo, balanceando las piernas—. ¿Y de quién es la culpa, eh? ¿Y por qué tengo que saber yo algo del amor? ¿Y por qué tengo yo que saber nada de nada? No soy más que otra ignorante Boatwright, ¿entiendes? Otro ejemplar de gentuza que apenas si sabe limpiarse el culo o escupir a favor del viento. Exactamente igual que tú, que mamá, que Alma y todos los demás —escupí a un lado deliberadamente—. ¡Demonio!, —le dije a la cara en voz baja—. ¡Por todos los demonios! Somos distintos al resto del mundo.

Sus ojos negros echaban chispas, pero no me asustaba. Me bullían las entrañas y me ardía la piel. Mi odio y mi rabia eran tan violentos que podría haber escupido fuego. Me cogió por la muñeca y se me puso carne de gallina. Un frío calambre me recorrió la espalda hasta el cuello.

—Todo el mundo es igual —dijo en un susurro—. Todos hacen las cosas lo mejor que pueden.

Respiré profundamente y solté un torrente de palabras amargas.

—¡Otra gente no va por ahí dándose de puñetazos todo el tiempo —le dije—. No anda emborrachándose hasta caerse, pegándose tiros y riéndose después. No van y dejan a sus maridos en mitad de la noche sin dar explicaciones. No viven solas en las afueras de la ciudad sin marido, sin hijos o ni siquiera un buen amigo, ni se pasan la vida en mono ni venden porquerías a un lado de la carretera!

Tía Raylene cruzó los brazos en el pecho y me miró.

—No me gusta que me griten, nunca me ha gustado —se agarraba los brazos con tanta fuerza que vi cómo le temblaban los dedos—. Y no sé los demás, pero yo siempre he creído que en esta vida todo el mundo hace lo que tiene que hacer —se detuvo y empezó de nuevo—. Cuando tú tengas treinta años, mantengas a tus propios hijos, estés haciendo todo lo que esté en tu mano y no sepas de dónde te va a salir el siguiente dólar, entonces podrás gritarme. Quizá.

Movió la cabeza y se dio la vuelta, sacudiéndose la tierra de los pantalones.

—Es casi hora de cenar —me dijo—. Y estás sucia. Entra a

lavarte, y ya veremos si me da la gana darte de comer o no.

—Tú no tienes por qué darme de comer —no podía decírselo mirándola a la cara. Agaché la cabeza y me limpié la nariz en la manga.

—Yo sé lo que tengo hacer y lo que no. Si lo piensas un poco, te darás cuenta de que la razón más importante de por qué vivo como lo hago es porque aquí puedo hacer lo que me apetezca.

Alcé la vista hacia ella, vacilante. La cara de tía Raylene estaba roja como un pimiento, y sus ojos no me miraban a mí. Miraban hacia la carretera. Parecía tener tantas ganas de llorar como yo, pero, igual que yo, no iba a permitírselo.

—He dicho que vayas a lavarte.

Y fui.

Las historias que inventaba para mí misma cambiaron. En el duermevela previo al sueño profundo empecé a imaginar la carretera que iba hacia el norte. No era una carretera de verdad, esta estaba ensombrecida por hierba muy alta y árboles antiquísimos. El musgo colgaba casi hasta el suelo y diminutos pájaros de alas grises azuladas se lanzaban a los árboles desde el borde de la carretera. Los coches pasaban con un rugido, pero no paraban, y la estrella polar brillaba por encima de sus faros como una almenara. Yo caminaba sola por aquella carretera y mis piernas se movían ligeras recorriendo millas. Nadie paraba. Nadie me llamaba. Solo la estrella me guiaba, y no estaba segura de adónde me dirigía.

Estuve tres días con Raylene, y entonces llamó mamá para decir que o volvía a casa o empezaba allí el colegio. Años antes había oído hablar a Garvey de aquella escuela y sabía que no iba a gustarme. Ni siquiera tenían biblioteca. Volví al apartamento de mala gana. Mamá me compró unas zapatillas nuevas —las que tenía estaban ya muy gastadas—, pero no dijo nada acerca de mi huida. En unas cuantas ocasiones la pillé mirándome absorta con una expresión de angustia, pero no le pregunté en qué estaba pensando. Me contó Reese que se había puesto hecha una furia al ver que yo

no volvía, y que estaba a punto de llamar a la policía cuando telefoneó tía Raylene.

—Estuvieron hablando de ti durante un buen rato. Tía Raylene le dijo a mamá que te diera tiempo para asimilarlo, y mamá le contestó que se ocupara de sus asuntos. Creí que iban a empezar a gritarse como suelen hacer, pero mamá se dio por vencida. Dijo que no sabía qué hacer contigo, que no sabía qué hacer con nadie, y que Raylene podría hacerse cargo de ti si tú querías quedarte con ella.

Reese me sonrió casi con dulzura.

—Pensé que no ibas a volver. Ya iba yo a tomar posesión de tu lado de la cama para siempre —Reese se quejaba de que ella dormía en el medio y de que mamá y yo teníamos el sueño inquieto —. No me gustaría que mamá se cabreara conmigo de esa manera —añadió—. No sé cómo puedes soportarlo.

Ni yo tampoco lo sabía.

Parecía que el mundo a mi alrededor se estaba derrumbando a cámara lenta. A los dos días de volver yo a casa, la niña de tía Alma murió finalmente; se le paró el corazón, como todos esperaban desde que nació. Fay llamó a mamá para decírselo, y Raylene vino a quedarse con Reese y conmigo mientras mamá iba a ver a Alma.

—Tú has sido siempre la que más cerca ha estado de ella —le dijo Raylene a mamá—, y lo está pasando muy mal. Como si no hubiéramos sabido lo que iba a ocurrir.

—Tú sabes lo mucho que Alma quería a Annie —dijo mamá—. Puede que supiera que la niña iba a morir, o puede que no, pero ella quería que viviera —la oía desde dentro del apartamento aunque ella estaba ya en el rellano de la escalera. Hablaba en voz baja, pero las palabras sonaban con tanta fuerza que me hicieron salir a la puerta.

Vi a mamá bajar las escaleras mientras Reese llevaba a Raylene adentro para que viera lo bien que había dibujado, siguiendo los números, la cara de un payaso. La abuela me contó una vez que, al poco de nacer yo, mamá me había llevado hasta el Registro Civil y había discutido con el funcionario por la forma en que habían redactado mi partida de nacimiento. Contándome aquella anécdota, se le habían puesto los ojos brillantes y en la boca se le había

dibujado una efusiva sonrisa.

—No sabes cuánto te quiere tu mamá —había dicho—. Es que ni te lo imaginas.

Igual que Alma quería a Annie, quizá; igual que Ruth quería a sus hijos D. W, y Dwight y Tommy Lee, tanto que le había hecho prometer a Travis que no la enterrarían hasta que ellos no hubiesen llegado. Me mordí una uña y vi marcharse a mamá, preguntándome si aún me quería y qué haría yo cuando volviésemos a casa con papá Glen.

Raylene había traído unos tarros de moras. Reese y ella hicieron un pastel a la manera que Raylene dijo que había aprendido cuando trabajaba en las ferias. Echó pequeños montoncitos de mantequilla en una sartén, espolvoreó azúcar moreno por encima, después añadió las moras, más mantequilla y un puñado de azúcar blanca. Finalmente lo cubrió todo con una masa sin endulzar y en media hora el pastel estaba listo para comer. No estaba tan bueno como las tartas de tía Fay, pero Reese se dio un buen atracón, comiéndose casi la mitad ella sola. Después apoyó la cabeza en la mesa perezosamente, casi dormida, con los labios separados y manchados de azul.

Tía Raylene estuvo mirando los dibujos y cogió el de la montaña japonesa que yo no me había molestado en terminar. Lo agitó delante de mis ojos.

—Reese me ha dicho que no quieres dárselo a ella a pesar de que a ti no te apetece terminarlo.

—Es mío. A lo mejor lo termino algún día.

—Ajá —Raylene dejó la cartulina donde estaba. Creí que iba a decir algo más, pero se dio media vuelta y empezó a limpiar la cocina.

Aún era temprano. Salí al rellano de la escalera para ver pasar los coches —gente de una urbanización cercana de camino al nuevo economato—, algunas camionetas con hombres que regresaban tarde del trabajo, un autobús de la iglesia baptista de Bushy Creek con niños que aplastaban la cara contra las ventanillas mirándome con odio. Les devolví una mirada furibunda. La furia era como un constante goteo de veneno en mi alma, enseñándome a odiar a los

que me odiaban. ¿Quién se creen que son?, susurré para mí. ¿Acaso ellos mean miel? ¿Acaso cagan flores? ¿Se sientan en sus porches todos los domingos por la mañana para mirar al resto del mundo con desprecio?

—Les odio —dije a tía Raylene cuando apareció por detrás de mí, saludando con la mano al pasar el autobús—. Nos miran como si fuésemos repugnantes.

Tía Raylene estaba sacándose de los dientes pepitas de mora, mirando a lo lejos, y su palmada en el hombro me sorprendió.

—Te miran como les miras tú a ellos —me dijo bruscamente—. Tú no sabes cómo son esos niños. Puede que sean repelentes y tontos y detestables. Y puede que no. No sabes lo que les ocurre cuando llegan a casa. No conoces a sus padres, cómo es su familia, por qué hacen las cosas o de qué tienen miedo. Tú crees que, porque llevan ropa distinta a la tuya y pasan deprisa, son ricos y crueles y piensan cosas horribles de ti. Podría ser que ellos te vieran sentada aquí arriba comiendo moras y mirándoles a ellos como si fueran escupitajos, podría ser que te envidiaran, que desearan lo que tú tienes, que tuvieran miedo de lo que harías si alguna vez entraran en el jardín —sacó la bolsa de tabaco y empezó a liarse un cigarrillo—. Estás inventando historias sobre esa gente. Invéntate una en la que tú tuvieras que vivir en su casa, ser un miembro de su familia y pasar por esta carretera. Ponte en el otro lado por un momento. Es posible que dejaras de mirar tan mal a los demás.

Le eché una mirada desabrida.

—La gente dice que te escapaste con un hombre de las ferias, pero tú nunca hablas de él. ¿Cómo es que no se casó contigo?

El papelillo tembló en las manos de tía Raylene.

—¿Que la gente dice…? La gente que diga lo que quiera. Me largué con los feriantes, sí, pero no por un hombre, sino por mí misma. Nunca he querido casarme con nadie. Mira, niña, me gusta mi vida como es. Me la he organizado de la misma forma que parece que vas a hacerlo tú, a base de orgullo y cabezonería y mucha ira. Piensa bien lo que quieres y contra quién estás resentida, Ruth Anne. Piénsalo bien.

Chupó el papel del cigarrillo y lo pegó pasándole los dedos. Lo encendió y guardó la cerilla gastada en el bolsillo. Fumaba despacio, mirándome como si esperase que fuera a contestarle, pero

me quedé callada. Cuando habló ella otra vez, le temblaba un poco la voz.

—No hace mucho frío esta noche. No hace mucho frío. Ya huele a primavera.

Volví la cara y no dije nada. Un minuto después Raylene se encogió de hombros y entró en casa. Me senté en cuclillas y me acurruqué todo lo que pude, viendo pasar los coches y escuchando las protestas de Reese cuando tía Raylene la llevó a la cama. Cerré los ojos y traté de inventarme una historia. Imaginé que volvíamos a aquella casa en West Greenville que a mamá le gustaba tanto, y que papá Glen se había convertido a la Iglesia pentecostal y que había conseguido un empleo como transportista que le daba mucho dinero, pero que le mantenía alejado de casa. Imaginé que mamá tenía un trabajo en el que podía sentarse todo lo que quería, le pagaban bien y no sufría quemaduras ni tenía que llevar el pelo recogido tan tirante que le diera dolor de cabeza. ¿Quizá de profesora? ¿O de dependienta en la sección de cosméticos en Jordan Marsh? Me mordí los labios y dejé que todo se desarrollara en mi cabeza: Reese con un vestido nuevo para Pascua, yo con todos los libros que quería leer, mamá sentada al sol con los pies en alto, y papá Glen lejos y volviendo a casa solo lo justo para hacer sonreír a mamá.

Me quedé allí dormida soñando, disfrutando con el sueño.

19.

Aquella primavera las tormentas fueron impresionantes, con torrentes de agua que lo cubrieron e inundaron todo, desde las casas destartaladas de Old Henderson Road hasta los almacenes y cafés de White Horse Road; pero el día en que tía Alma se volvió loca no llovía, hacía calor y estaba completamente despejado, con roderas por los caminos y el barro amontonado en tiesos montículos. Era lunes, el día en que Reese había ido a casa de Fay y Nevil al salir del colegio para salir de compras con sus hijas.

—Tiene casi nueve años —le había dicho Fay a mamá—. Ya es bastante mayor. No puedes ser tan protectora, ¿no te parece?, — como Reese la mareó tanto con sus ruegos, mamá consintió de mala gana.

Caminaba despacio, intentando que el viento no me levantara la falda y pensando en lo que iba a disfrutar de aquellas dos horas antes de que Reese volviera a casa, un considerable lapso de tiempo para tumbarme en el sofá, escuchar la radio, beber
Coca-Cola
y leer el libro de *The Group* que había conseguido sacar por fin de la biblioteca. Pasaba por delante de los almacenes
Woolworth's,
disfrutando de la fresca brisa de la primavera, con los zapatos de la mano y sujetándome la falda por el dobladillo, cuando vi a mamá bajar corriendo por las escaleras del apartamento. Todavía llevaba el pelo recogido y los zapatos blancos de tacón bajo, así que debía de llevar poco tiempo en casa. Por la forma en que se movía, algo grave tenía que pasar, así que me eché a correr, llegando al coche justo en el momento en que lo hizo ella. Aun así, para cuando

agarré el picaporte, ya tenía rugiendo el motor del Pontiac. Me metí de un salto y arrojé los libros en el asiento trasero antes de que ella pudiera detenerme, pero me sorprendió que no me mandase bajar, simplemente aceleró el motor de manera que las ruedas iban muy revolucionadas cuando salimos a la carretera.

—Es tu tía Alma —dijo—. Ha llamado Little Earle. Parecía muy asustado. No he conseguido enterarme de lo que ha pasado, así que no hagas preguntas —mamá estaba seria, preocupada y furiosa al mismo tiempo. Me preguntaba qué ocurría, si se trataba de algo que había hecho tío Wade o, quizá, alguno de los primos. Podría tener que ver con el estado de tía Alma desde que Annie había muerto.

—¿No habrá algún maleficio en nuestras vidas?, —había dicho tía Alma la última vez que la vimos—. Parece que suceden cosas terribles continuamente.

Yo me concentré en agarrarme bien al tirador de la puerta mientras mamá conducía a toda velocidad hacia la carretera de West Greenville. Tomó la salida de Old Henderson Road, pasó por la gasolinera donde tío Wade trabajaba antes de su accidente y cogió el camino de tierra que atajaba por donde se suponía que iba a pasar la carretera interestatal al año siguiente. Tía Alma había hecho un trato respecto a una de las granjas condenadas a desaparecer en aquella zona, y se habían mudado allí tras la muerte de Ruth.

Little Earle nos estaba esperando junto a la reja de las vacas, cerca del buzón, con la cara pálida y la camisa salpicada de barro. Tenía el labio superior lleno de mocos y no dejaba de limpiarse las manos en la cintura, que era donde más barro tenía. Mamá no se bajó del coche, solo se paró un momento y se asomó por la ventanilla.

—¿Te encuentras bien?, —gritó, y él afirmó con la cabeza. A mí no me parecía que estuviera tan bien.

—Está en la casa —susurró, como si tuviera miedo de hablar alto—. Yo lo he intentado. Lo he intentado, pero ella no me dejaba hacer nada —se apretó los hombros con las manos—. Está allí sola. He sacado a las niñas y te he llamado —hacía una pausa cogiendo aire cada pocas palabras—. Y luego tío Earle. Tío Earle nos dijo que no volviéramos, y, bueno, me daba miedo. Mamá me daba miedo —se interrumpió y volvió la vista al camino de tierra que se torcía

hacia un lado y desaparecía entre los pinos—. Dios mío, tía, se ha vuelto loca como una cabra, como dijo papá que le ocurriría.

—Límpiate la cara y cállate —le dijo mamá violentamente—. Dentro de un rato mandaré a Bone a buscarte, no quiero que asustes a tus hermanas. Lávate esa cara y sacúdete ese barro.

Su tono de voz era casi desagradable, nunca antes le había oído hablar así a un niño. Dejé de mirar a Little Earle para mirarla a ella y casi rodé por el asiento cuando ella arrancó el Pontiac, subiendo por el camino a toda velocidad. Detrás de nosotros oí otro motor, miré por encima del hombro y vi la camioneta de tío Earle arrastrando una nube de polvo rojo, con un traqueteo de herramientas rebotando por todos lados. Gritó algo, pero mamá no paró, solo se apresuró a entrar en el patio de Alma y casi tiró las jardineras antes de parar el motor y salir a toda prisa del coche. Hice un ademán de querer ir tras ella, pero mamá me dijo a voces que me quedara allí sin moverme siquiera. Permanecí quieta donde estaba mientras ella corría hacia el porche y hacia la figura encorvada e inmóvil de tía Alma. Las gallinas corrían cacareando histéricamente y el polvo volvía a posarse tras el paso del Pontiac, pero todo lo demás estaba en absoluta calma. Veía una hilera de caras blancas mirando desde la alambrada del jardín de tía Alma: Patsy Ruth, Reese y las niñas de Fay, Grace y Mattie. El sol no dejaba de brillar, el ambiente era húmedo y abrasador, y había charcos bajo el nogal negro que aún no habían podido secarse. No había ni rastro de tío Wade ni de su camioneta, y todo parecía estar extrañamente pacífico. Entonces vi que todas las macetas de tía Alma estaban tiradas por el patio, esparcidos los capullos y las hierbas aromáticas. Cerca de una de las macetas estaba el escurridor de porcelana de su vieja lavadora, y por el suelo y entre el barro había unos bultos que parecían de ropa. Hasta donde yo estaba me llegaba la voz de mamá, un sedante murmullo de frases suavemente entonadas que me recordaban el modo en que tía Alma había hablado siempre a su niña Annie. Tía Alma estaba callada, inclinada hacia adelante, y no reaccionó cuando mamá la rodeó con sus brazos y le susurró reconfortantes palabras sin sentido.

Abrí la puerta del coche por mi lado silenciosamente y salí. Había un tenedor bajo mi pie, con las puntas enterradas en la tierra. Los utensilios de cocina estaban esparcidos por todos lados, y una

espumadera sobresalía de un tiesto roto. Pisé un plato hecho añicos y vi una docena de carretes de hilo debajo del porche y unas tenazas debajo de la rueda delantera derecha del Pontiac. Todo estaba cubierto de polvo y era difícil distinguir las cosas si no se las miraba de cerca. Un poco más allá del parachoques, una ligera brisa levantaba una maraña de pelo rizado castaño rojizo de un cepillo que se encontraba cerca de un espejo de mano hecho trizas. Me incliné y vi un montón de fotos descoloridas medio enterradas bajo unos pétalos aplastados amarillos y negros y un tallo de enredadera. La pieza en forma de abanico que había a su lado se parecía a las persianas venecianas que tía Alma siempre ponía en el baño.

—Cielo. Cariño. No pasa nada —estaba diciendo mamá.

Las miré. Los pies de tía Alma descansaban sobre un montoncito de pedazos de algo negro —fragmentos de discos de 45 revoluciones— y las medias claras se le habían caído hasta los tacones rotos de sus zapatos marrones. Tenía barro en las piernas, claramente visible allí donde su vestido amarillo estampado de flores estaba levantado. Una tira del dobladillo de su enagua de algodón le colgaba por las corvas. Llevaba arremangado su desteñido jersey azul, y estaba todo cubierto de barro igual que el vestido. Y las manos, tan sucias como todo lo demás, embadurnadas de algo oscuro, con las uñas rotas y las cutículas desgarradas.

Sangre, me percaté. Aquello era sangre entre las manchas de barro que cubría las manos, el vestido, el jersey, las pantorrillas y la cara de tía Alma. Tenía el pelo hecho un amasijo con ello. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo y un cosquilleo caliente en el cuero cabelludo. Los dedos de tía Alma estaban en su regazo hechos un nudo. Tenía la cara enfocada hacia adelante, pero con los ojos completamente desviados, como mirando hacia dentro, no hacia fuera. Abrió las manos lentamente y se las llevó hasta la cara, pasándose los lacerados dedos por delante de las mejillas para echarse el pelo hacia atrás, manchándose de sangre las sienes. Tenía cortes en los antebrazos, uno en la mejilla izquierda y otro en el cuello, debajo de la barbilla. Me quedé con la boca abierta. Volví la cabeza. Había cristales por todos sitios, hechos añicos, desparramados, brillando al sol. Y yo estaba descalza en un patio lleno de cristales rotos.

—Volverá pronto —decía tía Alma—. Estará de vuelta en

cualquier momento, lo sé. Estoy preparada —volvió la cabeza y miró a mamá de lleno a la cara—. Estoy preparada —dijo otra vez, con la voz tan tranquila y natural como la de mamá—. Estoy preparada.

—Sí —dijo mamá—. Ya veo, cariño. Estás preparada. Las dos lo estamos. Nos sentaremos aquí un rato y le esperaremos.

Mamá sujetaba la cara de Alma, sin apartar la mirada de los ojos de ella, como si solo su presencia la mantuviera unida a la tierra. Una de las niñas empezó a lloriquear en el jardín. Yo miré hacia atrás, incapaz de apartar de mi mente la idea de que todos se habían vuelto locos. Las mujeres del condado de Greenville se pondrían a destrozar cosas y después se sentarían a esperar a Armagedón, o el amanecer, o algo por el estilo. A mí me parecía una buena idea.

—Bone, vete de ahí —el susurro era de tío Earle. Él se encontraba cerca de la hilera de pinos donde el camino hacía una curva, con el pelo negro brillando al sol y una expresión de nerviosismo en la cara casi cómica—. Vamos niña. Vuelve al coche y deja que tu madre se encargue de esto —tenía las manos extendidas en los muslos y la mandíbula rígida. Parecía asustado, muy asustado.

—Voy a cortarle el cuello —dijo tía Alma con la voz más serena que pudiera imaginarse—. Ya tengo el cuchillo.

—¿Dónde lo tienes?, —preguntó mamá.

—En el bolsillo —tía Alma bajó las manos y se dio unas palmaditas en la falda. Deslizó la derecha en un bolsillo que me había pasado inadvertido y sacó una navaja de afeitar cerrada. Movió rápidamente la muñeca y la navaja se abrió de golpe, brillando la hoja con la luz del sol. Extendió la mano izquierda y se puso la hoja en la palma, contemplándola como si fuera algo hermoso.

—Eso servirá —dijo mamá, hablando todavía en un tono suave y natural. Se dio la vuelta para mirarme—. Bone, ve dentro y trae un vaso de té a tu tía, ¿quieres?, —su mirada pasó de mí a tío Earle y movió la cabeza ligeramente. Él hizo un gesto y empezó a retroceder hacia los pinos—. Vamos a asearte un poco. Parece que te hubiera pillado una tormenta —soltó una leve risilla y tiró suavemente del brazo de su hermana. Alma se estremeció y se

encorvó sobre la navaja. Mamá se quedó quieta, con la cara cuidadosamente inexpresiva.

Yo las miraba fijamente. Se parecían más que nunca. Tía Alma era unos diez años mayor que mamá y quizá pesaba unos diez kilos más que ella, pero tenían las mismas facciones acusadas, pómulos prominentes como picos de martillo bajo unos ojos hundidos y sombríos. Tenían el mismo tipo de pelo, seco y fino, aunque mamá lo tenía rubio por el tinte que usaba y más liso por la redecilla que tenía que ponerse en el trabajo. El pelo de tía Alma tenía el tono rojizo peculiar de todas las mujeres de su familia. Eran sus cuellos, sin embargo, lo más idéntico de todo, rígidas tiras de tendones tan marcadas que el pequeño hueco donde se juntaban las clavículas parecía más profundo y pronunciado. Tenían la misma piel, áspera por el trabajo y con un cierto matiz rubicundo bajo el bronceado, aunque tía Alma no llevaba maquillaje y el de mamá estaba surcado de sudor. Eran de la misma familia, evidentemente emparentadas, claramente hermanas. Cuando tragué saliva haciendo ruido, ambas se volvieron hacia mí con el mismo gesto, la misma expresión.

—¿Es que no vas a hacer lo que te he dicho?, —me instó mamá, como si tía Alma no estuviese ahí sentada cubierta con su propia sangre. Tía Alma se estremeció, levantó la cabeza y me miró detenidamente. Yo no veía dónde podía poner los pies.

—¡Niñas!, —dijo tía Alma con un suspiro—. Están siempre en las nubes, chupándose el dedo.

—¡Y que lo digas!, —dijo mamá dándole la razón, y movió la cabeza con resignación.

Yo quería reírme, pero en cambio me ruboricé azorada. ¿A qué edad iba a tener que llegar para que dejaran de hablar así de mí? Respiré profundamente y pasé por encima de los trozos de macetas rotas, de los fragmentos de discos y subí los peldaños. En la entrada había más cosas destrozadas, impidiendo que se cerrase del todo la puerta mosquitera. Las sillas de la cocina estaban hechas añicos, la mesa volcada, los armarios vaciados y todo por el suelo. Con mucho tiento fui hasta el refrigerador y me sorprendió que no estuviera abierto y, más todavía, que su contenido se hallara intacto y que hubiera hielo en el congelador. Había una jarra de té recién hecho. Volví al porche, viendo que mamá y tía Alma continuaban juntas sentadas en los escalones.

—¿Tú también quieres un vaso de té, mamá?, —pregunté hablando despacio.

—Sí, cielo, estaría muy bien —le pasó a Alma un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí—. A tu tía y a mí nos apetece sentarnos aquí un ratito antes de empezar a limpiar todo esto.

—Quiero tener otro niño —decía tía Alma articulando las palabras de manera que casi no se le entendía. La habíamos puesto en la cama de Patsy Ruth, envuelta en mantas y las manos vendadas. La vieja cama grande de Alma estaba rota por la mitad, aunque éramos incapaces de imaginar cómo se las había arreglado para destrozar completamente el cabecero de roble. Estaba allí acostada, murmurando suavemente, atontada por el ponche que le había preparado mamá con whisky, agua caliente, miel y limón—. Se lo dije. Le dije que quería otra niñita. Le dije que las cosas no iban a ir bien hasta que yo no tuviera otra niña.

Hizo una pausa. Todavía tenía la navaja en la mano, cerrada ahora, pero tan fuertemente agarrada que era imposible quitársela. Hicimos una buena limpieza, mandamos a los niños a casa de Raylene y nos aseguramos de que tío Wade no volviera a casa hasta que alguien fuese a buscarle. No habíamos hecho nada con el jardín, solo recogido los cristales rotos y la ropa del suelo, ordenado más o menos la cocina y limpiado y vendado a Alma. Ninguno de los niños había resultado herido, solo estaban muertos de miedo. La única víctima había sido uno de los cachorrillos, al que algo o alguien le había roto el cuello al caer encima de él. Greyy Garvey se habían presentado poco antes de anochecer a trabajar un poco en el jardín y ayudar a reunir a los distintos animales. Mamá no les dejaba entrar en la casa. Les estuve observando un rato mientras ellos iban de un lado a otro moviendo la cabeza y admirándose del desastre que había organizado tía Alma.

Mamá se había quedado al lado de su hermana, calmándola y tranquilizándola con sus manos y permaneciendo entre aquella navaja, que seguía en poder de Alma, y yo. Hablaba como si no hubiera pasado nada, sobre todo de mí, de lo lenta que era a la hora de contestar, de lo fantasiosa, de lo mucho que me parecía a mi tía abuela Malvena. Me había sorprendido oír aquello, y aún más

cuando dijo que iba a quedarme allí con ella para echarle una mano durante la primavera, que ya estaba empezando a despuntar.

—En este lugar necesitas un poco de ayuda, Alma —le dijo mamá—. Te gustará tener a Bone aquí. Hasta puedes pedirle que te cante algo de vez en cuando.

Yo estaba con la boca abierta, estupefacta, sin atreverme a acercarme mucho a la cama. ¿Lo decía en serio? ¿De verdad creía mamá que se podía confiar en mí? ¿Me parecía a mi tía abuela Malvena? ¿De verdad creía que yo sabía cantar?

Tía Alma apenas escuchaba lo que le decía mamá, ella seguía quejándose de tío Wade.

—Le dije, dame un niño, Wade. Dame un niño —intentó incorporarse, pero mamá trató de apaciguarla echándose con ella en la cama.

»¿Y sabes lo que me dijo? ¿Sabes lo que me dijo?, —preguntó Alma, aferrándose a mamá desesperadamente. No esperó a que le contestara. Agarró la manta con fuerza, la agitó y susurró, indignada, la respuesta—. Dijo "Lo que tú quieres no es lo que quiero yo". Dijo "Eres vieja y fea y gorda como una vaca, estás como una cabra y hueles a chotuno". Dijo "No te tocaría ni aunque te bañaras en whisky y te pusieras una bolsa en la cabeza". Se rio de mí y se marchó.

Volvió a tumbarse, fatigada. Tenía lágrimas en la cara y los labios apretados. Movía la cabeza despacio de un lado a otro.

—Todo este tiempo cuidando de él, queriéndole, dándole hijos, comidas y ropa limpia, y queriéndole. Queriéndole, para que ahora me hable de ese modo —lloraba con profundos y entrecortados sollozos.

»¡Y mi Annie!, —se lamentó. Mamá la abrazó como a una niña pequeña y la meció mientras lloraba. No duró mucho. En el silencio que siguió, las dos murmuraron algo que no pude oír con claridad. Parecía que mamá decía algo así como que tío Wade era un hombre cariñoso y que tía Alma le quería. Entonces tía Alma alzó la voz otra vez.

»Claro, por eso mismo tengo que cortarle el cuello —dijo, sencillamente—. Si yo no quisiera a ese hijo de puta, le dejaría vivir para siempre.

—Cuando a una mujer le da por volverse loca, lo mejor es iniciar la retirada —tío Earle estaba bromeando con Grey y Garvey en el porche, a oscuras, los tres juntos fumando y compartiendo una cerveza. Se habían empeñado tanto en entrar en la casa que mamá les había dejado finalmente que metieran algunos muebles rotos, insistiendo en que lo hicieran en silencio para que Alma pudiese dormir.

—¡Mujeres!, —gruñó Garvey—. No me parece a mí que sean tan difíciles de manejar.

—¿Eso crees?, —se rio tío Earle—. Te digo yo, chico, que es imposible predecir lo que va a hacer una mujer. ¿Os acordáis de aquella chiquilla de Nashville que traje por aquí hace dos veranos, aquella dulzura no mucho mayor que Bone, muy pálida, rubia y risueña?

—Pequeñita ella, sí —contestó Grey casi riendo. Parecía que la recordaba bien—. Era tan tímida que nadie llegó a conocerla.

—Bueno, pues, una noche esa cosita pequeña —continuó tío Earle arrastrando las palabras—, esa cosita pequeña casi me corta los huevos con unas tijeras. Me agarró de los pelos y por poco lo consigue. Si yo no hubiera pesado el doble que ella y no hubiera estado seis veces más asustado, me habría dejado hecho un eunuco —se echó a reír como si la idea aún le pusiera nervioso—. Os lo digo yo, las mujeres son peligrosas. Tenedlo siempre presente.

Apoyé la cara en la puerta mosquitera. Esta crujió ligeramente, y se volvieron todos hacia mí. Mi silueta a contraluz debía de parecer algo fantasmal, ya que los tres dieron un respingo. A Earle se le endureció el gesto.

—Bone —dijo—, es mejor que vuelvas adentro con tu madre. Podría necesitar tu ayuda.

Grey permaneció allí callado al lado de Earle, con una lata de cerveza en la mano. Me quedé mirándole un momento, acordándome de cuando juró que nunca olvidaría lo que habíamos hecho. Levantó la cerveza y echó un buen trago. Parecía muy orgulloso de estar en aquel porche bebiendo con tío Earle.

—¿No has oído a Earle?

El tono de Garvey era áspero. Le miré directamente y solté un bufido. A mí no me asustaba ningún niñito dándoselas de hombre, pero volví a la cocina de todos modos. Yo recordaba perfectamente

a aquella chica de Nashville. Era tan retraída que tartamudeaba cuando alguien le preguntaba algo, y le aterrorizaban todos los bichos. Estuvimos gastándole bromas hasta que se echó a llorar y corrió a buscar a Earle como si fuera su padre, y no su supuesto marido. No me había parecido la clase de persona capaz de hacer ningún daño ni siquiera con el pensamiento. No como tía Alma, que era, después de todo, una Boatwright, y tan peligrosa como cualquier hombre incluso cuando no estaba loca.

Pero nunca se sabe con las mujeres, pensé. Me miré las manos a la tenue luz de la lámpara que mamá había puesto en el fogón, cerca del fregadero. Mis manos eran pequeñas; los tendones, delgados y azules bajo la fina piel, como las de Alma y mamá. Todas nosotras teníamos las manos pequeñas. Volví la cabeza y miré por el pasillo hacia el dormitorio. Solo veía la cama destrozada y volcada.

No, pensé, nunca se sabe con las mujeres. Puede que ni siquiera con las niñas.

—No me había dado cuenta de lo mucho que te pareces a Alma —era tan tarde que era ya casi por la mañana. La voz de mamá surgió en la oscuridad desde la puerta—. Pero cuando estábamos nosotras sentadas en los escalones y tú de pie en el jardín, lo vi claramente. Adiviné cómo vas a ser de mayor. Vas a ser tan guapa como Alma cuando era joven, más guapa de lo que puedas imaginar.

No dije nada. Estaba envuelta en una manta, sentada contra la pared en el colchón de Little Earle, que habíamos llevado hasta allí a rastras por la tarde. Tía Alma se había dormido por fin, y mamá había dicho que podíamos descansar un rato. Pero durante una hora ella había estado sentada contra la almohada, fumando; y yo, con los ojos abiertos en la oscuridad, oyendo a las vacas moverse por el prado que había cerca de la casa.

Mamá cambió de postura, inquieta, volviéndose hacia mí.

—Bone —dijo suavemente—. ¿En qué piensas todo el tiempo?

—En nada de particular —yo miraba hacia el extremo encendido del cigarro. Mis ojos se habían adaptado a la oscuridad y podía vislumbrar el contorno de su cuerpo, los hombros apoyados en un

montón de almohadas viejas y los brazos extendidos encima de la manta—. Al menos en nada que pudiese explicar.

—Estás siempre tan callada, siempre mirando —la voz de mamá era suave y hacía tiempo que no sonaba tan relajada—. Sé cuándo estás enfadada porque se te pone esa mirada tuya de tormenta, y últimamente la has tenido muy a menudo —se movió bajo la manta y apagó el cigarro en un platillo que había en el suelo—. La cosa es que, cuando no estás furiosa, no sé qué es lo que está pasando dentro de ti. Nunca pareces contenta. Parece que estuvieras esperando algo. ¿Qué es lo que esperas, Bone?

Que vuelvas con papá Glen, pensé, y me ceñí más estrechamente la manta alrededor de los hombros.

—¿Bone?

Me llevé el dorso de los dedos a la garganta; notaba la calidez y el pulso debajo de la barbilla.

—¿Bone, estás dormida?

—No.

—¿No quieres hablarme?

Mis dedos, la barbilla y el borde de la manta estaban húmedos. Recordé la mirada directa de tía Alma cuando hablaba de su amor por Wade, de su deseo de matarle. Yo no comprendía esa clase de amor. No comprendía nada. Tragué saliva e intenté no hacer ningún ruido.

—Todavía estás enfadada conmigo, ¿verdad?, —la voz de mamá sonaba como si fuera a echarse a llorar. Me incliné hacia adelante y apreté el borde de la manta contra la boca—. ¿No vas a decirme nada?

Afuera, en la oscuridad del prado, una de las vacas mugió. Tragué saliva otra vez.

—Estoy esperando que vuelvas a casa —dije—. Estoy esperando que vuelvas con papá Glen.

Hubo un largo silencio.

—¿Crees que voy a hacerlo?, —susurró mamá finalmente.

—Ajá —contesté.

—Oh, Bone —se sentó, sacó otro cigarrillo y lo encendió con una cerilla. Con el resplandor le vi las mejillas, pálidas y brillantes —. ¿Quieres venir aquí y sentarte a mi lado?

—No —no me moví. Sentía como si me hubiese hecho

hipersensible, como si pudiera oírlo todo, las pezuñas de las vacas sobre la hierba mojada, el rocío resbalando por los aleros del porche, el corazón de mamá latiendo agitadamente de miedo.

—Bone, no podría soportar que me odiaras —dijo.

—Yo no podría odiarte —le dije—. Mamá, yo no podría odiarte.

—Pero estás segura de que voy a volver con él.

—Ajá —tosí y me aclaré la garganta.

—Dios mío, Bone. No puedo volver. No quiero que me odies.

—Yo nunca voy a odiarte —respiré profundamente y me obligué a mí misma a hablar sin ninguna entonación—. Sé que le quieres. Sé que le necesitas. Y él es bueno contigo. Es bueno con Reese. Simplemente… —Me quedé pensando un momento—. No sé.

Estuvimos calladas un rato. Cuando mamá habló, su voz sonaba casi como la de una niña, insegura de sí misma y asustada.

—Puede que él necesite hablar con alguien. Raylene dijo que quizá necesitase un médico.

Me sequé la cara y me encogí de hombros. En aquel momento me sentía cansada, dolorosamente cansada, tanto que me costaba trabajo hacer llegar el aire a mis pulmones.

—Puede —dije.

—No volveré hasta que tenga la certeza de que tú vas a estar a salvo —la voz de mamá era firme—. Te lo prometo, Bone.

—No pienso volver —las palabras sonaron tan serenas y categóricas que no parecían haber salido de mí.

—Tampoco te obligaría, cielo.

—No, ya lo sé. No es eso, mamá. Ya sé que no lo harías.

Me senté, eché la cabeza hacia adelante y los huesos del cuello crujieron de un modo extraño al relajarse los músculos. Cuando hablé esta vez, mi voz era fuerte, las palabras claras.

—Sé que volverás, mamá, y quizá debas hacerlo. No sé qué es lo mejor para ti, pero sí sé lo que yo debo hacer. No puedo volver a vivir con papá Glen. Y no lo haré. Podría quedarme con tía Carr durante una temporada o mudarme con Raylene. Creo que a ella le alegraría tenerme. Pero decidas lo que decidas, cuando vuelvas con papá Glen, yo no puedo ir contigo.

—Bone —mamá se levantó del colchón tan deprisa que me apoyé con aprensión contra la pared. Sus manos se posaron en mis hombros, apretándome suavemente—. ¿Qué es lo que me estás

diciendo?, —preguntó.

Le veía la cara. Debía de haber salido la luna. Bajo la tenue luz que venía de fuera, sus pómulos y sus ojos oscuros parecían un poco espectrales. Ella tenía miedo.

—Te quiero —dije—, pero no se me ocurre qué otra cosa podría hacer.

Me agarró con fuerza. Notaba sus uñas clavándoseme y la intensidad de su miedo. Movió la cabeza y me acercó a su cuello.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho?, —dijo, llorando.

—No, mamá —dije con suavidad—. Por favor —me soltó, pero siguió arrodillada cerca de mí. Me preguntaba si ella me veía tan claramente como la veía yo. Y si era así, ¿qué era lo que estaba viendo en mi cara?

Estaba empezando a llover. Sin viento, la lluvia era como un dulce susurro, pequeñas gotas que rozaban ligeramente los tiernos brotes de árboles y arbustos. Mamá se llevó las manos abiertas a los ojos.

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo.

Tragué saliva. Quería abrazarla, decirle que lo sentía, que no hablaba en serio, que volvería con ella, pero no me moví. Un minuto después se levantó y se fue a su jergón. No fumó más. Levantó la manta y se tumbó en silencio, tanto que podría pensarse que se había quedado dormida nada más acostarse.

Mucho más tarde, ya de madrugada, con la manta sobre la cabeza, oí llorar a mamá, esforzándose en no hacer ruido y lográndolo casi. Solo su respiración la delataba. Mis ojos estaban secos. Yo tenía la sensación de que no iba a llorar. Tenía la sensación de que nunca más volvería a llorar.

20.

El sitio donde vivía tía Alma era muy tranquilo. Había ido madurando la primavera hasta dejar exuberantes y llenos de pájaros cantarines el jardín y los bosques de alrededor. Los tres cachorros que sobrevivieron andaban por allí tambaleándose y cayéndose, rodando unos encima de otros y rebuscando entre las tetillas de su madre. Fue necesario sacudir la tierra de la ropa esparcida por el suelo antes de lavarla. La lavadora funcionaba bastante bien, aunque Earle no sabía cómo arreglar el escurridor. Colgué la ropa empapada en una cuerda que Grey había puesto entre el porche y el nogal negro, pero nada había quedado realmente limpio y mamá apartó algunas prendas para tirar a la basura. Lejos del porche hice un montón con las cosas rotas que no tenían arreglo y tío Earle se las llevó.

Alma fue recuperándose poco a poco. No le apetecía mucho hablar, pero tampoco a mí. Mamá venía un rato todas las tardes; después un día sí y otro no, y por fin cada pocos días. Le traía a Alma algunas golosinas: *succotash* de maíz dulce o *chow-chow* con tortitas y hasta una vez una pequeña tarta de moras. A mí me traía libros que cambiaba en el rastro, o revistas que le daban las mujeres con las que trabajaba en los telares Stevens. Una tarde Alma le entregó la navaja que había estado guardando en el bolsillo de su delantal.

—Te sentirás mejor si te llevas esto —le dijo a mamá. Ambas miraron aquella cosa mortífera.

—¿Estás segura de que ya no la necesitas?, —mamá pasó los dedos por el pulido mango y el borde exterior de la hoja—. Si te hace sentir mejor, deberías quedártela.

—No —tía Alma suspiró y se peinó con dedos nerviosos. El pelo se le había vuelto completamente gris durante las semanas que habían transcurrido desde que había destrozado la casa, y se lo había cortado con aquella navaja la tarde anterior—. Se me han quitado las ganas. Todavía no quiero ver a Wade, pero ya no estoy pensando en cortarle el cuello.

—¡Menos mal!, —le dijo mamá—. Déjale vivir y que sufra. Está en casa de Fay, y Carr no se aparta de él ni un minuto. Dice que no se atreve a volver a su casa hasta que esté segura de que a Wade no le va a pasar nada. Pero entre las molestias de la pierna y las regañinas y los gimoteos de ella, seguro que Wade acaba pegándose otro tiro en cualquier momento —ambas sonrieron.

Nadie habló de que yo tuviera que ir a la escuela rural. Mamá me había traído una lista de libros para leer y una nota de mi profesora en la que decía que, con tal de que no faltara más de un mes, todo se podría recuperar. Me preguntaba qué le habría dicho mamá, pero no traté de averiguarlo. Era un alivio no tener que asistir a aquellas aburridas clases, poder leer lo que quisiera, trasnochar con Alma y levantarme cuando me diese la gana. Las cosas entre mamá y yo habían mejorado pero aún eran un poco delicadas. Reese me había dicho que mamá había visto a papá Glen unas cuantas veces y que se hablaban otra vez. Yo intentaba no preocuparme por el futuro, no pensar demasiado en nada. Trabajaba en el jardín de Alma, salvando todas las hierbas y flores que podía y poniendo las plantitas y los esquejes que nos traía Raylene. Los días eran un regalo, largos y cálidos; las noches, tranquilas y frescas. Dormía sin soñar y me despertaba en paz.

Una tarde se presentó papá Glen. Alma estaba sola en el huerto, poniendo las plantas de tomates que Raylene le había traído el día anterior. Yo pensaba irme de merienda y había metido en una bolsa una botella de té con limón y estaba preparando unos bocadillos de mantequilla de cacahuete. Los perrillos habían entrado en la cocina y correteaban por allí esperando alguna golosina. Les di una cucharada de mantequilla de cacahuete a cada uno y los arrastré hasta el porche para verlos masticar, bostezar y relamerse.

Estaba riéndome con ellos cuando un Ford se detuvo delante de

la casa y papá Glen se bajó de él. Estaba igual que siempre, aunque tenía una cicatriz encima del ojo izquierdo y, al acercarse hacia el porche, me pareció que cojeaba ligeramente. Llevaba puesta la ropa de trabajo, pantalones caqui y camisa blanca con las mangas recogidas hasta los codos. Sus zapatos marrones estaban desgastados y cubiertos de polvo. Tenía un poco de barba, como si se hubiese afeitado la noche anterior y no esa mañana. Me quedé de pie mirando mientras subía las escaleras, sin saber qué hacer.

—Bone —dijo. Su voz era áspera y grave. Me preguntaba si tía Alma, que estaba en el huerto, detrás de la casa, la habría oído. Sus ojos brillaban atentos y se le veía tensa la mandíbula—. ¿Tu mamá no está aquí, verdad?, —preguntó.

Yo negué con la cabeza. Me puse las manos en la espalda y las entrelacé con fuerza. Al llegar al porche me examinó de arriba abajo deteniéndose por fin en la cara. Se le estrecharon los labios.

—Te estás haciendo mayor —dijo—. No tardarás en salir con chicos. En casarte, tal vez, y fundar tu propia familia —escupió a un lado—. En romperle el corazón a un hombre, solo porque puedes.

Me humedecí los labios y me solté las manos.

—Te prepararé algo de beber —dije. Entré en casa por la puerta mosquitera todo lo deprisa que pude, pero él estaba justo detrás de mí, quitándome los dedos del pestillo.

—Tú sigue con eso —dijo. Miró hacia la mesa, donde aún estaba el tarro destapado de la mantequilla de cacahuete—. ¿Preparándote un sándwich? Hazme uno a mí.

No sabía qué hacer. ¿Darle un vaso de té, hacerle un sándwich, o mantener la cabeza baja y confiar en que entrase tía Alma? Pensé en ella y en sus manos vendadas, su espalda dolorida y su frágil cuello. Le miré a los ojos y el miedo me paralizó.

—No te comportes así. No hay ninguna razón para que me tengas miedo —se acercó a mí—. He hablado con Anney, ¿sabes? Va a volver. Me lo prometió, solo necesita un poco de tiempo, tiempo para hacer las paces contigo —vi cómo retorcía y estiraba los dedos. Movía las manos impulsivamente y sacudía la cabeza, riéndose.

—Esta mujer te quiere más de lo que yo alcanzo a comprender. Necesita tiempo para arreglar las cosas contigo —decía las palabras con desprecio—. Necesita tiempo para ti. ¡Vaya por Dios!, —se

encogió de hombros, apoyó las manos en las caderas, y acercó su cara a la mía—. Vas a tener que decirle que no hay ningún problema —dijo—. Vas a tener que decirle que quieres que estemos todos juntos otra vez.

Hizo una pausa, mirándome fijamente. Me dolía el estómago. Bajé la vista. Cerré mis manos sudorosas.

—No —susurré—. No quiero vivir contigo nunca más. Mamá puede volver a casa si quiere, ya se lo he dicho, pero yo no puedo. Y no pienso volver.

—¿Que no, eh?, —me tocó la mejilla. Levanté la mirada hacia él —. ¿Que no quieres vivir conmigo?, —sus ojos eran pedernales azules; su boca, una airada línea—. Todavía no tienes ni trece años, niña. No eres tú quien decide lo que puedes hacer y lo que no. Soy tu padre. Y yo digo lo que tienes que hacer.

—No —dije en voz baja. Sentía la garganta tan agarrotada que me era difícil articular palabra. Le vi apartarse de mí, cerrar los ojos, poner las manos juntas delante de su cuerpo como si fuera a rezar. Meneó la cabeza.

—No —dije otra vez.

—Estoy intentando ser razonable contigo. Quiero que hables con tu madre. Y más vale que te dejes de tonterías antes de que me enfade de verdad —le temblaban las manos. Abrió los ojos.

—No —dije más alto—. Prefiero morirme antes que volver a vivir contigo.

—¿Ah, sí?, —sus labios esbozaron una malévola sonrisa—. No me extrañaría —dijo en un susurro.

Hubo un largo silencio. Se podía oír el latido de mi corazón.

—Hazme un sándwich —dijo—, y hablaremos.

Permanecí inmóvil, observando su cara y sus manos.

—No. No quiero hablar. Quiero que te marches.

Movió la cabeza y siguió sonriendo.

—Se lo diré a mamá —dije con desesperación—. Se lo diré.

Levantó las manos, me agarró por los hombros y me sacudió.

—¿Así que no quieres hacerle un sándwich a tu padre?, —la voz le chirriaba de la furia—. ¿No quieres hacer nada por mí?, —otra sacudida. Me levantó en vilo. Abrí la boca. Quería gritar, pero ningún sonido salía de ella.

Recordé todas las veces que él me había levantado de aquel

modo, que me había levantado, sacudido y luego acercado a su pecho, que me había sujetado contra él y manoseado todo el cuerpo, que había gemido mientras sus dedos me hurgaban. Yo siempre había tenido miedo de gritar, miedo de pelear. Siempre había sentido como que era culpa mía, pero ahora ya no importaba. Ya no me importaba lo que pudiera suceder. No me quedaría quieta.

Forcejeé para soltarme, y él se rio. Me dejó caer. Retrocedí tambaleándome y me di contra la mesa.

—Eres tú. Eres tú la causa. Ella me quiere, lo sé. Pero eres tú, eres tú la que se interpone. Tú haces que me vuelva loco y que ella se avergüence, que se avergüence de ti y de quererme a mí. No es justo. No es justo que ella me deje por tu culpa. No es justo.

Su voz sonaba más dura y más áspera, pero no más alta, y era precisamente el que no alzara la voz lo que me aterraba. Me recordaba a Alma con la navaja en la mano y la locura en los ojos. Los ojos de papá Glen estaban igual o más perturbados. Había dolor en ellos, un intenso dolor, sí, pero era el odio lo que les hacía centellear. De pronto su puño salió disparado como si lo impulsara un muelle. Me alcanzó con los nudillos en el borde de la barbilla y caí encima de la mesa.

—No podrás deshacerte de mí tan fácilmente —dijo—. Anney va a volver, me lo ha dicho. Solo necesita un poco de tiempo. Y lo entiendo, después de todo lo que ha pasado —se inclinó hacia mí, con una mano extendida—. Pero si no fuera a volver conmigo, te mataría. ¿Te has enterado? Te rompería el cuello —su mano me rozó la mejilla, el oído, el cuello y se deslizó hasta los pequeños bultos de mis pechos. Sus ojos azules recorrieron mi cuerpo.

—¡Ahhh!, —gimió papá Glen. Me acercó a su pecho, sujetándome con fuerza y jadeando. Yo tenía sangre en la boca y un grito en la cabeza. Me puse rígida, tensa, dura como el metal, como el cuchillo de la mantequilla que acababa de encontrar y que había cogido sin pensar. Me dio un beso húmedo, haciendo rechinar sus dientes en mi boca. Levanté aquel cuchillo y le golpeé en el costado con todas mis fuerzas. Resbaló en su cinto, manchándole la camisa de mantequilla de cacahuete, sin rasgarle la tela siquiera pero haciéndole daño de todos modos. Estaba segura.

—¡Maldita seas!, —me apartó de él violentamente de modo que

mi espalda chocó contra el fogón y me resbalé, cayéndome al tiempo que él venía hacia mí, dándome patadas. Me propinó un fuerte golpe en el hombro con la bota. Bajó el brazo, me cogió de la muñeca derecha, tiró de mí, levantándome bruscamente, y después me dejó caer. Algo se rompió, oyéndose claramente un crujido; a eso le siguió una oleada de calor mareante, y mi brazo cayó pesadamente bajo mi cuerpo.

—¡Desgraciada!, —me pateó otra vez cerca de la cara, haciéndome un corte en la oreja del que salía la sangre a borbotones. Después, aquella bota me golpeó en la barriga y yo rodé hacia un lado, vomitando bilis sobre mi brazo derecho.

—*¡Maldita bastarda!* —vociferó, y me retumbó en la cabeza.

—Mamá nunca volverá contigo —le dije—. Yo no la dejaré. ¡Te odio!

—He rezado para que te murieras —murmuró, apretando sus blancos dientes. Me agarró por el delantero de la blusa y metió la mano bajo la tela—. Muérete y déjanos en paz. Si no hubiera sido por ti, yo habría estado estupendamente. Todo habría ido estupendamente —mientras vociferaba, me arrastró hacia delante y me puso de rodillas, zarandeándome hasta que se me rompió la blusa, y caí de espaldas. Me agarró otra vez, y algo me golpeó con fuerza entre las piernas. Grité. ¿Su bota o su pierna? Se dejó caer encima de mí.

—Tú no vas a ninguna parte —se echó a reír—. Te crees muy mayor. Te crees muy mayor y muy mala diciéndome que no a mí, ¿eh? Vamos a ver lo mayor que eres —me abrió lo que quedaba de la blusa y me bajó la cremallera de los pantalones, tirando de ellos hacia abajo mientras yo tanteaba con la mano izquierda para sujetarlos. Traté de patalear, pero me tenía inmovilizada. Las lágrimas me rodaban por las mejillas, pero no estaba llorando. Estaba maldiciéndole.

—¡Maldito seas, maldito seas, maldito seas! *¡Dios te castigará!*

Con una mano me bajó los pantalones de un tirón casi hasta los tobillos y con la otra se desabrochó los suyos.

—Te vas a callar. Yo te voy a hacer callar. Yo te voy a enseñar —rasgó las bragas como si fueran de papel. Entonces me impulsó hacia arriba un poco y me separó las piernas.

—*¡Cabrón!* —Le pegué con mi casi inútil brazo derecho.

—¡Desgraciada! Debería haber hecho esto hace mucho tiempo. Siempre lo has querido. No me digas que no —con la rodilla me separó aún más las piernas, y con toda frialdad me golpeó violentamente en la cara. Luego se echó a reír, como si le gustara el contacto de mi sangre, y me pegó de nuevo. Abrí la boca para gritar, y su mano se cerró en mi garganta.

—Yo te daré lo que de verdad quieres —dijo, y todo su peso se me vino encima. Con aquella mano en mi garganta me salió un grito sofocado. Hurgó torpemente entre mis piernas con sus dedos, me abrió y después se empinó ligeramente, clavándome sus ojos ardientes en la cara.

—Ahora —dijo, impulsando su cuerpo hacia delante desde las rodillas—. Ahora aprenderás —le salían las palabras en ráfagas entrecortadas—. Nunca más volverás a ser impertinente. Tendrás la boca bien cerrada. Harás lo que se te diga. Y le dirás a Anney lo que yo quiera que le digas.

Me ahogaba. Me presionaba con violentos vaivenes de sus tensas caderas. Sentía que me estaba partiendo en dos; mi culo golpeaba contra el suelo a cada empujón, rasgándose y ardiendo.

—*¡Dios!* —grité con las fuerzas que me quedaban. No lo suficientemente alto, no lo suficientemente alto como para que alguien, además de mí, lo oyera, pero me quitó la mano de la garganta y me pegó en la boca aplastándome los labios contra los dientes. Empezó a decirme con un ritmo regular «Yo te enseñaré, yo te enseñaré», sacudiéndome la cabeza contra el suelo.

—Te vas a morir, te vas a morir —grité para mis adentros—. Te pudrirás y apestarás y desaparecerás. Dios te me entregará. Tus huesos se derretirán y arderá tu sangre. Te rajaré y te daré como comida a los perros. Como en la Biblia, como tiene que ser, Dios te me entregará. ¡Dios te me entregará!

Mientras tanto, mi mano izquierda se debatía, tanteando, buscando algo. ¿Dónde estaba el cuchillo? ¿Dónde estaba tía Alma?

Se irguió, apoyando su peso en mi hombro al tiempo que sus caderas me clavaban su sexo como una espada.

—¡Que alguien me dé algo! ¡Que alguien me dé algo!, —supliqué. Traté en vano de morderle, empujando los dientes a través de mis labios estrujados—. ¡Que alguien me dé algo!

Se puso rígido, la cabeza hacia atrás, enseñando los dientes

entre los labios retorcidos. Notaba cómo se le agitaban los muslos contra mí mientras mi culo resbalaba en la sangre que tenía debajo.

—¡Dios mío, ayúdame, quiero matarle. Por favor, Dios mío. Por favor. Quiero matarle. Que me muera yo, pero quiero matarle!

Perdió la rigidez y se desplomó sobre mí, desinflado y jadeante. Me retiró la mano de la boca, pero mi necesidad apremiante de gritar había desaparecido. Sangre y fluidos, su sudor y el mío, mi sangre, por el cuello y por los muslos, su olor pegajoso entre mis piernas doloridas. ¿Cómo había podido suceder todo tan deprisa? Traté de chuparme los labios, pero tenía la lengua demasiado hinchada. No sentía la lengua, solo que mis labios se abrían y se cerraban sin que saliera ningún sonido. Puntos rojos y negros bailaban ante mis ojos. Papá Glen se movió un poco, musitando algo que no entendí. Detrás de él veía la puerta abierta y el sol de media tarde apagándose. Cerré los ojos, los abrí, tuve la impresión de que me había desmayado brevemente. Él estaba todavía encima de mí, pero había algo diferente, una sensación en el aire. Miré de nuevo hacia la puerta y la vi. La cara desencajada de mamá se movía hacia donde estábamos tendidos, hacia mí.

«Mamá», intenté decir, pero no pude. El cuerpo de papá Glen se retiró de un brinco. El aire me golpeó, como un puño, en todas las zonas húmedas y abiertas de mi cuerpo. Yo me quejé. Él soltó un grito.

—¡Anney!

Ella le pegó con algo que no pude ver. Después empezó a coger cosas, latas del fogón, sartenes, vasos, platos, todo lo que pudiera arrojarle. Yo sonreía. Se me abrieron las comisuras de la boca, pero no me importaba.

—¡No, Anney, no!

—¡Monstruo!

—No, cariño. No. No es lo que piensas.

¿Qué era, entonces?, me preguntaba, dejándome caer pesadamente sobre mi abdomen. Dolor. El hombro, las rodillas, los muslos, la cara, todo me dolía pero nada importaba. Todo estaba ya lejos. Entumecido y como de goma, quedaba mi brazo derecho bajo la cara.

—¡Tú! —gritó mamá. Hubo más destrozos, pero yo no miraba. ¿Pensaría ella que lo había querido yo? ¿Que yo me lo había

buscado? ¿Qué le diría él? Yo tenía que explicarle que me había resistido, que nunca había querido que él me tocara, nunca. Pero la sangre que estaba perdiendo se llevaba toda mi energía, todo el aire. No podía hablar, no podía pensar. Por un momento quise estar muerta, no tener que mirar a mamá a la cara nunca más, ni a la de él. Nunca a la de él, nunca jamás.

—Por favor, Dios, que se muera, que me muera, que alguien se muera. Que no le haga daño a mamá.

—¡Hijo de puta! ¡Monstruo!

—¡Anney, por favor!

—¡No me toques! ¡No la toques!

Tenía en la boca sabor a lágrimas, a mocos y a la sangre que había manado de mi oreja. Escupí y traté de levantarme. Tenía que levantarme, hacer algo, sacar a mamá de allí.

Ahora mamá me tocaba, buscando las heridas. Se me aclaró un poco la mente y levanté la vista. Él estaba al otro lado de la habitación, pálido y consternado, y ella de rodillas conmigo. Una sacudida me recorrió todo el cuerpo, y apreté los dientes. Teníamos que salir de allí, alejarnos de él. Conseguí ponerme de rodillas.

—Vamos, cariño —me arrullaba como si fuera un bebé otra vez —. Te llevaré a un médico —sus manos me alisaron la blusa, me ataron los jirones en la cintura, me subieron los pantalones poco a poco, cubriéndome.

—Anney, no, espera —decía él, pero ella no escuchaba.

—Así, muy bien, no te pares. Sigue moviéndote, mamá. Vámonos de aquí.

—Vamos, cielo —dijo, y me puso de pie. Me temblaban aquellas rodillas de goma. Tenía un vacío doloroso en el abdomen. Aquellos puntos flotaban por todas partes. Miré a papá Glen. La cara de él estaba tan vacía como mi abdomen. Un terror glacial me subía por las piernas hasta el corazón.

—Salir, tenemos que salir de aquí. Tú no sabes, mamá, no comprendes.

Ella susurraba «mi niña, mi niña», sujetándome estrechamente contra su cadera mientras se encaminaba hacia la puerta.

Una idea terrible se apoderó de mí. Mi pensamiento iba más deprisa que yo. La escopeta de tío Travis estaba en su casa, en el armario del dormitorio de tía Ruth. Si pudiera ir allí y cogerla en

mis manos, la escondería hasta que le tuviera delante, justo delante, como con toda seguridad le iba a tener. En la puerta o en el cuarto de estar, contando su versión de los hechos, justificándose, llorando otra vez o suplicando, o simplemente sujetando a mamá por los brazos como me había sujetado a mí. Tendría que tener cuidado, no dejar que nadie me detuviese hasta que le hubiera volado la cabeza, abierto el cuello, su sangre por todos lados como un torbellino. Tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo, o él me mataría, a mí y a ella, algún día, seguro, a las dos. Si yo tenía que morir, sería de ese modo.

—A casa de Ruth, mamá —dije en voz baja—. Llévame a casa de Ruth.

Si pudiera poner mis manos en aquella escopeta, no la soltaría nunca. Quizá podría fingir que la necesitaba del modo en que Alma había necesitado su navaja, solo para sostenerla como a una muñeca o algo así, para que luego dijeran a los polis «Nunca creímos que fuera a usarla». Nunca.

—Tenemos que llevarte al hospital —dijo mamá.

«No, a casa de Ruth». Pero no me escuchaba. ¿Estaba yo diciéndolo o solo pensándolo?

—Anney. Oh, Anney —papá Glen estaba justo a nuestro lado, con sangre en la cara. ¿Había sido ella o yo? Me preguntaba. Algo le había alcanzado. Examiné su cara como si fuera un mapa de carreteras, una ruta que memorizar, un camino para volver a ser quien yo era en realidad. Después de dispararle, no quedaría nada, ninguna vuelta atrás.

Vale.

—Por favor, Anney —sollozaba como un niño, y ella me arrimó aún más a su costado. Con la mano libre le dio una bofetada, retrocedió, la cerró y le asestó un puñetazo de lleno en la cara.

—*Ohhh* —aulló—. ¡No, no!, —retrocedió tambaleándose, tropezándose con los platos esparcidos por el suelo.

—¡Anney!, —se lamentó como un crío—. No sé lo que ha pasado. Solo quería hablar con ella, cariño. Solo quería que volvieras a casa, que todos estuviéramos juntos otra vez.

Mamá siguió avanzando, arrastrándome con ella, abriendo la puerta con la cadera, llevándome casi en volandas escaleras abajo. Sin detenerse, sin titubear, derecha hacia el coche.

—Anney, por favor. No quería hacerlo. Me volví loco. Me volví loco. Cariño, escúchame.

Yo estaba mareada. Me dolía todo, pero me encontraba mejor, mucho mejor. Me estaban volviendo las fuerzas y, con ellas, la capacidad de pensar. Mis músculos seguían débiles pero ya no los sentía desgajados de los tendones y los huesos como antes. Ahora podía moverme. Habría alguna forma. Fíjense lo herida que estoy. Algo podríamos contar. Sería defensa propia. Estaría justificado. Sonreí al sentir la sangre goteando por el cuello. Fíjense lo herida que estoy. Gracias, Dios mío.

—¡Anney!, —él nos seguía—. Por favor, Anney.

No te pares, mamá.

Por la hierba rala y por la tierra, hasta el coche. Mamá jadeaba en mi oído, sujetándome contra sus costillas temblorosas. Abrió la puerta, me sentó despacio en el asiento delantero, levantándome las piernas. Él seguía gritando su nombre. Yo pensaba rápida y lentamente al mismo tiempo. ¿Cómo podría hacerlo? Aquí no hay ninguna escopeta, ni siquiera un cuchillo para mantequilla.

—Anney, por favor. Háblame. Cariño, por favor. Por favor, Anney —le esquivó, corrió al otro lado del coche y abrió la puerta. Él estaba justo a su lado, sollozando y retorciéndose las manos. Él trataba de cerrar la puerta mientras ella se esforzaba en abrirla otra vez.

—Anney, tú sabes cuánto te quiero. No le habría hecho daño, amor mío, pero me volví loco. Me volví completamente loco.

Me estiré hacia el otro asiento, intentando llegar hasta ella y ayudarla, pero de nuevo me resultaba difícil moverme. El aire se había vuelto espeso como gelatina. Tenía que empujar para atravesarlo. Apreté los dientes y avancé palmo a palmo hasta apoyarme en el volante, viéndoles a los dos forcejear con la puerta.

—Mamá.

Se volvió hacia mí, la cara extrañamente inexpresiva.

Lo dije de nuevo:

—Mamá.

Mamá abofeteó a Glen otra vez con la mano abierta y luego con el puño. El sonido de sus golpes era sordo y horrible, pero no tanto como los gimoteos de él cuando ella le pegaba.

—Suéltame —dijo ella. Él se tambaleaba, le corría el sudor por

los ojos. Su boca se movía en vano, todas sus facciones parecían distintas—. Suéltame —repitió.

Él se quejó y se puso de rodillas, con las manos aún aferradas a mamá y a la puerta. Bajó la cabeza y susurró.

—Mátame, Anney. Vamos. No puedo vivir sin ti. No podría. ¡Mátame! ¡Mátame!

Mamá se apartó de él bruscamente y la puerta se cerró de golpe.

—¡Oh, no!, —dijo ella llorando. La cara de ella era una réplica de la de él, la boca igual de abierta, el cuello igual de tenso.

—Mátame —dijo otra vez más alto—. Mátame —dio con la cabeza contra la puerta metálica, se retiró y chocó de nuevo. Soltaba un grito cada vez que se golpeaba la cabeza, y unos ruidos acentuaban los otros—. Mátame. Mátame.

Mamá estaba tan cerca que yo podría haberla tocado, pero tenía la cabeza vuelta, vuelta hacia Glen. No podía comunicarme con ella.

—¡Oh, Dios!, —gritó, y yo solté el volante.

—¡No!, —susurré, pero mamá no me oyó.

—¡Glen!, —dijo—. ¡Glen!, —ella gimió y se tapó la cara con las manos. Le temblaba el cuerpo con los sollozos. El mío se estremeció al verla.

—Glen, basta ya —dijo—. ¡Basta ya!, —ella le cogió la cabeza, poniéndole la mano en la frente para amortiguar los golpes—. ¡Para ya!

Había sangre en sus dedos. Lloraba. Él se había quedado quieto. Yo cerré los ojos.

—No —dije otra vez.

Él habló una vez más, ahogando mi voz. La suya era muy serena, muy suave.

—Mátame, Anney, mátame.

Traté de tocarla con mi mano derecha pero el dolor me cortó la respiración.

—Mamá —supliqué, pero seguía sin mirarme.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!, —su llanto era ronco, sibilante, doloroso. Ella le estaba sujetando, abrazándole la cabeza contra su regazo. Por el ángulo de su cadera se le veía la raya del pelo ensangrentada.

—Mamá —susurré.

—Ayúdame, Dios mío —suplicaba con una voz cruda y terrible

—. Ayúdame.

Veía sus dedos en el hombro de Glen, los blancos nudillos apretándole con fuerza. Mi boca se cerró al grito que no daría. La rabia me ardía en el estómago y llegaba a la garganta. Había dicho que nunca podría odiarla, pero ahora la odiaba por el modo en que le abrazaba, por el modo en que permanecía allí llorando con él. ¿Podía quererme a mí y al mismo tiempo abrazarle así a él? Dejé caer la cabeza hacia atrás. No quería ver aquello. Quería la escopeta de Travis o mi gancho asesino. Deseaba que todo se detuviera, que se acabase el mundo, cualquier cosa, menos estar allí sangrando mientras ella le abrazaba llorando. Levanté la vista hacia el cielo grisáceo. Las primeras estrellas saldrían a medida que fuera oscureciendo. Quería verlo, quería ver la oscuridad y las estrellas. Oí un bramido lejano, una ola de noche y angustia que venía por mí, y yo la seguí en la oscuridad.

21.

Tía Alma tiene un álbum lleno de recortes de periódicos con unas cuantas invitaciones de boda, esquelas mortuorias y fotos de niños pegadas junto a páginas y páginas de titulares.

—Estamos constantemente saliendo en las noticias —bromeaba al enseñarle el álbum a la gente.

Su favorito es el artículo de cuatro páginas que *Greenville News* publicó cuando el descapotable de tío Earle se estrelló contra la barbería que estaba enfrente del Registro Civil del condado pocos meses antes de que este se quemara. Hay fotos de la parte delantera del coche montada sobre una silla de barbero a escasos centímetros de unos espejos hechos añicos, otra de Earle sentado en el bordillo inclinado hacia adelante con la cabeza entre las manos y unas cuantas del barbero recogiendo los restos de la tienda con la ayuda de un guardia y de la abuela Boatwright. El barbero está gracioso, sosteniendo la brocha y el tazón con unos dedos que se ven un poco borrosos, por lo que parece evidente que debía de estar temblando todavía.

NO ENTRÓ A AFEITARSE, dice el titular junto a la foto del coche encima de la silla.

BOATWRIGHT es el pie de foto de la aturdida cara de Earle en primer plano.

En esas fotos tío Earle está que mete miedo, parece un ladrón o un asesino, con una de esas caras hurañas y mal afeitadas que ponen en las paredes de las oficinas de correos. En esa foto, de un gris desvaído, parece un personaje de una película de terror, un cadáver andante. La abuela, mamá, los tíos, las tías, los primos, todos parecemos muertos en una página en blanco y negro.

—Siempre salimos peor que otra gente —me quejé una vez a tía Alma.

—¡Mierda!, —dijo—. La tinta aguada y el papel gris hacen a todo el mundo parecer un poco loco —creo que le había molestado que no me sintiera más orgullosa de su álbum de recortes, pero es que a mí me daba la sensación de que nadie parecía realmente de mi familia. Peor que locos; aparecíamos con caras espantadas, rígidos, boquiabiertos y alelados. Hasta en las fotos de los anuncios de bodas estábamos mal. Tía Alma insistía en que no tenía nada que ver con nosotros, que los Boatwright no eran feos vistos de frente.

—Sencillamente nos hacemos malas fotos —dijo—. Es una cuestión de dinero. Cuesta mucho dinero hacer que alguien parezca vivo en papel de prensa —me dijo—, que se trasluzca un poco de alma en los ojos.

Ahora también estoy yo en el álbum de Alma.

En cuanto vi mi foto en la portada del *News*, supe que acabaría en su álbum de recortes, y no me hacía ninguna gracia. En ella, yo estaba apoyada en el hombro de Raylene, con la cara pálida y alargada, la barbilla sobresaliendo mucho, los ojos hundidos en sombras. Era una Boatwright, sin duda, más fea que yo qué sé. Parecía un pez recién eviscerado, con la boca abierta por encima del hombro y del brazo vendados y el cuello todavía manchado de sangre. Como una verdadera Boatwright. No toda aquella sangre era mía.

Mientras estuve en el Hospital General de Greenville permanecí todo el tiempo con los dientes apretados, sin gritar siquiera cuando el médico hizo girar mi brazo en la articulación del hombro herido, me puso una escayola en la muñeca, me lavó los cortes y después me lo vendó todo hasta el diafragma. Mamá había estado allí, me había llevado dentro y había hecho que me mirara un médico inmediatamente. La enfermera me cogió de sus brazos, y mamá retrocedió, todavía con las manos extendidas y los nudillos ensangrentados, acariciándome ligeramente la mejilla. Miré la cara de la enfermera y cuando volví los ojos hacia mamá, ya se había ido. Había desaparecido antes de dar su nombre o el mío.

—Vamos, cielo —la enfermera de voz suave me pasó los dedos

por el pelo, acariciándome levemente toda la cabeza. Busqué su placa de identificación, pero no vi ninguna—. No te muevas, no vayas a hacerte daño —le olían los dedos a alcohol y polvos de talco. Parecía amable. Me pregunté si tendría niños—. Veamos si tienes bultos o cortes —me dijo mientras el médico me examinaba la muñeca.

Solo tenía el rasguño de la sien y el corte de la oreja, pero de ambos había manado la sangre que tenía en el cuello y en el hombro. Parecía mentira que toda aquella sangre hubiera salido de tan pocas heridas. La enfermera era amable y cuidadosa. Dejé que me tocara todo lo que quiso, volviendo la cabeza para seguir su sonrisa como un bebé mirando el pezón. Miré, pero no hablé. No le dije cuánto me dolía. Suponía que vería las magulladuras de la garganta y los labios lacerados. Sin lugar a dudas vería la mirada de mis ojos. La cara que yo me vi en el espejo de la sala de reconocimiento me asustó. Yo era una extraña de ojos hundidos en oscuras cavidades sobre unos pómulos afilados y una boca tan tensa que los labios habían desaparecido.

—Ese hombro te dolerá durante algún tiempo —el médico hablaba sin mirarme, solo tomaba notas sobre una tablilla—. Y esa muñeca está seriamente dañada. Tardará unos meses en curarse del todo —la enfermera estaba limpiándome la sangre de la mejilla con un poco de algodón y alcohol. Yo la miraba a ella en vez de a él—. Vamos a tener que esperar un poco antes de darte nada —los ojos del médico iban desde sus notas hasta mi cuerpo, deteniéndose en los moratones de mis muslos y bajando hasta mis rodillas hinchadas, una de las cuales estaba en carne viva. Me puso una mano en la cadera y apretó ligeramente—. Ahora dime si te duele en algún otro sitio.

Podría haber sido una pregunta. O no. Le dirigí una mirada inexpresiva. Yo seguía preguntándome adonde habría ido mamá. ¿Qué le habría pasado a papá Glen? No recordaba el viaje en coche desde casa de tía Alma, no recordaba que mamá me dijera nada. ¿Les habría contado a ellos lo que había sucedido? ¿Lo sabría alguien? ¿Dónde estaba mamá, y por qué no estaba conmigo?

El ayudante del *sheriff* se apoyó en la puerta hasta que la

enfermera le trajo una silla metálica plegable que él puso contra la pared. Era un chico de cara colorada y un pelo arenoso y tan corto que se le veía el rosado cuero cabelludo debajo de la pelusa. Me recordaba a los gemelos cuando volvieron del campo de trabajo, estirados, con el pelo al rape y satisfechos de sí mismos. Este también parecía satisfecho de sí mismo; no hacía más que alisarse la camisa del uniforme tirando de la tela para que no se le vieran las sudadas arrugas de debajo de los brazos. Tenía la boca delicada y la barbilla pequeña, pero cuando me miraba, sacaba morro y trataba de parecer severo. Vería mucha televisión y probablemente se creía una especie de abogado defensor. Yo trataba de parecer peligrosa, pero tenía los párpados hinchados y húmedos, el cuello irritado y la boca demasiado dolorida como para fruncirla. No dejaba de manosearse la camisa ni de mirarme. Poco después empecé a sentirme cada vez más como una niña, herida y sola.

Para cuando llegó el *sheriff* Cole, caminando con dificultad como si su enorme cinturón le agobiara y le lastimara la espalda, me sentía tan pequeña que no sabía si podría hablar.

—Ruth Anne —dijo como saludo.

Acercó un taburete a la mesa sobre la que me apoyaba, gruñó al sentarse, y después volvió la cabeza de manera que le crujió el cuello ruidosamente. Al oírlo esbozó una sonrisa y se puso ambas manos extendidas en los muslos.

—¿Quieres hablar conmigo? ¿Contarme qué pasó?

Tragué saliva. De tez morena, nariz grande, orejas más grandes aún, mentón acusado y escaso pelo gris peinado hacia atrás, el *sheriff* Cole no se parecía a nadie que yo conociera. Se decía que era de Maryland y que nunca habría llegado a *sheriff* si no hubiera sido un ferviente baptista, diácono además y rico incluso antes de casarse con una chica de Greenville. Más que un *sheriff* parecía un cocinero barrigón, seboso y fláccido.

Levanté la mirada hacia sus grandes ojos oscuros. Su voz era suave, casi lánguida; el tono, correcto y respetuoso. Hizo que deseara poder hablar, contarle lo que había pasado, lo que yo creía que había pasado. Pero me parecía todo tan confuso, tan largo de explicar y tan difícil. ¿Cómo podría empezar? ¿Por dónde? ¿Cuando tía Alma se volvió loca? ¿Cuando papá Glen me agarró y me rasgó la camisa? Pensé en aquellos momentos en el aparcamiento del

hospital hacía ya tanto tiempo, mientras esperábamos noticias de mamá y del hijo de él.

—No estás malherida —me dijo—. Los médicos dicen que te pondrás bien.

Levanté la cabeza, sabiendo que se me veía el miedo en la cara.

—El médico dice que no hay ninguna lesión grave —sacó una libreta del bolsillo y la abrió—. Solo tienes algunas contusiones, has de tener cuidado durante un tiempo. Ahí fuera hay algunos familiares tuyos. El médico está hablando con ellos.

—¿Y mamá?, —mi voz era un ronco quejido.

—Todavía no he hablado con tu mamá. Pero tus tías están aquí. Las verás enseguida —pasó unas páginas, sacó un bolígrafo y me miró—. Vamos a ver, tenemos que saber qué ha pasado, Ruth Anne. Sé que no te sientes muy bien, pero quiero que intentes hablar conmigo —se le suavizó el gesto de la boca, como si tratara de consolarme—. Cuéntame qué ha sucedido y haremos que te vayas pronto a casa —se dispuso a escribir.

Cerré los ojos. Mamá no había hablado con él. De repente me sentí tan cansada que apenas podía respirar.

—Te llaman Bone, ¿verdad?

No contesté.

—Bone, quiero que sepas que nadie va a hacerte daño. No vamos a permitir que nadie te haga daño. Es evidente que ya has sufrido bastante. Solo dime quién te ha pegado, niña. Dímelo —su voz era serena, cuidadosa y amable. Era papá Glen con uniforme. El mundo estaba lleno de papás Glen, y yo ya no quería estar en el mundo.

—Cariño —dijo el *sheriff*. Le odié por llamarme eso. Él no me conocía—. Tenemos que saber lo que ha pasado.

No. Se me hinchó la lengua en la boca. No quería que nadie supiera nada. Mamá, casi susurré, pero apreté bien los dientes. No podía decirle nada a este hombre. Yo no le importaba. No le importaba a nadie. Ya ni siquiera me importaba a mí misma.

—Ruth Anne —se inclinó hacia adelante, acercando su cara a la mía, su voz era un susurro pretencioso a mi oído—. Quiero ayudarte. Quiero que me cuentes qué pasó, niña. Yo me ocuparé de todo. Te lo prometo. No te pasará nada. No, él creía saberlo todo. El hijo de puta de él, tan chulo con su uniforme, podía hablar como

Santa Claus y prometer cualquier cosa, pero yo estaba sola.

—Quiero irme a casa —dije—. Quiero irme con mi madre.

El *sheriff* Cole puso una mano encima de la mía y suspiró.

—Vale, vale, niña.

Le miré pensando en lo que Raylene me había contestado aquella noche en el rellano de la escalera cuando le conté lo mucho que odiaba a la gente que nos miraba como si fuésemos basura. ¿Qué se sentiría siendo el *sheriff* Cole? ¿Qué le había hecho llegar a ser quien era? Pensaría en ello en otro momento, pero no ahora. Ahora no quería pensar en absoluto.

La puerta doble se abrió de repente. Yo me volví con ansiedad, pero la persona que estaba allí forcejeando no era mamá. Raylene estaba peleando con una enfermera, empujándola hacia un lado y perdiendo por poco su abrigo negro en el esfuerzo.

—Suélteme —decía con una voz que retumbaba en la habitación —. Que me suelte —apartó a la mujer de un codazo y avanzó hacia adelante como un árbol que cae, imponente, inevitable y reconfortantemente familiar.

—Bone. Mi niña —sus palabras resonaron huecas contra las blanquísimas paredes—. Mi pequeña, ¿qué te han hecho?

Raylene se inclinó sobre mí, y su olor me envolvió por completo. Abrí la boca como un pajarillo, lloré y extendí mi brazo sano hacia ella. Dije su nombre dos veces y me apoyé en su pecho. Sus brazos eran tan fuertes y tan seguros. No me sueltes, pensé. Por favor, no me sueltes.

—¿Qué le está haciendo a esta criatura?, —noté que se volvía un poco y oí su voz fuerte e insistente por encima de mí—. Dígame, ¿qué derecho tiene a estar con ella a solas, sin dejarme entrar?

El *sheriff* Cole contestó pacientemente.

—Tenemos que saber qué sucedió —dijo.

—Ya lo está viendo —le soltó Raylene—. Mírela. Está herida y asustada y no necesita que le hagan más daño. ¿Es que iba a dejarme fuera hasta que ella estuviera a punto de tirarse por la ventana o dijera lo que usted quería?

—Señorita Boatwright, lo siento, pero aquí ha habido una violación. Tenemos que investigar.

—Solo tiene doce años, imbécil. Ahora mismo lo que necesita es sentirse segura y querida, no sola y aterrorizada. Tiene razón, ha de

haber justicia. Y el día del juicio también, en que Dios nos juzgará a todos. ¿Qué va a decirle que le hizo a esta criatura cuando llegue ese día?

—No hace falta… —empezó él, pero ella le interrumpió.

—Sí que hace falta —dijo ella—. Dios sabe que hace falta —su voz era imponente, bíblica—. Dios lo sabe.

La libreta se cerró de golpe. Miré de reojo por encima del abrazo de Raylene y vi cómo el *sheriff* Cole la miraba indignado y volvía a guardarse la libreta en el bolsillo.

—Avíseme —dijo—. Avíseme cuando esté dispuesta a contarnos lo que sucedió.

Tía Raylene gruñó desdeñosamente y me abrazó con cariño al tiempo que él salía dando zapatazos.

—Mi niña —susurró con aquel vozarrón y me pasó la mano por el pelo, retirándomelo de la cara—. Mi pobre niñita, estate tranquila. Te llevaremos a casa. No te preocupes. No te preocupes por nada. Yo te llevaré conmigo a casa y te protegeré.

22.

No había quien parara a Raylene. Cuando el médico insistió en que yo pasara la noche en el hospital, ella se plantó en una silla al lado de mi cama y dijo que de allí no se movía. Estuvo agarrándome la mano toda la noche mientras yo estaba tumbada, desvelada e inquieta. Me latía el hombro, y tenía la boca tan dolorida que solo podía quejarme.

—No puedo darle nada —le decía la enfermera a Raylene cada vez que venía para ver cómo nos encontrábamos.

—Ya lo sé —asentía Raylene—. Solo deme una paja, ¿vale?, — me daba sorbos de
Coca-Cola
y tarareaba en voz baja mientras yo miraba fijamente al techo.

Por la mañana, el médico me palpó toda la cabeza bajo la mirada hostil de Raylene desde su silla. Yo estaba entumecida por el dolor y el agotamiento y ni siquiera pude sonreír cuando el médico firmó, refunfuñando, los impresos del alta. La enfermera me llevó hasta la salida en silla de ruedas. Vi al fotógrafo esperándome fuera, pero Raylene simplemente carraspeó y me cogió como a una muñeca, sin mirar a los lados mientras me llevaba hacia su camioneta.

Raylene me colocó arrimada a su cadera derecha antes de poner en marcha el motor, pero yo me deslicé hacia donde poder agarrarme a la puerta y mirar por la ventana. No podía mirarla ni escuchar las palabras que seguía tratando de dirigirme con dulzura. Murmullos de consuelo, frases sin sentido que no surtían efecto. Lo único que yo deseaba que dijese ni siquiera se nombró. ¿Dónde estaba mamá? ¿Qué le había pasado?

Cuando nos paramos en el jardín de Raylene, el sol daba de lleno en la embarrada hierba primaveral. El río iba rápido y con poco caudal y no había ni una ligera brisa. Me sequé el sudor del cuello y vi cómo un perro amarillo, grande y desconocido salía silenciosamente de debajo del porche y se quedaba a la expectativa con la cabeza ladeada. Raylene suspiró y apagó el motor.

—He de decirte algo —Raylene parecía indecisa—. Me temo que eres demasiado joven para oír precisamente aquello que más necesitas comprender —no me miraba. Decía las palabras con precipitación—. Pero es bastante sencillo, y quizá lo entiendas algún día —entonces se volvió para mirarme.

»Una vez me hablaste de cómo vivía sin marido, sin hijos, sin ni siquiera un buen amigo. Pues bien, tenía una amiga cuando estaba con los feriantes, alguien a quien quería más que a mí misma, una amante con quien habría querido y debido pasar la vida. Pero estaba locamente enamorada, demasiado para poder darme cuenta de lo que hacía. Hice algo terrible, Bone —la piel de sus mejillas parecía más tensa, como si toda ella estuviera hinchándose por la vergüenza. Movió la cabeza pero no apartó la mirada.

»Bone, ninguna mujer puede soportar tener que elegir entre su bebé y su amante, entre su hijo y su marido. Yo hice que la mujer a la que amaba eligiera. Ella se quedó con su hijo, y yo me volví aquí sola. Las cosas no deberían haber llegado a ese punto. Nunca. Casi acaban con ella. Casi acaban conmigo.

Tía Raylene se tapó los ojos un momento, y después se echó el pelo hacia atrás con ambas manos.

—¡Dios!, —se retiró las manos y se volvió hacia mí—. Algunas veces hacemos cosas terribles a aquellos a quienes queremos —dijo —. No podemos explicarlo. No podemos justificarlo. Nos consumen, pero las hacemos de todos modos. Tú quieres saber qué pasa con tu madre, lo sé. Pero no puedo decirte nada. Ninguno de nosotros puede. Nadie sabe adónde ha ido. No puedo darte ninguna explicación, Bone. Sencillamente no puedo, pero sé que tu madre te quiere. No lo dudes. Te quiere más que a su propia vida, y nunca podrá perdonarse por lo que te ha hecho, por lo que ha dejado que te suceda.

Tía Raylene agarró el volante con fuerza y me miró fijamente.

—No debería hablar tanto. Ya he dicho bastante —se secó la

boca—. Necesitamos un poco de tiempo. Necesitas un poco de tiempo. ¿Te has dado cuenta del aspecto que tienes, niña?

Volví la cara. Yo sabía qué aspecto tenía. En el hospital, cuando me dejaron sola en el baño durante un minuto, me había mirado en el espejo y había comprendido que era una persona diferente. Mayor, más mala, huesuda, loca y llena de odio. Estaba llena de odio. Había escupido en el espejo, escupido sobre mi vida, sin importarme ya quién era o quién sería. Había querido reírme de todos, de Raylene y las enfermeras, que estaban ahí mirándome como si fuera un frágil objeto de cristal a punto de romperse por la presión del agua hirviendo. Yo hervía por dentro. Me estaba consumiendo. Yo era ya quien iba a ser en el futuro, y esa persona era terrible.

—Ruth Anne —susurró tía Raylene—. Niña, mírame. Deja de pensar en lo que ha sucedido. No lo pienses. Procura no pensar en nada. Aún no puedes comprenderlo. No tienes que hacerlo. No tiene sentido, y yo no puedo explicártelo. No puedes explicártelo a ti misma. Tu mamá… —Se paró y yo volví a mirarla—. Tu madre te quiere. Tan solo espera un poco, niña. Espera un poco. El tiempo lo arreglará, te lo prometo.

Te lo prometo, dijo. Yo torcí la boca, observándola con odio.

Raylene me miraba como si mi rabia le hiciera daño, pero no dijo nada, y se bajó pesadamente de la camioneta. Se movía despacio, abrazando su viejo bolso contra el pecho y deteniéndose solo para dar al perro una palmadita en la cabeza antes de subir y dejar el bolso en los peldaños. Volvió y otra vez me cogió con la misma facilidad que si no pesara más que el bolso. Me llevó en brazos hasta la casa, con el perro detrás de nosotras, y me metió en su cama. El perro se sentó cómodamente en la alfombra. Yo estaba quieta, sin prestar atención a los movimientos de tía Raylene pero pensando a pesar de todo en la mujer a quien ella había querido, la mujer que había querido más a su hijo. Era demasiado para mí. Tendría que pensar en ello en otro momento.

El perro se volvió hacia mí con sus confiados ojos marrones, colgándole la lengua como si quisiera que yo le invitase a subir a la cama. Unos ojos enormes, mudos y tristes, pendientes de mí. Deseaba dar golpes con los puños hasta romperme los huesos, patalear hasta dejarme los talones en carne viva, gritar hasta

arrancarme la lengua de raíz, pero todo era lento, las palabras y los sentimientos tan solo cruzaban mi mente. Me encontraba torpe, entumecida y estúpida. El dolor de mi brazo me consolaba, el latido en la sien era la música que necesitaba para seguir respirando.

Todo me dolía: el brazo en el cabestrillo de algodón, el recuerdo de los dedos cuidadosos de la enfermera; la luz que desde el cristal agrietado de la ventana de Raylene centelleaba en mis ojos; la cadera contra el colchón. Sobre todo me dolía el corazón, una enorme oclusión en mi pecho. Cada vez que cerraba los ojos veía de repente la cara de Glen tal como la había visto cuando estaba encima de mí. Movía constantemente la cabeza como si las plegarias de mamá resonaran aún en mis oídos, y hasta la languidez de los ojos de aquel perro me arañaba la piel como una bielda haciendo surcos en el polvo. Había contemplado mi vida entera en los ojos del *sheriff* Cole, despreciable, insignificante, sin sentido. Me había abandonado mi madre, y eso era lo único que importaba. Cuando Raylene me trajo más tarde un poco de sopa, me negué a comer.

—La odio —susurré a través de mis labios partidos—. La odio.

—La perdonarás —dijo Raylene.

Me tapé la boca con la sábana.

¿Cómo se perdona a alguien cuando ni siquiera puedes decir su nombre, cuando ni siquiera puedes soportar cerrar los ojos y ver su cara? No lo entendía. Si pensaba en mamá, pensaba en ella con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta, y la cara ensangrentada de Glen apretada contra su abdomen. No podía soportar acordarme de aquello, ni podría verlo de nuevo. Volví la cara, cerré los ojos, y recé para que se hiciera de nuevo la oscuridad. Quería morirme. Me negué a comer, me negué a hablar, me tapé la cara y no me dejé convencer por tía Raylene para que me levantara de la cama. Me dejó sola y me desperté con los ojos húmedos y la boca abierta, pero con la sensación de no haber soñado. Solo se oía el ruido que hacía el perro al dar con el rabo en la alfombra. Mi corazón, el latido que me martillaba en la cabeza, palpitaba al compás de ese ritmo. Todo en mí decía que no, lo repetía, lo tamborileaba, lo tarareaba y lo cantaba. Me quedaba menos mala leche que a un insecto. Yo no era más que un susurro en la oscuridad diciendo ¡no!, y deseando morir.

Raylene entró por la mañana y me dio sémola con una cuchara. Ese día me dejó tranquila, pero al siguiente me cogió y me sacó en brazos al porche para que me sentara al sol en su mecedora. No la miré ni le hablé, pero a ella no pareció importarle. Ella regó las plantas, dio de comer a los perros y a las gallinas y se quedó fumando en los escalones hasta que subió el aire fresco del río. Después, me llevó de vuelta a la cama. Al día siguiente, de mala gana, me levanté por mí misma, comí un poco yo sola y salí a sentarme en la mecedora del porche. Pero no era una rendición. Estaba dispuesta a comer y a sentarme, pero no a hablar.

Estuve en el porche sin hablar con nadie, ni con Raylene ni con Earle cuando vino a traerme su viejo tocadiscos y trató de hacerme reír. Puso algunos de los discos que yo había escuchado con tía Ruth, pero me quedé sentada y sin moverme, con los ojos secos y distantes. Finalmente me dejó sola. Raylene no intentó hablar conmigo. Me trajo judías para escoger, y lo hice con indiferencia. También me pidió que descosiera el dobladillo de unas viejas cortinas, pero me negué a hacerlo. No es que discutiera con ella. Simplemente las dejé tiradas, sin tocar, sobre la tarima polvorienta al lado de la mecedora. Habría dormido en la mecedora, pero Raylene me amenazó con arrastrarme de allí a patadas y a gritos.

—No voy a permitir que duermas en el porche —dijo furiosa. Así que me levanté dolorosamente y me fui despacito a la cama como si fuera una anciana, encorvada y tullida. Hacía lo que tenía que hacer para que me dejaran en paz. Oí a Raylene hablando con Earle de mamá. Estaban preocupados. Ninguno sabía adónde había ido. Nadie sabía tampoco dónde estaba Glen, aunque los tíos estaban pensando en pagar una recompensa a quien le encontrara. Earle se mostraba implacable y Beau había comprado una nueva escopeta, pero era Nevil el que asustaba a Raylene.

Nevil apareció una tarde por casa de Raylene y permaneció en silencio delante de mí. Acarició mi magullada barbilla con un dedo extendido, me lo pasó por la raya del pelo y se inclinó a besarme en la mejilla izquierda con sus labios resecos. Yo quería hablar con él, pero en cambio contuve el aliento, mirando sus encapotados ojos oscuros.

—Lo prometo —dijo, y vi cómo Raylene se tapaba la boca con una mano. Yo sabía lo que había querido decir, y sonreí. Se dio la vuelta y bajó los escalones repentinamente, pisando fuerte con los tacones de las botas. Raylene le llamó, pero él no se detuvo. Fay le contó a Raylene que Nevil había dejado de dormir en casa. Vivía en su camioneta, conduciendo de noche por las carreteras del condado, buscando.

—Conseguirá que le maten —me dijo Raylene, pero me negué a decir nada.

Ya no me importaba a quién mataran.

La noche que vino mamá, Raylene estaba al lado del tocadiscos escuchando todos los discos que había traído Earle. Aquella música parecía resonar en el techo del porche, la superficie plateada del río y el cielo nocturno. El punteo de la guitarra dio paso a la voz de Patsy Cline cantando *Walking After Midnight*. Las notas dominantes y el grave trasfondo de la batería marcaban el ritmo de su voz. Yo escuchaba atentamente, hubo una pausa al terminarse la canción, y después oí a Patsy de nuevo, empezando desde el principio; los rayones y los ruidos del viejo disco arruinaban aquella voz desgarradora, haciéndome desear ser todavía capaz de llorar como lo había hecho con tía Ruth.

El silencio se prolongó, casi se podía oír el suave murmullo del río. Se levantó una brisa y al poco desapareció. Se oyó de nuevo la música, los acordes eran distintos. No Patsy Cline. Kitty Wells. *Talk Back Trembling Lips*. Su voz nasal vibraba en los reproches con más fuerza aún que el canto prolongado de Patsy. Mamá siempre decía que Kitty tenía una voz turbia, no tan pura como la de Patsy, pero sí más cálida. Ese acento rudo, igual que el de Beau o el de Alma, hacía más abiertas las vocales y alargaba las sílabas para que encajaran en el estribillo. Yo me balanceaba mientras escuchaba el disco. El siguiente era otro de los favoritos de mamá, Patsy Cline diciéndole al mundo que Dios no había creado a esos ángeles de los clubes nocturnos. Me invadió la tristeza.

Me quedé mirando las formas de la pintura reseca y oxidada y las marcas de las telas de araña en el techo del porche. Abrí la boca para llorar, pero no me vino el llanto. Me corrían las lágrimas hasta

el cuello, pero no emitía ningún sonido. Los niños lloraban. Yo ya no era una niña. Tal vez, me dije, debería ir a Baltimore con tía Carr o a Eustis a visitar a tía Mayvelle y tía Marvella. Cerré los ojos y me humedecí los labios.

La puerta mosquitera se abrió con un golpe seco. Volví la cabeza.

Mamá estaba inmóvil con uno de sus viejos vestidos de manga corta, los brazos cruzados bajo el pecho y la cabeza alta. Me miraba con los ojos entornados. Mi corazón empezó a latir aceleradamente al verla.

Tía Ruth había dicho después del funeral de Lyle Parsons que ella tendría el mismo aspecto hasta el día en que muriera. «Ahora pareces una Boatwright. Ahora tienes el aire», había dicho. Durante todos estos años, se había mantenido aquella profecía. La edad y el agotamiento habían hecho que le salieran a mamá arrugas bajo la boca y los ojos, le habían estrechado la barbilla, y le habían hecho más profundas las líneas a los lados de la nariz, pero aún podía verse lo guapa que había sido. Ahora tenía otra cara. Parecía que los huesos se le habían movido, que la carne se le había desprendido, y que las arrugas se le habían convertido en surcos, mientras que las ojeras eran ya tan oscuras como la noche.

Yo respiraba con dificultad, como si estuviera mirándola bajo el agua. Cruzó el porche, con la cara seria y la boca convertida en una línea tensa. Le sobresalían los músculos del cuello como si estuvieran en relieve. Me puse de pie. Ella vino derecha a la mecedora. Mi cara parecía de escayola. La música seguía sonando. Dios no nos hizo así, pensé. Nos hemos echado a perder nosotros solos.

—Pequeña —la voz de mamá era un murmullo áspero.

No me moví, no hablé.

—Bone —me tocó el hombro—. Niña.

No podía apartarme, pero tampoco podía hablar. Me preguntaba si ella podía verse en mis pupilas.

Retrocedió un poco y se agachó medio arrodillándose a mi lado.

—Ya lo sé —dijo—. Sé que pensarás que no te quiero, que no te he querido lo suficiente.

Se llevó las manos a los hombros, abrazándose y temblando como si tuviera frío.

—Bone, nunca quise que te hiciesen daño. Yo quería cuidarte. Quería que todos fuésemos felices. Nunca creí que las cosas salieran como lo hicieron. Nunca creí que Glen te lastimara de esa forma.

Mamá cerró los ojos y volvió la cabeza, como si no pudiera soportar seguir mirándome a la cara. Abrió y cerró la boca varias veces. Vi lágrimas en las comisuras de sus ojos.

—Pero yo le quería. Tú lo sabes. No podía verle de esa forma. No podía creerlo. No podía imaginar… —Tragó saliva repetidas veces, luego levantó la vista y me miró directamente.

Yo también la miré, vi su cara pálida y cansada, los ojos ribeteados de rojo, los labios temblorosos. Yo quería mentirle, decirle que nunca había dudado de ella, que nada podría cambiar mi amor por ella, pero no podía. Había perdido a mi madre. Ella era una extraña, y yo era tan vieja que las entrañas se me habían convertido en polvo y piedra. Cada vez que cerraba los ojos, veía de nuevo la sangre en la cabeza de Glen, su cara apretada contra el abdomen de ella, y sentía aquella oscura desesperación cuyo único alivio sería la muerte. Había rezado pidiendo la muerte. Tal vez no era culpa de ella. Ni mía. Tal vez no se trataba de que fuera culpa de nadie. Tal vez era, como decía Raylene, la forma en que sucedían las cosas, la forma en que se rompían los corazones continuamente.

—No sabes lo mucho que te quiero —dijo, con la cara igual que un plato blanco y agrietado—. Lo mucho que te he querido siempre.

Se me partió el corazón otra vez. Quería que me devolvieran mi vida, a mi madre, pero sabía que no lo iba a tener nunca más. La niña que yo había sido había desaparecido con la niña que ella había sido. Éramos otras personas, desconocidas la una para la otra. Moví la cabeza desesperadamente.

—Mamá —dije, no queriendo hablar, pero incapaz de reprimir el ímpetu de aquel llanto. Me estremecí, la palabra sonó como la llamada de un pájaro, aguda y desgarradora. Siguieron unos sollozos roncos y desconsolados. Agarré la parte delantera del vestido de mamá con mi brazo sano, sin hacer caso del dolor en el hombro al precipitarme a su abrazo. Ella me cogió, apretándome la cara contra su cuello y susurrándome al oído.

—No pasa nada, mi niña. Llora. Llora todo lo que quieras —sus manos me acariciaban con suavidad, las alzaba y las retiraba como si tuviera miedo a hacerme daño pero sin poder dejar de tenderlas

hacia mí—. Tú eres mi niñita. Y nunca te abandonaré.

Por encima del hombro de mamá, vi a Raylene en la puerta, con la cara tan roja como una manzana fresca. Las manos de mamá me retiraban el pelo de la cara, me rodeaban la cabeza y me protegían. Hundí la cara en su cuello y me desahogué. El dolor. La rabia. La culpa y la vergüenza. Todo esto volvería después. Volvería para siempre. Todos habíamos querido lo más sencillo, amar y ser amados y sentirnos a salvo juntos, pero lo habíamos perdido y no sabíamos cómo recuperarlo.

Se paró la música, y el murmullo del río inundó la noche. Me fui calmando hasta que cesó el llanto. Mamá se balanceaba sobre los talones. Un arrendajo abandonó el dintel del porche y echó a volar hacia el cielo nocturno. El perro corrió a olfatear su rastro en la hierba polvorienta. Raylene pronunció dulcemente el nombre de mamá y después el mío, con la voz tan ronca y penetrante como los acordes de la guitarra metálica, tan cálida como Kitty Wells o un coro de góspel. Mamá se volvió a mirarla y meneó la cabeza. Se enderezó y me dio una palmadita en la mano que tenía en el brazo de la mecedora. Su olor, aquel olor tan familiar a sal y mantequilla, casi me hizo llorar otra vez, pero me sentía vacía. Solo la miré.

Raylene tenía razón. Yo no entendía nada. Pero tampoco quería entender. Ver a mamá me dolió casi tanto como me había dolido no verla.

Había un sobre en mi regazo. Mamá lo había dejado ahí. Se inclinó hacia adelante y me besó en la mejilla justo debajo de donde lo había hecho Nevil. El recuerdo de aquellos ojos vehementes me sobrecogió. Él no perdonaría. Andaba por ahí buscando. Por poco grito. Mamá me rozó los labios con un dedo. Sus ojos me quemaban por dentro.

—Te quiero, Bone —dijo—. No lo olvides nunca. Tú eres mi niñita y te quiero —sus mejillas ajadas y sus ojos brillaban con la luz de la casa. Se agachó, me besó los dedos y se levantó. Tía Raylene salió por la puerta, mamá retrocedió rápidamente, moviendo otra vez la cabeza. La vimos cruzar el jardín, la oímos arrancar el Pontiac en la oscuridad, pasada la curva de la carretera.

—¡Maldita sea!, —dijo Raylene, dando un puñetazo en la jamba —. ¡Maldita sea!, —repitió, y dejó caer la mano como si no se le ocurriera otra cosa que decir o que hacer. Cogí el sobre y me fijé en

sus hombros. Le temblaban, pero no se oía nada.

—¿Sabes adónde va?, —pregunté.

—No —la respuesta fue un susurro. Raylene alzó ligeramente las manos y las dejó caer de nuevo. No se volvió hacia mí y supe que no quería que le viera la cara.

—California —dije yo—. O Florida, quizá. Él siempre hablaba de llevarnos algún día a algún lugar donde crecieran naranjos y se encontrasen trabajos decentes —mi voz sonó tan áspera y cínica que apenas la reconocí. Me sentía vieja y helada, aunque la noche era cálida. Bajé la mirada por el brazo vendado hasta llegar al sobre. Era grande, amarillo, parecía oficial y estaba cerrado. Lo abrí.

Dentro, doblado entres pliegues, había una partida de nacimiento en tres dobleces. RUTH ANNE BOATWRIGHT. Madre: ANNEY BOATWRIGHT. Padre: Desconocido. Casi me echo a reír leyendo la hoja. Hospital General de Greenville, el sello del condado en relieve, los datos familiares, todo en una imitación de pergamino. No lo había visto nunca, pero lo sabía todo de ella. Desdoblé la parte de abajo.

Estaba en blanco, sin marcar, sin sellar.

Miré hacia la oscuridad de la noche, más allá de Raylene y la barandilla del porche. ¿Qué había hecho ella? Moví la cabeza y tragué saliva. Yo no sabía nada, no entendía nada. Tal vez no lo haría nunca. ¿Quién había sido mamá, qué había querido ser o hacer antes de que yo naciera? Cuando nací yo, se truncaron sus esperanzas, y yo me había encaramado a su vida como una flor que se estira para obtener la luz del sol. A los catorce años, asustada; a los quince, madre; veintiuno recién cumplidos cuando se casó con Glen. Su vida se había entremezclado con la mía. ¿Cómo sería yo cuando tuviera quince, veinte, treinta años? ¿Sería tan fuerte como lo había sido ella, estaría tan ávida de amor, tan desesperada, tan resuelta, tan avergonzada?

Mis ojos estaban secos; la noche era un manto que me cubría. No era mayor. Cumpliría los trece en unas semanas. Yo era ya quien iba a ser. Me guardé el sobre en el bolsillo. Cuando Raylene se puso a mi lado, dejé que me tocara el hombro y ladeé la cabeza para apoyarme en ella, confiando en su brazo y en su amor. Yo era ya quien iba a ser, alguien como ella, como mamá, una Boatwright.

Enlacé mis dedos con los de Raylene y contemplé cómo se cerraba la noche a nuestro alrededor.

Dorothy Allison nació en 1949 en Greenville, Carolina del Sur, de una madre soltera de catorce años. De pequeña sufrió abusos sexuales de su padrastro durante unos siete años. Contrajo gonorrea por el acceso carnal de su padrastro y tuvo que someterse a un tratamiento que la privó de concebir hijos. Esta experiencia la llevó a dedicarse de lleno a labores activistas en beneficio del sexo seguro y en contra del abuso y explotación sexual en menores.

Es autora de varias novelas aclamadas por la crítica y que también fueron *bestsellers*, como *Bastarda, Cavedweller* y *Trash*, al igual que del breve y contundente libro de memorias *Two or Three Things I Know for Sure*. Galardonada con el Premio Robert Penn Warren de ficción en 2007, Allison es miembro de la junta directiva de la Fellowship of Southern Writers. Vive en el norte de California.

[1] Espectáculo público en que se conducen coches viejos chocándolos unos contra otros hasta que queda solo uno en movimiento. *(N. de la T.)*. < <